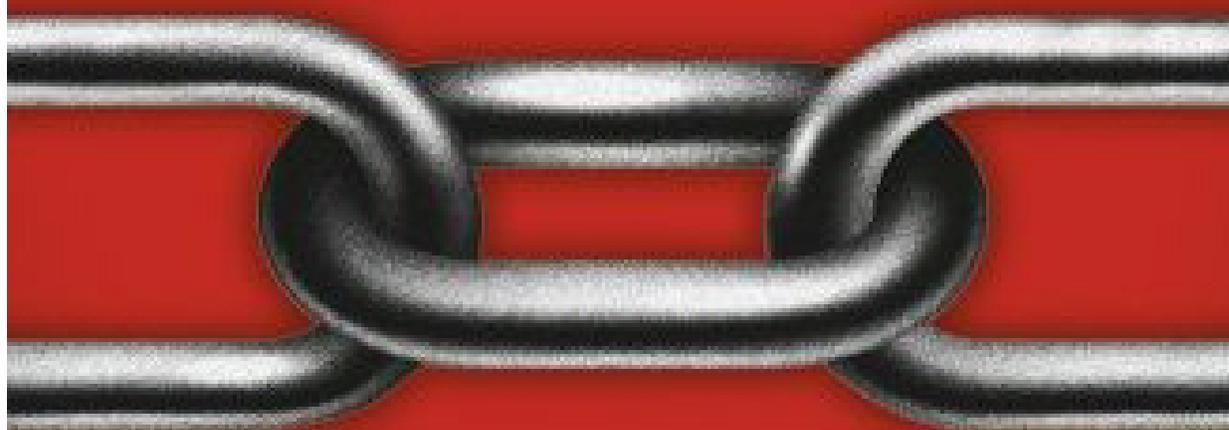


ADRIAN **LA** MCKINTY

CADENA

VÍCTIMA · SUPERVIVIENTE · CULPABLE
YA FORMAS PARTE DE LA CADENA.



¿Serías capaz de todo para proteger a tu familia?

¿Te perdonarían ellos?

¿Te perdonarías tú?

 Planeta

D.J.57

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Primera parte. Todas las chicas perdidas

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42

Segunda parte. El monstruo en el laberinto

43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

Epílogo y agradecimientos

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Como una mañana cualquiera, Rachel deja a su hija en la parada del autobús. Pero una llamada de un número desconocido lo cambia todo: una mujer le informa que tiene a Kylie secuestrada y que, si quiere verla de nuevo, deberá seguir sus instrucciones al pie de la letra: primero, pagar un rescate; segundo, secuestrar a otro niño. Quien llama es también una madre cuyo hijo ha sido secuestrado, y si Rachel no cumple con las reglas, el niño morirá, y su hija también. Rachel ya forma parte de La Cadena, un mecanismo que convierte a padres de familia en víctimas y a su vez en criminales, y que está haciendo a alguien muy rico en el proceso. Ella es una mujer corriente, pero en pocas horas los acontecimientos la llevarán hasta límites impensables y la obligarán a hacer algo terrible. Los creadores de La Cadena saben que unos padres harán todo lo que está en sus manos por sus hijos. Pero no contaban con cruzarse en el camino de una mujer decidida, valiente y superviviente como Rachel. Porque, si alguien puede romperla, esa es ella.

LA CADENA

Adrian McKinty

Traducción de Santiago del Rey Farrés



Hace falta cierta sabiduría para adoptar una visión sombría y mirar el mundo como una especie de infierno.

ARTHUR SCHOPENHAUER,
Parerga y Paralipómena, 1851

No debemos romper nunca la cadena.

STEVIE NICKS, «The Chain»
(demo original), 1976

Primera parte

Todas las chicas perdidas

Jueves, 7.55

Está sentada en la parada del autobús mirando los «Me gusta» de su cuenta de Instagram y no se fija siquiera en el hombre de la pistola hasta que lo tiene casi al lado.

Podría haber arrojado la mochila del colegio y correr a través de las marismas. Es una chica ágil de trece años y conoce las ciénagas y las arenas movedizas de Plum Island. Hay una leve niebla marina y el hombre es corpulento y desgarrado. La idea de correr tras ella lo habría puesto nervioso, y desde luego habría tenido que abandonar la persecución antes de que llegara el autobús escolar a las ocho en punto.

Todo esto se le pasa por la cabeza en un segundo.

Ahora el hombre está plantado frente a ella. Lleva un pasamontañas negro y le apunta al pecho con su pistola. Ella suelta un grito y el teléfono se le cae al suelo. Obviamente, no es una broma ni una travesura. Es noviembre, pero ya ha pasado una semana desde Halloween.

—¿Sabes qué es esto? —pregunta el hombre.

—Una pistola —dice Kylie.

—Una pistola que te apunta al corazón. Si gritas, te resistes o intentas correr, te dispararé, ¿entendido?

Ella asiente.

—Muy bien. De acuerdo. Mantén la calma. Ponte esta venda en los ojos. De lo que haga tu madre en las próximas veinticuatro horas dependerá que vivas o mueras. Y cuando..., y si te soltamos, no queremos que puedas identificarnos.

Temblando, Kylie se coloca la venda elástica y acolchada.

Un coche se detiene junto a ella. Se abre la puerta.

—Sube. Ojo con la cabeza —indica el hombre.

Se mete a tuestas en el vehículo. La puerta se cierra. Piensa a toda velocidad. Sabe que no debería haber subido. Así es como desaparecen las chicas. Así es como se las llevan todos los días. Si subes al coche, se acabó la historia. Estás perdida. No has de subir; tienes que dar media vuelta y correr y correr.

Demasiado tarde.

—Ponle el cinturón —ordena una mujer desde el asiento de delante.

Kylie empieza a llorar bajo la venda.

El hombre se sienta detrás, a su lado, y le pone el cinturón.

—Procura mantener la calma, Kylie, por favor —pide—. No queremos hacerte daño en realidad.

—Tiene que ser un error —replica ella—. Mi madre no tiene dinero. No empieza en su nuevo trabajo hasta...

—¡Dile que se calle! —grita la mujer desde delante.

—No es por dinero, Kylie —explica el hombre—. Mira, mejor no digas nada, ¿vale?

El coche arranca sobre un montón de arena y grava. Acelera con brusquedad y va cambiando de marchas.

Kylie aguza el oído mientras cruzan el puente de Plum Island y se estremece al oír el ronco estertor del autobús escolar que pasa junto a ellos.

—No corras —dice el hombre.

El seguro de las puertas se cierra con un chasquido y Kylie se maldice a sí misma por la ocasión perdida. Podría haberse quitado el cinturón, haber abierto la puerta y rodado fuera del vehículo. Un ciego pavor empieza a apoderarse de ella.

—¿Por qué hacen esto? —gime.

—¿Qué le digo? —pregunta el hombre.

—No le digas nada. Que cierre el pico —replica la mujer.

—Tienes que estar callada, Kylie —señala él.

El coche circula deprisa por lo que debe de ser Water Street, cerca de Newburyport. Kylie se obliga a respirar hondo. Inspira y espira, inspira y espira, tal como le han enseñado los psicólogos del colegio en la clase de meditación.

Sabe que para seguir viva debe ser paciente y estar atenta. Cursa octavo grado del programa acelerado. Todos dicen que es inteligente. Debe conservar la calma, fijarse en las cosas y aprovechar las ocasiones que se presenten.

Aquella chica de Austria sobrevivió, y también las chicas de Cleveland. Y ella vio en «Good Morning America» a la chica mormona a la que raptaron a los catorce años. Todas sobrevivieron. Tuvieron suerte, o quizá fue algo más que eso.

Se traga otra oleada de terror que casi la ahoga.

Oye que el coche entra en el puente de la Ruta 1 en Newburyport. Van a cruzar el río Merrimack hacia New Hampshire.

—No tan deprisa —masculla el hombre.

El coche reduce la velocidad unos minutos, pero poco a poco vuelve a acelerar.

Kylie piensa en su madre. Esa mañana va a Boston a ver a la oncóloga. «Pobre mamá, esto la va a...»

—Ay, Dios —dice la mujer que conduce, repentinamente horrorizada.

—¿Qué pasa? —pregunta el hombre.

—Acabamos de pasar frente a un coche de policía. Estaba parado en la frontera del estado.

—Calma. Me parece que estás... ¡Oh, no, sus luces se acercan! —exclama el hombre—. Te está indicando que pares. ¡Ibas demasiado rápido! Tienes que parar.

—Ya lo sé —responde la mujer.

—No importa. Aún no habrán denunciado el robo del coche. Llevaba semanas en ese callejón de Boston.

—El problema no es el coche. Es ella. Pásame la pistola.

—¿Qué pretendes hacer?

—¿Qué podemos hacer?

—Librarnos a base de labia —insiste el hombre.

—¿Con una chica secuestrada en el asiento trasero?

—Ella no dirá nada. ¿Verdad, Kylie?

—No. Lo prometo —gime.

—Dile que se esté callada. Quítale esa venda. Que baje la cabeza y mire hacia abajo —indica la mujer.

—Mantén los ojos cerrados. Y no hagas ningún ruido —le dice el hombre a Kylie, quitándole la venda y bajándole la cabeza.

La mujer se detiene en el arcén. El coche de policía debe de haber parado detrás. Ella, obviamente, está observando al agente por el retrovisor.

—Está anotando la matrícula en su agenda —señala—. Y es probable que haya informado también por radio.

—No pasa nada. Habla con él. Todo saldrá bien.

—Estos patrulleros de la policía estatal llevan cámaras en el salpicadero, ¿no?

—Ni idea.

—Buscarán este coche. Y a tres personas. Tendremos que esconder el coche en el granero. Quizá durante años.

—No exageres. Sólo te va a poner una multa por exceso de velocidad.

Kylie oye un crujido de botas cuando el agente se apea de su vehículo y camina hacia ellos.

Luego oye cómo baja la ventanilla del lado del conductor.

—Ay, Dios —suspira la mujer cuando se acerca el agente.

El crujido de botas se detiene junto a la ventanilla abierta.

—¿Hay algún problema, agente? —pregunta la mujer.

—Señora, ¿sabe a qué velocidad iba? —dice el agente.

—No —responde ella.

—La he cronometrado a ochenta y tres kilómetros por hora. Y esto es una zona escolar de velocidad restringida a cuarenta por hora. Supongo que no habrá visto las señales.

—No. No sabía que había un colegio por aquí.

—Hay un montón de señales, señora.

—Lo siento, no las he visto.

—Tendré que examinar... —empieza a decir el agente, pero se interrumpe.

Kylie sabe que la está mirando a ella. Ahora tiembla de pies a cabeza.

—¿Es su hija la que está sentada a su lado, señor? —pregunta el agente.

—Sí —afirma el hombre.

—A ver, señorita. ¿Quiere mostrarme la cara, por favor?

Kylie levanta la cabeza, pero mantiene los ojos cerrados con fuerza. Aún está temblando. El agente se ha dado cuenta de que pasa algo raro. Transcurre medio segundo mientras el policía, Kylie, la mujer y el hombre deciden qué hacer.

La mujer deja escapar un gemido y luego suena un solo disparo.

Jueves, 8.35

Se supone que es una visita rutinaria a la oncóloga. Un control semestral para comprobar que todo va bien y que su cáncer de mama sigue en remisión. Rachel le ha dicho a Kylie que no se preocupara porque se siente de maravilla y es casi seguro que todo estará perfecto.

En secreto, sin embargo, sospecha que las cosas quizá no van tan bien. Inicialmente, esa cita estaba programada para el martes anterior a Acción de Gracias, pero la semana pasada se hizo un análisis de sangre y, cuando la doctora Reed vio los resultados, le dijo que fuera a la consulta esa mañana. A primera hora. La doctora Reed es una mujer seria, serena y equilibrada de Nueva Escocia, y no parece inclinada a las reacciones exageradas de pánico.

Rachel procura no pensar en ello mientras conduce hacia el sur por la I-95.

¿Qué sentido tiene preocuparse? Al fin y al cabo, aún no sabe nada. Quizá la doctora Reed vaya a marcharse a casa por Acción de Gracias y está adelantando todas sus visitas.

Rachel no se siente enferma. De hecho, no se había sentido tan bien desde hace un par de años. Durante un tiempo había creído que la mala suerte se había cebado en ella. Pero todo eso ha cambiado. El divorcio ha quedado atrás. Está preparando sus clases de filosofía para el nuevo trabajo que empezará en enero. Su pelo castaño ha vuelto a crecer casi del todo después de la quimio; ha recuperado fuerzas y engordado unos kilos. Ya ha superado las secuelas psíquicas del año pasado. Ahora vuelve a ser aquella mujer organizada que asumió dos empleos para costearle a Marty la Facultad de Derecho y para pagar la casa de Plum Island.

Sólo tiene treinta y cinco años. Aún tiene toda la vida por delante.

«Toca madera», piensa, y da unas palmadas a un trozo verde del salpicadero que espera que sea de madera, aunque sospecha que en realidad es de plástico. Entre el revoltijo de la parte trasera del Volvo 240 hay un viejo bastón de roble, pero no tiene sentido arriesgarse buscándolo a tientas con la mano.

Según su teléfono móvil son las 8.36. Kylie estará bajando del autobús y cruzando el parque infantil con Stuart. Le manda en un mensaje de texto el chiste tonto que se ha guardado durante toda la mañana:

Doctor, tengo todo el cuerpo cubierto de pelo. ¿Qué padezco?

Al ver que Kylie no contesta tras un minuto, le manda la respuesta:

Padece *uzté* un *ozito*.

Sigue sin decir nada.

¿No te ha hecho gracia?

Kylie pasa de ella deliberadamente, piensa Rachel con una sonrisa, pero seguro que Stuart se está mondando. Siempre se ríe con sus chistes tontos.

Son las 8.38 y el tráfico está volviéndose más denso.

No quiere llegar tarde. Ella nunca se retrasa. ¿Debería salir de la Interestatal y tomar la Ruta 1?

Los canadienses celebran de otra forma Acción de Gracias, recuerda de pronto. La doctora Reed quiere verla porque los resultados del análisis no tienen buena pinta. «No», dice en voz alta, meneando la cabeza. No va a caer otra vez en esa espiral de pensamiento negativo. Ahora está tirando hacia delante. Y, aunque tenga un pasaporte del Reino de los Enfermos, eso no va a definirla. Toda esa parte de su vida ya la ha dejado atrás: igual que el trabajo de camarera y conductora de Uber, igual que el hábito de dejarse embaucar por Marty.

Ahora, por fin, está utilizando todo su potencial. Ahora es profesora. Piensa en la clase inaugural. Quizá Schopenhauer resulte demasiado denso. Quizá debería empezar con ese chiste de Sartre y la camarera del Deux...

Su móvil empieza a sonar, sobresaltándola.

«Número desconocido», lee en la pantalla.

Responde conectando el altavoz.

—¿Hola?

—Dos cosas que debes recordar —dice una voz a través de un dispositivo de distorsión de sonido—. Número uno: no eres la primera ni serás la última. Número dos: no es sólo cuestión de dinero, se trata de La Cadena.

«Debe de ser una especie de broma», asegura una parte de su cerebro. Pero otra parte más profunda, las estructuras primitivas de su cerebelo, empieza a reaccionar con una sensación que sólo puede describirse como puro terror animal.

—Creo que se ha equivocado de número —responde.

La voz continúa sin hacer caso:

—Dentro de cinco minutos recibirás la llamada más importante de tu vida, Rachel. Vas a tener que parar en el arcén. Debes estar muy atenta: recibirás instrucciones detalladas. Comprueba que la batería de tu móvil está completamente cargada y asegúrate de tener bolígrafo y papel para anotar las instrucciones. No voy a decirte que las cosas van a resultarte fáciles. Los próximos días serán muy complicados, pero La Cadena te ayudará a pasarlos.

Rachel siente mucho frío. Tiene un gusto metálico en la boca. Nota un ligero mareo.

—Voy a llamar a la policía o...

—Nada de policía. Lo harás muy bien, Rachel. No habrías sido seleccionada si hubiéramos creído que eras la clase de persona que se nos iba a desmoronar a las primeras de cambio. Lo que se te va a pedir quizá te parezca imposible, pero sin duda está al alcance de tus capacidades.

Ella siente como si una esquirola de hielo le recorriera la espalda. Una filtración del futuro en el presente. De un futuro terrorífico que, por lo visto, se manifestará al cabo de unos minutos.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—Reza para no averiguar nunca quiénes somos y de qué somos capaces.

La línea enmudece.

Rachel vuelve a comprobar el identificador de llamadas, pero sigue sin aparecer el número. Esa voz, sin embargo... Artificialmente disimulada, resuelta

y serena, escalofriante, llena de arrogancia. ¿Qué habrá querido decir con eso de «la llamada más importante de tu vida»? Mira por el retrovisor y pasa con el Volvo del carril rápido al central por si de verdad entra otra llamada.

Está tirando nerviosamente de un hilo suelto de su suéter rojo cuando el iPhone vuelve a sonar.

Otro número desconocido.

Pulsa con furia el botón verde.

—¿Hola?

—¿Rachel O’Neill? —pregunta una voz. Es una voz diferente. De mujer. Una mujer que parece muy angustiada.

Ella quiere responder «no», quiere postergar el desastre inminente diciendo que ahora ha empezado a usar otra vez su apellido de soltera —Rachel Klein—, pero sabe que no tiene ningún sentido. Nada de lo que diga o haga impedirá que esa mujer le comunique que ha ocurrido lo peor.

—Sí —dice.

—Lo siento muchísimo, Rachel. He de darte una noticia terrible. ¿Tienes bolígrafo y papel para las instrucciones?

—¿Qué ha pasado? —pregunta, ahora muerta de miedo.

—He secuestrado a tu hija.

Jueves, 8.42

El cielo se desmorona. Se viene abajo. No puede respirar. No quiere respirar. Su hija. No. No es cierto. Nadie se ha llevado a Kylie. Esa mujer no habla como una secuestradora. Es mentira.

—Kylie está en el colegio —replica.

—No. La tengo yo. La he secuestrado.

—No es cierto..., es una broma.

—Hablo totalmente en serio. Nos la hemos llevado de la parada del autobús. Acabo de enviarte una fotografía suya.

A través de un archivo adjunto, le llega la foto de una chica con los ojos vendados en el asiento trasero de un coche. Lleva el mismo suéter negro y el abrigo de lana beige que Kylie llevaba esa mañana al salir de casa. Tiene su nariz pecosa y respingona y su pelo castaño con mechas rojas. Es ella.

Rachel siente náuseas. Se le emborrona la visión. Suelta el volante y, cuando el Volvo se sale de su carril, los coches empiezan a dar bocinazos.

La mujer aún sigue hablando.

—Tienes que mantener la calma y escuchar con atención todo lo que voy a decir. Debes hacerlo exactamente como lo he hecho yo. Debes anotar todas las normas y no puedes desviarte de ellas lo más mínimo. Si las infringes o llamas a la policía, te culparán a ti y me culparán a mí. Matarán a tu hija y matarán a mi hijo. Así que anota todo lo que voy a decir.

Rachel se frota los ojos. Suena en su cabeza un estruendo, como una ola gigantesca a punto de romper sobre ella. A punto de destrozarla en mil pedazos. La peor posibilidad del mundo está sucediendo de verdad. Ya ha sucedido.

—¡Quiero hablar con Kylie! —chilla mientras agarra otra vez el volante y

endereza el Volvo, esquivando un tráiler enorme por unos centímetros. Luego cruza el último carril y se mete en el arcén. Frena derrapando y apaga el motor entre los gritos y los insultos de un montón de conductores.

—Kylie está bien por ahora.

—¡Voy a llamar a la policía! —grita Rachel.

—No, no lo vas a hacer. Necesito que te calmes. No te habría escogido si creyera que eres el tipo de persona que pierde el control. Sé de tus estudios en Harvard y de tu recuperación del cáncer. Estoy enterada de lo de tu nuevo trabajo. Eres una persona organizada y estoy segura de que no la vas a fastidiar. Porque, si la fastidias, la cosa es bien sencilla: Kylie morirá y mi hijo morirá. Ahora coge un papel y anótalo todo.

Rachel inspira hondo y saca su agenda del bolso.

—De acuerdo —dice.

—Ahora formas parte de La Cadena, Rachel. Ambas. Y La Cadena se protege a sí misma. O sea que, en primer lugar, nada de policías. Si hablas con un policía, los que dirigen La Cadena lo sabrán y me dirán que mate a Kylie y escoja un objetivo distinto. Y yo lo haré. A ellos no les importas tú ni tu familia; sólo les importa la seguridad de La Cadena. ¿Lo entiendes?

—Nada de policía —repite Rachel aturdida.

—Segundo, móviles desechables. Has de comprar móviles desechables anónimos que usarás sólo una vez para hacer cada llamada, como yo estoy haciendo ahora. ¿Comprendido?

—Sí.

—Tercero, vas a tener que descargarte el motor de búsqueda Tor, que te permitirá acceder a la red oscura. Es complicado, pero podrás hacerlo. Utiliza Tor para buscar InfinityProjects. ¿Lo estás anotando?

—Sí.

—InfinityProjects es sólo un nombre. No significa nada, pero en su página encontrarás una cuenta Bitcoin. A través de Tor puedes comprar bitcoins en media docena de lugares mediante tarjeta de crédito o transferencia bancaria. El número de la cuenta de InfinityProjects es dos, dos, ocho, nueve, siete, cuatro,

cuatro. Anótalo. Una vez transferido el dinero, es imposible rastrearlo. Lo que ellos quieren de ti son veinticinco mil dólares.

—¿Veinticinco mil dólares? ¿Cómo voy...?

—Me tiene sin cuidado, Rachel. Un usurero, una segunda hipoteca, un asesinato a sueldo. Da igual. Consíguelo. Paga esa cantidad y ya habrás cumplido la primera parte. La segunda es más difícil.

—¿Qué? —dice ella alarmada.

—Se supone que debo decirte que no eres la primera y no serás la última. Ahora formas parte de La Cadena y éste es un proceso que se remonta muy atrás. Yo he secuestrado a tu hija para que mi hijo sea liberado. A mi hijo lo secuestraron y lo mantienen cautivo un hombre y una mujer a los que no conozco. Tú debes escoger a un objetivo y secuestrar a alguien a quien ame para que La Cadena continúe...

—¿Qué? ¿Te has vuelto...?

—Tienes que escuchar. Es importante. Secuestrarás a alguien para reemplazar a tu hija en La Cadena.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Debes escoger a un objetivo, secuestrar a uno de sus seres queridos y mantenerlo cautivo hasta que tu objetivo pague el rescate y secuestre a su vez a otro objetivo. Deberás realizar esta misma llamada a la persona que elijas. Lo que yo estoy haciendo contigo es lo que tendrás que hacer tú con la persona seleccionada. En cuanto ejecutes el secuestro y pagues los veinticinco mil dólares, mi hijo será liberado. Y en cuanto tu objetivo secuestre a alguien y pague el rescate, será liberada tu hija. Así de sencillo. Así es como funciona y se prolonga indefinidamente La Cadena.

—¿Qué? Pero ¿a quién escojo? —pregunta Rachel, del todo horrorizada.

—Tiene que ser alguien que no vaya a infringir las normas. Ni policías, ni políticos, ni periodistas: éstos rompen la dinámica. Alguien capaz de cometer un secuestro, pagar lo que piden y mantener la boca cerrada, de modo que La Cadena continúe.

—¿Cómo sabes que yo haré todo eso?

—Si no, mataré a Kylie y volveré a empezar con otra persona. Si yo fallo,

ellos matarán a mi hijo y luego a mí. Estamos apañadas, lo mires como lo mires. Pero te lo digo claramente, Rachel: yo mataré a Kylie. Ahora sé que soy capaz de hacerlo.

—Por favor, no lo hagas. Suéltala, te lo suplico. De madre a madre, por favor. Es una chica maravillosa. Es lo único que tengo en el mundo. La quiero muchísimo.

—Cuento con ello. ¿Has comprendido lo que te he dicho hasta ahora?

—Sí.

—Adiós, Rachel.

—¡No! ¡Espera! —grita ella, pero la mujer ya ha colgado.

Jueves, 8.56

Rachel empieza a temblar. Tiene náuseas, una sensación de ingravidez. Como en los días del tratamiento, cuando dejó que le inocularan venenos y la irradiaran con la esperanza de mejorar.

El tráfico ruge incesante a su izquierda. Permanece paralizada en el asiento, como un explorador que se ha estrellado en un mundo extraterrestre y que dan por muerto. Han transcurrido cuarenta y cinco segundos desde que la mujer ha colgado. Pero parece como si hubieran sido cuarenta y cinco años.

Suena el teléfono, sobresaltándola de nuevo.

—¿Hola?

—¿Rachel?

—Sí.

—Soy la doctora Reed. La esperábamos a las nueve, pero todavía no se ha registrado en la planta baja.

—Voy con retraso. El tráfico —explica ella.

—No importa. Se pone horroroso a estas horas. ¿A qué hora llegará?

—¿Cómo? Ah..., hoy no iré. No puedo.

—¿De veras? Ah, vaya. Bueno, ¿le viene mejor mañana?

—No. Esta semana, no.

—Rachel, necesito que venga para hablar de su análisis de sangre.

—Ahora tengo que dejarla —repite ella.

—Escuche, no me gusta hablar de estas cosas por teléfono, pero lo que hemos visto en este último análisis son niveles muy altos de CA 15-3. De verdad tenemos que hablar...

—No puedo ir. Adiós, doctora Reed —dice Rachel, y corta la llamada justo

cuando aparecen unas luces parpadeantes en el retrovisor.

Un agente de la policía estatal de Massachusetts, un tipo de pelo oscuro y aspecto fornido, se baja de su vehículo y se acerca al Volvo 240.

Ella permanece inmóvil, completamente perdida, mientras las lágrimas se le secan en la cara.

El agente da unos golpecitos en la ventanilla. Tras unos momentos de vacilación, Rachel baja el cristal.

—Señora... —empieza el agente, y entonces ve que ha estado llorando—. Mmm, ¿tiene algún problema su vehículo?

—No. Perdone.

—Verá, señora, este arcén está reservado exclusivamente para los vehículos de emergencias.

«Cuéntaselo —piensa Rachel—. Cuéntaselo todo... No, no puedo; la matarán, estoy segura. Esa mujer lo hará.»

—Sé que no debería estar parada aquí, pero estaba hablando con mi oncóloga y... y parece que mi cáncer ha vuelto a reproducirse.

El agente entiende la situación. Asiente despacio.

—Señora, ¿cree que puede continuar circulando en estas circunstancias?

—Sí.

—No voy a ponerle una multa, pero le pido que siga su camino. Pararé el tráfico hasta que se incorpore al carril.

—Gracias, agente.

Rachel gira la llave de encendido y el Volvo cobra vida con un ruido quejumbroso. El policía para los coches del carril lento y arranca sin problemas. Circula durante un kilómetro y medio hasta la siguiente salida y sube por la rampa. Hacia el sur está el hospital donde quizá puedan curarla, pero ahora eso no importa. Es irrelevante. Para ella, recuperar a Kylie es lo único que cuenta.

Toma la I-95 en dirección norte y acelera al máximo, como nunca había hecho hasta ahora.

Pasa del carril lento al central y luego al carril rápido.

El velocímetro marca 90 por hora, 100, 110, 120, 125, 130.

El motor aúlla enloquecido, pero lo único que ella piensa es: «Vamos, vamos,

vamos».

Ahora debe dirigirse al norte. Conseguir un préstamo. Comprar los móviles desechables. Hacerse con una pistola y con todas las demás cosas que necesita para recuperar a Kylie.

Jueves, 9.01

Ha ocurrido todo muy deprisa. Un disparo y luego han seguido adelante. ¿Durante cuánto tiempo? Kylie ya ha perdido la cuenta. Unos siete u ocho minutos quizá, hasta que han tomado una carretera secundaria y luego un largo sendero para detenerse por fin. La mujer le ha sacado una foto y se ha bajado del coche para hacer una llamada. Imagina que a mamá o a papá.

Ahora está sola en el asiento trasero con el hombre. Él respira ruidosamente, maldiciendo por lo bajo y quejándose.

Disparar a un policía no formaba parte del plan, por supuesto, y él no consigue asimilarlo.

Kylie oye que la mujer vuelve a subir al coche.

—Vale, ya está. Lo ha entendido todo y sabe lo que debe hacer —indica—. Llévate a ésta al sótano; yo esconderé el coche.

—De acuerdo —responde el hombre dócil—. Tienes que bajarte, Kylie. Te voy a abrir la puerta.

—¿Adónde vamos? —pregunta ella.

—Te hemos preparado una pequeña habitación. No te preocupes —dice él—. Lo has hecho muy bien hasta ahora.

Kylie nota que se inclina sobre ella y le desabrocha el cinturón. Tiene un aliento acre y repulsivo.

Se abre la puerta de su lado.

—No te quites la venda, te estoy apuntando —ordena la mujer.

Kylie asiente.

—Bueno, ¿a qué esperas? ¡Muévete! —chilla la mujer con una voz estridente e histérica.

Saca las piernas del coche y empieza a bajar.

—Ojo con la cabeza, por favor —murmura el hombre.

Kylie se pone de pie despacio, con cuidado. Aguza el oído para oír el tráfico de la autopista o cualquier otro ruido, pero no oye nada. Ni coches, ni pájaros, ni el rumor familiar del oleaje del Atlántico. Están en algún lugar tierra adentro.

—Por aquí —le señala el hombre—. Voy a cogerte del brazo para llevarte abajo. No intentes nada. No puedes ir a ninguna parte. Y los dos estamos preparados para dispararte. ¿Entendido?

Ella asiente con la cabeza.

—Responde —insiste la mujer.

—No intentaré nada —contesta ella.

Oye cómo deslizan un cerrojo y abren una puerta.

—Ojo, esos escalones son viejos y bastante empinados —dice el hombre.

Kylie baja despacio la escalera de madera, aunque él la sujeta del brazo. Al llegar abajo, nota que está sobre un suelo de hormigón. Se le encoge el corazón. Si se hubiera tratado de una cámara de ventilación como la que hay debajo de su casa, el suelo habría sido de tierra y arena y podría haber cavado un túnel. Pero no puedes cavar a través del hormigón.

—Por aquí —indica el hombre, guiándola. Es un sótano, obviamente. El sótano de una casa perdida en medio del campo y lejos de todo.

Kylie piensa en su madre y nota que le sube otro sollozo por la garganta. Se supone que pronto comenzará en su nuevo trabajo. Justo ahora está empezando a rehacer su vida, después del cáncer y el divorcio. No es justo.

—Siéntate aquí —pide el hombre—. Hay un colchón en el suelo.

Kylie se sienta sobre el colchón, que parece cubierto con una sábana y algo parecido a un saco de dormir.

Oye un clic cuando la mujer le saca otra foto.

—Vale, voy a la casa a mandarle esto a la madre y a echar un vistazo a la aplicación de Wickr. Espero que no estén enfadados con nosotros —comenta.

—No les cuentes que ha habido problemas. Diles que todo ha salido según el plan —repite el hombre.

—¡Ya lo sé! —le espeta la mujer.

—Todo saldrá bien —asegura él en un tono poco convincente.

Kylie oye cómo la mujer sube rápidamente los escalones de madera y cierra la puerta del sótano. Ahora está sola con el hombre, lo cual la asusta porque podría hacer cualquier cosa.

—Vale —dice él—. Ya puedes quitarte la venda.

—No quiero verte la cara —responde Kylie.

—No hay ningún problema, llevo puesto otra vez el pasamontañas.

Ella se retira la venda. Él está de pie a su lado, aún con la pistola en la mano. Se ha quitado el abrigo. Lleva vaqueros, un suéter negro y unos mocasines rebozados de barro. Un hombre corpulento de cuarenta o cincuenta años.

El sótano es rectangular, más o menos de cinco por diez metros. Hay dos ventanitas cuadradas cubiertas de hojas por el exterior. Un suelo de hormigón, un colchón y una lámpara eléctrica al lado. Le han puesto un saco de dormir, un cubo, papel higiénico, una caja de cartón y dos grandes botellas de agua. El resto del sótano está vacío, salvo por una antigua estufa de hierro fundido pegada a una pared y una caldera en el rincón del fondo.

—Vas a pasar aquí algunos días. Hasta que tu madre pague el rescate y haga todo lo demás. Procuraremos que estés lo más cómoda posible. Debes de estar aterrorizada. Me lo puedo imaginar... —afirma, y se le atasca la voz—. Nosotros no estamos acostumbrados a estas cosas, Kylie. No somos esa clase de gente. Nos han obligado a hacer todo esto. Debes entenderlo.

—¿Por qué me habéis raptado?

—Tu madre te lo explicará todo cuando vuelvas a verla. Mi mujer no quiere que te hable de esto.

—Tú pareces más amable que ella. ¿Habría alguna posibilidad de que me dejaras...?

—No. Te... te mataremos si intentas escapar. Hablo en serio. Ya sabes de qué somos capaces. Tú estabas ahí. Lo has oído. Ese pobre tipo... Oh, Dios. Ponte esto en la muñeca izquierda —dice dándole una esposa—. Ajústatela lo suficiente para que no puedas escapar, pero no tanto como para que te raspe la piel... Eso es. Un poquito más. Déjame ver.

Le coge la muñeca, examina la esposa y se la ciñe un poco más. Luego

engancha la otra a una pesada cadena de metal y la fija a la estufa con un candado.

—Tienes unos tres metros de cadena para poder moverte un poco. ¿Ves ahí, junto a la escalera? Eso es una cámara. Te tendremos vigilada aunque no estemos aquí contigo. La luz fluorescente estará siempre encendida para que podamos ver lo que haces. O sea que no intentes nada, ¿vale?

—Vale.

—Tienes aquí un saco de dormir y una almohada, y en esa caja hay artículos de aseo, más papel higiénico, galletas y libros. ¿Te gustan los libros de Harry Potter?

—Sí.

—Ahí dentro está la serie entera. Y otros libros más antiguos. Muy buenos para chicas de tu edad. Sé lo que me digo, soy pro... Muy buenos libros, sí.

«¿Profesor de literatura, iba a decir?», se pregunta Kylie.

—Gracias —responde.

«Actúa con educación —se dice—. Como una buena chica aterrorizada que no va a causarles ningún problema.»

El hombre se acuclilla a su lado, todavía apuntándola con la pistola.

—Estamos en medio del bosque. Al final de un camino de tierra privado. Si te pones a gritar, nadie te oirá. Ésta es una parcela muy grande, rodeada de bosque por todas partes. Pero si empiezas a gritar de todos modos, te veré y te oiré a través de la cámara. Y, como no puedo asumir ningún riesgo, tendré que bajar y amordazarte. Y, para que no puedas quitarte la mordaza, tendremos que esposarte las manos por detrás. ¿Entiendes?

Kylie asiente.

—Ahora vacíate los bolsillos y dame los zapatos.

Vuelve los bolsillos del revés. Sólo lleva dinero; ni una navaja ni un móvil. El móvil se ha quedado allí, en el camino de tierra de Plum Island.

El hombre se incorpora y se tambalea ligeramente.

—Dios —murmura para sí, y traga saliva. Sube la escalera, meneando la cabeza con asombro e incredulidad ante lo que ha provocado con sus actos.

Cuando se cierra la puerta del sótano, Kylie se echa sobre el colchón y

suspira.

Empieza a llorar otra vez. Cuando se le agotan las lágrimas, se incorpora y mira las dos botellas de agua. ¿La van a envenenar? Los precintos están intactos y son de la marca Poland Spring. Bebe con avidez, pero se detiene de golpe.

¿Y si él no vuelve? ¿Y si tiene que hacer durar esa agua durante días o semanas?

Examina la caja de cartón. Dos cajas de galletas, una barrita Snickers de chocolate y una lata de patatas Pringles. Cepillo y pasta de dientes, papel higiénico, toallitas y unos quince libros. También hay un bloc de dibujo, dos lápices y una baraja de cartas. Dándole la espalda a la cámara, mira a ver si puede usar el lápiz para abrir el cerrojo de la esposa, pero se da por vencida al cabo de diez segundos. Se necesitaría un clip o algo así. Echa un vistazo a los libros. Harry Potter, J. D. Salinger, Harper Lee, Herman Melville, Jane Austen. Sí, es muy probable que sea profesor de literatura.

Da otro sorbo de agua, corta un poco de papel higiénico y se seca las lágrimas de la cara.

Se tumba sobre el colchón. Hace frío. Se mete en el saco de dormir, arrebujándose para que la cámara no pueda verla.

Se siente más segura ahí.

Que no puedan verla ya es algo. Un truco del Pato Lucas. Si no te veo, no existes.

¿Decían la verdad cuando le han asegurado que no quieren hacerle daño? Uno sólo puede creer a las personas hasta que le demuestran lo malas que son.

«Cosa que ellos ya han hecho, ¿no?»

»Ese policía... Debe de estar muerto, o a punto de morir. Oh, Dios.»

Ahora, al recordar el disparo le entran ganas de gritar. De gritar como una loca para que alguien acuda en su ayuda.

«Socorro, socorro, socorro», dice moviendo sólo los labios, sin pronunciarlo en voz alta.

«Ay, Kylie, ¿cómo ha podido suceder? Con todas las veces que te han advertido que no subas al coche de un extraño...» Desaparecen chicas constantemente, y cuando lo hacen casi nunca vuelven a aparecer.

Pero a veces sí aparecen. Muchas han desaparecido para siempre, pero no todas se han perdido de forma definitiva. A veces han vuelto a casa.

Elizabeth Smart: ése era el nombre de la chica mormona. En aquella entrevista tenía un aspecto sereno y digno. Y declaró que en ese tipo de situaciones siempre había esperanza. Su fe le había infundido esperanzas.

Pero Kylie no tiene ninguna fe. Lo cual, como es evidente, es culpa de sus estúpidos padres.

Qué claustrofobia siente.

Aparta el saco de dormir e inspira unas angustiosas bocanadas de aire. Luego vuelve a recorrer el sótano con la vista.

¿La están vigilando de verdad? Al principio, sin duda. Pero ¿a las tres de la madrugada? Tal vez pueda mover esa estufa. Tal vez haya algún clavo viejo con el que abrir el candado. Esperará. Mantendrá la calma y esperará. Mira el interior de la caja y saca el bloc de dibujo.

«Ayúdeme, estoy presa en este sótano», escribe. Pero no hay nadie a quien darle esa nota.

Arranca la hoja y la estruja.

Se pone a dibujar. Dibuja el techo de la tumba de Senenmut que sale en su libro sobre Egipto, lo cual empieza a calmarla. Dibuja la luna y las estrellas. Los egipcios creían que el otro mundo estaba en las estrellas. Pero no existe el otro mundo, ¿no? Su abuela sí cree en la vida eterna, pero nadie más. No tiene sentido, ¿verdad? Si te matan, estás muerta y se acabó. Y quizá encuentren tu cuerpo en el bosque dentro de cien años, pero nadie recordará quién eras ni que desapareciste un día sin dejar rastro.

Has sido borrada de la historia, como el dibujo de una pizarra mágica que se desvanece de una sacudida.

—Mami —susurra—. Ayúdame. Por favor, ayúdame. ¡Mami!

Pero sabe que no va a llegar ninguna ayuda.

Jueves, 9.16

Cuando llega de nuevo a su casa de Plum Island, Rachel entra en la cocina y se cae al suelo. No es un desmayo. No ha perdido el conocimiento. Es que ya no se aguanta de pie. Se derrumba sin más y yace sobre el suelo como un desmadejado signo de interrogación. Nota el pulso acelerado y una opresión en la garganta. Se siente como si estuviera sufriendo un ataque al corazón.

Pero no puede sufrir un infarto. Tiene que salvar a su hija.

Se incorpora. Intenta respirar y pensar.

Han dicho que no llame a la policía. La policía probablemente les da miedo. La policía sabría qué hacer. ¿No?

Va a coger el teléfono, pero se frena. No. No se atreve.

«No llames a la policía. Sobre todo, no llames a la policía. Si ellos averiguan que has llamado a la policía, matarán a Kylie de inmediato.» Había algo peculiar en la voz de esa mujer. Desesperación. Decisión. Sí, lo hará y pasará a otra víctima. Toda esa historia de La Cadena es increíble y demencial, y sin embargo..., la voz de esa mujer... tenía la vibración de la verdad. Estaba aterrorizada por el poder de La Cadena. Se lo creía.

«Y yo también lo creo», piensa Rachel.

Aunque no tiene por qué estar sola. Necesita ayuda.

Marty. Él sabrá lo que hay que hacer.

Pulsa su número de marcación rápida, pero salta el buzón de voz. Vuelve a intentarlo, pero sigue saliendo el buzón. Busca en la lista de contactos y llama a su nueva casa de Brookline.

—¿Holaaa? —responde Tammy con esa voz cantarina suya.

—¿Tammy? —dice Rachel.

—Sí, ¿quién es?

—Soy Rachel. Estaba intentando localizar a Marty.

—Ha salido de la ciudad.

—Ah. ¿Dónde está?

—En..., mmm, ¿cómo se llama...?

—¿Un viaje de trabajo?

—No. Ya sabes..., ese sitio donde juegan a golf.

—¿Nueva Escocia?

—No, no. Ese sitio adonde va todo el mundo. Estaba entusiasmado.

—¿Desde cuándo juega...? No importa. Escucha, Tammy. Necesito hablar con él, es una emergencia, y no lo localizo en su móvil.

—Ha ido allí con el bufete. Están en un retiro y tienen que dejar los móviles.

—Pero ¿dónde es, Tammy? Piensa, por favor.

—¡Augusta! Está en Augusta. Creo que tengo un número de contacto, si lo necesitas.

—Lo necesito.

—Vale, espera, déjame ver... Aquí está.

Le dicta un número.

—Gracias, Tammy. Voy a llamarlo.

—Espera, ¿dices que es una emergencia?

—Ah, no es nada. Un problema en el tejado, hay goteras. Nada del otro mundo. Gracias —dice Rachel, y cuelga.

Marca el número que le ha dado Tammy.

—Gleneagle Augusta Hotel —contesta la recepcionista.

—Quisiera hablar con Marty O'Neill, por favor. Soy, eh..., su esposa, y se me ha olvidado en qué habitación está.

—Mmm, a ver... La setenta y cuatro. Le paso la llamada.

El teléfono suena en la habitación, pero nadie responde. Rachel vuelve a llamar a recepción y pide que le digan a Marty que se ponga en contacto con ella en cuanto vuelva.

Cuelga y vuelve a sentarse en el suelo.

Está aturdida, ofuscada, horrorizada.

De entre toda la gente del mundo, ¿por qué ha tenido que ocurrirle eso precisamente a ella, en especial después de todo lo que ha tenido que pasar en los dos últimos años? No es justo. Y la pobre Kylie es sólo una niña...

El teléfono suena a su lado. Lo coge y mira la pantalla.

Oh, no. El número desconocido otra vez.

—¿Así que llamando a tu exmarido? —dice la voz distorsionada—. ¿De veras es eso lo que quieres hacer? ¿Seguro que puedes confiarle a él tu vida y la vida de tu hija? Será mejor que sea así, porque si tu exmarido le cuenta algo a alguien, Kylie está muerta, y creo que también tendremos que matarte a ti. La Cadena siempre se protege a sí misma. Quizá deberías pensarlo antes de hacer la próxima llamada.

—Lo siento. Yo... No lo he localizado. Le he dejado un mensaje. Es que... no sé si soy capaz de hacer esto sola...

—Quizá te dejemos pedir ayuda más adelante. Te indicaremos un medio para contactar con nosotros y podrás pedirnos permiso. Pero por ahora no hables con nadie, si sabes lo que te conviene. Limítate a conseguir el dinero y empieza a pensar en el objetivo. Puedes hacerlo, Rachel. Lo has hecho muy bien al quitarte de encima a ese policía en la autopista. Sí, así es. Lo hemos visto. Y te estaremos vigilando estrechamente hasta que todo haya terminado. Ahora, en marcha —añade la voz.

—No puedo... —protesta ella débilmente.

Suena un suspiro al otro lado de la línea.

—Nosotros no escogemos a personas que requieran de una orientación constante. Es demasiado cansado. Escogemos a personas emprendedoras. Personas con iniciativa. Como tú, Rachel. ¡Y ahora levántate del suelo y ponte en marcha!

La llamada se corta.

Rachel mira el teléfono con horror. La están vigilando. Saben a quién llama y todo lo que hace.

Aparta el teléfono, se levanta y camina tambaleante hacia el baño como si saliera de un accidente de coche.

Abre el grifo y se echa agua en la cara. No hay ningún espejo ahí, ni tampoco

en el resto de la casa, salvo en la habitación de Kylie. Se ha deshecho de todos los espejos por el horror que le producía ver cómo se le caía el pelo a diario. Por supuesto, ninguna de las personas que la rodean le dio a entender que tal vez podría morir. Su madre y la enfermera le explicaron desde el principio que era un cáncer de mama tratable 2A, que reaccionaría bien a una agresiva y precisa intervención quirúrgica, seguida de radiación y quimioterapia. Al mirarse al espejo durante aquellas primeras semanas, sin embargo, Rachel vio cómo se reducía, se vaciaba y se iba consumiendo poco a poco.

Deshacerse de los espejos, pues, había constituido un paso importante. No tenía que verse convertida en aquella criatura pálida y esquelética de los sombríos días de quimioterapia. Su recuperación no era ningún milagro: el índice de supervivencia del tipo 2A a los cinco años era del noventa por ciento; pero aun así podías formar parte del diez por ciento restante, ¿no?

Cierra el grifo.

Menos mal que no está el maldito espejo, porque su reflejo la estaría mirando con ojos terriblemente acusadores. ¿Dejar que una niña de trece años espere sola en la parada del autobús? ¿Acaso eso habría sucedido si Kylie hubiera estado con Marty?

«No, no bajo su tutela. Bajo la tuya, Rachel. Porque, hablemos claro, tú eres una perdedora. Están del todo equivocados contigo. Trágicamente equivocados. ¿A los treinta y cinco años vas a empezar en tu primer empleo de verdad? ¿Qué has estado haciendo hasta ahora? Todo ese potencial derrochado. ¿El Cuerpo de Paz? Nadie se alista en el Cuerpo de Paz. ¿Y todos esos años a la deriva con Marty, después de Guatemala? ¿Tú trabajando mientras él decidía que quería entrar en la Facultad de Derecho?

»Lo has estado disimulando, pero no eres más que una perdedora. Y ahora tu pobre hija se ha quedado enganchada en esa viscosa telaraña de perdedora.»

Rachel apunta con el dedo al lugar que ocupaba antes el espejo. «Zorra estúpida. Ojalá te hubieras muerto. ¡Ojalá hubieras formado parte del diez por ciento que no sobrevivió!»

Cierra los ojos, respira despacio, cuenta del uno al diez y vuelve a abrirlos. Corre al dormitorio y se pone la falda negra y la blusa blanca que ha comprado

para dar las clases. Coge su chaqueta de cuero de aspecto caro, encuentra un par de zapatos de tacón respetables, se pasa la mano por el pelo y busca el bolso. Mete dentro sus documentos financieros, el portátil y el contrato de la universidad de Newburyport. Coge el alijo de cigarrillos de Marty para el examen de abogacía y la bolsa sellada del dinero de las inundaciones. Entra corriendo en la cocina, resbala con los tacones y casi se da de bruces contra la campana extractora. Recupera el equilibrio, recoge su teléfono y sale disparada hacia el coche.

Jueves, 9.26

El First National Bank de State Street, en el centro de Newburyport, abre a las nueve y media. Rachel deambula por la acera junto a la entrada, fumando un Marlboro.

La calle está casi desierta; sólo hay un hombre mayor, muy pálido y nervioso, que se le acerca ataviado con un pesado abrigo y una gorra de los Red Sox.

Al detenerse frente a ella, la mira a los ojos.

—¿Es usted Rachel O’Neill? —pregunta.

—Sí.

El hombre traga saliva con esfuerzo y se cala la gorra.

—Tengo que decirle que llevo fuera de La Cadena un año. Que mi familia está a salvo porque hice lo que me ordenaron. Que hay cientos de personas como yo que pueden ser reclutadas para transmitirle un mensaje si La Cadena considera que usted o un miembro de su familia debe recibir alguno.

—Entiendo.

—No estará embarazada, ¿verdad? —pregunta el hombre titubeando, como si se desviara del guion por un momento.

—No —responde Rachel.

—Entonces, éste es el mensaje —dice y, sin previo aviso, le da un puñetazo en el estómago.

Rachel se queda sin aire y se desploma en el suelo. El hombre tiene una fuerza sorprendente y el dolor es terrible. Tarda diez segundos en recuperar el aliento. Alza la mirada hacia él asustada, sin entender nada.

—Tengo que decirle que si quiere más pruebas de nuestros tentáculos debe buscar en Google a la familia Williams de Dover, New Hampshire. Nunca

volverá a verme, pero hay muchos otros como yo. No intente seguirme — advierte el hombre y, de inmediato, con lágrimas de vergüenza en las mejillas, da media vuelta y se va de allí con rapidez.

Justo entonces se abre la puerta del banco y el guardia de seguridad la ve en el suelo. Echa un vistazo al hombre que se aleja a toda prisa y aprieta el puño. Evidentemente, intuye que acaba de pasar algo.

—¿La ayudo, señora? —pregunta.

Rachel se incorpora, tosiendo.

—Estoy bien, creo. Mmm..., he resbalado —jadea.

El guardia le tiende la mano y la ayuda a levantarse.

—Gracias —dice ella con una mueca de dolor.

—¿Seguro que está bien, señora? —pregunta él.

—Sí, perfectamente.

La mira de una manera rara un momento y luego observa al hombre que se acaba de marchar. Ella se da cuenta de que se está preguntando si no será una especie de señuelo para un atraco. Su mano se desliza por instinto hacia la pistola.

—Muchas gracias —le dice Rachel. Y, bajando la voz, añade—: No estoy acostumbrada a los tacones. ¡Es la última vez que me arreglo para dar una buena impresión en el banco!

El guardia se relaja.

—Nadie la ha visto, salvo yo —repone—. No sé cómo pueden caminar con esas cosas.

—Siempre le cuento este chiste a mi hija: ¿cómo se llama un dinosaurio con tacones?

—¿Cómo?

—Pies-dolido-saurio. Ella nunca se ríe. No le hacen gracia mis chistes tontos.

El guardia de seguridad sonrío.

—Pues a mí me parece gracioso.

—Gracias otra vez —reitera Rachel. Se atusa el pelo, entra en el banco y dice que quiere ver a Colin Temple, el director.

Temple es un tipo mayor que vivía también en la isla antes de mudarse a la

ciudad. En su momento, se habían invitado a barbacoas y Marty había salido a pescar con él en su barca. No le ha reclamado nada en las dos ocasiones en las que ha dejado de pagar la hipoteca desde el divorcio.

—Rachel O’Neill en carne y hueso —dice con una sonrisa—. Ay, Rachel, ¿por qué se ponen a cantar los pájaros siempre que tú estás cerca?

«Porque son cornejas negras y yo soy una muerta viviente», piensa ella, aunque se lo calla.

—Buenos días, Colin, ¿cómo estás?

—Muy bien. ¿Qué puedo hacer por ti, Rachel?

Ella se traga el dolor del golpe en la barriga y esboza con esfuerzo una sonrisa.

—Estoy en un pequeño apuro y quería ver si podemos hablar.

Entran en el despacho de dirección, que está decorado con fotos de yates y con diminutos y complicados modelos de barco que ha montado el propio Colin. Hay varias fotos de un King Charles spaniel cuyo nombre Rachel no logra recordar por mucho que lo intenta. Colin deja la puerta un poco entornada y toma asiento tras su escritorio. Se sienta frente a él y procura adoptar una expresión agradable.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —pregunta Colin, todavía con jovialidad pero con una sombra de suspicacia en los ojos.

—Bueno, se trata de la casa, Colin. Hay goteras en la cocina y ayer vino un contratista y dijo que se ha de cambiar todo el tejado antes de que nieve, porque podría venirse abajo.

—¿De veras? Parecía perfecto la última vez que estuve allí.

—Ya lo sé. Pero es el tejado original, de los años treinta. Cada invierno tenemos goteras. Y ahora representa un peligro. Para nosotras, quiero decir. Para Kylie y para mí. Y también para la casa, ¿entiendes? Vosotros tenéis la hipoteca y, si la casa quedara destruida, vuestro activo no valdría nada —dice, e incluso consigue soltar una risita impostada.

—¿Cuánto dice tu contratista que costaría?

Rachel había pensado pedir los veinticinco mil, pero es una cifra disparatada para cambiar un tejado. En la cuenta de ahorros no tiene nada, pero puede cargar

diez mil en la Visa. Ya se preocupará por la factura cuando Kylie vuelva a casa sana y salva.

—Quince mil. Pero no hay ningún problema, Colin. Podré pagarlo. Empiezo en un nuevo trabajo en enero —dice.

—¿Ah, sí?

—Me han contratado para dar clases en la universidad de Newburyport. Introducción a la filosofía moderna. Existencialismo, Schopenhauer, Wittgenstein. Todo eso.

—Así que al final vas a utilizar el título, ¿eh?

—Sí. Mira, te he traído el contrato y todos los detalles sobre el sueldo. No es mucho, pero es un ingreso regular y es más de lo que sacaba como conductora de Uber. Las cosas nos están yendo muy bien ahora, Colin. Bueno, dejando aparte lo del tejado —explica pasándole los documentos.

Colin examina los papeles y luego alza la vista y la examina a ella. Intuye que sucede algo. Es muy probable que tenga un aspecto horrible en ese momento: pálida, delgada, angustiada. Como una mujer cuyo cáncer se ha reproducido o que está en la última fase de una adicción letal a la metanfetamina.

Los labios de Colin se tensan. Su actitud cambia. Menea la cabeza.

—Me temo que no podemos postergar más pagos, ni tampoco añadir nada a la hipoteca original. No me lo permitirían. Tengo muy poco margen en estos asuntos.

—Una segunda hipoteca, entonces —propone ella.

Él vuelve a menear la cabeza.

—Lo lamento, Rachel, pero tu casa no es un activo lo bastante seguro para eso. Para decirlo con una sinceridad brutal, se trata sólo de una chabola de playa con pretensiones, ¿no es así? Y ni siquiera estáis propiamente en la playa.

—Estamos en la ensenada. Es una propiedad frente al mar, Colin.

—Lo siento mucho. Sé que Marty y tú hablasteis durante años de remodelarla, pero no lo hicisteis, ¿verdad? No está adaptada para el invierno, no tiene aire acondicionado.

—La parcela de tierra, entonces. Los precios de la propiedad no han dejado de subir.

—Tú estás en la parte más pasada de moda de Plum Island, en el lado occidental, y no en el lado del Atlántico. Justo frente a las marismas y en zona de inundación. Lo lamento, Rachel, no puedo hacer nada por ti.

—Pero... pero tengo este nuevo trabajo.

—El contrato en la universidad es sólo por un semestre. Eres un caso de alto riesgo para el banco... Te das cuenta, ¿no?

—Tú sabes que soy de fiar —insiste ella—. Me conoces, Colin. Casi siempre soy puntual. Pago mis deudas. Trabajo duro.

—Sí. Pero ése no es el problema.

—¿Y qué hay de Marty? Ahora es socio minoritario del bufete. He estado dejando que se saltara los pagos de manutención a causa de la quiebra de Tammy, pero...

—¿Tammy?

—Su nueva novia.

—¿Dices que quebró?

«Mierda», piensa Rachel. Se da cuenta de que eso no la ayudará y trata de pasar de largo a toda prisa.

—Ah, no es nada. Tenía una tienda de chocolate en Harvard Square, y quebró. Tammy no es una mujer de negocios. Creo que sólo tiene unos veinticinco años o...

—¿Cómo es posible perder dinero vendiendo chocolate en la zona más comercial de Nueva Inglaterra?

—No lo sé. Mira, Colin. Somos viejos amigos. Y yo... necesito ese dinero. Lo necesito cuanto antes. Es una emergencia.

Colin se arrellana en su silla.

Ella nota cómo giran los engranajes de su cerebro. Probablemente ha aprendido a identificar a los mentirosos.

—Lo siento, Rachel. De veras que lo siento. Si buscas a un contratista, puedo recomendarte a Abe Foley. Es honesto y trabaja bien y rápido. Es lo único que puedo hacer.

Ella asiente.

—Gracias —dice con tono sumiso, y sale de su despacho totalmente

derrotada.

Jueves, 9.38

Mmm..., esta vez parece diferente.

No hay ninguna prueba, desde luego, de que sea diferente. No tendría por qué serlo. Todos dicen siempre las mismas cosas, actúan igual y luego cumplen las normas a rajatabla. Los seres humanos son previsibles hasta el aburrimiento. Por eso funcionan tan bien los índices de mortalidad.

Es sólo una sensación, nada más. Y ella podría deshacerse de esa sensación fácilmente. Pero esta vez no quiere hacerlo. Quiere conservar ese mal presentimiento, percibirlo, averiguar por qué está ahí. Si esa sensación significa algo, casi seguro que tiene ver con el eslabón actual de La Cadena.

Quizá sería conveniente echar un vistazo a la situación. Abre el archivo encriptado de su ordenador y examina a los protagonistas actuales. Todo parece en orden. El Eslabón Negativo Dos es Hank Callaghan, un dentista y profesor de catequesis de Nashua que ha hecho todo lo que se le ha pedido. El Eslabón Negativo Uno es Heather Porter, una gerente de universidad, también de New Hampshire, que ha cumplido todas las instrucciones. El Eslabón Cero es Rachel O'Neill o, como ahora se llama a sí misma, Rachel Klein: una mujer que antes trabajaba como camarera y conductora de Uber y que pronto empezará a dar clases en una universidad.

¿Será Rachel una manzana podrida?

En realidad, no importa si lo es. La Cadena, como Olly dice siempre, es en gran parte un mecanismo que se regula por sí mismo y que repara su ADN averiado con sólo una pequeña ayuda del exterior.

«No te preocupes. Ya se solucionará por sí solo», solía decir su madrastra. Y tenía razón. En general, todo se solucionaba por sí solo. Al final, ella misma fue

«solucionada», claro.

No, Rachel no será un problema. Ninguno de ellos lo será ni podría serlo. Se acabará sometiendo como todos. Si no, ella y su hija morirán. Y morirán de una forma horrible para servir de ejemplo a los demás.

Jueves, 9.42

En la calle, al salir del banco, reprime las lágrimas y la oleada de pánico que la asalta. ¿Qué va a hacer ahora? No puede hacer nada. Ha fallado nada más empezar. «Ay, Dios mío, mi pobre, mi pequeña Kylie.»

Mira el reloj de su móvil.

Las 9.43.

Se sorbe la nariz, se limpia la cara, inspira hondo y vuelve a entrar en el banco.

—Señora, no puede... —dice alguien al ver que se dirige decidida al despacho de Colin.

Él alza la vista de su ordenador con aire sobresaltado y avergonzado, como si lo hubieran sorprendido buscando una página de pornografía especialmente retorcida.

—Rachel, ya te he dicho...

Ella toma asiento, resistiendo el impulso de saltar por encima del escritorio, ponerle un cuchillo en la garganta y gritar a los cajeros que le den su maldito dinero en billetes no consecutivos.

—Aceptaré cualquier préstamo que ofrezca este banco, por abusivos que sean los intereses. Necesito el dinero, Colin, y no voy a salir de esta maldita oficina hasta que lo consiga.

Rachel sabe que sus ojos tienen un brillo audaz y peligroso de atracadora de bancos. Es como si dijeran: «Mírame, soy capaz de cualquier cosa ahora mismo. ¿De veras quieres empezar el día obligando a los guardias de seguridad a sacarme de aquí a rastras, pataleando y chillando?».

Colin inspira hondo.

—Bueno, mmm..., tenemos un préstamo de emergencia para el hogar de noventa días...

—¿Cuánto puedo conseguir? —lo interrumpe Rachel.

—¿Quince mil dólares cubrirían los gastos de, eh..., tu tejado?

—Sí.

—La tasa de interés estaría por encima de nuestros...

Ella desconecta y deja que le suelte todo el rollo, bla, bla, bla. No le importa la tasa de interés ni los gastos bancarios. Sólo le interesa el dinero. Cuando termina de hablar, sonrío y le dice que le parece todo muy bien.

—He de hacer un poco de papeleo —le informa Colin.

—¿Puedes transferir el dinero directamente a mi cuenta?

—¿Prefieres eso a un cheque?

—Sí.

—Podemos hacerlo así.

—Volveré dentro de una hora para firmar los papeles —dice Rachel. Le da las gracias y sale del banco de nuevo.

Revisa la lista de tareas garabateada a toda prisa. Una lista muy incriminatoria:

1. Rescate.
2. Teléfonos desechables.
3. Buscar el objetivo y la víctima.
4. Comprar pistola, cuerda, cinta adhesiva, etc.
5. Encontrar un sitio para esconder a la víctima.

Está cerca de la biblioteca de Newburyport. Quizá podría investigar un poco sobre el objetivo y la víctima durante esa hora... «Claro que sí, vamos, Rachel, muévete.»

Corre por State Street hasta la biblioteca. Sube a toda prisa los escalones y encuentra un cubículo de estudio vacío en el ala Lovecraft. Antes que nada, busca en Google a la familia Williams de Dover, New Hampshire. Un espeluznante robo con allanamiento que acabó saliendo mal, según la policía.

Una madre, sus dos hijos y su nuevo novio, atados y con un tiro en la cabeza. A los niños los habían matado horas antes que a la madre, así que ella había tenido tiempo de sobra para sufrir y pensar en lo ocurrido.

Aterrorizada, Rachel empieza a buscar posibles objetivos.

¿Cómo la han encontrado a ella? ¿Una aguja en un pajar? ¿El registro de impuestos de propiedad? ¿El perfil de Uber?

Facebook. El maldito Facebook.

Arranca su MacBook Air. Entra en Facebook y se pasa los siguientes cuarenta y cinco minutos repasando nombres y caras de amigos de amigos.

Hay una cantidad impresionante de gente cuyo perfil y mensajes son públicos y puede verlos cualquiera. «George Orwell se equivocaba —piensa Rachel—. En el futuro, no será el Estado el que controle a todo el mundo con un sistema generalizado de vigilancia; será la propia gente la que le haga el trabajo al Estado a base de informar a todas horas de su ubicación, intereses, gustos culinarios, restaurantes preferidos, ideas políticas y aficiones a Facebook, Twitter, Instagram y demás redes sociales. Nosotros somos nuestra propia policía secreta.»

Algunas personas, descubre, actualizan servicialmente sus páginas de Facebook e Instagram cada pocos minutos, brindando a posibles ladrones o secuestradores datos personales temporales y geográficos sobre su paradero.

Aquello es una verdadera mina, y Rachel decide buscar objetivos en el área metropolitana de Boston y las zonas de la costa norte. Hombres y mujeres de éxito que no tienen relación con las fuerzas del orden, que poseen grandes casas pero familias reducidas y que dan la impresión de poder pagar un rescate y continuar La Cadena.

Saca su cuaderno y hace una lista preliminar de candidatos.

Cierra el ordenador, recoge su chaqueta de cuero, se guarda la lista en el bolsillo y vuelve al banco.

Colin la está esperando. Rachel firma los documentos y, al terminar, le dice que aguardará hasta que él haya transferido el dinero a su cuenta. Es cuestión de un momento.

Le da las gracias y se va a una cafetería. Pide un café y se instala en un

reservado del rincón.

Enciende el ordenador, accede a la red wifi gratuita y se descarga el motor de búsqueda Tor, que tiene una pinta tremendamente sospechosa. No obstante, pincha el icono y de repente ya está en la red oscura. Había oído hablar antes de esa red y sabe que ahí se puede comprar cualquier producto prohibido.

Encuentra un sitio para comprar bitcoins. Se lee las instrucciones, abre una cuenta y compra diez mil dólares en bitcoins con su tarjeta Visa. Luego compra otros quince mil con el dinero recién ingresado en su cuenta del First National Bank.

Localiza la cuenta Bitcoin de InfinityProjects y transfiere todo el dinero. La transacción se efectúa en menos de un segundo.

Y, de esta forma, el rescate queda pagado. «Joder.»

¿Y ahora qué? ¿La llamarán? Mira el teléfono y espera. Se toma el café a sorbos, observando a los demás clientes de la cafetería. No tienen ni idea de que viven una vida de ensueño. No tienen ni idea de lo mal que puede ponerse la cosa al otro lado del espejo.

Se arranca un hilo suelto de la blusa.

Suena un pitido en su móvil: otra foto de Kylie, ahora sentada sobre un colchón en un sótano, y un mensaje del número desconocido:

Seguirán nuevas instrucciones. Recuerda: no se trata del dinero, se trata de La Cadena. Pasa a la segunda parte.

«¿“Pasa a la segunda parte”? ¿Eso significa que han recibido el dinero?»
Confía en no haberla fastidiado.

Aunque, claro, ésa era la parte más fácil.

Cierra el Mac, sale del local y se dirige a su coche.

¿Y ahora qué? ¿De vuelta a casa? No, nada de eso. Ahora tiene que conseguir los teléfonos desechables y la pistola, y eso es mejor hacerlo lejos de los vecinos, de las miradas curiosas y las leyes de control de armas de Massachusetts, o sea, cruzando la frontera estatal a New Hampshire.

Se apresura a subir al Volvo, mete la llave y, con un gruñido del embrague y un chirrido de frenos, se pone en marcha hacia el norte.

Jueves, 10.57

En la radio, todo el mundo habla del agente abatido cerca de Plaistow. En New Hampshire sólo se producen cuatro o cinco asesinatos al año, de modo que el caso tiene gran repercusión y está en todas las emisoras.

La noticia la pone nerviosa, así que la apaga.

Nada más cruzar la frontera encuentra lo que estaba buscando: Fred's Firearms, un lugar que dispone de una galería de tiro cubierta y que ha visto un millar de veces sin que se le pasara por la cabeza detenerse.

Hasta hoy. Aparca el Volvo y entra en el local. Aún le duele el estómago por el puñetazo, y tuerce el gesto al caminar.

Fred es un sesentón alto y grueso de aspecto amigable que lleva una gorra John Deere, camisa tejana y vaqueros. Tiene toda la cara picada por la viruela, pero todavía es un apuesto madurito. Su rasgo más característico tal vez sea ese cinto que lleva alrededor de la cintura, con dos semiautomáticas en fundas abiertas. Deben de ser para disuadir a posibles ladrones, imagina Rachel.

—Buenos días, señora —la saluda Fred—. ¿Qué desea?

—Vengo a comprar una pistola. Un arma que pueda guardar en mi habitación para, bueno, ya me entiende, protección personal. Hemos oído que ha habido robos en nuestro barrio.

—¿Es usted de Boston? —pregunta él con una expresión que parece añadir: «la ciudad de Noam Chomsky, de la Harvard Debating Society y de Ted Kennedy».

—De Newburyport —contesta ella, y sólo después se pregunta si tal vez debería haber mentado y dicho otra ciudad.

—Así que quiere una pistola. ¿Un revólver del treinta y ocho o algo así? ¿Un

arma sencilla?

—Sí, exacto. Traigo mi permiso de conducir.

—Introduciré su nombre en el sistema. Hay un período de espera de dos días mientras comprobamos sus datos.

—¿Qué? No, necesito algo cuanto antes —replica procurando no resultar sospechosa.

—Bueno, señora, ahora mismo puedo venderle un rifle o una escopeta, cualquiera de éstas —dice Fred, señalando una hilera de armas. Rachel mide uno setenta y cinco, pero todas esas armas parecen muy grandes para ella, y son demasiado engorrosas para esconderlas bajo el abrigo mientras una se acerca sigilosamente a una pobre criatura.

—¿No tiene algo más pequeño?

El hombre se rasca la barbilla y le lanza una mirada extraña y penetrante. Rachel ahora desearía estar más guapa. A las mujeres atractivas no las miran de esa manera, o no tanto al menos. A los veintitantos, ella se parecía a la Jennifer Connelly de *Hulk*, según Marty, pero ya ha pasado mucho tiempo de eso. Ahora tiene los ojos hundidos y ojerosos, y sus mejillas han perdido el color para siempre.

—La ley establece un límite mínimo a la longitud del cañón, pero ¿qué me dice de una de éstas? —propone el hombre, sacando de debajo del mostrador otra arma: una escopeta de corredera, según dice, una Remington 870 Express Synthetic Tactical.

—Ésta podría servir —responde ella.

—Es de 2015, usada. Se la puedo dejar por trescientos cincuenta.

—Me la llevo.

El hombre hace una mueca de extrañeza. Obviamente, esperaba que ella regateara, pero Rachel está dispuesta a pagar el precio oficial por pura desesperación. Nota que él echa un vistazo al parking y observa que su coche es ese Volvo 240 de color naranja.

—¿Sabe qué? —dice mirándola—. Le voy a dar además una caja de cartuchos y una pequeña clase. ¿Quiere que le enseñe a usarla?

—Sí, por favor.

Fred la lleva a la galería de tiro.

—¿Ha disparado un arma alguna vez? —pregunta.

—No. He tenido un rifle en las manos, en Guatemala, pero no disparé nunca.

—¿En Guatemala?

—En el Cuerpo de Paz. Construyendo pozos. Yo y Marty, mi ex, somos licenciados en Humanidades, así que nos enviaron a la selva a trabajar en un proyecto de irrigación. Nosotros no teníamos ni idea. Íbamos con nuestro bebé, Kylie. Una locura si te paras a pensarlo. Marty dijo que había visto a un jaguar merodeando junto al campamento. Nadie lo creyó en realidad. Y se hirió en el brazo al disparar el rifle.

—Bueno, le enseñaré a hacerlo de forma correcta —dice Fred, y le pasa unas orejeras y le muestra cómo se carga la escopeta—. Colóquela con firmeza contra el hombro. Tiene retroceso, es un calibre veinte. No, no, con mucha más firmeza. Encájela sobre su cuerpo. Si deja un hueco, el arma se le clavará en la clavícula. Recuerde la tercera ley de Newton. Cualquier fuerza provoca otra de igual intensidad en sentido contrario.

Fred pulsa un botón. Un blanco de papel se desliza por una corredera del techo y se detiene a ocho metros de distancia. En la galería se percibe un olor claustrofóbico a pólvora y grasa. El blanco es un hombre de aspecto tenebroso que también lleva un arma. No es un crío aterrorizado.

—Apriete el gatillo. Ahí está, adelante, suavemente.

Obedece, suena un tremendo estampido y resulta que Fred tiene razón sobre la tercera ley de Newton: la culata le golpea en el hombro. Cuando abre los ojos y mira el blanco de papel, ve que ha quedado destruido.

—A ocho metros o menos, no debería tener problema. Si están más lejos y van corriendo, deje que corran. ¿Me sigue?

—Dejas que se acerquen para matarlos o dejas que huyan y llamas a la policía.

Él le guiña el ojo.

—Lo ha pillado a la primera.

Rachel coge la caja de cartuchos y paga con el dinero de la manutención. Le da las gracias a Fred, vuelve al coche y deja la escopeta a su lado, en el asiento

del copiloto. Si la están vigilando de algún modo a través del teléfono móvil, verán que va en serio y que está siguiendo las instrucciones.

Jueves, 11.18

El Hampton Mall es el sitio ideal para comprar los teléfonos desechables. Deja el coche en una plaza del parking, abre el maletero y hurga en su interior buscando la gorra de los Red Sox de Kylie. Su propia gorra de los Yankees llama a veces la atención; una de los Sox o de los Pats pasa desapercibida. La encuentra y se la pone, bajándose la visera sobre la cara.

Cuando suena su móvil, se le encoge el estómago.

—¿Hola? —contesta impulsivamente, sin esperar a ver quién es.

—Hola, Rachel, soy Jenny Montcrief, la tutora de Kylie.

—Ah, Jenny..., hola.

—Queríamos saber cómo está Kylie.

—Sí, perdona, está enferma. Iba a avisar a secretaría.

—Hay que llamar antes de las nueve.

—Así lo haré la próxima vez, lo prometo. Perdona. Hoy no iré al colegio, no se encuentra bien.

—¿Qué tiene?, ¿es algo serio?

—Sólo un resfriado. Espero. Ah..., y también vómitos.

—Ah, vaya. Lo lamento. Espero verla mañana. Corre el rumor de que está preparando una gran presentación sobre Tutankamón.

—Mañana..., no sé. Veremos. Estas cosas son impredecibles. Disculpa, tengo que dejarte, estoy comprándole algo en la farmacia justo ahora.

—¿Cuántos días crees que pasará sin venir?

—No lo sé. He de dejarte. —Está entrando otra llamada. De un número desconocido—. Adiós, Jenny, la niña está enferma y tengo mucha prisa —termina ella, y atiende la llamada entrante.

—Espero que estés trabajando duro, Rachel. Confío en ti. Mi hijo no será liberado hasta que tú consigas que alguien ocupe su lugar —dice la mujer que tiene secuestrada a Kylie.

—Estoy haciendo todo lo que puedo —responde ella.

—Me han dicho que te han enviado un mensaje y te han contado lo de la familia Williams, ¿no?

—Así es.

—Si quieres salir de ésta debes mantener la boca cerrada; de lo contrario, sufrirás las consecuencias igual que ellos.

—Lo haré. Estoy cooperando. Lo estoy haciendo lo mejor posible.

—Sigue adelante, Rachel. Y recuerda: si ellos me dicen que creas problemas, no dudaré en matar a Kylie.

—No digas eso, por favor. Yo...

Pero la mujer ya ha colgado.

Rachel mira el móvil. Le tiemblan las manos. Esa mujer está desquiciada. Kylie se encuentra a merced de una persona que parece al borde de una crisis nerviosa.

Un joven se baja de un coche en la hilera de enfrente. La mira un momento de un modo extraño y luego le dirige una leve inclinación con expresión lúgubre.

¿Es otro de los agentes de La Cadena?

¿Acaso están por todas partes?

Reprimiendo un gemido, guarda el móvil en el bolso y cruza a toda prisa las puertas de cristal del centro comercial.

El Safeway está abierto y rebosa de clientes. Coge una cesta, pasa rápidamente junto a los expositores de productos para Acción de Gracias y encuentra la estantería de esos teléfonos móviles baratos. Escoge uno que tiene buena pinta, un AT&T a un precio irrisorio pero aun así capaz de hacer fotos y grabar en vídeo. Cuesta 14,95 dólares. Mete una docena en la cesta y luego añade un par más. Catorce. ¿Serán suficientes? Sólo quedan otros seis en el estante. Se los lleva también.

Al dar media vuelta ve a Veronica Hart, la excéntrica vecina que vive a cinco casas de la suya en Plum Island. Ay, Dios. La única razón de que haya ido allí

era para no encontrarse con nadie que pudiera reconocerla. Como vea los teléfonos, Veronica le preguntará si se está preparando para el fin del mundo y añadirá que, cuando llegue el Apocalipsis, los zombis destruirán todas las torres de telefonía. Rachel se oculta detrás de los restos de serie de Halloween y espera hasta que la mujer paga y se marcha.

Escanea y paga los teléfonos en la caja automática. A continuación entra en el Ace Hardware y compra cuerda, cadenas, un candado y dos rollos de cinta adhesiva.

El cajero es un moderno con largas patillas a lo Elvis y gafas de sol.

—Treinta y siete con cincuenta —dice.

Ella le da dos billetes de veinte.

—Se supone que usted debería decir: «No es lo que parece» —suelta el tipo.

Rachel no tiene ni idea de qué habla.

—¿Cómo?

—Todo esto —dice él, metiendo las compras en dos bolsas de plástico—. Parece el kit básico de *Cincuenta sombras de Grey*, pero estoy seguro de que hay una explicación más inocente.

La verdadera explicación es mucho más terrorífica.

—No, qué va. Es eso precisamente —repite Rachel, y sale a toda prisa del local.

Jueves, 11.59

Kylie no tiene el móvil, así que no sabe qué hora es, pero intuye que todavía es por la mañana. No oye nada, pero ve luz a través de las pequeñas ventanas del sótano.

Se incorpora dentro del saco de dormir. Hace tanto frío ahí abajo que se ha formado escarcha alrededor de los cristales. ¿Servirá de algo correr sin moverse del sitio?

Contoneándose, se desprende del saco de dormir y se pone de pie con los calcetines sobre el helado suelo de hormigón. Camina hasta donde se lo permite la cadena, que no es muy lejos. Un reducido círculo alrededor del colchón y otra vez de vuelta a la estufa de hierro. ¿Será tan pesado como parece ese armatoste? Se acerca y, de espaldas a la cámara, le da un empujón. No se mueve. Ni un centímetro. Se apresura a meterse en el saco de nuevo y espera acurrucada, aguzando el oído para ver si se abre la puerta del sótano; pero no acude nadie.

Están ocupados. No la están mirando a través de la cámara. O, al menos, no todo el rato. Seguramente la han conectado a un portátil y echan un vistazo de vez en cuando. Aun suponiendo que pudiera mover la estufa, ¿luego qué haría? Aún seguiría encadenada a ese estúpido trasto, plantada al pie de la escalera sin ninguna salida.

Tapada con el saco, examina la esposa que tiene en la muñeca. Apenas hay espacio entre el metal y la piel. Quizá un par de milímetros. ¿Podría quitársela con un margen tan diminuto? Es muy poco probable. ¿Cómo se las arreglaba Houdini? Su amigo Stuart se aficionó a una miniserie sobre el famoso ilusionista y la animó a verla. En realidad, Kylie no recuerda que Houdini se quitara nunca una esposa de la muñeca en una de sus maniobras de escapismo. Él abría

siempre los cerrojos con una llave oculta. Si logra salir de ésta, debería aprender algunas técnicas de supervivencia de ese tipo. Autodefensa, apertura de cerraduras. Vuelve a examinar de cerca la esposa. Hay unas palabras —«Peerless Handcuff Company»— grabadas en el metal, justo debajo del diminuto ojo de la cerradura. Tan sólo se introduce la llave, se gira en sentido horario o antihorario y la esposa se abre. Lo que necesita es algo que actúe como llave y accione el mecanismo. La cremallera del saco no sirve. El lápiz que le han dado para dibujar tampoco. Nada de lo que hay en la caja sirve, salvo quizá...

Mira el tubo de pasta de dientes. ¿De qué está hecho? ¿De metal?, ¿de plástico? Le consta que las pinturas al óleo vienen en tubos de metal, pero ¿la pasta dentífrica? La examina con atención, pero no consigue averiguarlo. Es Colgate Protección Anticaries. Da la impresión de ser un tubo viejo que han tenido guardado en una habitación de invitados durante años. ¿Podría usar el extremo puntiagudo de la base para abrir la esposa?

Lo introduce en la cerradura y no le parece del todo imposible. Tendrá que arrancar con mucho cuidado la base del tubo y procurar confeccionar con ella una llave. Esa mujer la matará si intenta escapar. Tratar de escapar es una posibilidad remota y peligrosa, sin duda. Pero es mejor que nada.

Jueves, 12.15

Hay un hombre de baja estatura plantado frente a su puerta. La escopeta sigue en el asiento del copiloto. Rachel se detiene en su plaza de aparcamiento y se dispone a cogerla. Baja la ventanilla y se coloca la escopeta en el regazo.

—¿Hola? —pregunta inquisitiva.

El hombre se vuelve. Es el viejo doctor Havercamp, que vive dos casas más abajo, en la ensenada.

—Hola, Rachel —responde él con alegría, con su acento rural de Maine.

Ella deja de nuevo la escopeta en el asiento del copiloto y se baja del coche. El doctor Havercamp tiene algo en la mano.

—Me parece que esto es de Kylie —dice—. Está su nombre en la tapa.

A Rachel le da un brinco el corazón. Sí, es el iPhone de Kylie; a lo mejor le proporciona alguna pista sobre su paradero. Se lo arranca al hombre de las manos y lo enciende, pero lo único que aparece es el salvapantallas: una foto de Ed Sheeran tocando la guitarra y el recuadro para introducir la clave de cuatro dígitos. Rachel no sabe el pin y está segura de que no podrá adivinarlo. Si te equivocas tres veces, el teléfono se bloquea automáticamente durante veinticuatro horas.

—Sí, es verdad, es el móvil de Kylie. ¿Dónde lo ha encontrado? —pregunta adoptando un tono despreocupado.

—En la parada del autobús. Estaba paseando a *Chester* y de repente me he dicho: «Eso es un teléfono», y lo he recogido y he visto el nombre de Kylie en la tapa de detrás. Debe de habersele caído mientras estaba esperando el autobús.

—No sabe lo aliviada que se sentirá. Muchas gracias.

Rachel no lo invita a pasar ni le ofrece un café, lo que constituye casi un

delito capital en esa parte de Massachusetts, pero ahora no tiene tiempo que perder.

—Mmm, bueno, será mejor que me vaya, tengo que achicar agua del fondo de la barca. Cuídese —dice el hombre.

Ella observa cómo desciende entre los juncos hacia su barca.

Cuando ha desaparecido, lleva la escopeta y las demás cosas a la casa, se sirve un vaso de agua del grifo y enciende su Mac. La pantalla cobra vida y ella la mira con suspicacia por un momento. ¿La están vigilando a través de la webcam del Mac y de la cámara del iPhone? En alguna parte leyó que Mark Zuckerberg había puesto un trozo de cinta aislante sobre la cámara de todos sus dispositivos como medida de precaución. Coge cinta adhesiva del cajón de la cocina y hace lo mismo: tapa la cámara del móvil, del Mac y del iPad.

Se sienta a la mesa de la sala de estar.

«Y, ahora, manos a la obra.»

¿Tiene que secuestrar a un crío? Suelta una risotada amarga. ¿Cómo demonios lo va a hacer? Es una locura. Una auténtica locura.

¿Cómo va a hacer algo semejante?

Vuelve a preguntarse por qué la han escogido a ella. ¿Qué habrán visto en su personalidad para creer que sería capaz de un acto tan malvado como secuestrar a un niño? Ella siempre ha sido una buena chica. Una alumna de sobresaliente en el Hunter College de secundaria. Superó sin problemas el examen de admisión y la entrevista en Harvard. No corre cuando conduce, paga sus impuestos, no llega tarde a ninguna parte, se muere de vergüenza si le ponen una multa de aparcamiento. ¿Y ahora se supone que debe hacer lo peor que se le puede hacer a una familia?

Mira por la ventana. Hace un día precioso y despejado de otoño. La bahía está llena de pájaros y algunos pescadores cavan para buscar cebo en los pantanos. Esa franja de Plum Island constituye un microcosmos dentro de Massachusetts. En ese lado de la bahía están las casas más pequeñas sobre las marismas; al otro lado se encuentran las mansiones de verano, ahora vacías, que miran hacia las grandes olas del Atlántico. En la zona oeste todo el mundo es de clase trabajadora: bomberos, profesores y pescadores de cangrejos que viven allí todo

el año. El este empieza a llenarse de ricos veraneantes en mayo o junio. Marty y Rachel pensaron que vivirían más seguros allí. Más que en Boston... Vaya chiste. Nadie está a salvo del todo. ¿Por qué fueron tan ingenuos como para creer que uno puede vivir a salvo en cualquier parte de Estados Unidos?

Marty. ¿Por qué no le ha devuelto la llamada? ¿Qué demonios está haciendo en Augusta?

Saca la lista de nombres que ha seleccionado en Facebook y empieza a repasarlos de nuevo.

Todas esas caras sonrientes.

Un niño o una niña sonriente al que apuntará con un arma y meterá a rastras en el coche. ¿Y dónde va a esconder a esa pobre criatura, por el amor de Dios? Su casa está totalmente descartada. Las paredes son de madera. No están insonorizadas. Si alguien se pone a gritar, lo oirán media docena de vecinos. Y tampoco dispone de un desván o un sótano como es debido. Como ha dicho Colin Temple, su casa no es más que una chabola de playa con pretensiones. ¿Tal vez podría alojarse en un motel? No, qué disparate. Demasiadas preguntas.

Contempla por la ventana las grandes casas del otro lado de la ensenada y de repente se le ocurre una idea mucho mejor.

Jueves, 12.41

Entra corriendo en su dormitorio, se quita la falda y se pone unos vaqueros y unas zapatillas. También el suéter rojo, la gorra de los Red Sox de Kylie y una sudadera con capucha. Abre las puertas cristaleras y sale al patio.

Echa a andar por el sendero de arena que discurre junto a la bahía entre los juncos.

Viento frío, algas podridas, murmullo de radios y televisores de las casas situadas frente al mar.

Se mantiene cerca de la orilla hasta que ha recorrido la mitad de la ensenada por el lado del océano. Luego sigue por Northern Boulevard y, procurando pasar desapercibida, empieza a explorar las mansiones de primera línea frente al Atlántico.

Ya no quedan veraneantes a esas alturas, pero ¿cuáles de esas casas son de vacaciones y cuáles de residentes? Ahora que Plum Island dispone de agua corriente y alcantarillado, hay más gente que vive allí todo el año; pero los ricos de toda la vida son criaturas de costumbres: llegan el Día de los Caídos y levantan el vuelo el Día del Trabajo, como los jilgueros.

Comprobar si una casa está ocupada es cuestión de un momento: luces, coche en el sendero de acceso, voces. Ver si está vacía, pero sólo temporalmente, también es bastante fácil: luces apagadas, ningún coche en el sendero, pero el buzón rebosante de correo y la llave del gas todavía abierta.

Comprobar si una casa está vacía y va a seguir así durante un tiempo resulta algo más complicado, pero tampoco tanto como podría suponerse. Luces apagadas, electricidad cortada, señal inalámbrica desactivada, ninguna carta en el buzón y llave del gas cerrada. Aunque podrían ser de esos domingueros que

trabajan en Boston o Nueva York de lunes a viernes y que aparecen el sábado por la mañana con sus botas y sus abrigos de marca. Y se llevarían una sorpresa si encontraran a una extraña en la cocina junto a un niño atado a una silla.

Lo que ella está buscando es una casa bien preparada para el invierno. Los ciclones del nordeste son bastante violentos en esa época, y aunque la mayoría de las casas que miran al océano están sobre las dunas, por encima del nivel del mar, con marea alta y tormenta las olas pueden azotar los patios y romper esas ventanas carísimas de vidrio. Por ese motivo, si los propietarios no piensan volver hasta las Navidades o la primavera, cubren con tablones de madera todas las ventanas que dan al este.

Eso es lo que han hecho en varias de las casas más grandes, y hay una que le gusta especialmente a Rachel. Es de ladrillo, cosa insólita, porque casi todas las demás construcciones de la isla son de madera. Y aún mejor que las paredes de ladrillo es el hecho de que cuenta con un sótano subterráneo de verdad. Lo cual le revela que fue construida antes de 1990, cuando se introdujeron las leyes que establecían que todas las casas de Plum Island debían estar construidas a prueba de inundaciones, es decir, sobre pilares elevados por encima del suelo.

Rachel rodea esa casa tan prometedor, estudiando el terreno. Las ventanas que dan al mar están tapiadas, y también las laterales. Salta la cerca e inspecciona la caja de fusibles y las conducciones. El gas y la electricidad están cortados, y no hay nada en absoluto en el buzón: es evidente que están reenviando todo el correo, o reteniéndolo en la oficina postal. Según el rótulo del buzón, la casa pertenece a los Appenzeller. Los conoce un poco. Una pareja mayor. Él, un hombre de sesenta y muchos de Boston, profesor jubilado de química. Su esposa, Elaine, es algo más joven, de cincuenta y tantos. Es el segundo matrimonio de ambos. Si Rachel no recuerda mal, pasan el invierno en Tampa.

Tras rodear la casa, sube al patio trasero, que mira hacia el este. Está protegido por una valla, lo que significa que puedes sentarte ahí sin que te vea nadie, salvo quienes pasan por la playa. En esa época, no demasiada gente.

Por la entrada de atrás se accede a la cocina. Hay una puerta mosquitera, que se abre en cuanto da un buen tirón, y luego la puerta propiamente dicha, provista

de un pomo vulgar.

Lo examina de cerca y saca una fotografía con el móvil. Pasa diez minutos buscando la imagen en Google y descubre que es un pomo Schlage faux Georgian F40, que, según varias páginas de cerrajería, puede desmontarse incrustando una gubia directamente en el mecanismo con un martillo.

Lo inquietante, sin embargo, es la pegatina de la ventana de la cocina, que dice que la casa está protegida con Atomic Alarms. Al abrir la puerta trasera, tal vez tendrá treinta segundos para encontrar la caja de la alarma y, si no introduce el código a tiempo, se armará un alboroto, ¿no? La pegatina de Atomic Alarms, no obstante, parece muy antigua. Era azul reluciente en su día y ahora es de un gris desvaído. ¿Seguirá funcionando la alarma con la electricidad cortada?

Hay otro gran problema con esa casa. Los Appenzeller están justo al lado de una de las muchas sendas a través de las dunas que llevan a la playa de Plum Island. A esa hora no hay nadie, pero Rachel se imagina que a primera hora de la mañana debe de pasar gente que sale con el perro o que da su paseo diario. A un crío que esté gritando como un loco lo oirán con toda seguridad, a menos que pueda insonorizar el sótano. Quizá serviría un tablón grande sobre la ventana del sótano, aunque no sería una solución perfecta. Recuerda la advertencia de Voltaire de que lo mejor es enemigo de lo bueno. Podría pasarse una semana buscando la mejor casa vacía disponible: una semana durante la cual Kylie seguiría sufriendo en una mazmorra improvisada. Aparte de la pegatina y de la senda de paso, la casa de los Appenzeller es casi ideal. Está un poco apartada de las demás en ese tramo, y queda en parte aislada por las dunas. Se encuentra a unos quince metros de la carretera y, además, los Appenzeller han plantado una hilera de cipreses para protegerse del sol de poniente.

Se sienta en una de las sillas Adirondack del porche trasero y marca el número de Newbury Home Security.

—NHS, aquí Jackson, ¿en qué puedo ayudarle? —responde un hombre con un acento muy pronunciado.

—Ah, hola. ¿Podría aclararme una cuestión sobre alarmas?

—Lo intentaré.

—Me llamo Peggy Monroe. Vivo en la isla. Resulta que mi hija ha de sacar al

mastín napolitano de Elsie Tanner mientras ella está fuera. Elsie le dio la llave, pero mi hija dice que hay una vieja pegatina de Atomic Alarms en la ventana y que teme que se dispare la alarma cuando abra la puerta. ¿Alguna idea?

Rachel no está acostumbrada a mentir. No sabe si es mejor decir lo mínimo posible, o ser locuaz y dar nombres y detalles para disipar sospechas. Ha optado por ese último sistema y teme haberla pifiado, hasta que Jackson suelta un bostezo.

—Bueno, señora, yo puedo ir allí si quiere y echar un vistazo, pero le costará como mínimo cincuenta dólares.

—¿Cincuenta dólares? Eso es más de lo que mi hija va a cobrar por pasear al perro.

—Ya, me lo imagino. Mire, me parece que su hija no debería tener problemas. Atomic Alarms cerró en los años noventa. Breeze Security se quedó con casi toda su clientela, pero los tipos de Breeze se encargaron de retirar todas las viejas pegatinas de Atomic de las ventanas. O sea que, si hay una pegatina de Atomic Alarms, lo más probable es que la alarma no esté conectada. ¿Su hija ha visto alguna pegatina más reciente?

—No.

—Pues me parece que puede estar tranquila. Si hubiera problemas, vuelva a llamarme e iré a ver qué se puede hacer.

—Muchas gracias.

Rachel regresa a su casa, al otro lado de Plum Island, y encuentra un martillo y una gubia en la vieja caja de herramientas de Marty: una caja que él nunca ha usado para nada, en realidad. El ingeniero, el mecánico y el manitas de la familia es su hermano Pete, no Marty. Cuando se mudaron allí, fue Pete quien se encargó de hacer habitable la casa durante un descanso entre sus misiones militares.

Se le encoge bruscamente el corazón. Pete se moriría si le pasara algo a Kylie. Tío y sobrina se adoran. Rachel nota que se le vuelven a llenar los ojos de lágrimas y las reprime con firmeza. Llorar no servirá para recuperar a Kylie.

Mete el martillo y la gubia en una bolsa de deporte y coge una linterna. Por si acaso, se lleva también la escopeta. Cabe justo dentro de la bolsa.

Empieza a lloviznar mientras camina por el sendero de la ensenada. El cielo se ha vuelto gris y hay unos amenazadores nubarrones negros hacia el oeste. La lluvia no le viene nada mal. Mantendrá a raya a los que sacan a pasear al perro y a cualquier entrometido.

Se pregunta si tendrán a Kylie en un sitio seguro y cálido. Es una niña delicada. Necesita que la cuiden. Rachel aprieta el puño y se golpea el muslo. «Ya voy, Kylie, ya voy, ya voy...» Se pone la capucha y camina por Northern Boulevard hasta la casa de los Appenzeller. Sí, esos cipreses de la parte delantera son una estupenda barrera para ocultar las cosas infames que puedan suceder dentro. Cruza la senda arenosa y vuelve a saltar la valla. Examina la ventanita rectangular del sótano, que asoma medio palmo por encima del suelo. Mide noventa centímetros de largo y treinta de alto. Da unos golpecitos en el cristal: no parece muy grueso, pero si se cubre con una lámina acrílica o un tablón robusto, quizá sea posible amortiguar los ruidos del interior de forma efectiva.

Rodea la casa hasta el porche trasero y abre la puerta mosquitera. Se le acelera el corazón. Parece una locura hacer eso a plena luz del día, pero tiene que espabilar.

Saca el escoplo de la bolsa y lo sitúa justo en el orificio de la cerradura. Alza el martillo y golpea con fuerza. Suena un chasquido metálico, pero el pomo no gira cuando intenta abrir. Coloca otra vez el escoplo en posición y golpea con mucha más fuerza. Esta vez le falla la puntería y el martillo se estrella en la puerta de madera.

«Joder, Rachel.»

Vuelve a alzar el martillo y golpea por tercera vez. Toda la pieza central del mecanismo cede y salta por los aires. Deja las herramientas en el suelo e intenta abrir con cautela.

El pomo gira y, cuando empuja, la puerta se abre rechinando.

Saca la escopeta y la linterna de la bolsa y, temblando de pies a cabeza, se desliza dentro.

Jueves, 13.24

Se queda inmóvil en el umbral de la casa que acaba de allanar. Treinta segundos de angustia.

No sale ningún perro. No suena la alarma. Nadie grita.

No es suerte: ha explorado bien el terreno.

La casa está vacía y huele a moho. Hay una fina capa de polvo sobre las superficies de la cocina. No ha habido nadie allí desde principios de septiembre. Cruza la puerta de la cocina, la cierra a su espalda y empieza a inspeccionar la vivienda.

Tres pisos sin interés y un sótano muy interesante con suelo de hormigón y paredes de ladrillo. No hay nada ahí abajo, aparte de una lavadora, una secadora y una caldera. La casa se sostiene con una serie de pilares de hormigón: podría encadenar a alguien a uno de ellos, piensa con indignación. Examina la pequeña ventana situada sobre la secadora. La tapaná con un tablón que puede comprar en la ferretería. Se estremece con una mezcla de fascinación y repugnancia. ¿Cómo puede pensar de ese modo en una cosa así? ¿Son los efectos de la conmoción?

Seguro.

Eso vuelve a traerle el recuerdo de los días de la quimio. El entumecimiento. La sensación de precipitarse por un abismo, de caer y caer sin ver el final.

Sube de nuevo y sale por la cocina, cerrando la puerta trasera y la mosquitera. Comprueba que no hay nadie que la haya podido ver antes de bajar por los escalones a la playa. Regresa entre la llovizna y la espuma de mar arrastrada por el viento.

Una vez en casa, abre su MacBook en la mesa de la sala de estar y empieza a repasar las cuentas de Facebook de su lista de posibles objetivos.

Seleccionar el objetivo apropiado es muy importante. No sólo debe escoger a la víctima adecuada, sino también a la familia adecuada. Gente que no pierda los nervios ni acuda a la policía, que tenga dinero para pagar el rescate y que sea emocionalmente capaz de ejecutar un secuestro para recuperar a su hijo.

Se pregunta una vez más por qué la han escogido. Ella no se habría elegido a sí misma. Ni hablar. Habría escogido a alguien mucho más estable. Quizá a una pareja casada con dinero.

Coge su bloc de notas y apunta una serie de criterios para reducir la larga lista de candidatos. Nadie que la conozca y que pueda reconocer su voz. Nadie de Plum Island ni de las localidades vecinas. Pero tampoco nadie que viva demasiado lejos. Nadie de Vermont, Maine o el sur de Boston. Gente con dinero. Gente estable. Nada de policías, periodistas o políticos.

Repasa los nombres y los rostros y vuelve a asombrarla lo dispuesta que está la gente a exponer toda su vida en la web, a la vista de cualquiera. Direcciones, teléfonos, trabajo, número de hijos, colegios, así como las aficiones y las actividades de cada cual.

Cree que niño es la mejor opción. La más manejable. La menos capaz de resistirse o escapar y la que más tocará la fibra sensible de sus allegados. Pero, por otro lado, los niños hoy en día están muy vigilados. Quizá resulte complicado llevarse a uno sin que nadie lo vea.

—No en el caso de la mía. Cualquiera ha podido llevarse a Kylie —dice sorbiéndose la nariz.

Entra en Facebook, Instagram y Twitter y aplica todos los criterios. Reduce su larga lista a un grupo de cinco chicos. Los ordena por orden de preferencia:

1. Denny Patterson, de Rowley, Massachusetts.
2. Toby Dunleavy, de Beverly, Massachusetts.
3. Belinda Watson, de Cambridge, Massachusetts.
4. Chandra Singh, de Cambridge, Massachusetts.
5. Jack Fenton, de Gloucester, Massachusetts.

«No puedo creer que esté haciendo esto», reflexiona. Y, desde luego, no tiene

por qué hacerlo. Podría llamar a la policía o al FBI.

Se toma un tiempo para considerar la idea. Para pensarla de verdad. Los del FBI son profesionales, pero la mujer que tiene a su hija no teme a las fuerzas del orden: teme a La Cadena. La persona que la precede en La Cadena tiene a su hijo. Y si Rachel no colabora, sus instrucciones son matar a Kylie y seleccionar a un nuevo objetivo. La mujer parecía cada vez más desquiciada, y a Rachel no le cabe duda de que hará cualquier cosa para recuperar a su hijo...

No, nada de FBI. Además, cuando ella haga la misma llamada que la mujer le ha hecho a ella, tendrá que parecer igual de decidida y peligrosa.

Echa un vistazo a las notas que ha tomado de sus objetivos. El número uno tiene muy buena pinta: Denny Patterson. Doce años. Vive con su madre, Wendy, en Rowley. Madre soltera, el padre no aparece. No tiene problemas económicos. Parece gozar de una buena posición, de hecho.

Rachel reflexiona sobre ese punto. ¿Qué quieren los organizadores de La Cadena? Lo más importante es que La Cadena continúe. Algunas personas de la lista serán más ricas que otras, pero más crucial que su riqueza es el hecho de que sean lo bastante inteligentes y discretas como para añadir otro eslabón y mantener el sistema en marcha. Cada eslabón individual de La Cadena es único. Los objetivos deben tener dinero, pero también ser competentes y manejables. Y estar asustados. Como ella ahora mismo. Un eslabón fuerte con pocos dólares en el banco es mejor que un eslabón frágil, aunque sea millonario.

Kierkegaard decía que el aburrimiento y el miedo están en la raíz de todo mal. La gente que hay detrás de La Cadena quiere el dinero de los rescates, pero teme sobre todo al individuo que podría desbaratar e interrumpir el montaje.

Ella no va a ser esa persona.

Volviendo a Denny, la madre tenía una empresa que fue adquirida en su día por AOL. Adora a su hijo, no para de alardear de él. Además, parece una mujer dura y no es probable que se desmorone. Cuarenta y cinco años. Ha corrido el maratón de Boston dos veces: en 2013 y otra vez el año pasado. Con mejor marca: cuatro horas y dos minutos.

A Denny le gustan los videojuegos, Selena Gómez, el cine. Y, lo mejor, desde el punto de vista de Rachel, es que está loco por el fútbol. Entrena tres veces a la

semana después del colegio, y a menudo vuelve a casa andando.

A pie.

Pelo rizado, guapo, un niño normal. Sin alergias, sin problemas de salud, no muy alto para su edad. Parece más bajo que la media, a decir verdad. Desde luego, no debe de ser el portero de su equipo.

La madre tiene una hermana en Arizona. El padre no está allí; vive en Carolina del Sur. Casado en segundas nupcias.

Ninguna conexión policial o política en la familia.

Wendy ha abrazado el futuro digital. Anuncia en Instagram o en Twitter dónde está y qué hace casi a cada minuto del día. Así que, si va a espiar al chaval en el entreno, Wendy la informará con puntualidad de dónde se encuentra ella.

El Objetivo 1 suena muy prometedor. Ahora examina al Objetivo 2: Toby Dunleavy, doce años también, de Beverly. Tiene una hermana pequeña. La madre actualiza constantemente todos los datos en Facebook.

Entra en la cuenta de Facebook de Helen Dunleavy. Una rubia agradable y sonriente de unos treinta y cinco años. «No estoy loca: estoy demasiado ocupada para serlo» son las palabras que figuran bajo la foto. Helen vive en Beverly con su marido, Mike, y sus hijos, Toby y Amelia. Mike es consultor de gestión en Boston, en Standard Chartered. Helen es profesora a tiempo parcial en el jardín de infancia de la escuela elemental North Salem.

Amelia tiene ocho años, cuatro menos que Toby. Rachel revisa los posts. Helen trabaja dos mañanas a la semana en el jardín de infancia y el resto del tiempo parece emplearlo en informar a sus amigos de Facebook de las actividades de la familia. Mike Dunleavy trabaja al parecer muchas horas en Boston y la mayoría de las noches no vuelve hasta muy tarde. Rachel se entera de este detalle porque Helen publica posts sobre el tren con el que Mike regresa a casa y sobre si va a dejar que los niños se queden a esperarlo o no.

El currículum de Mike lo encuentra en LinkedIn. Tiene treinta y nueve años, nació en Londres y luego vivió en Nueva York. Carece de relaciones políticas o policiales y parece bastante estable. Le gusta el fútbol y, antes de meterse en la consultoría, trabajó en subastas. Su hazaña estelar fue vender una lata de *Merda d'artista* de Piero Manzoni.

Helen es la segunda de tres hermanas. Las otras dos son amas de casa: una casada con un abogado; la otra, divorciada de un científico de la alimentación. A los niños los recogen del colegio sin falta todos los días, pero lo que vuelve atractivo a Toby es que acaba de empezar clases de tiro con arco. Va dos veces a la semana al club de arco de Salem.

Ésa es su nueva pasión. En su página de Facebook hay un enlace a un adorable vídeo suyo de YouTube tirando con arco a diversos blancos mientras suena de fondo la canción *Here Comes the Hotstepper* de Ini Kamoze. Y lo más fantástico es que Toby vuelve andando a casa desde el club. Él solo. Es un buen chico. «Los niños deberían moverse más por su cuenta», piensa Rachel, y de repente es consciente de que ella misma constituye ahora uno de los motivos de que existan padres controladores y excesivamente protectores.

Tanto el Objetivo 1 como el Objetivo 2 parecen prometedores, y aún le quedan otros tres aspirantes muy sólidos.

Hace un alto en su investigación y se dirige a la ciudad para pasar por la ferretería. En el coche, empieza a sonar su móvil.

—¿Hola?

—Hola, ¿podría hablar con Rachel O'Neill, por favor?

—Soy yo.

—Hola, Rachel. Yo soy Melanie, del departamento de fraudes del Chase Bank. Quería avisarla de un movimiento inusual en su Visa esta mañana.

—Dígame.

Melanie le hace unas preguntas para verificar su identidad y luego va al grano:

—Al parecer, alguien ha utilizado su tarjeta para adquirir bitcoins por valor de diez mil dólares. ¿Sabe algo de eso?

—No habrán parado la transacción, ¿no?

—No, no la hemos parado, pero nos preguntábamos...

—He sido yo. Está todo en orden. Es una inversión que estoy haciendo con mi marido. Oiga, me pilla ocupada ahora mismo, tengo que dejarla.

—Entonces ¿no ha habido ninguna actividad inusual?

—No, nada inusual. Todo va bien. Pero gracias por llamar. He de dejarla.

Adiós —dice Rachel, y cuelga.

En la ferretería, compra un tablón para la ventana del sótano de los Appenzeller. Ya en el trayecto de vuelta, la llama Marty. «¡Por fin!»

Ella hace un esfuerzo para no romper a llorar al oír su simpático y animoso: «Hola, guapa».

Por alguna razón, no hay manera de odiar a Marty por muchas ganas que tengas. Es algo que tiene que ver con sus ojos verdes y su pelo ondulado oscuro. Rachel recuerda que su madre le advirtió que era un granuja, pero ese tipo de comentarios siempre se acaban volviendo contra las madres.

—Tammy ha dicho algo de unas goteras, ¿no? —indica Marty.

—¿Cómo?

—El tejado. Tammy dice que entraba la lluvia.

—¿Dónde estás, Marty? —pregunta Rachel, y poco le falta para añadir: «Te necesito».

—Estoy en Augusta. Hemos venido a un retiro.

—¿Cuándo vuelves?

—Llegaré el viernes por la tarde para recoger a Kylie para el fin de semana, no te preocupes.

Rachel ahoga un sollozo.

—Ay, Marty —susurra.

—Es mañana, guapa. Aguanta.

—De acuerdo.

—Esto no es por el tejado, ¿no? ¿Qué sucede? Hay algún problema, ¿verdad? Cuéntame.

«¿Aparte de que me estoy muriendo y de que han secuestrado a nuestra hija?», está a punto de decir ella, pero no llega a hacerlo. Se contiene porque Marty no entendería la situación e iría directo a la policía.

—¿Es por el dinero? No me he portado bien, ya lo sé. Pero cambiaré, te lo prometo. ¿Tienes a algún contratista?

—No —contesta Rachel con tono apagado y monocorde—. No tengo ninguna ayuda.

—¿Son graves las goteras?

—No lo sé.

—Mira, he echado un vistazo al boletín meteorológico. Ningún albañil va a salir a trabajar esta tarde en mitad de la lluvia. Quizá Pete podría echar una mano, ¿no?

—¿Pete? ¿Dónde está?

—En Worcester, creo.

—Le enviaré un mensaje. Supongo que me dejarán.

—¿Cómo? ¿Quién tiene que dejarte?

—No, nadie. Sí, tal vez llame a Pete. Lo pensaré.

—De acuerdo. Ahora he de dejarte, ¿vale?

—Vale, Marty —asiente ella tristemente.

—Adiós —dice él, y cuelga.

Sin su calmante voz de barítono, el coche vuelve a sumirse en un gélido silencio.

Jueves, 14.44

A menos que seas un cazador con arco, un parapléjico o un aficionado a las armas de fuego antiguas, o que tengas menos de dieciocho años, la temporada de caza de ciervos en Massachusetts no empieza hasta el 27 de noviembre.

A Pete, sin embargo, nunca lo ha convencido demasiado la lógica de las vedas de caza de Massachusetts, ni tampoco la mayoría de las leyes, normas y ordenanzas.

Sabe que, si lo pillan los guardabosques o el sheriff, podría llevarse una multa o algo peor. Pero los guardabosques no lo van a pillar. Pete se conoce esos bosques del oeste de Worcester tal como otras personas conocen bares de la zona o la rotación de las chicas en el Hurricane Betty's. Ha cazado por allí desde que era niño. Es verdad que tiene los sentidos un poco embotados debido a sus problemas actuales, pero aun así ningún ayudante de sheriff ni ningún guardabosque con chaleco reflectante va a sorprenderlo.

Con frecuencia piensa en mudarse a Alaska, donde aún encontraría menos guardabosques y ayudantes de sheriff, pero Kylie lo retendrá en el estado al menos hasta que se vaya a la universidad. Es su única sobrina, y la adora. Se envían mensajes casi a diario, y es él quien la lleva a ver el tipo de películas que su madre no soporta.

Pete sigue al gran ciervo hacia las profundidades del bosque de abedules. El animal no tiene ni idea de que lo acechan, porque él está situado contra el viento y avanza entre los árboles en completo silencio. Pete es muy bueno en esas cosas. En el ejército fue oficial de ingeniería, pero, tras un par de años construyendo puentes bajo fuego de mortero, se tomó un período sabático para asistir al curso básico de reconocimiento en Camp Pendleton y acabó siendo uno

de los primeros de su clase. Los jefazos querían trasladarlo a un batallón de reconocimiento, pero él sólo lo había hecho para probarse a sí mismo.

Avista al viejo ciervo y lo apunta con el rifle bajo el corazón, pero justo cuando se dispone a apretar el gatillo, el móvil le vibra en el bolsillo. «Debería haberlo apagado —piensa—. No imaginaba que hubiera cobertura aquí.»

Mira la pantalla. Dos mensajes nuevos, uno de Rachel y otro de Marty. Ambos preguntando lo mismo: ¿Dónde estás?

Intenta responder a Rachel, pero el mensaje no se envía. No hace caso del texto de Marty. No es que lo deteste, pero tienen muy poco en común. Se llevan seis años de edad, y para cuando Marty caminaba, hablaba y empezaba a volverse interesante, Pete ya estaba deseando largarse de casa. Y vaya si se largó. A los doce años, tomó «prestado» el Chevy Impala del vecino y recorrió todo el trayecto hasta East Franklin, Vermont. Se dirigía a Montreal, nada menos, pero lo pararon en la frontera canadiense y lo detuvieron.

No pasó nada. Absolutamente nada. El juez le soltó el sermón de costumbre. Después de lo cual Pete robó más coches, pero con más cuidado. Sin tratar de cruzar la frontera, sin hacer carreras. En secundaria se juntó con una pandilla de gamberros, pero a nadie le importaba mientras mantuviera un notable de promedio, cosa que hacía. El colegio lo aburría, pero aun así consiguió que lo aceptaran en la Universidad de Boston para estudiar Ingeniería Civil. Durante la carrera, mantuvo a duras penas un promedio de suficiente. Se pasaba casi todo el tiempo jugando con un nuevo software de diseño con el que creaba extravagantes puentes en suspensión que jamás podrían construirse y anticuados puentes voladizos que no interesaban a nadie. Se graduó en mayo de 2000 sin planes ni ideas concretas para el futuro.

Se trasladó a Nueva York e intentó ganarse la vida como experto en ciberseguridad en la incipiente World Wide Web. Todo el mundo decía que internet era la nueva fiebre del oro, pero Pete no debió de buscar en los ríos virtuales adecuados. Apenas sacaba lo bastante para atender los pagos de su crédito estudiantil.

Y un año más tarde se produjo el 11-S.

Él fue a la mañana siguiente a Times Square. Nadie que estuviera entonces en

Nueva York olvidará ese día. Era un nuevo mundo. Frente a la garita de reclutamiento de Times Square se extendía una cola que llegaba a la calle Treinta y Cuatro. El abuelo de Pete había estado en la marina. Con su título de Ingeniería y su formación, los funcionarios de reclutamiento le recomendaron lo mismo. Pete escogió. Y ésa fue su vida durante los trece años siguientes. Escuela de Cadetes de Oficiales, ingenieros de combate, siete misiones en el exterior, cinco conflictos armados. Después del ejército, había viajado un tiempo y finalmente se había mudado a Worcester.

Ahora ese capítulo de su vida ha concluido. Ahora sólo es un desempleado más de cuarenta años que necesita cazar algún venado gratis para pasar el invierno.

El ciervo inclina su enorme cabeza para beber en un riachuelo. Tiene una cicatriz a lo largo del flanco izquierdo. Ambos han estado en la guerra. Pete dispone de un tiro claro, pero algo le dice que el ciervo va a tener que esperar. Le ha entrado un presentimiento. Algo pasa. Algo va mal.

Vuelve a mirar los mensajes de texto: ¿Dónde estás?

«¿Se habrá metido Rachel en un lío?» Se echa el rifle al hombro y mira a su alrededor por si hay algún trecho un poco más elevado donde conseguir cobertura, pero ahora su móvil dice que sólo le queda un uno por ciento de batería.

Sube por el repecho que queda por encima de la cascada y trata de mandar desde allí un mensaje, pero su teléfono, por supuesto, se queda definitivamente muerto antes de completar el proceso. El gran ciervo se vuelve para mirarlo. Se miran el uno al otro durante tres segundos.

Espantado, el animal se escabulle entre los árboles. Pete observa con pena cómo desaparece. Pone el seguro del rifle y echa a andar hacia la camioneta.

Y ahora se le empieza a poner la carne de gallina. ¿Tan tarde es? Contempla el cielo. No es posible que sean las tres. Pero es evidente que sí lo son. Camina entre los árboles otoñales y encuentra la camioneta intacta en el cortafuegos. Por desgracia, no se ha llevado el cargador del móvil, así que tendrá que esperar hasta que llegue a su apartamento de Worcester para saber lo que quiere Rachel.

Jueves, 15.27

Kylie está sentada en el saco de dormir. Tiene el tubo de dentífrico en una mano, y le duelen las muñecas del esfuerzo que hace para hurgar en la cerradura de la esposa. Recuerda un vídeo de YouTube que Stuart quería mostrarle sobre las tres formas de quitarse unas esposas. A Stuart le encantan ese tipo de cosas: Houdini, la magia, el escapismo. Ella no llegó a ver el vídeo; estaba buscando en su propio móvil otro sobre una nueva cámara secreta que habían encontrado en la Gran Pirámide.

La próxima vez prestará más atención.

«Si hay próxima vez», piensa con terror.

Inspira hondo y cierra los ojos.

A ella también le gusta la magia.

Los egipcios vivían en un mundo infestado de dioses y demonios.

Allí también hay demonios, pero son seres humanos.

Se pregunta si su madre estará haciendo las cosas que los secuestradores quieren que haga. Se pregunta si los secuestradores habrán confundido a su madre con otra persona. Con alguien que tiene acceso a la cámara acorazada de un banco o a secretos del gobierno...

Inspira hondo, suelta el aire despacio, vuelve a hacerlo.

Ahora está más calmada. No del todo, pero sí algo más tranquila.

Aguza el oído. No oye nada.

No: nada, no. Siempre hay algo. Grillos. Un avión. Un río muy lejano. Transcurren los segundos, luego los minutos. Quiere que el río la arrastre lejos de allí, de esa gente, de todo eso. No importa adónde. Quiere tumbarse y dejar que la corriente la lleve flotando a través de los pantanos hasta el Atlántico.

No. Eso es falso. Una fantasía. Eso es real. Ese sótano. Esas esposas. «Vivid en el ahora —había dicho el psicólogo del colegio en esa clase de concienciación de la que todos se burlaban—. Estad presentes y ved todo lo que hay que ver en el ahora.»

Kylie abre los ojos.

Y mira; mira de verdad.

Ve todo lo que hay que ver.

Jueves, 15.31

Wendy Patterson recoge a Denny en la escuela primaria Rowley, lo lleva al entrenamiento de fútbol del instituto Rowley y luego se dirige con el coche a Ipswich y se toma un *chai latte* con soja en Starbucks. Cuelga en Instagram una fotografía del *latte* y de una galleta de Acción de Gracias que ha comprado para su hijo.

Denny ya se ha puesto la ropa de fútbol y está haciendo prácticas de regate. Rachel lo observa desde su Volvo 240, aparcado al otro lado de la calle, mientras sigue a través del móvil los tuits de Wendy, sus posts de Facebook y sus fotos de Instagram. Observa al niño y se siente inundada de dudas. ¿Cómo va a hacer algo así? Es lo más malvado que puede hacerse a una madre, a una familia. Pero luego se imagina a Kylie encerrada en el sótano de esa mujer enloquecida. Es lo más malvado que puede hacer, pero debe hacerlo.

Mira cómo juega Denny y, cuando termina el entrenamiento, ve que sí, que Wendy aún está en el Starbucks. Ha parado de llover y parece que Denny va a volver a pie a casa. Wendy no indica en Facebook si piensa ir a recogerlo.

¿Podría raptarlo ahora?

Rachel había pensado que eso sería una exploración de reconocimiento, no una misión improvisada. Aún no ha preparado la casa de los Appenzeller. No ha tapado la ventana del sótano con el tablón; no tiene un colchón. Pero ya que la ocasión se presenta por sí sola...

Sigue con el coche al niño, que camina hacia casa junto con un amigo. Obviamente, no puede raptar a dos chavales; deberá esperar a que se separen.

Es consciente de que debe de resultar sospechosa avanzando a diez kilómetros por hora detrás de dos niños.

No ha planeado la acción como es debido. No tiene ni idea de dónde queda la casa de Denny en Rowley. ¿Está en la calle principal? ¿Al fondo de un callejón sin salida? Se maldice a sí misma por no haber estudiado en Google Maps la ruta desde el instituto hasta su casa.

El amigo sigue con Denny unas manzanas más, pero luego dice adiós con la mano y se aleja, dejándolo solo.

El pequeño Denny a solas.

El pulso de Rachel se acelera. Echa un vistazo al asiento del copiloto. Escopeta, pasamontañas, esposas, venda.

Baja la ventanilla y mira por los retrovisores.

Hay testigos. Un viejo con un perro. Una adolescente practicando *running*. Rowley es una pequeña comunidad adormecida, pero no lo bastante ahora mismo. Y entonces Denny sube por un sendero de acceso, se saca una llave del bolsillo y entra en su casa.

Rachel aparca el Volvo en la acera de enfrente y echa un vistazo a la página de Facebook de Wendy. Dice que está volviendo a casa en ese momento.

Así que dispone de ocho o nueve minutos con Denny ahí dentro a solas. Pero ¿seguro que está solo? ¿Habrà un perro, una asistenta o algo parecido?

¿Acaso puede ponerse el pasamontañas, cruzar la calle y llamar al timbre? ¿Cómo va a meter al niño en el coche si tiene que huir a toda prisa? En las películas, los secuestradores solitarios suelen usar un trapo empapado en cloroformo para llevarse a sus víctimas. ¿Se puede comprar cloroformo en la farmacia? ¿Y si echa demasiada cantidad en el trapo y le provoca al crío despavorido un paro cardíaco?

Se tapa la cara con las manos.

¿Cómo puede estar pasándole eso? ¿Cuándo va a despertar de esa pesadilla?

Da vueltas y vueltas a esos pensamientos hasta que ya es demasiado tarde. Un todoterreno Volkswagen blanco se detiene frente a la casa y Wendy se apea ágilmente.

Rachel se maldice a sí misma.

La ha pifiado. Casi a propósito. De pura cobardía.

Pero, en cuanto aparece la madre, Denny sale fuera y empieza a jugar al

baloncesto con el chico de la casa vecina en la canasta que éste tiene en su patio.

Rachel los observa con avidez. Del mismo modo que un depredador observa a su presa. Cualquiera de los dos serviría. Si pudiera pillar a uno de los dos a solas...

Mira su reloj. Aún no son las cinco. Esa mañana, cuando se ha despertado, era una persona distinta por completo. Como señaló J. G. Ballard, la civilización es un fino y frágil barniz sobre la ley de la jungla: «Mejor tú que yo. Mejor tu hijo que el mío».

Cuando concluye el partido de uno contra uno, Denny vuelve dentro. Al cabo de unos momentos, se detiene frente a la casa de los Patterson un coche patrulla de la policía de Lowell y se baja un agente uniformado de metro noventa.

Rachel se escurre en el asiento, pero el policía no ha acudido por ella. Lleva una caja gigante de Lego. Llama al timbre y le abre Wendy, que lo recibe con un beso. Rachel ve cómo entra el agente en la casa. A través de la ventana del salón observa cómo le alborota el pelo a Denny y luego le da la caja de Lego.

«Supongo que Wendy no lo cuenta todo en Facebook e Instagram», piensa Rachel. Adiós al Objetivo 1. Nada de agentes del orden. Las normas son bien claras. Saca su bloc de notas y su móvil. Ahora el Objetivo 2 es el Objetivo 1.

Toby Dunleavy.

Examina la página de Facebook de Helen Dunleavy. Ha escogido a Helen porque es otra de esas personas que sienten la necesidad de contar todo lo que les sucede cada media hora o poco más. Parece una mujer agradable, no obstante, y una buena madre. Eso es lo que conviene: una buena madre capaz de cualquier cosa para recuperar a su hijo.

Profundiza en el perfil de Mike, el marido de Helen. Standard Chartered es un sitio lo bastante seguro y previsible donde trabajar. Probablemente estará habituado a situaciones estresantes y dispondrá de dinero para pagar el rescate. Mike es inglés, pero ha vivido en Nueva York muchos años. Tiene un blog de gastronomía y ha escrito un post muy divertido titulado: «¿Qué fue primero, Zabar's ¹ o el Upper West Side?». Otro tipo agradable. No la clase de persona a la que desearías someter a un infierno.

Aunque nadie debería verse sometido al tormento que ella está sufriendo.

Hace una pausa y vuelve a devanarse los sesos para hallar otra salida, pero no se le ocurre nada. «Sigue La Cadena, simplemente. Si sigues La Cadena, recuperarás a Kylie. Si no...»

Mientras mira la página de Tumblr de Toby empieza a sonar su iPhone. «Número desconocido», dice la pantalla.

—¿Hola? —responde vacilante.

—¿Cómo van las cosas, Rachel? —pregunta una voz. Alguien hablando a través de un dispositivo de distorsión de sonido. La primera persona que la ha llamado esta mañana cuando estaba en la I-95.

—¿Quién eres? —pregunta ella.

—Soy tu amigo, Rachel. Un amigo que te dirá la verdad, por amarga que ésta sea. Eres filósofa, ¿no?

—Bueno, supongo...

—Ya sabes lo que dicen. Los vivos son sólo una especie de los muertos, ¿no? Y una especie muy rara. La cuna se mece sobre el abismo. Tu hija se llama Kylie, ¿verdad?

—Sí. Es una niña fantástica. Es lo único que tengo.

—Si quieres que siga en el reino de los vivos, si quieres que vuelva sana y salva, vas a tener que ensuciarte las manos.

—Ya lo sé. Estoy investigando a los objetivos ahora mismo.

—Bien. Eso es lo que queremos. ¿Tienes un trozo de papel?

—Sí.

—Anota esta secuencia: 2-3-4-8-3-8-3-h-u-d-y-k-d-y-2. Repíttemela.

Rachel la repite.

—Ésa es la cuenta Wickr para esta parte de La Cadena. W-i-c-k-r. Tienes que descargar la aplicación en el móvil. Envía los datos de los objetivos que estás considerando a esa cuenta. Es posible que aquí vetemos tu lista. Quizá sólo vetemos a algunos de tus candidatos. A veces los vetamos a todos y proponemos uno por nuestra cuenta. ¿Está claro?

—Creo que sí.

—¿Sí o no?

—Sí. Escucha, quizá necesite ayuda para esta parte, pero no sé si puedo

involucrar a Marty, mi exmarido. Él quizá quiera acudir directamente a la policía.

—Entonces mejor que no lo impliques en el asunto —se apresura a decir la voz distorsionada.

—Su hermano, Pete, estuvo en el ejército, pero desde luego no es un fanático de las fuerzas del orden. Tuvo problemas con la policía de joven, y me parece que lo detuvieron en Boston el año pasado.

—Eso no significa gran cosa. Tengo entendido que la policía de Boston te detiene por el menor motivo.

Rachel vislumbra ahí una pequeña oportunidad. Una diminuta semilla de algo que tal vez no llegue a crecer, pero que es de todos modos una semilla.

—Sí —dice, y luego añade con aparente indiferencia—: Te detienen por cruzar sin mirar o por marcarte una «u».

La voz distorsionada sofoca una risotada y musita: «Cierto», antes de volver a centrarse en la cuestión.

—Tal vez dejemos que intervenga ese cuñado tuyo. Envíame sus datos con la aplicación Wickr.

—De acuerdo.

—Bien. Estamos avanzando. Así es como ha funcionado la cosa desde hace muchos, muchos años. La Cadena te guiará, Rachel —dice la voz, y luego se corta la comunicación.

El poli de Lowell sale de la casa de los Patterson y camina hacia su coche. Wendy aparece en la puerta y le dice adiós.

Ya es hora de largarse de esa calle y de esa ciudad.

Rachel gira la llave de encendido. El Volvo suelta un petardeo y el policía se vuelve para mirarla. Ella no tiene otro remedio que dirigirle un saludo a través de la ventanilla. Otra persona que la ha visto hoy actuando de modo sospechoso.

Circula por la Ruta 1A hasta Rolfes Lane, toma el peaje y cruza el puente hasta Plum Island.

Cuando está a media manzana de su casa, ve que se acerca Stuart, el amigo rarito de Kylie. ¡Mierda!

Baja la ventanilla y para el coche.

—Hola, Stu —saluda.

—Señora O’Neill, mmm, digo, señora Klein, eh, quería saber... quería saber dónde estaba Kylie. No me ha respondido a los mensajes. Y la señora Montcrief ha dicho que estaba enferma.

—Exacto. No se encuentra bien —asiente Rachel.

—Ah. ¿Qué le pasa?

—Mmm..., una gripe estomacal, algo de eso.

—Ostras. ¿En serio? Ayer parecía estar bien.

—Ha sido algo repentino.

—Tiene que haberlo sido. Porque me ha enviado un mensaje esta mañana y no decía nada. Yo he pensado que quizá pretendía librarse de esa presentación de egiptología, lo cual es absurdo, ¿sabe?, porque...

—Ella es la experta, ya lo sé. Como digo, ha sido, eh..., una cosa completamente repentina.

Stuart parece desconcertado y no del todo convencido.

—Aun así, todos le hemos enviado mensajes y ella no nos ha contestado.

Rachel intenta encontrar una explicación razonable.

—Mmm, sí. Nos hemos quedado sin wifi en casa. Por eso no ha respondido. No puede mandar mensajes, ni entrar en Instagram ni nada.

—Yo creía que aún le quedaban datos en el móvil.

—No.

—Oiga, ¿quiere que vaya a echar un vistazo? Igual es un problema del router.

—No, mejor que no. Yo también he pillado ese virus. Es muy contagioso. No quiero que te pongas enfermo tú también. Pero le diré a Kylie que has preguntado por ella.

—Ah, vale. Adiós —dice el chico, indeciso. Se lo queda mirando hasta que Stuart, intimidado, da media vuelta, hace un gesto de despedida y se aleja calle abajo.

Rachel recorre con el coche los cincuenta metros restantes hasta su casa. No había pensado en eso. Los compañeros de Kylie se envían mensajes continuamente. Si uno se queda en silencio más de una hora, crea un gran vacío

en sus vidas. Y a Rachel se le agotarán muy pronto las excusas plausibles. Otro motivo de preocupación que añadir a todos los demás.

Jueves, 17.11

Pete aún no ha llegado a casa, pero ya no aguanta más. Se ha pasado todo el día en los bosques.

Tiene la carne de gallina. Le arde la piel. Es, como decía el viejo De Quincey, ese picor que no desaparece rascándose.

Sale de la Ruta 2 con la camioneta y entra en la reserva de Wachusett Mountain. Allí hay un estanque al que no va nadie.

Busca por encima del asiento y coge su mochila.

Mira a ambos lados de la carretera. No hay nadie. Saca de la mochila una bolsita de plástico de heroína mexicana de primera calidad. La ofensiva de la DEA contra los opiáceos legales ha afectado a todos los pacientes que obtienen sus medicinas a través del Departamento de Veteranos. Pete consiguió resolver el problema durante un tiempo a través de la red oscura, pero luego los federales se pusieron muy activos también en ese terreno. Ahora es más fácil de obtener heroína que oxicodona, de hecho, y resulta mucho más efectiva por lo demás, sobre todo la heroína del Triángulo Dorado y el material nuevo que proviene de la región de Guerrero.

Saca una cucharilla, su encendedor Zippo, una jeringa y una goma elástica. Calienta la heroína, busca una vena tensándose la goma en el brazo, succiona la droga con la jeringuilla y le da unos golpecitos para sacar las burbujas de aire.

Después de inyectarse, se apresura a guardar toda la parafernalia en la guantera por si se desmaya y algún payaso del Servicio Nacional de Parques arma un alboroto.

Contempla a través del parabrisas el follaje otoñal y el agua azul celeste del estanque. Los árboles no están en su plenitud, pero siguen siendo preciosos.

Rojos y anaranjados intensos y amarillos bronceados de locura. Se relaja en el asiento, dejando que la heroína se disuelva en su torrente sanguíneo.

Nunca ha mirado las estadísticas, así que no tiene ni idea de cuántos veteranos son adictos a algún tipo de opiáceo, pero se imagina que el número debe de ser bastante elevado. En especial entre los que han hecho un par de misiones. Durante la de 2008, todos los miembros de su compañía resultaron lesionados o heridos. Al cabo de un tiempo la gente dejó de acudir a los servicios médicos. ¿Qué sentido tenía? Ellos no podían hacer nada con una contusión, una costilla rota o un esguince en la espalda. Y estaban ocupando una cama mientras sus compañeros andaban despejando calles y retirando cargas explosivas de los puentes.

Lo que hacen esos opiáceos, lo que hace la heroína, es quitar por un tiempo el dolor del cuerpo. Todo el dolor acumulado durante esas décadas recorriendo el mundo. El dolor del hueso triturándose contra el hueso, el dolor de las múltiples caídas, el dolor de las vigas que arrojan sobre uno, el dolor provocado por el manejo chapucero de la maquinaria, el dolor que se siente al caer en un uadi desde una altura de nueve metros, el dolor de la onda expansiva de una bomba casera que explota por la retaguardia a sólo diez metros.

Y eso es sólo el dolor físico.

Pete echa atrás el asiento mientras la heroína lo alivia de toda esa carga con una eficacia que ni siquiera el sueño es capaz de alcanzar. Los receptores opioides μ de su cerebro desencadenan un efecto cascada que provoca a su vez una liberación de dopamina y una oleada de bienestar.

Sus ojos centellean y entonces ve como girando en un zoótropo los arbolitos retorcidos de la otra orilla, y las hojas que caen, y las delgadas patas de las aves zancudas que caminan sobre la superficie de mercurio del estanque. Los recuerdos y las imágenes inundan su mente siempre que se inyecta. Normalmente, malos recuerdos. Normalmente, de la guerra. A veces del 11-S. Piensa en Cara y en Blair. Pete acaba de rebasar los cuarenta, pero ya se ha casado y divorciado dos veces. Casi toda la gente que conoce está igual, desde luego, y la cosa es aún peor entre los soldados alistados. El sargento McGrath, un tipo de su última misión, se ha divorciado cuatro veces.

Cara fue un error de juventud: estuvieron casados sólo trece meses, pero Blair..., Blair fue como una canción country. Ella se llevó un buen pedazo de su corazón, de su vida, y también su dinero.

El dinero. Otra preocupación. Siete años más en el ejército y podría haberse retirado con la mitad de la paga. Pero la verdad fue que escapó por los pelos de un consejo de guerra por lo ocurrido en Camp Bastion en septiembre de 2012.

«Las mujeres, el dinero, la maldita guerra..., al infierno todo eso», piensa cerrando los ojos y dejando que la heroína lo repare por dentro.

La heroína tiene la virtud de recomponerlo a fondo.

Duerme veinte minutos y luego se despierta y conduce hasta un 7-Eleven para comprar un paquete de Marlboro y un Gatorade. La inquietud por Rachel se le ha borrado de la mente.

Vuelve a subir a la camioneta y enciende la radio. Suena Springsteen, lo nuevo de Springsteen. Aún no lo conoce, pero no está mal. Enciende un cigarrillo, se bebe el Gatorade y luego se dirige a Holden, donde toma la 122A hasta la ciudad.

Hace dos meses que ha vuelto a Worcester. No siente nada en especial por ese lugar. No le queda ningún pariente, y apenas unos pocos amigos de los viejos tiempos.

El apartamento está en una antigua fábrica reconvertida en viviendas. Es sólo un cuchitril para dormir y recibir el correo.

Aparca la camioneta y entra.

Coge una Sam Adams de la nevera y enchufa el iPhone en el cargador. Cuando cobra vida, mira el segundo mensaje de Rachel.

Me han dicho que puedo involucrarte. Por favor, llámame.

Marca el número y responde de inmediato.

—¿Pete?

—Sí, ¿qué hay?

—¿Estás en casa?

—Sí. ¿Qué sucede?

—Vuelvo a llamarte ahora mismo —dice ella.

El teléfono suena de nuevo. «Número desconocido», pone en la pantalla.

—¿Rachel?

—Te llamo con un móvil desechable. Ay, Pete, necesito hablar con alguien. He intentado hablar con Marty, pero está en Georgia. Oh, Dios mío —empieza, y se deshace en sollozos.

—¿Has tenido un accidente? ¿Qué ocurre? —pregunta él.

—Es Kylie. Se han llevado a Kylie. La han secuestrado.

—¿Qué? Pero ¿qué me estás contando? ¿Estás segura de que no...?

—¡Se la han llevado, Pete!

—¿Has llamado a la policía?

—No puedo llamar a la policía, Pete. No puedo llamar a nadie.

—Llama a la policía, Rachel. ¡Llámalos ahora!

—No puedo, Pete. Es complicado. Es mucho peor de lo que puedas imaginarte.

Jueves, 18.00

Pete tiene el mismo pensamiento recurrente que Rachel: si esos tipos le tocan un pelo a Kylie, los achicharrará sin piedad y pisoteará las cenizas. Dedicará el resto de su vida a darles caza y a matarlos a todos.

Nadie va a hacerle daño a Kylie. La recuperarán.

Conduce a toda prisa la camioneta hasta la verja del patio de almacenaje de la Ruta 9. Aparca frente al contenedor 33. Es el más grande que se puede alquilar, del tamaño de un par de garajes. Él pasó primero de un contenedor pequeño a otro intermedio, y luego a la «unidad de almacenamiento *deluxe*». Abre el candado, desliza la puerta metálica, acciona el interruptor y cierra por dentro.

Cuando su madre vendió la casa y se mudó a ese lugar cerca de Scottsdale, Pete se llevó todas sus cosas y las descargó ahí, y fue añadiendo otras con el paso de los años. Hasta que se compró el apartamento que ocupa ahora, nunca había tenido una vivienda civil. Había vivido en la casa cuartel de Camp Lejeune y en una serie de barracones en Iraq, Qatar, Okinawa y Afganistán. Ese almacén anónimo situado entre la carretera y las ruinosas vías de los trenes de mercancías es lo más parecido que tiene a un hogar permanente.

Allí puede pasarse horas revisando sus viejos cachivaches, pero hoy deja de lado las cajas preñadas de nostalgia y va directo al armero del fondo. Rachel hablaba al teléfono de modo embarullado. Han secuestrado a Kylie y ella no quiere llamar a la policía en ese momento. Quiere cooperar con los secuestradores y hacer lo que le han dicho. Si no consigue convencerla para avisar al FBI, los dos necesitarán estar bien armados. Abre el armero y saca sus pistolas —la 45 ACP de la marina, que era de su abuelo, y su propia Glock 19— y también su Winchester del calibre 12. El rifle ya lo tiene en la camioneta.

Coge munición de repuesto para todas las armas y un par de granadas que se llevó a casa ilegalmente. Si eso se convierte en una misión de rescate, ¿qué más necesitará? Coge su equipo de allanamiento —kit de ganzúas, almádena, inhibidor de alarmas EM, guantes de látex, linterna— y los dispositivos de escucha y antiescucha que ha adquirido para los trabajos corporativos que ha realizado después del ejército.

Lo carga todo en la camioneta y piensa: «¿Qué más?».

Saca de la guantera la bolsa de cierre hermético que contiene su alijo de heroína.

Ése sería el momento ideal para dejarla. Para depositar ahí la bolsa y alejarse sin ella.

Ahora tiene otras prioridades.

Nunca se le presentará una oportunidad como ésta.

Prenderle fuego. Soportar el dolor. Recuperar a Kylie.

Dos caminos. Un bosque amarillo. Todo ese rollo.

Se queda ahí parado.

Dudando.

Pensando.

Menea la cabeza, se guarda la bolsita de plástico en el bolsillo de la chaqueta, cierra el contenedor, sale del patio de almacenaje y se dirige hacia la autopista.

Jueves, 20.30

Rachel ha investigado a la familia Dunleavy hasta tener los ojos llorosos y la cabeza como un bombo. Ahora los conoce mejor de lo que ellos se conocen a sí mismos.

Se ha leído cada blog y cada post de Facebook e Instagram. Cada tuit y cada retuit. Sabe que Toby se aficionó al tiro al arco después de ver en YouTube a un arquero danés rapidísimo, y no por el interés de su padre en la caza con arco. Sabe que Amelia Dunleavy tiene alergia a los cacahuets y que en su escuela de primaria los han prohibido por ello.

Se ha leído todo el nuevo blog de Mike sobre caza con arco y también su blog de gastronomía entero, desde el primer post de 2012, una receta de un Bundt de chocolate.

Sabe que Helen quería volver a trabajar a jornada completa, pero que temía no tener la energía necesaria para ejercer como profesora de quinto grado. Montones de datos de ese tipo. Algunos, útiles para Rachel; la mayoría, no.

Cierra las ventanas del ordenador y examina sus notas. Ha imprimido un mapa de Beverly y dibujado las rutas posibles desde el club de arco hasta la casa de los Dunleavy. Tendrá que estudiarlas sobre el terreno. Se ha preparado un objetivo B y un objetivo C, pero está segura de que Toby Dunleavy va a ser el elegido.

Ahora se ha hecho la oscuridad en la ensenada. Los botes se preparan para salir de noche.

En su casa reina el desorden. Hay ropa tirada por todas partes, la bandeja del gato está llena de excrementos, los platos del desayuno siguen en el fregadero: es

todo como una maldita obra de arte moderno conmemorando una época más inocente que nunca va a volver.

Rachel se examina el pecho izquierdo. No nota nada distinto, pero la doctora seguramente tiene motivos para estar preocupada: podría haber algo maligno creciendo ahí otra vez. Si no hace nada, esa entidad maligna la matará, la borrará del mundo de los vivos. Qué agradable sería.

Mira por la ventana. La luz se ha desvanecido y el cielo agitado se ha vuelto azul oscuro y luego negro.

La llovizna se ha convertido en lluvia.

Oye el motor de una camioneta que baja por la calle.

Sale corriendo fuera.

Pete se apea y, cuando ella corre a su encuentro, la rodea entre sus brazos. Ambos se quedan bajo el chaparrón, sin decir nada, durante quince segundos. Luego la lleva dentro y toman asiento ante la mesa de la cocina.

—Cuéntamelo todo desde el principio —pide Pete.

Rachel le explica todo lo ocurrido desde la primera llamada telefónica, incluyendo también lo que ella ha hecho: pagar el rescate, comprar los móviles y la escopeta, entrar en casa de los Appenzeller, tratar de decidir a quién secuestrar. No le habla de la inquietud renovada de su oncóloga: eso queda entre ella y la muerte.

Pete escucha sin decir nada. La deja hablar.

Procura asimilarlo todo.

Le parece increíble.

Él ha visto el mal de cerca en Afganistán e Iraq, pero no esperaba encontrar algo tan diabólico y demencial en Estados Unidos. Ni en sus pesadillas más tenebrosas ha concebido nunca que una fuerza tan malévola pudiera afectar directamente a su familia. Eso es cosa del crimen organizado o de un cártel de los más peligrosos.

—¿Qué opinas? —pregunta Rachel al concluir.

—Creo que debemos ir a la policía —responde él con frialdad.

Ella esperaba esa respuesta y le muestra en su portátil la historia de la familia Williams. Mientras él la está leyendo, Rachel le explica también lo del hombre

que ha aparecido frente al banco. Le coge la mano a Pete.

—Tú no has hablado con ellos. Yo sí. La mujer que tiene a Kylie está aterrorizada por su hijo. Si ellos le ordenan que mate a Kylie, lo hará. Estoy segura. La matará y escogerá a otra víctima para complacerlos. Nuestra única opción es mantener La Cadena en movimiento.

Es consciente de que habla como una fanática de una secta, pero eso viene a resumir la situación. Ahora está del todo convencida, los cree, y quiere que Pete también los crea.

—O sea que para recuperar a Kylie tenemos que secuestrar a alguien —dice él, meneando la cabeza con horror.

—Hemos de hacerlo, Pete. Si no, la matarán. Si vamos a la policía, la matarán. Si hablamos, la matarán.

La mente de Pete se remonta a la clase de ética a la que se vio obligado a asistir en la base de Quantico. El profesor invitado del ejército israelí hizo una exposición sobre los motivos por los que era ético desobedecer una orden ilícita. La moral entraba en la ecuación incluso en el mundo militar. Y lo que Rachel está considerando ahora no sólo es ilícito, sino absolutamente inmoral. Inmoral desde cualquier punto de vista. La decisión ética correcta sería acudir al FBI de inmediato. Buscar la oficina más cercana y explicárselo todo. Pero entonces matarán a Kylie. Rachel está convencida, y Pete la cree. Y lo único que ahora le importa es que Kylie vuelva a casa sana y salva.

La decisión está tomada. Si tiene que raptar a alguien para recuperarla, lo hará. Si tiene que matar a alguien para recuperarla, lo hará. Si la recupera y lo encierran en una celda quince años, no le pesará lo más mínimo porque Kylie estará a salvo.

—Esta mañana me han mandado unas fotos para demostrarme que está bien —explica Rachel, pasándole su móvil con mano temblorosa.

Pete mira las imágenes de Kylie con los ojos vendados, sentada sobre un colchón en un sótano. Ve pocos indicios sobre su paradero. Le han dado agua de la marca Poland Spring y unas galletas *digestive* que pueden comprarse en cualquier sitio. Kylie no parece haber sufrido maltratos físicos, pero debe de

estar aterrorizada. Pete va a la cocina y se sirve un poco de café. Se toma unos momentos para evaluar la situación.

—¿Descartamos a la policía? ¿Definitivamente? —pregunta.

—Tanto la voz de La Cadena como la mujer que tiene a Kylie han sido muy claros. Dicen que, si infringimos cualquiera de las normas, tendrán que matar a Kylie y pasar a otro objetivo.

—¿Cómo sabrán que hemos infringido las normas?

—No lo sé.

—¿Han puesto micrófonos aquí? ¿Has sufrido últimamente un allanamiento o recibido alguna visita insólita?

—No, nada parecido, pero creo que me han pirateado el teléfono esta mañana, porque sabían que en la autopista tenía a un coche de policía detrás. Y saben a quién llamo y qué digo. Parecen controlar dónde estoy en todo momento. Creo que quizá ven a través de la cámara del móvil. ¿Pueden hacerlo?

Pete asiente, apaga el iPhone de Rachel y lo mete en un cajón. Luego cierra su MacBook y lo deja con el teléfono.

—Sin duda. ¿Dices que has comprado móviles desechables?

—Sí.

—Úsalos para hacer todas tus llamadas a partir de ahora. Y no vuelvas a utilizar el portátil. Yo he traído el mío. Es muy probable que hayan pirateado la cámara del móvil y del portátil, y que hayan desactivado la luz de la cámara, de tal modo que ellos puedan verte y tú ni siquiera te enteres de que está funcionando. Las cosas que existen en las operaciones encubiertas de inteligencia te dejarían alucinada.

—He tapado la cámara con un trozo de cinta aislante.

—Buena idea. Pero ten presente que quizá estén escuchando también. Registraré la casa para ver si hay micrófonos. ¿Dices que no has sufrido ningún robo? ¿Qué me dices de una visita inesperada de un técnico de televisión o un fontanero?

—Nada parecido.

—Bien. Podría tratarse sólo de un software espía. Bueno, ¿qué le has dicho a Marty?

—Hasta ahora, nada. Está en Augusta, jugando al golf.

—Es mi hermano pequeño y lo quiero, pero Marty es un bocazas, y si te preocupa la seguridad o que alguien vaya al FBI...

—No voy a hacer nada que ponga en riesgo a Kylie —dice ella.

Pete coge su mano fría y temblorosa.

—Todo se arreglará —afirma.

Ella asiente y mira sus ojos oscuros y firmes.

—¿Estás seguro?

—Seguro. La vamos a recuperar.

—¿Por qué crees que me han escogido a mí? ¿Por qué a mi familia? — pregunta.

—No lo sé.

—La mujer ha dicho que me ha investigado online. Que vio que Marty y yo estuvimos en ese proyecto en Guatemala. Sabía que estudié en Harvard y que he sobrevivido a un cáncer. Estaba informada de todos mis empleos y pensaba que yo parecía una persona organizada y con las cosas claras. Lo cual no es cierto. Soy una perdedora, Pete. Soy débil.

—No es verdad, no eres...

—He fallado en todos los aspectos de mi vida. Lo invertí todo en Marty. Ni siquiera puedo cuidar de mi propia hija.

—Basta, Rach.

—Tampoco tengo un arma. He tenido que comprar una hoy.

—Otra buena idea.

—Hoy he disparado por primera vez.

Ahora Pete le coge las dos manos entre las suyas.

—Créeme, Rachel. Estás afrontando la situación. Y yo estoy aquí para ayudarte.

—Sé que en el ejército eras ingeniero, pero ¿alguna vez tuviste..., has tenido que...?

—Sí —contesta él lacónico.

—¿Más de una vez?

—Sí.

Ella asiente e inspira hondo.

—He ido a New Hampshire a comprar la escopeta y las demás cosas. Por poco me ve una persona de la isla, pero creo que le he dado esquinazo.

—Bien hecho también.

—¿Cómo es posible llevar a cabo un acto criminal en Nueva Inglaterra cuando todo el mundo conoce a todo el mundo?

Pete sonrío.

—Ya lo averiguaremos, Rach. ¿Qué más has hecho?

—Aquí tienes mis objetivos —dice ella, pasándole la lista de niños vulnerables que encajan con los criterios básicos.

—¿Buscas padres estables que den la impresión de que no acudirán a la policía y llevarán a cabo un secuestro? —pregunta él.

—No pueden estar sin blanca ni tener ninguna conexión con policías, periodistas o políticos. Y deben tener hijos de la edad adecuada. Niños sin necesidades especiales: ni diabéticos ni nada por el estilo.

—¿Por qué no secuestrar a un marido, en vez de a un niño? —pregunta Pete.

—No puedes estar seguro de lo que alguien sentirá por un marido. Míranos a nosotros. Sólo entre los dos, tres divorcios. En cambio, todos los padres quieren a sus hijos, ¿no?

—Cierto. Bueno, éste parece estar bien. Toby Dunleavy. ¿Es tu objetivo número uno?

—Sí. Tenía otro número uno, pero la madre sale con un poli.

—¿Has estado en la casa de los Dunleavy?

—No. Iba a hacerlo más tarde. Pero antes necesito que me ayudes con el colchón y la tabla en casa de los Appenzeller.

—¿Dónde está exactamente?

—Al otro lado de la bahía. Vamos, te la enseño.

Salen bajo la lluvia y caminan por el sendero.

—Muchas de estas grandes casas están vacías en esta época del año —le explica Rachel.

—¿Has entrado en una por tu propia cuenta? —pregunta Pete.

—Sí. Sabía que los Appenzeller no estaban. Me preocupaba un poco la

alarma, pero no había ninguna.

—Lo has hecho muy bien. Yo me he colado en algunas casas y siempre resulta aterrador.

—Podemos entrar por detrás —indica Rachel cuando llegan a la senda de acceso junto a la casa de los Appenzeller.

—Es una buena elección, Rach. Me gusta el ladrillo —afirma Pete—. ¿Cómo has abierto la cerradura?

—No la he abierto. La he reventado con un escoplo.

—¿Dónde has aprendido eso?

—En Google.

Entran, suben al primer piso y cogen un colchón y ropa de cama de la habitación de invitados. Lo bajan todo entre los dos al sótano. Rachel se ha llevado el tablón para tapar la ventana.

—La clavaremos con el viejo taladro eléctrico de Marty. Creo que así haremos menos ruido que con un martillo —dice Pete.

Colocan la tabla en posición y procuran darle al sótano un aspecto lo más agradable posible, con sábanas, mantas y algunos muñecos y juegos que ella ha llevado antes. Resulta demoledor pensar que, si la cosa funciona y no los matan o los detienen, allí habrá pronto un niño muerto de miedo. Rachel ha fijado una pesada cadena a un pilar situado cerca del colchón, lo cual le provoca a Pete un escalofrío.

Cierran la puerta trasera de los Appenzeller y vuelven a casa.

—¿Y ahora qué? —pregunta Pete.

—Registra mi casa a ver si hay micrófonos. No soporto la idea de que estén observando todo lo que hacemos.

Pete asiente.

—De acuerdo.

Saca de su bolsa el detector de señales inalámbricas. En la época de los micrófonos analógicos, se necesitaban un receptor de radio y un equipo complejo, pero ahora basta con un detector de señal inalámbrica de cincuenta pавos para ejecutar la tarea. Recorre primero la casa y luego se concentra en el teléfono móvil y el portátil.

—El resultado es en buena parte negativo —dice por fin—. He escaneado la casa de arriba abajo. He mirado en el falso sótano e incluso en la cámara de aire que hay encima de la cocina.

—¿Has dicho «en buena parte»?

—Sí. No hay micrófonos en la casa. Sin embargo, tal como sospechaba, tu Mac ha sido manipulado.

—¿Cómo?

—Hay un robot espía en el sistema que, cuando el portátil se conecta a la red, se adueña de la cámara y muestra, además, una captura en vivo de lo que tengas en pantalla. A partir de ahí, conseguir tus contraseñas habrá resultado bastante fácil. El robot tiene un nombre generado al azar que no significa nada. Y su destino también está encriptado.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunta Rachel impresionada.

—Bueno, ya me conoces. He estado trasteando con ordenadores desde la edad de piedra de internet. Y últimamente he intentado ponerme al día más en serio. La seguridad privada es un sector en auge para los exmilitares.

—¿Puedes eliminar el robot?

—No es demasiado difícil. Pero, si lo hago, ellos detectarán su ausencia de inmediato.

—¿Quieres decir que los que han pirateado el portátil sabrán que estoy detrás de su pista?

—Exacto. Y, si saben que andas tras ellos, recurrirán a otras medidas para contrarrestarlo. Es mejor que no uses ni el Mac ni el móvil hasta que Kylie esté de vuelta. Entonces desactivaré el robot y limpiaré los dos aparatos.

—Ellos me seguirán llamando al iPhone. Lo necesito.

—Tú ten presente que te estarán escuchando, y piensa que tu teléfono, por supuesto, es también un transmisor GPS.

—¿Podrían estar vigilando la casa? —pregunta Rachel.

—Sí —afirma Pete—. Nos podrían estar vigilando ahora mismo. Yo diría que no lo están haciendo, pero nunca se sabe.

Ella se estremece.

—No dejo de imaginarme a Kylie en ese sótano. Debe de estar aterrorizada.

—Es una niña con aguante. Una cría dura de roer.

«Quizá demasiado dura —piensa Pete—. Espero que no se le ocurra intentar ninguna estupidez.»

Viernes, 1.11

Kylie espera hasta que le parece que es muy tarde, aunque por supuesto no tiene modo de saber la hora. Ni iPhone, ni iPad, ni Mac. Ni reloj, claro. Aunque, ¿quién lleva reloj hoy día?

Tendida en la cama, oye un rumor de tráfico en una carretera situada a mucha distancia, y de vez en cuando también el ruido de los aviones que reducen la marcha de sus motores al descender hacia Logan. Aviones lejanos que se dirigen a un aeropuerto lejano.

Se sienta sobre el colchón dándole la espalda al objetivo de la cámara y mordisquea una galleta. Su primer plan ha fracasado. El tubo de dentífrico no puede usarse para abrir las esposas. Lo ha intentado durante horas, pero ha resultado un fiasco completo. Su segundo plan, sin embargo, quizá funcione un poco mejor.

Por la noche, el hombre le ha dado un perrito caliente y un vaso de leche. Ha dejado la bandeja a su lado. La pistola la llevaba en el bolsillo de la sudadera. Luego la mujer ha bajado para llevarse la bandeja con la pistola en la mano derecha. Siempre van armados. Sólo tiene trece años y está encadenada a una estufa de cien kilos, pero no quieren correr riesgos. Siempre bajan con un arma.

Y eso, ha comprendido Kylie, es lo que va a ayudarla.

Ha sido a primera hora de la tarde cuando la ha visto. Mientras el sol se deslizaba lentamente por el cielo, ha captado un destello en un rincón del sótano. Al acercarse todo lo posible, ha descubierto que el destello procedía de una llave inglesa apenas visible que estaba pegada a la pared, bajo la caldera. Una llave que se le debió de caer a alguien, tal vez hace años, y quedó ahí olvidada. Es evidente que ellos han preparado a fondo ese sótano, pero para ver esa llave

tienes que estar tumbado en el suelo y mirar hacia la caldera cuando el sol de la tarde se cuele por la ventana.

Esa llave será crucial para su plan.

Aguarda. Sigue aguardando.

Durante lo que parece la madrugada, el tráfico se espacia en la carretera y los aviones se vuelven menos frecuentes.

Ella sigue pensando en el agente de la policía estatal. ¿Lo han matado? Es lo más probable. Lo que significa que la tienen secuestrada dos asesinos. No parecen asesinos, pero lo son. Intenta mantener a raya el terror que le provoca ese pensamiento, pero no deja de sentirlo acechando a cada momento...

Piensa en su madre.

«Mamá estará muerta de miedo. Se acabará desmoronando. No es tan fuerte como pretende. Ni siquiera ha pasado un año desde que terminó la quimio. Y papá... papá es increíble, pero tal vez no el tipo más fiable del mundo.»

Vuelve a mirar la cámara, junto a la escalera. ¿Es muy tarde? ¿Dormirán durante la noche? Tienen que dormir un poco.

Aguarda todavía.

Ahora deben de ser quizá las dos de la madrugada. «Vale, allá vamos», piensa.

Se levanta, sujeta bien la cadena y empieza a tirar de la estufa con todas sus fuerzas. Es tremendamente pesada, desde luego, pero el suelo es de hormigón pulido, sin excesiva fricción. Antes ha echado agua bajo las patas de hierro fundido y la ha esparcido alrededor con la esperanza de que sirviera para desplazarlas mejor.

Tira de la cadena con toda su alma, echándose hacia atrás como en una competición de tira y afloja. Está sudando, le duelen los músculos y parece imposible que alguien de su edad...

La estufa da una sacudida. Los pies le resbalan y cae al suelo, aterrizando con un golpe seco sobre el coxis.

Se muerde el labio para no gritar.

Rueda por el suelo. «Mierda, mierda...»

Cuando el dolor empieza a remitir, se examina a sí misma lo mejor que

puede. No parece tener nada roto. Ella nunca se ha roto un hueso, pero se imagina que el dolor debe de ser mucho peor que eso. Cuando Stuart se rompió la muñeca patinando sobre hielo en el lago no paraba de gritar. Claro que Stuart es así.

Se pone de pie y se sacude el dolor de los miembros. El dolor es la debilidad que abandona el cuerpo, le dijo una vez el loco de su tío Pete. «Así que ahora soy más fuerte», se dice Kylie, aunque no lo cree del todo.

Vuelve a sujetar la cadena y tira con fuerza. La caldera da otra sacudida, y esta vez sigue moviéndose muy lentamente a medida que estira. Es sólo una cuestión de fricción e inercia, recuerda de su clase de ciencias. La caldera es enorme, pero el suelo mojado resulta deslizante.

Pesa mucho, muchísimo, pero se está moviendo. De milímetro en milímetro, pero se mueve. Hace un ruido horrible, un chirrido agudo, aunque no lo bastante estridente —espera— como para que pueda oírse fuera del sótano, y menos en la casa.

Sigue sudando y tirando dos minutos más y luego se detiene exhausta. Se sienta en el borde del colchón jadeando.

Mira la cámara con timidez, pero eso no va a decirle nada. No hay ninguna luz que indique cuándo está encendida. Hay que dar por supuesto que siempre lo está.

Se arrastra hacia la llave debajo de la caldera. La cadena se tensa en su muñeca izquierda, y cuando estira los miembros al máximo, se queda a casi un metro de distancia. Vuelve a meterse en el saco de dormir y hace unos cálculos. Tal vez esa noche pueda mover la estufa otros treinta centímetros. Le hará falta otra noche entera para alcanzar la llave, pero la acabará alcanzando.

Está eufórica. Tiene un plan, y ahora ha hallado el modo de ponerlo en práctica. Quizá servirá para que la maten. Pero tal vez también la matarán si no hace nada.

Viernes, 4.20

Poseidon Street queda algo alejada del centro de Beverly y más cerca del mar. Es la típica calle residencial arbolada de Nueva Inglaterra, un barrio de casas coloniales de dos pisos, con ventanas diminutas y tejados inclinados, situadas con cierta incongruencia junto a otras más nuevas y de mayor tamaño, provistas de grandes ventanales. El número 14 de Poseidon Street, donde viven los Dunleavy, es una de las construcciones más nuevas, una casa de falso estilo georgiano de tres plantas y marcos de roble, pintada con un tono marrón mostaza retro. En el patio delantero hay un precioso arce rojo del que cuelga un columpio. A la luz de las farolas, se ven sobre la hierba algunos juguetes, un balón de fútbol y un guante de béisbol.

Rachel y Pete han aparcado en un extremo de la calle, bajo la sombra de un gran sauce inclinado que aún conserva parte de su follaje.

No dejan de resultar sospechosos. Por suerte, aunque ése no es el tipo de barrio donde la gente duerme en el coche, sí es el tipo de barrio donde la gente finge no ver a alguien adormilado en un coche a las cuatro de la madrugada.

Pete observa en su portátil la actividad de las redes sociales de los Dunleavy.

—No hay nadie despierto —afirma.

—Mike se levantará dentro de una hora; luego Helen y por último los niños. Mike coge unas veces el tren de las seis a South Station, y otras el de las seis y media —informa Rachel.

—Debería ir en coche, no hay tráfico a esta hora —señala Pete—. Oye, ¿sabes con lo que debemos tener cuidado?

—¿Con qué?

—Con los localizadores GPS de los zapatos. Hay un montón de padres

controladores que ponen localizadores en las mochilas y los zapatos de sus hijos. Así, en caso de que desaparezcan, pueden localizarlos con una aplicación en cuestión de segundos.

—¿En serio? —pregunta Rachel.

—Ya lo creo. Secuestra a un chaval con uno de esos chismes y tendremos encima al FBI antes de darnos cuenta.

—¿Cómo podemos evitarlo?

—Yo puedo escanear al chico para ver si está transmitiendo. Y luego bastará con deshacernos de su iPhone y los zapatos con GPS.

—Helen es la típica mujer que alardearía de ese sistema para localizar a sus hijos, pero nunca lo ha mencionado —dice Rachel, sorprendiéndose ella misma de la acritud implícita en esa observación. Recuerda una frase de Tácito que dice que uno siempre odia a aquéllos a los que ha perjudicado. O a los que está a punto de perjudicar, en ese caso.

—Quizá tengas razón —conviene Pete—. Pero revisaremos los zapatos de todos modos.

Vigilan la casa, toman café y aguardan.

Ni rastro de vida en la calle. La época del lechero ha pasado hace mucho. Hasta las cinco y media no ven a nadie que saque a pasear al perro.

El primer indicio de que hay alguien levantado en casa de los Dunleavy se produce a las 6.01, cuando Mike retuitea a Tom Brady. Luego se levanta Helen y empieza a moverse en Facebook. Pone «Me gusta» a una docena de posts de sus amigos y comparte un vídeo sobre las mujeres soldado que combaten al ISIS en Siria. Helen es una demócrata moderada. Su marido parece un republicano moderado. Les importa lo que ocurre en el mundo, el medio ambiente. Y, por encima de todo, sus hijos. Son totalmente inofensivos, y en otras circunstancias Rachel piensa que podrían ser amigos.

Los niños son encantadores también. No están malcriados ni consentidos. Son unos críos estupendos.

—Mira —dice Pete—. Helen acaba de publicar en Instagram una foto del restaurante Seafarer de Salem, en Webb Street.

—Ahora también en Facebook —asiente Rachel.

—Dice que va a desayunar allí con su amiga Debbie. ¿A qué distancia estamos de Salem?

—No muy lejos. Cinco minutos; quizá diez, si hay tráfico.

—No es ideal. Pero un desayuno con una amiga tiene que durar al menos tres cuartos de hora, ¿no?

Rachel menea la cabeza.

—No sé. Si sólo es café y *muffins*, podría ser menos. Claro que más bien quedarían en Starbucks si sólo fuese para tomar eso. ¿Por qué?, ¿qué estás pensando?

—Pienso que cuando Mike haya salido y los niños estén en el colegio y Helen en su desayuno, la casa quedará vacía.

—Y entonces ¿qué?

—Entro por la puerta trasera, exploro el lugar. Y quizá instalo un pequeño software espía en el ordenador familiar.

—¿Eres capaz de hacer todo eso?

—Uy, sí.

—¿Cómo?

—Forzar la entrada es bastante fácil, como tú misma has descubierto en casa de los Appenzeller. Y la técnica de pirateo la aprendí de mi amigo Stan cuando trabajé con él, después de dejar el ejército.

Rachel niega con la cabeza.

—No sé qué decirte.

—Nos dará ventaja. Sabremos qué están pensando. La cosa se pondrá fea de verdad cuando nos llevemos a Toby.

—¿Crees que es seguro?

—¿Te parece seguro algo de lo que estamos haciendo?

Mike Dunleavy sale por fin hacia el trabajo a las siete y cuarto. Conduce hasta la estación de tren de Beverly y deja su BMW en el parking. Helen sale con los niños a las 8.01. No hace el frío suficiente para llevar abrigo, pero aun así Helen los ha abrigado mucho. Rachel piensa que tienen un aspecto adorable con sus enormes parkas, sus gorros y sus bufandas.

—¿Quieres seguirlos? —pregunta Pete.

Ella niega con la cabeza.

—No tiene sentido. Helen nos informará cuando los deje en el colegio y llegue a la cafetería.

Permanecen esperando en el Volvo y, en efecto, a las 8.15 Helen cuelga en Facebook un selfi tomado en el Seafarer.

Pete inspecciona la calle. Un poco más abajo, un chico universitario está lanzando canastas, y en la acera de enfrente una niña pequeña sale de su casa y empieza a dar saltos sobre una cama elástica vallada.

—Mira allí: la puerta principal está cerrada y la niña se ha puesto a saltar sola. Sería perfecta —dice Pete.

—Sí —asiente Rachel—. Pero ése no es el plan.

—¿No? Vale, voy a entrar.

Ella lo sujeta de la mano.

—¿Estás seguro de esto, Pete?

—Necesitamos toda la información que podamos obtener de esa gente. En una incursión, reúnes todos los datos que puedes durante días, a veces durante semanas, antes de ponerte en marcha. Pero nosotros no disponemos de días o semanas, así que debemos recoger lo más deprisa posible toda la información que podamos.

Rachel comprende que sus palabras tienen sentido.

—Por eso voy a entrar ahora mientras la casa supuestamente está vacía. Si el chalado de Kevin anda por ahí dentro con una escopeta, me temo que estoy jodido. Si no vuelvo dentro de quince minutos más o menos, lárgate.

—¿Qué piensas hacer exactamente?

—Todo lo que pueda en quince minutos.

—Vale. O sea que sería a las ocho y media.

—Sí.

—Si no has vuelto a las ocho y media, ¿qué significa?

—Significa que estoy en peligro de un modo u otro. Yo no abriré la boca, por supuesto, pero tú debes pasar entonces al objetivo 2 o, mejor aún, hacer una lista nueva de objetivos sobre la que yo no sepa nada.

—Te avisaré si hay problemas en la calle.

—De acuerdo. Pero si la cosa se pone difícil, lárgate.

Pete se echa la mochila al hombro, comprueba que no haya nadie mirando y corre hasta la cerca que hay entre la casa de los Dunleavy y un pequeño trecho de bosque que separa la playa de la carretera. Rachel lo ve trepar por la cerca y entrar en el patio trasero de la casa.

Aguza el oído por si capta algún grito o un disparo del chalado de Kevin, pero no suena nada parecido.

Observa por el retrovisor a la pequeña que salta sobre la cama elástica en la acera de enfrente. No parece haber nadie vigilándola. La puerta principal está completamente cerrada. Resultaría fácil, en efecto, acercarse y llevarse a la niña.

«Por Dios, ¿a quién se le ocurren estas cosas? ¿En qué demonios te has convertido, Rachel?»

Enciende su teléfono y mira la hora. Las 8.22.

Cierra los ojos y piensa en Kylie. ¿Habrá podido dormir? Conociéndola como la conoce, seguro que se ha pasado toda la noche pensando en ella y en Marty, preocupándose por ellos.

«Oh, Dios, Kylie. Ya voy a por ti. Te traeré de vuelta. Nunca dejaré que te alejes de mi vista. Seré mejor madre. Me borraré de las redes sociales. No me fiaré de nadie.»

Vuelve a mirar el teléfono: las 8.23.

Una furgoneta blanca avanza con lentitud por la calle: ese tipo de furgoneta blanca desvencijada que nunca anuncia nada bueno. El conductor, sin embargo, no le presta ninguna atención y sigue adelante como si tal cosa.

Ella hurga en el bolsillo del abrigo buscando los cigarrillos de Marty, pero no los encuentra. Un perro se ha puesto a ladrar como loco en alguna parte.

¿Dónde? Los Dunleavy no tienen perro. Rachel lo sabría.

¿Quizá sus vecinos? ¿Tal vez el perro de al lado ha visto a Pete entrando en la casa y lo ha identificado como un extraño?

El móvil indica las 8.28.

Enciende la radio. Están emitiendo una de esas reposiciones interminables de un programa humorístico, en el que uno de los presentadores está despotricando sobre el microbús Volkswagen.

Ahora son las 8.31.

¿Dónde está Pete?

El perro ladra aún con más fuerza.

La cría se baja de la cama elástica, coge una lata de refresco y vuelve a subirse sujetándola con una mano.

«No es buena idea, cielo, con ese vestido tan bonito», piensa Rachel.

Son las 8.34.

Un coche blanco y negro del departamento de policía de Beverly aparece en el retrovisor.

—Oh, no —masculla Rachel. Gira la llave de arranque del Volvo y el viejo motor, siempre fiable, cobra vida con un rugido.

El coche patrulla empieza a recorrer la calle despacio. Hay dos agentes dentro. Van directos hacia ella.

Y ahora son las 8.37.

Los ladridos del perro se vuelven más ruidosos.

El coche de policía se aproxima.

Rachel mete primera, con el pie izquierdo sobre el embrague y el derecho sobre el acelerador.

La cría de la cama elástica hace lo inevitable, o sea, acaba derramándose todo el refresco encima y empieza a dar gritos. Los dos agentes se vuelven para mirarla.

Pete aparece entonces en lo alto de la cerca de los Dunleavy. Baja de un salto al trecho de bosque, corre hasta el Volvo y se sube al asiento trasero, jadeando ruidosamente.

—¡Vamos! —dice.

—¿Todo bien? —pregunta Rachel alarmada.

—Sí. Perfecto. ¡Vamos!

Suelta el embrague y arranca. Se dirige al este, y luego al norte. Los polis no la siguen. Pete, en el asiento trasero, manipula su móvil.

—¿Ha ido todo bien? —vuelve a preguntar Rachel.

—Sí, perfecto.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Nada, ha sido pan comido. La ventana trasera estaba abierta, así que en dos segundos estaba dentro. He encontrado en un estudio de la planta baja un ordenador todavía encendido. He descargado ahí el virus. No lograba encontrar el teléfono fijo, así que por desgracia no he podido pincharlo. Mucha gente ya no tiene línea fija. Pero en cuanto arranquen el PC, podré ver la contraseña de sus cuentas de correo, de Skype, de FaceTime y de iMessage.

—Joder —exclama Rachel impresionada.

—Sí —responde Pete.

—¿Todo eso te lo enseñó tu amigo Stan?

—La mayor parte. Yo siempre he tenido un poco la mentalidad de un delincuente.

—Sí, Marty me contó que robaste un coche y te largaste a Canadá cuando tenías once años.

—No, qué va, no llegué a Canadá. Y tenía doce —dice él con falsa modestia.

—Has rebasado tu límite de quince minutos ahí dentro.

—Ya lo sé. Es que he encontrado la habitación de Toby y he investigado un poco. Un chaval normal. Sin problemas de salud, por lo que he visto. Le gustan los Red Sox, los X-Men y es fan de *Stranger Things*. En fin, un niño totalmente normal.

—Entonces ¿servirá? —plantea Rachel con tristeza.

—Sí, servirá —contesta Pete.

Cruzan el puente hacia Plum Island.

Rachel bosteza cuando llegan a casa.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —pregunta Pete con preocupación.

Ella desecha la pregunta.

—Voy a preparar más café. Tenemos cosas que hacer.

Rachel sube a la primera planta para coger la pizarra blanca de la habitación de Kylie. Abre la puerta, medio esperando que su hija esté allí escondida y que todo eso haya sido una cruel y demencial travesura.

La habitación está vacía, pero conserva el olor de su pequeña. Ese perfume barato, Forever 21, que tanto le gusta. La colección de conchas, el montón de

ropa rebosando en la cesta, los libros de astronomía y de Egipto. Hay una caja con todas las felicitaciones de cumpleaños que ha recibido en su vida. Los pósteres del grupo Brockhampton y de Keira Knightley en *Orgullo y prejuicio*. Sus carpetas de deberes pulcramente ordenadas. Su fotomontaje de amigos y familiares.

Rachel nota que está empezando a tambalearse. Coge la pizarra blanca, sale al pasillo y cierra la puerta con cuidado.

Abajo, usan la pizarra para resumir los horarios del pequeño Toby en un organigrama. Tiene tiro al arco esa tarde y el domingo por la tarde. La clase termina a las siete y luego vuelve a pie a casa. Ésa es la ventana de oportunidad.

—El club de arco está tocando a un sitio llamado Old Customs Hall, cerca del mar. Hay menos de un kilómetro desde allí hasta la casa de los Dunleavy —dice Pete mirando Google Maps.

—¿Tan poco?

—Sí, he estudiado varias veces la ruta en Google Street View. El chico camina desde Old Customs Hall subiendo por Revenue Street, tuerce a la izquierda en Standore Street, a la derecha en Poseidon Street, y ya está en su casa. No debe de tardar más de siete u ocho minutos. Diez como máximo.

Es un lapso muy estrecho, ambos son conscientes.

—Hemos de actuar entre las siete y las siete y diez —indica Rachel—. De hecho, para que la cosa funcione, debemos atraparlo cuando se encuentre en Standore Street, porque habrá mucha gente deambulando por Revenue Street y no podemos secuestrarlo en Poseidon, delante de su casa, porque su madre podría estar esperándolo.

Pete se rasca la barbilla. Es una franja muy estrecha, desde luego, tanto en el plano temporal como en el geográfico, pero prefiere no plantear la cuestión. Ése es el chaval para el que han hecho todos sus planes. Rachel reprime un bostezo.

—¿Por qué no te echas una siesta? Yo bajaré allí en coche y estudiaré toda la ruta sobre el terreno —propone Pete.

—No me hace falta una siesta. Vamos.

—¿Ahora?

—Sí.

Salen, suben al coche y llegan a Beverly en sólo quince minutos. La ciudad queda un poco demasiado cerca de la de Rachel para estar del todo tranquilos, pero eso no tiene remedio.

Ahora se observa más ajeteo. Hay una cantidad preocupante de gilipollas, piensa Rachel, paseando al perro o dando una vuelta. Gilipollas, sí, porque, ¿cómo pueden andar tan alegres y despreocupados cuando el cielo se está desmoronando? Mejor dicho, cuando ya se ha desmoronado. El Old Customs Hall está cerca del mar, y también es un punto muy popular para pasear la mascota o encontrarse con los amigos.

—Boletín del tiempo actualizado —dice Pete mirando su portátil—. Habrá llovizna esta tarde, no lluvia. Con suerte, la suficiente humedad para disuadir a los paseantes, pero no tanta como para que su madre vaya a buscarlo.

—Cuando recupere a Kylie, no la dejaré ir sola hasta que cumpla los cincuenta —masculla Rachel, consciente de que es un propósito tristemente inútil a esas alturas.

Circulan desde Old Customs Hall hasta Poseidon Street: un trayecto de unos tres minutos a través de un barrio residencial normal y corriente de Nueva Inglaterra. Pasan por una calle flanqueada por grandes y viejos castaños que todavía tienen hojas.

—Excelente cobertura —señala Pete.

Dan media vuelta y regresan al centro de la ciudad.

—Muy bien, éste es el plan —anuncia Rachel—. Uno, bajamos a Old Customs Hall. Dos, esperamos a que salgan los chicos. Tres, seguimos a Toby hacia su casa. Por favor, Dios mío, que Toby vaya solo. Cuatro, paramos el coche a su lado. Cinco, lo atrapamos y lo metemos dentro. Seis, nos largamos.

—¿Quieres que yo me encargue de atraparlo?

Ella asiente.

—Y yo conduciré.

—De acuerdo.

Rachel lo mira.

—Hay un montón de cosas que pueden salir mal, Pete. Me alegro de que estés conmigo.

Él recuerda aquella noche en Camp Bastion, en septiembre de 2012, cuando todo se torció. Se muerde el labio.

—Sí, todo saldrá bien, Rachel —dice.

—Pero, incluso si sale bien —contesta ella abatida—, será absolutamente terrible.

Viernes, 11.39

Kylie se despierta en el saco de dormir. «¿Dónde...?»

Con un grito de horror, recuerda dónde está y lo que ha ocurrido. Está en un sótano, en alguna parte al norte de su casa, donde la tienen encerrada dos personas, marido y mujer, hasta que su madre pague el rescate. Nota que se le contrae la garganta. Se incorpora en el saco de dormir y jadea buscando oxígeno. El aire ahí abajo es húmedo y rancio.

Se llena los pulmones de todos modos y hace un esfuerzo para sobreponerse al exceso de pánico. «Van a matarme, van a matarme... No, no lo harán. No son psicópatas. No me harán daño si mamá les da lo que quieren. Lo que pasó con el agente de la estatal fue un accidente.»

Y ella aún no está muerta.

Está trabajando en un plan. La llave inglesa..., ¡sí!

A juzgar por la luz del sol, ha dormido hasta muy tarde. Es increíble que haya conseguido dormir. Ahora tiene unas ganas tremendas de orinar. Le da la espalda a la cámara, coge el cubo y utiliza los pliegues del saco para taparse.

Al cabo de unos minutos, se abre la puerta y ve al hombre en lo alto de la escalera. Por detrás, vislumbra un patio y un árbol. El hombre baja con una bandeja, dejando la puerta abierta. Va con un pijama y con pasamontañas. Kylie lo oye respirar ruidosamente, como si bajar la escalera hubiera representado un gran esfuerzo.

—Buenos días —dice—. Te he traído desayuno, aunque es un poco tarde. Cereales Cheerios. Te gustan, ¿no?

—Sí.

Él se acerca y deja la bandeja a su lado. Un bol de cereales con leche, un vaso

de zumo de naranja y otra botella de agua. La culata de la pistola asoma por el bolsillo del pijama.

—Disculpa la hora. Anoche no nos acostamos hasta muy tarde. No esperábamos..., mmm, que las cosas se pusieran tan... Debes de estar hambrienta. ¿Has podido dormir un poco? —pregunta.

Ella menea la cabeza con aire evasivo.

—No me extraña —asiente él—. Ésta es una situación absolutamente demencial. Ni en mis peores pesadillas...

—¿Por qué lo hacéis, pues? —replica Kylie.

Él inspira hondo.

—Porque ellos tienen a nuestro hijo —contesta él en voz baja, meneando la cabeza—. ¿Has podido echar un vistazo a los libros?

Kylie vislumbra ahí una grieta.

—Sí. No había leído *Moby Dick*. Creía que sería muy aburrido.

—¿Y te ha gustado? —pregunta el hombre con excitación.

—Sí. Bueno, lo que he leído.

—Ah, fantástico. Es un clásico. Al principio un poco aburrido, quizá, para una persona de tu edad. Pero una vez que te metes es como que fluye con naturalidad.

—Sí, tiene razón. Me gusta el tipo tatuado.

—¿Queequeg? ¿A que es estupendo? Melville vivió durante casi un año con los isleños del Pacífico Sur, y los retrata de un modo bastante afectuoso, ¿no te parece?

Kylie busca con desesperación algo que decir: algo capaz de impresionar a su profesora de literatura si le preguntara en clase por un libro que no ha leído.

—Sí, y todo el libro... es como una gran metáfora, ¿no? —dice.

—Por supuesto. ¡Sí! Muy bien. Eres...

—¡Deja la bandeja y sube! —ordena una voz desde lo alto de la escalera.

—Mejor me voy —susurra el hombre—. Come tranquila y relájate. Y, por favor, no intentes nada. Nunca la he visto así.

—¡Vamos! —grita la mujer.

Él sube la escalera y cierra la puerta, dejando sola a Kylie de nuevo.

Esa vez también ha bajado con la pistola.
La pistola es la clave de todo.

Viernes, 15.13

Su móvil suelta un pitido. Ha puesto una alerta para que la avisara cuando la última remesa del dinero del rescate abandonara el sistema Bitcoin y llegara a la cuenta del banco suizo. En ocasiones, Visa o MasterCard, y en especial American Express, bloquean la transacción, pero al parecer ahora se ha efectuado en su totalidad.

Su hermano se burla de ella por este tipo de microgestión tan minuciosa. Cuando ella le deja manejar La Cadena, siempre dice que casi no tiene que hacer nada. Que prácticamente deja que el sistema se administre por sí solo. Ella, en cambio, está más encima de todo. Es su criatura, al fin y al cabo.

Mira su móvil. Sí. Veinticinco mil dólares imposibles de rastrear han pasado por el sistema de lavado Bitcoin.

Lo cual está muy bien por un lado; aunque, cuando los objetivos consiguen el dinero tan deprisa, quiere decir que podrían haber pagado mucho más. Eso es un error suyo. Fue ella la que fijó el importe del rescate. Miró la cuenta y los ingresos de Rachel y pensó que veinticinco mil ya era presionar mucho. «O sea, la tipa estaba trabajando de conductora de Uber hasta hace unas semanas, y no hay dinero en la familia.»

La idea no es sacarles todo lo que tienen, sino sólo una suma razonable. «No se trata del dinero, bla, bla, bla.»

Aun así...

Examina en su móvil la pantalla del ordenador de Rachel, pero observa que no ha encendido el Mac desde anoche. Es evidente que está usando otro ordenador. Lo que significa que no es idiota del todo.

Mira por la ventana cómo cae la lluvia inútilmente sobre Boston Harbor.

¿Acaso Rachel pretende ser más astuta que ella? Eso sería un grave error por su parte.

Abre la aplicación Wickr y le envía un mensaje:

¿Ya estás lista para actuar sobre tu objetivo, Toby Dunleavy?

A los cinco minutos, Rachel responde:

Sí. Vamos a hacerlo esta tarde, si es posible. O el domingo por la tarde, si hoy no funciona.

¿Por qué no mañana por la tarde? ¿O mañana por la mañana?

El chico va a clases de tiro con arco y vuelve andando a casa. Las clases las tiene hoy y el domingo por la tarde.

No le gusta el tono de su respuesta. No suena lo bastante atemorizado, lo bastante humilde. Rachel podrá ser una bruja muy astuta, pero no se da cuenta de que está hablando con una zorra alfa. «Yo puedo exterminarte, Rachel —piensa—. Sólo debo chasquear los dedos y estás muerta como una maldita adicta al *crack* de D Street.»

Finalmente, escribe:

Envíame un mensaje por Wickr en cuanto tengas al chico. Yo haré la primera llamada a la familia. Tú los llamarás cinco minutos después. Lo primero que tendrás que decir es: «Recuerda que no eres el primero ni serás el último. No es sólo cuestión de dinero, se trata de La Cadena». ¿Lo has entendido?

Sí.

Parece otra vez seca y segura. Lo cual no le gusta.

Cierra la ventana de la conversación y reflexiona unos minutos.

Olly siempre está diciéndole que no permita que la cosa pase al terreno personal. Como si él fuera mayor y más inteligente. Sí, mayor por quince minutos. Es verdad que no hay ninguna necesidad de apresurarse. No se trata de correr. Lo importante es que el sistema siga funcionando.

Según los cálculos de Olly, cuanta más gente se añade a La Cadena, más

probabilidades hay de que se produzca una deserción grave. Por eso el miedo es tan importante. Ése es el componente mental básico.

Los seres humanos son criaturas gobernadas por los instintos más primarios. Son como ratones, como ratones en campos de heno, y ella es el halcón que ve todo lo que hacen y se lanza sobre ellos en picado.

Piensa en Noah Lippman. Ella iba en serio con Noah, pero él decidió romper la relación y mudarse a Nuevo México con su nueva novia. La Cadena, sin embargo, logró extender sus tentáculos y llegar hasta pleno desierto. La vida de Noah en Taos siguió unos derroteros desastrosos. Su novia murió en un atropello con fuga; a él lo despidieron de su puesto en el hospital y luego lo atracaron y lo apalearon brutalmente. Ahora trabaja un montón de horas mal pagadas como enfermero de un hospicio de Santa Fe. Le han salido canas, y cojea desde que sufrió el asalto.

La Cadena no tendría por qué ser siempre algo malo, supone. A veces también podría ayudar a la gente. Ayudarla a centrarse en lo importante de verdad. Y, en cierto sentido, ella está haciéndoles un favor a esos ratones de campo. «Quiero decir —piensa—, ahora ya sabes cuál es tu objetivo, ¿verdad, Rachel? Ahora ya sabes lo que tienes que hacer si quieres volver a ver a la dulce Kylie. Ese pavor ciego que sientes; esa oleada de adrenalina; esas ganas de actuar... Ha sido La Cadena la que te ha dado todo eso. La Cadena te ha liberado.»

Cierra su portátil.

«No interfieras —suele decir Olly—; deja que el sistema funcione solo.»

Pero una, a veces, tiene derecho a divertirse un poco.

Vuelve a abrir la aplicación Wickr y le manda un mensaje a Heather Porter:

El rescate que debe pagar Rachel se ha doblado a cincuenta mil dólares. La cantidad restante tiene que ser abonada hoy. Infórmala de inmediato. Además, Rachel debe completar la segunda parte del proceso hoy mismo. Si no paga hoy el rescate completo y no ha ejecutado el secuestro a medianoche, deberás matar

a Kylie O'Neill y buscar
un nuevo objetivo.

«Sí, así será más obediente», piensa con cierta satisfacción.

Viernes, 15.57

Rachel permanece bajo la ducha, escaldándose y congelándose alternativamente, pero esos intentos no le sirven para despertar de la pesadilla. Siempre son otros los que pierden a sus hijos: gente que no está atenta, que deja que sus hijos de trece años vuelvan a pie a casa desde solitarias paradas de autobús en Misisipí o Alabama. Esas cosas no suceden en la urbana, segura y civilizada mitad norte de Massachusetts.

Sale de la ducha, pisa el suelo helado del baño y sacude la cabeza. Es justo esa clase de complacencia y esnobismo lo que les ha permitido secuestrar a su hija. Está un poco mareada. Le duele el pecho izquierdo. Se siente completamente a la deriva. Vuelve a imaginarse su rostro en el espejo inexistente. Esa cara demacrada, huesuda y desagradable tan poco parecida a la de Jennifer Connelly. Librarse de los espejos fue una ocurrencia estúpida. Una forma de esconder la realidad. Todos esos espejos rotos en el vertedero. Toda esa mala suerte volviéndose en su contra.

Camus dijo: «En las profundidades del invierno, aprendí finalmente que había en mi interior un verano invencible».

Menuda chorrada.

Lo único que ella siente es dolor, miedo e infelicidad. Miedo, sobre todo. Y, sí, eso son las profundidades del invierno, no cabe duda. Como estar en plena Edad de Hielo en el Polo Norte, sin una pizca de sol. «Han secuestrado a mi hija, y para recuperarla voy a tener que raptar a un crío encantador en la calle, amenazarlo a él y a su familia. Y tendré que hacerlo en serio. Tendré que hablar en serio cuando diga que voy a matarlo, porque si no lo hago no volveré a ver a Kylie.»

Se pone una camiseta, su suéter rojo y unos vaqueros, y entra en la sala de estar.

Pete levanta la vista de su ordenador.

Él no puede saber el tormento que siente por dentro. No debe saber de sus temores y sus dudas. No le conviene saberlo. Es un buen hombre. Un veterano. Y ella tiene que actuar como si fuese lady Macbeth.

—Bueno, entonces estamos preparados —dice con frialdad.

Pete asiente. Acaba de volver de casa de los Appenzeller.

—¿Cómo está la casa? —le pregunta Rachel.

—Perfecta. Supersilenciosa en el sótano. He puesto un cubo para orinar. Y le he comprado al chaval unos cómics para que no se aburra. También unos animales de peluche y unos juegos. Y caramelos.

—¿Qué dice el último boletín del tiempo?

—Llovizna. Nada de lluvia fuerte.

—¿Qué está haciendo la familia ahora? —pregunta ella.

—Mike sigue en el trabajo. El resto de la familia está en casa. Helen Dunleavy está escribiendo un largo post en Facebook sobre la higuera de su patio trasero. Ah, y Toby definitivamente no tiene alergia a los cacahuets.

—Bien. Una vez estuve en un avión con una mujer que era alérgica a los cacahuets y sufrió un colapso sólo del olor del sándwich de mantequilla de cacahuate de otra persona. Una pesadilla —dice Rachel con un gran suspiro—. Gracias por venir, Pete. Eres una roca. No podría aguantar sin ti.

La mira y traga saliva. Abre la boca y la vuelve a cerrar. Tiene que explicarle dos cosas. Tiene que explicarle lo de la heroína y contarle el incidente de Camp Bastion. Él no es una roca. No es de fiar. Es un fracasado. Lo habrían sometido a un consejo de guerra si no hubiera presentado antes la dimisión.

—Hay algo que debes saber... —empieza.

Suena el iPhone de Rachel: «Número desconocido».

Responde con el altavoz para que Pete pueda oír.

—¿Sí? —dice.

—Ha habido cambio de planes —informa la mujer que tiene a Kylie.

—¿Qué quieres decir?

—Es preciso que deposites otros veinticinco mil dólares en la cuenta de InfinityProjects.

—Ya hemos pagado el rescate. Es...

—Lo han cambiado. A veces cambian cosas. Tienes que pagar otros veinticinco mil. Además, debes completar hoy la segunda parte del proceso. ¿Entendido? Si no haces ambas cosas hoy mismo, se supone que he de matar a Kylie.

—¡No, por favor! He hecho todo lo que me han dicho. ¡Estoy colaborando!

—Lo sé. Ellos me acaban de enviar un mensaje. Debemos hacer lo que dicen, Rachel. Otros veinticinco mil y la segunda parte terminada antes de medianoche. Si no lo haces, yo tengo que matar a Kylie. Y, si no lo hago, ellos matarán a mi hijo. Así que debo hacerlo.

—No. Esto es una locura. Nosotros estamos colaborando, estamos haciendo...

—¿Has entendido lo que he dicho, Rachel?

—Sí...

La línea enmudece.

«¿Otros veinticinco mil hoy mismo? ¿Cómo?»

—¡Viene un coche! —dice Pete, mirando por la ventana de la sala de estar.

—¿Hacia aquí?

—Sí, hacia aquí —asiente él—. Dos ocupantes. Un hombre y una mujer. Están aparcando junto a mi camioneta. ¿Qué coche tiene Marty ahora?

Rachel corre a la ventana de la cocina. Es un Mercedes blanco y el hombre que lo conduce es Marty. Y está segura de que la mujer sentada a su lado es Tammy. Sólo la ha visto una vez, en realidad, cuando acudieron para llevarse a Kylie un fin de semana, pero Tammy es una rubia de piernas largas con un corte de pelo *bob*, y la pasajera del coche lleva justo ese peinado.

—¡Es Marty!

Pete corre a la ventana de la cocina.

—Joder, tienes razón. ¿Qué hacen aquí? Creía que habías dicho que estaba en Augusta.

Rachel suelta un gemido.

—Es viernes por la tarde. Ha venido a llevarse a Kylie el fin de semana.

—Vamos contrarreloj. Hemos de librarnos de ellos.

—¡Ya lo sé!

Marty saluda a Rachel con la mano. Ella permanece abatida ante el fregadero, mirando cómo suben ambos los escalones. Marty abre la puerta de la cocina, sonrío, se inclina y le da un beso en la mejilla. Tiene buen aspecto. Está muy guapo. Guapo tipo estrella de cine. Ha perdido un poco de peso, tiene las mejillas sonrosadas y por fin ha ido a un peluquero que sabe cortarles ese pelo tupido y ondulado. Sus ojos verdes relucen, pero sus cejas espejas se fruncen con inquietud al verla.

Ella resiste el impulso atávico de desmoronarse sobre su pecho, de rodearle el cuello con los brazos y echarse a llorar. Se sorbe la nariz, recomponiéndose, y sonrío.

—Vaya, estás preciosa. —Marty miente como un auténtico profesional. Suena un ligero carraspeo a su espalda y se apresura a hacerle un sitio a Tammy a su lado—. Seguro que recuerdas a Tam —dice.

La chica es alta y mona, con unos anodinos ojos azules.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien —contesta Rachel, inspirando hondo.

Ahora que se ha recuperado del shock, sólo tiene dos objetivos: sacarlos de allí cuanto antes y no levantar sospechas sobre la ausencia de Kylie.

—Pete, ¿qué haces tú aquí? —inquire Marty.

Cruza la sala y le da un abrazo a su hermano.

—Eh, Marty.

—Joder, Pete, qué alegría verte. ¡Estás bronceadísimo! Mírate. Tammy, éste es mi hermano mayor, Pete —dice él.

—Me alegro de conocerte por fin en carne y hueso —contesta ella, besándolo en la mejilla.

—Creo que es evidente que yo me he llevado la belleza y la inteligencia de la familia —bromea Marty—. ¿Qué te trae por aquí, hermano?

Rachel nota cómo se mueven los engranajes del cerebro de Pete, buscando algo que decir, y se adelanta a responder:

—Lo he llamado yo. Para que me ayudase con el tejado.

—Sí, el tejado —asiente Pete—. Me he ocupado de arreglarlo.

—Lo siento —se disculpa Marty apenado—. Parecías muy disgustada por teléfono.

—Ahora ya está —responde Rachel, mirando el reloj.

—Bueno, ¿y la niña de mis ojos? ¿Llegamos un poco temprano? —quiere saber Marty, obviamente aliviado por haberse evitado una pelea monumental a cuenta de las goteras. Mira a su alrededor buscando a Kylie.

—¿Vas a llevarte a Kylie a alguna parte? —replica Pete, esforzándose demasiado en parecer natural.

—La llevaremos a que se divierta un poco con su padre y su tía chiflada. Yo soy la chiflada de su tía —comenta Tammy.

—¡Kylie! —grita Marty, mirando hacia arriba.

—Ah, casi se me olvida, esto es para ti —ofrece Tammy. Mete la mano en una bolsa y le da una botella de champán a Rachel—. Pronto será tu primer aniversario.

—¿Cómo? —se pregunta ella en voz alta—. Pero si sólo llevamos divorciados desde febrero.

—No, eso no. Quiero decir que hace casi un año de tu última sesión de quimio. Es lo que me ha dicho Marty. Hace casi un año y no ha reaparecido.

—Ah, eso. ¿Un año? Dios, el tiempo vuela, ¿eh? —dice Rachel, todavía furiosa por haber olvidado que Marty iba a su casa.

—Un año de completa remisión. Es un hito importante —señala Marty—. Deberías celebrarlo. Tienes libre el resto del fin de semana. Date algún gusto. ¡Ve a ese concierto al que nunca conseguiste arrastrarme!

Rachel deja sobre la encimera la botella de champán, que ahora parece impregnada de una cruel ironía. Lo educado sería ofrecerles algo de beber, pero eso implicaría perder unos minutos preciosos. Su mente bulle a toda velocidad. ¿Cómo va a explicar la situación? No puede decir que Kylie está enferma. Marty se empeñaría en verla.

—Así que, mmm, Augusta, ¿eh? —comenta Pete titubeando, no tanto para iniciar una conversación como para ganar un poco de tiempo.

—Uf, ¿por qué lo has mencionado? —dice Tammy, fingiendo en broma que

se ahorca.

—Sí, chico, el Augusta National es precioso... —empieza Marty.

—¿Y Kylie? ¿Se está preparando? —pregunta Tammy. Le coge la mano a Rachel, le dirige una gran sonrisa y luego se concentra en un pitido de su teléfono.

«Estas chicas son la monda —piensa Rachel, apartando la mano—. O sea, detrás de una sonrisa puedes ocultar cualquier cosa.

»Absolutamente cualquier...»

De repente, se le ocurre algo.

Algo terrible.

Diabólico.

—Es bonito ese colgante que llevas —le dice a Tammy—. Estaba pensando en comprarme una cadena. ¿Qué te parece?

Ella alza la vista de su móvil.

—¿Cómo?

—Que estaba pensando en comprarme una cadena. Como la tuya. No se trata del dinero, ¿verdad? Se trata de la cadena.

—Si te gusta te la puedes quedar, querida. La compré en Filene's. De rebajas.

Ni un parpadeo. La Cadena no tiene nada que ver con ella. No es posible. El proceso de selección es casi del todo aleatorio. Eso es lo más ingenioso del montaje. Rachel se vuelve hacia su exmarido.

—A ver, Marty. Esto me resulta muy embarazoso. La he fastidiado, debería haberte llamado. Kylie se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Por culpa mía habéis tenido que conducir hasta aquí. Se me olvidó por completo que veníais hoy. Estoy tan estresada con la idea de dar clases después de tantos años y con todo este problema de las goteras... Y, bueno, me puse a preparar las clases y simplemente se me olvidó —asegura Rachel.

—Pero... ¿dónde está?

—Se ha ido a Nueva York.

—¿A Nueva York? —repite Marty perplejo.

—Sí. Ha estado trabajando en ese proyecto del colegio sobre Tutankamón, y

resulta que hay una miniexposición en el Met, y como ha sacado tan buenas notas este trimestre le he dado permiso para que vaya a verla.

—¿A Nueva York?

—Sí, la he dejado en el autobús y su abuela la ha recogido en Port Authority y se la ha llevado a su apartamento de Brooklyn. Se quedará allí un par de días y podrá empaparse de Egipto hasta hartarse —dice Rachel.

Marty frunce el ceño.

—Estamos en noviembre. ¿Tu madre no está en Florida?

—No. Este año, no. Se ha quedado un poco más en Nueva York porque ha estado haciendo un tiempo muy cálido.

—¿Y cuándo volverá Kylie?

—Dentro de un par de días. Quizá vayan a ver algún espectáculo. Mmm, parece que mamá puede conseguir unas entradas para el musical *Hamilton*.

—Ah, tengo que preguntarle a Kylie qué le ha parecido —interviene Tammy—. ¿Qué noche van a ir? Le enviaré un mensaje.

—¿Tú tienes su número? —pregunta Rachel horrorizada.

—Claro. Y nos seguimos la una a la otra en Instagram. Aunque me parece que no ha publicado ningún post sobre Nueva York.

—No, mmm...

—Qué raro —añade Tammy, mirando su móvil—. Kylie no ha colgado nada en Instagram desde el jueves. Suele publicar posts dos o tres veces al día.

—¿Estás segura de que está bien? —pregunta Marty preocupado.

—Sí, perfectamente —insiste Rachel—. Lo más probable es que su abuela le haya confiscado el iPhone. Siempre está diciendo que hay que mirar el mundo real, en vez de andar por ahí con la nariz pegada a una pantalla.

Marty asiente.

—Eso parece típico de Judith —dice—. Pero, maldita sea, Rachel, ¿por qué no nos has avisado? Bastaba con un mensaje de texto, ¿sabes? Nos habrías ahorrado un montón de molestias.

A ella se le ponen los pelos de punta. ¿Cómo se atreve? Fue él quien estaba jugando al golf en Augusta mientras secuestraban a su hija. Fue él quien

abandonó a su esposa, mientras ella estaba recuperándose de un cáncer, por una mujer más joven. Fue él quien...

No.

No es momento para una pelea. Tiene que mostrarse muy apenada y acabar cuanto antes.

—Lo siento mucho, Marty. La he pifiado. Soy una idiota. Estoy muy estresada, ¿entiendes? El trabajo nuevo. Las clases. El tejado. Lo siento.

Esos reproches a sí misma dejan a Marty desconcertado.

—Ah, bueno, sí. En fin, no importa. Cosas que pasan.

«¡Sácalos de aquí ahora mismo!», grita una voz dentro de la cabeza de Rachel.

—¿Queréis quedaros a cenar? —pregunta, jugándose— Es una pena que hayáis hecho todo el camino hasta aquí y tengáis que volveros directamente. Podría preparar... —intenta recordar la comida que menos le guste a Marty. ¿Mejillones? Sí. Siempre ha aborrecido los mejillones con ajo— una gran ensalada. Y luego unos mejillones absolutamente increíbles que he encontrado en el mercado.

Marty niega con la cabeza.

—No, no, será mejor que nos vayamos si queremos evitar el tráfico de la vuelta.

—¿Tráfico? —dice Tammy perpleja—. El tráfico irá en la dirección contraria.

—Habrá tráfico, seguro —insiste él.

—Siento haberla fastidiado —repite Rachel.

Marty le dirige un gesto comprensivo.

—No importa. ¿Quedamos para la semana que viene?

—Sí. Y yo la llevaré a Boston para que no tengas que volver a venir hasta aquí. Es lo mínimo que puedo hacer —afirma Rachel, preguntándose si Kylie estará de vuelta el próximo fin de semana. Si para entonces ha regresado sana y salva, lo demás no importa. Marty puede llevársela al maldito acuario todos los fines de semana hasta el fin de los tiempos.

—No, no hará falta —repite él dándole un abrazo de despedida.

Tammy la besa en la mejilla. Al cabo de cinco minutos están otra vez fuera,

subiendo al coche.

Pete y Rachel agitan la mano desde el umbral, vuelven dentro y cierran la puerta.

Son las cinco y veinte. Un montón de tiempo desperdiciado. La clase de tiro con arco empieza a las seis, y el trayecto de Toby Dunleavy hacia su casa, a las siete.

—Quieren otros veinticinco mil a medianoche, o matarán a Kylie —dice Rachel, procurando mantener el pánico a raya.

—Ya estoy en ello —responde Pete.

Ella observa cómo entra en una página de compra de bitcoins de la red oscura.

—¿Qué piensas hacer? —pregunta.

—Quince mil es el límite de una tarjeta, y diez mil, el límite de la otra. No hay problema —dice Pete.

—¿Tienes dinero en el banco para cubrirlo?

—¿Eso qué importa? Lo importante es recuperar a Kylie.

Rachel le da un beso en la coronilla y lo ayuda a crear una cuenta y a transferir los fondos.

—¿Estás controlando la hora? —le plantea ella.

—Casi estamos —indica Pete—. Calienta el motor de la camioneta. Y comprueba que estén los guantes y los pasamontañas.

Rachel sale corriendo, carga el vehículo, mete la llave de encendido y arranca el motor.

Son las seis menos cinco.

—Listo —anuncia Pete cuando ella vuelve dentro. Él ahora está mirando la página de Facebook de Helen Dunleavy—. Ya se dirige hacia el club de arco. Será mejor que nos pongamos en marcha. Voy a coger la pistola.

—No quiero hacerle daño a ese chico —asegura Rachel.

—No creo que haga falta hacer daño a nadie, pero quizá tengamos que disparar un tiro para ahuyentar a algún buen samaritano. Tengo una Colt cuarenta y cinco muy ruidosa que servirá de maravilla —señala Pete.

Rachel asiente. Piensa en sus propias palabras: «No quiero hacerle daño a ese

chico». Ese chico. Ese chico tiene nombre: Toby. Es Toby Dunleavy. Pero será más fácil pensar en él como «ese chico». Un concepto abstracto. No un ser humano. No un niño. Tal vez tengan que amenazar a «ese chico». Es más: tal vez tengan que cumplir la amenaza.

Se estremece. Pete la mira.

—Muy bien. Vamos —dice ella.

Suben a la camioneta y conducen por la Ruta 1 hacia Beverly. El tráfico es más denso de lo normal, pero no se inquietan. Es sólo un trayecto de veinte minutos y todavía falta una hora para que termine la clase de tiro con arco.

Pete le da un apretón en la mano.

—Quizá deberías hablar con tu madre y prepararla por si Marty la llama para preguntar por Kylie.

—Buena idea —conviene ella, y marca el número de Florida de su madre.

—Estoy a punto de jugar una partida de bridge, ¿qué sucede? —responde Judith.

—Escucha, mamá. Acabo de decirle a Marty que Kylie está contigo en Nueva York.

—¿Qué? ¿Por qué le has dicho eso?

—Es que ha venido hoy a buscarla, porque le tocaba el fin de semana, pero resulta que Kylie no soporta a la nueva novia de Marty y no quería marcharse con él, así que me ha entrado una especie de pánico y le he dicho que estaba pasando un par de días contigo en Nueva York.

—Pero si estoy en Florida...

—Ya sé que estás en Florida, mamá, pero si Marty te llama, tú tienes que decirle que estás en Brooklyn con Kylie.

—¿Y qué estamos haciendo en Nueva York?

—Kylie quiere ver todo lo que hay de Egipto en el Met.

—Ah, eso le encantaría.

—Y tenéis entradas para ver *Hamilton*.

—¿Cómo las hemos conseguido? —pregunta Judith.

—No lo sé. Quizá conoces a alguna vieja dama que no iba a usarlas.

Se hace un largo silencio mientras Judith reflexiona.

—Me has metido en toda una red de mentiras, Rachel. Ahora voy a tener que fingir que he visto *Hamilton* si llama mi exyerno. ¿Qué le voy a decir?

—Demonios, mamá, ¿no puedes pensar algo sobre la marcha? Ah, y le has confiscado el móvil a Kylie. —Rachel chasquea los dedos cuando pasan un rótulo que dice PRÓXIMA SALIDA: BEVERLY.

—¿Por qué iba a quitarle el móvil a mi nieta de trece años?

—Porque estás harta de que haga todo el camino hasta Nueva York y luego allí se pase el tiempo con la nariz pegada a un trozo de cristal.

—Sí, eso tiene sentido —admite Judith.

—Vale, mamá. Muchas gracias, eres mi salvación. Ahora he de dejarte —dice ella mientras llegan a Beverly.

—Cuídate, cariño. Me tienes preocupada.

—Estoy bien, mamá. Todo va bien —asegura Rachel, y cuelga.

Está lloviznando y sopla un viento helado del mar.

—No me gusta nada este tiempo —afirma Pete—. Helen podría cambiar de idea y salir a recoger a Toby, en lugar de dejar que vuelva andando. Será mejor comprobarlo.

No hay nada nuevo en Facebook, pero con el software espía instalado en el PC de sobremesa descubren que Helen le está escribiendo un mensaje a su hija para decirle que ha seguido su recomendación y está viendo una película con Mike.

Así pues, disponen de una oportunidad.

Aparcan en Revenue Street a las seis y media. Por algún motivo, sin embargo, hay toda una fila de niños y adultos saliendo de Old Customs Hall.

—¿Qué demonios? ¿Quiénes son esos niños? Joder. ¡Creo que salen del club de arco! —grita Pete.

—Sí. Mira todos esos arcos. ¡Son ellos! ¡Ya la hemos fastidiado! —exclama Rachel.

—¡Vamos! ¡Recorre la ruta! —ordena Pete, y Rachel arranca.

—Ya voy.

—No lo entiendo. Se suponía que salían a las siete. ¿Por qué han salido más temprano? ¡Media hora antes! No tiene sentido —señala Pete.

—Oh, Dios. Oh, Dios —repite Rachel una y otra vez.

—Está bien, no importa —repite él con calma—. Acaban de salir. Aún estamos a tiempo.

Rachel sube con rapidez por Revenue Street. Dobla por Standore Street y allí, a unos cien metros, hay un chico con una parka que lleva una bolsa de deporte de la que sobresale algo parecido a un arco. El niño tiene puesta la capucha y camina hacia la casa de los Dunleavy.

—¿Es él? —pregunta Rachel.

—Ni idea. Pero lo que sale de la bolsa es sin duda el extremo de un arco. Y no veo a nadie más en la calle. Por ahora.

—El pasamontañas —dice Rachel, procurando desesperadamente evitar una nota de pánico en su voz.

—No hay moros en la costa —indica Pete.

Al final no han necesitado los árboles o la oscuridad para ocultarse porque la lluvia ha ahuyentado a todos los posibles testigos. Rachel pone los limpiaparabrisas, apaga las luces, avanza por la calle y se detiene delante de la criatura.

—No hay nadie —afirma Pete, mirando a ambos lados.

—¡Venga, pues! —lo apremia Rachel.

Él baja a toda prisa del asiento del pasajero con la Colt 45. Rachel ve que habla con el crío. Luego se vuelve y niega con la cabeza mirándola a ella.

Hay algún problema. Pete vuelve al coche sin el chico.

¿Qué demonios sucede?

—¿Cuál es el problema? —inquire.

—Es una niña —contesta Pete.

Rachel se pone el pasamontañas y se baja. Y, en efecto, es una niña flacucha de pelo castaño de unos ocho o nueve años. La bolsa de deporte es demasiado grande para ella.

—¿Acabas de salir del club de arco? —quiere saber.

—Sí —responde la niña.

—¿Por qué habéis salido más temprano? —pregunta Pete.

—Estaba estropeada la calefacción y hemos tenido que volver a casa. ¿Por

qué llevan esa cosa en la cara?

—¿Cómo te llamas? —interviene Rachel.

—Amelia Dunleavy.

—¿Dónde está tu hermano Toby?

—Se ha ido a casa de Liam. Me ha pedido que llevase su bolsa a casa.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —plantea Pete.

—Nos la llevamos —responde Rachel en tono lúgubre.

—Ése no era el plan.

—Ahora sí —replica ella. Sabe que no será capaz de volver a pasar por todo eso. Y, si no puede hacerlo, Kylie está muerta.

—Vamos, Amelia —dice Pete—. Te llevamos a casa.

Mete a la niña en el coche, le abrocha el cinturón, se sienta a su lado y cierra la puerta. Rachel hace un cambio de sentido y conduce hacia la rampa de la Ruta 1A.

—¿En serio vamos a seguir adelante? ¿Qué me dices de sus problemas de salud? —pregunta Pete.

—Nos ocuparemos de ellos. Nada de cacahuets ni derivados. Compraremos un autoinyector de epinefri... ¡Mierda! —exclama Rachel, y da un puñetazo al salpicadero.

—No deberías decir esa palabra —apunta Amelia.

—Tienes razón —conviene ella—. Perdona. ¿Cuántos años tienes, cariño?

—Ocho —contesta Amelia—. Cumpliré nueve en diciembre.

—¿Quién deja hoy en día que una niña de ocho años vuelva sola a casa de noche? Bajo la lluvia, además. ¿Quién hace una cosa así? —masculla Rachel.

—Toby debía venir conmigo. Hoy era mi primer día en el club de arco. Ahora ya puedo usar el arco júnior. Y se suponía que él me acompañaría a casa. Pero como hemos salido tan temprano se ha ido a casa de Liam.

—¿Y Toby te ha dejado volver sola?

—Ha dicho que ya soy mayor. Y me ha dejado llevar su bolsa —dice Amelia.

—Bueno, ahora has de venir con nosotros. Tu madre ha dicho que no había ningún problema. Es una aventura —explica Rachel.

A través del retrovisor, ve que Amelia menea la cabeza.

—No quiero ir con vosotros. Quiero irme a casa —replica la cría.

—No puedes irte a casa. Has de venir con nosotros —insiste Rachel.

—¡Quiero irme a casa! —repite Amelia, y empieza a gimotear.

Rachel siente un acceso de náuseas mientras la niña comienza a tironear del cinturón de seguridad.

—¡Quiero irme a casa! —berrea.

Pete sujeta con sus grandes manos a la cría, que no deja de forcejear.

Una vez que han salido de la ciudad, Rachel se mete en el arcén en un tramo aislado de la Ruta 1A, en los bosques pantanosos que hay entre Beverly y Wenham. Se baja de la camioneta, se quita el pasamontañas y vomita.

Escupe y vuelve a vomitar. Tiene un gusto acre en la boca y le arde la garganta. Le caen las lágrimas por las mejillas.

Sigue vomitando hasta que sólo da arcadas.

Pete abre la puerta y tira los zapatos de Amelia y la bolsa de deporte.

—Mejor hundir todo esto en el pantano —dice—. Para quedarnos tranquilos. Podrían llevar un transmisor GPS.

Rachel mete en la bolsa los zapatos y, cerrando parcialmente la cremallera, la arroja en el pantano, donde se queda flotando. Ahora no tiene tiempo para reproducir la escena de Norman Bates hundiendo el coche poco a poco en *Psicosis*, así que vadea por el agua y hunde la bolsa con el pie. Luego vuelve a ponerse el pasamontañas.

—¿Quieres que conduzca yo? —pregunta Pete cuando sube de nuevo al vehículo.

Ella niega con la cabeza y se vuelve hacia Amelia. Las lágrimas resbalan por su carita. Tiene abiertos los ojos como platos y, sin duda, está aterrorizada.

—Todo irá bien, cariño —afirma Rachel—. Sólo te llevamos con nosotros un par de días. Es un juego al que estamos jugando. Tu mamá y tu papá ya lo saben.

—¿Ellos también juegan? —pregunta Amelia sorprendida.

—Sí, así es. Todo irá bien. Te lo prometo —asegura Rachel, arrancando de nuevo.

—Ahora tendrás que ponerte esta venda, cielo —explica Pete—. Es parte del juego.

—¿Como en la gallinita ciega? —quiere saber Amelia.

—Exacto —confirma Pete.

—Ya he jugado otras veces.

La niña se pone la venda, y Pete y Rachel se quitan los pasamontañas.

Están justo en las afueras de Newbury cuando ve el coche de la policía por el retrovisor.

—Polis —dice con calma.

Pete se vuelve para mirar.

—No hemos cometido ninguna infracción. Tú sigue adelante, no aceleres ni reduzcas la velocidad —indica.

—Ya lo sé —le gruñe ella—. Pero dame una pistola. Si nos paran, no habrá forma de salir de ésta sólo hablando.

—Rachel...

—¡Dámela!

Pete le pasa el arma y se la pone en el regazo.

—¿Sabes usarla? —pregunta él.

—Sí. ¿Estamos de acuerdo en lo que vamos a hacer si nos paran?

—Sí —dice Pete, conteniendo el aliento.

Viernes, 18.57

El coche de policía los sigue durante treinta segundos, se sitúa lentamente a su lado y a continuación acelera y pasa de largo.

Claro que pasa de largo.

Rachel no ha cometido ninguna infracción.

Conduce directamente hasta la casa de los Appenzeller.

Amelia está aturdida o aterrorizada. No importa cuál de las dos cosas: obedece, y eso es lo que cuenta.

—Tú llévala dentro; yo me encargaré de hacer las llamadas —le dice Rachel a Pete.

Cuando la calle queda desierta, él saca a Amelia de la camioneta y la lleva al sótano.

Rachel permanece en la cabina y abre la aplicación Wickr de su móvil.

Ya está.

¿El qué?

He secuestrado a Amelia Dunleavy. La tengo conmigo ahora mismo.

Suena el móvil de Rachel.

—Bien. Muy bien —dice la voz distorsionada—. Ahora yo llamaré a su familia. Luego llamarás tú y pedirás cien mil dólares, a pagar en bitcoins en la cuenta que ya conoces.

—¡Cien mil! Me parece...

—Es la mitad de la cantidad que tienen en su cuenta de ahorros. Pueden pagarlo fácilmente. No se trata del dinero, Rachel.

—Ya lo sé. Se trata de La Cadena.

—Exacto. Voy a llamarlos y a decirles que cojan papel y bolígrafo. Tú hablarás con ellos dentro de cinco minutos a través de un móvil desechable. Ellos estarán junto al teléfono esperando tu llamada.

La línea enmudece.

Rachel llama a Pete con un móvil desechable.

—¿Hola? —dice él.

—¿Va todo bien? —pregunta ella.

—Está muy asustada, obviamente. Aterrada. Le estoy diciendo que somos amigos de la familia. Y ella en parte se lo cree y en parte no.

—Tranquilízala, Pete. Que no enloquezca de miedo. No sé si es muy sensible, pero mejor pecar de precavidos. No actuemos como la canguro estúpida de tantas películas.

—No, descuida.

—Hemos de leer las etiquetas de todo lo que le demos y conseguir un autoinyector de epinefrina.

—Sí. Yo me encargo. Creo que pueden comprarse en eBay. ¿Ya has llamado a la familia?

—Ahora voy.

—Utiliza un móvil que no sea éste. Y aléjate con la camioneta de la casa para hacer la llamada.

—Buena idea. De acuerdo.

Rachel se dirige deprisa al aparcamiento que hay junto al océano. Marca el número de los Dunleavy.

—¿Hola? —dice una mujer ansiosa.

—Me he llevado a vuestra hija Amelia. La he secuestrado. No debes llamar a la policía. Si llamas a la policía o a cualquier otra fuerza del orden, la mataré. ¿Entendido?

Helen empieza a gritar.

Rachel consigue calmarla diciéndole que, si no se tranquiliza, le meterá a su hija una bala en el cerebro.

La conversación dura diez minutos.

Al terminar, se baja de la camioneta y vomita una y otra vez hasta que no le queda nada en el estómago.

Mira el oleaje del océano oscuro rompiendo contra la orilla.

Se sienta en la arena justo cuando empieza a caer una lluvia intensa y helada.

Le duele la cabeza. Tiene la sensación de que el cráneo va a explotarle.

Permanece sentada cinco minutos más; luego se levanta, pisotea el móvil desechable y arroja los trozos al mar. Alza la cabeza hacia la lluvia, deseando que el agua la purifique. No funciona.

Llama a Pete con un móvil nuevo.

—Ya está. ¿Todo bien ahí?

—No demasiado. Le he puesto la esposa y la he encadenado al pilar. Lo cual no le ha importado mucho. Y no grita ni nada, pero está llorando, llamando a su madre y diciendo que no puede quedarse aquí sin *Mister Boo*. Es un oso, por lo visto. Aquí hay un montón de peluches, pero sólo servirá *Mister Boo*.

—Entiendo —dice Rachel.

A continuación conduce hasta su casa y sube a la habitación de Kylie. Encuentra a *Marshmallow*, su conejito rosa de peluche. ¿Cómo puede dormir Kylie sin *Marshmallow* y sin su gato?

Se pone al conejito bajo el brazo y, subiéndose la capucha, corre bajo la lluvia hasta llegar a la casa de los Appenzeller.

Llama con los nudillos a la puerta trasera y Pete le abre. Está hablando por teléfono. Parece preocupado.

—¿Cuál es el problema? —susurra.

—American Express está verificando la transacción —señala, tapando el auricular con la mano.

—Visa me ha hecho lo mismo a mí. Si el dinero no se transfiere esta noche, matarán a Kylie.

—Ya. Yo me encargo de resolverlo —responde él.

Pete no tiene buen aspecto; está crispado, sudado, ojeroso.

—¿Estás bien?

—Sí. Lo resolveré.

Rachel se pone el pasamontañas y baja al sótano.

Amelia está exhausta. Ha llorado y forcejeado y vuelto a llorar, y seguramente lo único que quiere ahora es dormir, pero no puede sin *Mister Boo*. Está sentada sobre el colchón, en el saco de dormir, rodeada de piezas de Lego, juguetes y animales de peluche inútiles.

Rachel se sienta a su lado.

—Ya sé que estás asustada, cariño, pero no hay ningún motivo para tener miedo. Aquí estás a salvo, te lo prometo. No dejaré que te suceda nada malo.

—Quiero a mi mamá —dice Amelia.

—Lo sé. Pronto te llevaremos con ella. Escucha, me he enterado de lo de *Mister Boo*, y aunque no tenemos a *Mister Boo*, te he traído a *Marshmallow*, el amigo más especial de mi hija. Lo ha tenido desde que nació. Es muy muy especial. Lleva dentro trece años de amor.

Amelia mira a *Marshmallow* con suspicacia.

—Yo quiero a *Mister Boo*.

—No tenemos a *Mister Boo*, pero sí a *Marshmallow* —explica Rachel—. *Marshmallow* es amigo de *Mister Boo*.

—¿De veras?

—Oh, sí. Son grandes amigos.

Rachel le pasa el peluche y Amelia lo coge titubeando.

—¿Quieres que te cuente un cuento? —le pregunta.

—Vale, sí.

—¿Quieres leche con galletas?

—Sí.

—Espera aquí. Voy a ver.

Sube otra vez. Pete está en el porche tratando de convencer a los tipos de American Express para que efectúen la transacción. Si no lo consigue, una mujer enloquecida asesinará a su hija dentro de dos horas.

Da unos golpecitos a la puerta de la cocina y Pete se vuelve.

—¿Qué dicen? —quiere saber.

—Aún estoy hablando con ellos.

Rachel lee la etiqueta de las galletas Lorna Doone y estudia los ingredientes en Google para asegurarse. No llevan frutos secos. Baja al sótano con la leche y

las galletas.

Le cuenta a Amelia el cuento de *Ricitos de Oro y los tres ositos* y la niña se pone contenta porque lo conoce.

Luego le cuenta el de *Hansel y Gretel* y resulta que también lo conoce.

Historias de niños sobreviviendo a los peligros del bosque.

Pobre Amelia, desaparecida como aquella otra Amelia hace tantos años. ¹ 2

Es una buena niña. Una niña inteligente. Le cae bien. ¿Cómo no iba a caerle bien? ¿Y cómo podría hacerle daño a esa criatura?

Al cabo de media hora, Pete aparece en lo alto de la escalera y alza los pulgares.

—¿Se ha hecho la transacción?

—Sí.

—Gracias a Dios.

—¿Cómo está Amelia?

—Ven a verla.

—¡Se ha dormido! ¿Cómo lo has conseguido? —susurra Pete al llegar al pie de la escalera.

—Leche, galletas y *Marshmallow*.

—¿Qué tipo de galletas?

—Lorna Doone. Son inocuas. Lo he mirado.

—El autoinyector está en camino. Lo he comprado en eBay.

—No habrás pedido que lo envíen aquí...

—No. Lo mandarán a un buzón de eBay en Newbury.

—Bien.

—Yo me quedaré aquí esta noche —dice Pete—. Tú vete a casa, pareces hecha polvo.

—Debería quedarme.

—No, vete a casa, por favor.

Rachel no quiere discutir. Está exhausta. Completamente agotada. Le saca una fotografía a Amelia con un móvil desechable.

—Les mandaré esta foto.

—Procura dormir un poco, Rachel.

—No estoy cansada —insiste ella.

Pete se rasca el brazo. Está sudando. Parece ausente, como indispuerto.

—¿Seguro que te encuentras bien? —le pregunta ella.

—¿Yo? Perfectamente. Vete a casa. Yo me las arreglo aquí.

Rachel asiente y sube los escalones. Sale al porche. Camina a lo largo de la playa.

Se alegra de esa lluvia helada. Se merece la incomodidad, la tristeza, el dolor. Se detiene frente a su casa y llama a los Dunleavy con otro móvil desechable.

—¿Sí? —contesta Helen entre jadeos de pánico.

—Será mejor que te pongas en marcha con el dinero y el objetivo. Te envío una foto de Amelia. Está dormida. Está bien.

—¡Déjame hablar con ella!

—Está dormida. Te mando una fotografía.

Una vez enviada la foto, destroza el móvil y entra en su casa.

Se prepara una taza de café y empieza a vigilar la actividad de los Dunleavy a través del ordenador pirateado. Ningún mensaje a la policía.

A medianoche, suena su iPhone.

—¿Diga?

—¿Rachel? —susurra una voz.

—Sí.

—Se supone que no debo llamarte, pero quiero que sepas que mi hijo ha sido liberado hace una hora. ¡Ya está con nosotros!

—¿Lo habéis recuperado?

—Sí. ¡No me lo puedo creer! Está con nosotros en casa, ileso. Me daba miedo albergar esperanzas..., pero ha vuelto.

—Pero... entonces... ¿podrías soltar a Kylie ahora?

—No puedo. Y lo sabes. La Cadena debe continuar. Tienes que confiar en el proceso. Si rompo La Cadena, empezarán las represalias con un efecto de retroceso. Yo correré peligro, mi hijo correrá peligro, y Kylie y tú también.

—A menos que vayan de farol.

—No son de los que van de farol. Creo que disfrutarían si todo se torciera y empezáramos a matarnos unos a otros. Ya has visto lo que pasó con esa familia.

—Sí.

—Ellos me dijeron que hace unos años alguien desobedeció y que los castigos se extendieron siete niveles hacia atrás en La Cadena antes de que la cosa se resolviera por sí sola.

—¡Qué horror!

—Pero quiero que sepas que estás a un solo paso de recuperar a Kylie. Pronto se habrá terminado, Rachel, ya lo verás.

—Ay, Dios. Eso espero.

—Ya lo verás.

—¿Cómo lo has conseguido? ¿Cómo has soportado todo el proceso? ¿De dónde has sacado las fuerzas?

—No lo sé, Rachel. Supongo que tienes que imaginarte constantemente el momento en que vuelvas a reunirte con Kylie. Todo lo que hagas, todas las decisiones que tomes, son un medio para alcanzar ese fin, ¿entiendes?

—Sí.

—Cuando nos llevamos a Kylie se produjo un incidente, algo terrible. A ella no le ocurrió nada, está muy bien. Pero yo tuve que hacer algo espantoso. Mi antiguo yo estaría muerto de angustia por lo que hice. Pero ¿sabes lo que siento? Nada. Nada más que alivio. Hice lo que tenía que hacer y he recuperado a mi hijo. Lo demás no importa.

—Creo que te entiendo.

—Sólo tienes que aguantar un poco más.

—Lo haré.

Sábado, 00.07

Mike Dunleavy mira cómo llora su mujer, acurrucada en posición fetal en el suelo del baño. Él se tumba a su lado y empieza a llorar.

Deja la pistola en el suelo. No tiene sentido andar por la casa con un arma cargada.

No sirve para nada. No hay nadie a quien disparar.

—¿Cómo está Toby? —le pregunta Helen con la cara llena de lágrimas.

—Dormido. Le he dicho que Amelia iba a quedarse en casa de una amiga durante unos días.

—¿Se lo ha creído?

—Le daba igual. Sólo quería saber dónde estaba su equipo de tiro con arco. Le he dicho que estaba guardado.

—¿Crees que estará bien pedirle ayuda a Dios? —reflexiona Helen.

—¿Realmente vamos a hacerlo?

—No nos queda más remedio.

—No tenemos que hacerlo. Podríamos llamar a la policía.

—La matarán si vamos a la policía. La mujer que la tiene es un monstruo. Lo he notado en su voz. Somos los peores padres del mundo. ¿Sabes esa gente que se mete una sobredosis sentada dentro del coche? Nosotros somos peores que ellos.

Helen empieza a llorar de nuevo. Grandes sollozos jadeantes, como si se estuviera muriendo.

Mike mira su rostro bajo la débil claridad que entra por la ventana del baño. Se la ve frágil y destrozada, totalmente perdida. Él no sabe qué decir.

—¿Cómo va a dormir Amelia sin *Mister Boo*? —musita ella.

—No lo sé.

—La recuperaremos, ¿verdad? Dime que la vamos a recuperar —pide Helen.

—La recuperaremos. Haremos todo lo que podamos. Aunque deba matar a todos y cada uno de ellos, la recuperaremos.

Sábado, 5.38

Aún está oscuro, pero parece que hay un poco de luz hacia el este. Kylie no puede dormir. No ha dormido nada desde que ha conseguido hacerse con la llave inglesa.

Su cuerpo no ha dejado de bombear adrenalina durante toda la noche, volviendo imposible el sueño. Va a tener una única oportunidad y deberá aprovecharla.

El plan es muy sencillo. Todos los buenos planes son sencillos, ¿no?

Subir al bote, encontrar a la ballena, matarla.

Subir al bote, encontrar al tiburón, matarlo.

El hombre (o la mujer) bajará por la escalera sujetando una bandeja con un bol de cereales y un vaso de zumo de naranja. Se inclinará para depositar la bandeja en el suelo y para colocar el bol y el vaso junto a ella.

Entonces Kylie le asestará un golpe con la llave.

Un golpe en la cabeza con todas sus fuerzas. Un golpe asestado con ambas manos que dejará a su captor sin sentido. Tendido en el suelo, fuera de combate. Con un poco de suerte, llevará encima la llave de la esposa. Kylie se la quitará, subirá rápidamente la escalera y correrá hacia la carretera más cercana. Si no tiene la llave de la esposa, entonces entrará en juego la pistola. La pistola es un elemento crucial. Siempre que han bajado, iban armados.

Si resulta que no aparece la llave, cogerá la pistola y esperará a que su captor despierte, y entonces le apuntará con la pistola a la cabeza, llamará al otro y les dirá a ambos que le den la llave de la esposa o disparará.

Si no la creen capaz de disparar, le pegará un tiro en la rodilla al que tenga a su merced. Ella ha salido a practicar por el bosque con su tío un par de veces.

Sabe cómo se dispara un revólver. Quitas el seguro, compruebas el cargador y aprietas el gatillo. El otro irá a buscar la llave y se la entregará, pero si cualquiera de los dos se resiste, hará un trato con ellos: una vez que haya vuelto a casa con mamá, dirá que no recuerda dónde la tenían presa. No lo recordará durante un día. Lo cual les dará veinticuatro horas para salir del país.

Kylie está contenta con el plan. Es lógico y racional, y no ve ningún motivo por el que no haya de funcionar. La parte más difícil será el primer paso, y eso estará hecho en un segundo. «Tú puedes, Kyles, seguro que tú puedes», se dice. Pero está temblando de miedo dentro del saco de dormir.

Temblando no es la palabra idónea. *Tiritando como presa de convulsiones* se acerca más a la realidad. Pero la valentía le viene de familia. Piensa en su madre soportando todas esas sesiones de quimio. Piensa en su abuela luchando tantos años con la Universidad de Nueva York para quedarse en los alojamientos universitarios después de que el abuelo se fugara con una de sus alumnas. Y piensa en su bisabuela Irina, aquella niña resuelta que metió a base de amenazas a toda su familia en un carro tirado por un asno y la condujo hacia el este, con el Ejército Rojo en retirada, hasta el tren que los transportó a una extraña ciudad llena de cúpulas llamada Taskent. Allí pasaron cuatro años sin blanca, convertidos en unos parias, y cuando volvieron al *shtetl* de Bielorrusia en otoño de 1945, descubrieron, claro, que todas las personas que se habían quedado habían sido asesinadas por los alemanes. De no ser por la valentía de su bisabuela, ahora Kylie no estaría ahí.

Eso es lo que necesita, la valentía y la decisión de las mujeres de su vida. Todas esas mujeres, toda esa larga historia. Examina otra vez la llave inglesa. Es pesada. Mide casi un palmo. Debió de olvidársela alguien después de arreglar la caldera. Más probablemente un operario que los dueños de la casa. Ellos no tienen pinta de saber arreglar una caldera. No es una llave idónea para romper una cadena, pero quizá sí lo bastante grande para romperle la cabeza a alguien.

Pronto lo sabrá.

Sábado, 6.11

Rachel comprueba si hay alertas AMBER, informes policiales o alguna noticia de última hora sobre una niña desaparecida, y no pierde de vista la pantalla reproducida del ordenador de los Dunleavy.

Las tantas de la madrugada. Tan tarde. Tan cansada.

«No te duermas, no te duermas, no te duermas...»

Cierra los ojos durante un brevísimo momento.

Vacío.

Luz del sol.

Gorjeos.

Horror.

¿Qué día es hoy?

Las horas son como años y los días como décadas. ¿Cuántos milenios ha pasado metida en esa maldita pesadilla?

Otra mañana. Esa sensación en el estómago, esas mariposas de terror que le revuelven las tripas. No has experimentado el miedo hasta que tu hijo está en peligro. Morirte no es lo peor que te puede pasar. Lo peor que te puede pasar es que le suceda algo a tu hijo. Tener un hijo te convierte instantáneamente en una persona adulta. El absurdo es el desajuste ontológico entre el deseo de sentido y la incapacidad para encontrar sentido en este mundo. El absurdo es un lujo que no pueden permitirse los padres de un hijo desaparecido.

Se sienta a la mesa de la sala de estar. *Eli*, el gato, maúlla a su lado. No le ha echado comida desde hace casi dos días.

Le llena el cuenco, se toma una taza de café frío y sale al patio. Luego se pone un abrigo y camina por la senda de la ensenada hasta la casa de los

Appenzeller.

El sol se alza sobre el Atlántico y las grandes mansiones del lado oriental de la isla. Suena su iPhone. «Número desconocido.» El estómago le da un vuelco. ¿Ahora qué?

—¿Sí?

—¡Te necesito! ¡Ven aquí! —grita Pete.

—Estoy a dos minutos.

—¡Corre! Necesito ayuda.

Echa a correr hasta Northern Boulevard. Con el corazón palpitante, baja a toda velocidad por el sendero de la playa y sube los escalones traseros de la casa de los Appenzeller.

La puerta está abierta, lo que resulta inquietante.

Entra.

Sobre la mesa de la cocina está la 45 de Pete y una bolsita de algo que parece droga. «Pero ¿qué demonios...?» Su mente da vueltas acelerada.

¿Puede fiarse de él? Por Dios, ¿no formará parte de eso?

Rachel cree que conoce a Pete, pero ¿acaso se puede conocer a alguien de verdad? Él adora a Kylie, pero hubo esos dos arrestos hace un tiempo, y quién sabe qué ha estado haciendo todos esos años desde que dejó el ejército.

Menea la cabeza. No. Es Pete. Todo eso es paranoico. La Cadena no tiene nada que ver con Tammy ni tampoco con Pete.

¿Y las drogas? Eso es serio. Tendrá que...

—¡Rachel! ¡Aquí abajo! Ponte el pasamontañas.

Se lo pone con rapidez y baja la escalera del sótano.

Pete sujeta a Amelia, que está envuelta en una toalla y tiembla y se retuerce. Hay cereales derramados por todo el suelo.

—¿Qué ha pasado?

—Le he dado Rice Krispies. ¡Creía que no había problema! No he leído la letra pequeña. Dice que puede contener trazas de frutos secos.

—¡Dios!

—La epinefrina no llegará hasta última hora de la mañana —dice Pete, presa del pánico.

Amelia tiene los labios hinchados y una palidez mortal. Le asoma por las comisuras de la boca un poco de espuma y respira de modo rasposo y superficial.

Rachel le pone el dorso de la mano en la frente.

Fiebre.

Le levanta la camisa.

Ronchas.

Le abre la boca y mira dentro. No hay obstrucción. No se le ha hinchado la lengua. Todavía.

—¿Te cuesta respirar, Amelia? —le pregunta—. ¿Puedes respirar? Contéstame.

La niña asiente.

—¿Qué hace tu mamá cuando estás así?

—Doctor...

Está cubierta de sudor y su respiración se vuelve cada vez más fatigosa.

—Tenemos que llevarla al hospital —dice Pete.

Rachel se vuelve y lo mira. ¿Qué demonios está diciendo? No pueden llevarla al hospital. Si la llevan al hospital, la historia se habrá terminado y Kylie morirá.

—No —repone.

—¡Le está dando una reacción alérgica! —grita Pete.

—Eso ya lo veo.

—Tiene que verla un médico. No tenemos el autoinyector.

—Nada de médicos —insiste Rachel—. Yo la sujetaré.

Coge en brazos a la niña y Pete entiende por fin.

—¿Estás segura?

—Sí. Ya he tomado una decisión.

Es una decisión terrible, pero La Cadena la ha forzado a tomarla.

O bien la niña se muere en sus brazos allí y ahora, o bien se repone de algún modo.

—Yo me quedo con ella. ¡Tú vete a conseguir epinefrina como sea!

—¿Cómo?

—¡Atraca una farmacia! ¡No sé! ¡Vamos!

Pete sube corriendo.

—Te dejo la pistola —anuncia desde la cocina.

—De acuerdo. ¡Vete ya!

Oye que sale y cierra de un portazo.

Ella sujeta a Amelia.

—El doctor... —musita la pequeña.

—Sí, cariño —responde Rachel.

Ni médicos ni hospitales.

Si Amelia muere, abandonarán la casa y volverán a intentarlo. La policía encontrará a una niña muerta, encadenada a un pilar, cubierta de vómito y rodeada de muñecos y juguetes. Pensarán que es una de las escenas criminales más diabólicas que han visto jamás.

La pequeña tiene la cara pálida. Los ojos vidriosos. Empieza a toser.

El hospital podría salvarla.

Una unidad sanitaria de los bomberos de Newburyport podría salvarla.

Pero Rachel no va a llamar a los bomberos, ni al médico ni al hospital. Esa decisión mataría a Kylie. Y, si debe escoger entre Amelia y Kylie, escoge a Kylie.

Empieza a llorar.

—Intenta respirar más despacio —le dice a Amelia—. Despacio, con calma, inspira hondo.

Le mira el pulso. Se está haciendo más débil. Ahora Amelia parece verde. Tiene la piel empapada, como si acabara de bañarse.

—Quiero que venga papá —gime.

—Enseguida te pondrás bien, te lo prometo.

Rachel la mece entre sus brazos. Se está muriendo. Amelia se está muriendo y ella no puede hacer nada.

¿Tal vez serviría un antihistamínico? Quizá haya alguno arriba, en el botiquín.

Coge su móvil y busca en Google «alergia a los cacahuets y antihistamínicos». El primer artículo que aparece le indica que no debe dar antihistamínicos a un niño con una reacción alérgica grave porque los antihistamínicos no curan la anafilaxia y pueden empeorar las cosas.

—Vamos, Pete —dice en voz alta—. Vamos.

Amelia está flácida y caliente, le salen burbujas de espuma entre los labios.

—Mami —balbucea, y vuelve a gemir.

—No pasa nada —miente Rachel—. No pasa nada.

Sujeta a la niña más estrechamente sobre su pecho.

Pasan los minutos. Amelia no mejora. Empeora.

La casa permanece en silencio.

Oye las gaviotas, el mar, un toc, toc, toc...

¿Eh?

Se incorpora sobre el colchón y aguza el oído.

Vuelve a oír el toc, toc, toc.

¿Qué es eso?

—¿Elaine? —dice una voz.

Alguien está llamando a la puerta principal.

Hay alguien arriba.

Una mujer.

Deja a Amelia sobre el colchón, sube deprisa sin hacer ruido y entra a gatas en el pasillo.

Suena el toc, toc, toc una vez y luego otra.

—¿Elaine? ¿Estáis en casa?

Rachel se tumba del todo en el suelo.

—¿Elaine? ¿Hay alguien en casa?

La vocecita de Amelia se cuela a través de la puerta abierta del sótano.

—Mami...

—¿Elaine? ¿Estáis ahí?

Rachel se arrastra por el pasillo y entra en la cocina.

La bolsita de droga no está, pero Pete ha dejado la 45 sobre la mesa.

La coge y vuelve con sigilo al pasillo. Esa estúpida mujer sigue ahí fuera. Aunque Elaine estuviera en casa, seguro que no querría que nadie llamara a la puerta a las seis y media de la mañana.

—Aug —gime Amelia.

Con el corazón en la boca, Rachel se escabulle por la escalera del sótano y

está a punto de resbalar y partirse el cuello. Corre junto a Amelia y le pone un dedo sobre los labios.

—Chist.

—Elaine, ¿estás ahí o no? —pregunta la voz en la puerta principal—. ¡Me parece haberte visto moviéndote por la casa!

Amelia gime con más fuerza y Rachel no tiene más remedio que taponarle la boca con la mano. La niña no puede respirar bien a través de la nariz y empieza a forcejar, pero está demasiado débil para oponer resistencia.

—Chist —susurra Rachel—. Calma, calma. No pasa nada.

La sujeta con fuerza.

No se oyen más ruidos arriba.

Transcurren diez segundos.

Quince.

Veinte.

Treinta.

—Bueno, parece que no hay nadie —dice la voz fuera.

Rachel oye cómo la mujer baja los escalones del porche y luego el chirrido de la pesada verja delantera al cerrarse. Aparta la mano de la boca de Amelia, que jadea ansiosamente para tomar aire, y se apresura a subir a la ventana de la planta baja. La entrometida es una anciana con botas de goma y un abrigo morado.

—Uf —suspira exhausta, y se sienta en el suelo para aguardar a que se presente la policía.

Al ver que no acuden, vuelve a bajar junto a Amelia.

Ahora parece que está un poquito mejor. ¿O sólo son ilusiones suyas? Llama a Pete por teléfono, pero no contesta.

Espera dos minutos y vuelve a llamar. Nada.

¿Dónde se ha metido? ¿Qué demonios está haciendo?

¿Han sido esas drogas? ¿Estaba colocado? Ella sabe que ha ingresado varias veces en la clínica de veteranos de Worcester durante el pasado año, pero no ha preguntado por el motivo concreto. Pete nunca ha sido muy comunicativo y ella no ha querido presionarlo.

¿Dónde está?

¿Ha huido, dejándolas solas?

Amelia ahora está tendida de lado, tosiendo.

Rachel la arropa dentro del saco de dormir y la estrecha entre sus brazos tal como haría una madre. Le acaricia la frente y la acuna.

—Todo se arreglará, pequeña —murmura—. Te lo prometo, dentro de un par de horas te sentirás bien.

Rachel la abraza y le habla, y se siente como la mayor farsante del mundo. Transcurren a cámara lenta cinco minutos. Ha estado dispuesta a dejarla morir. La habría dejado morir. Todavía la dejaría morir si...

Toc.

Toc.

Toc.

Rachel vuelve a subir la escalera con sigilo.

Toc.

Toc.

Toc.

Sube de puntillas a la habitación del segundo piso y mira por la ventana.

Es un policía de Newburyport.

Así que la anciana que buscaba a Elaine ha llamado a los putos polis.

—¿Hola? —dice el agente, volviendo a llamar.

Rachel contiene el aliento. Si Amelia consigue gritar, seguro que el poli la oirá.

—¿Hay alguien en casa? —pregunta él. Atisba un momento por la ranura del buzón y luego inspecciona las ventanas.

Rachel se apresura a refugiarse detrás de la cortina. Si el poli sospecha, echará la puerta abajo. Y entonces ¿qué?

Dispararle no resolverá el problema, porque llegarán más policías a investigar. Muchos más. Y el secuestro acabará descarrilando, y Kylie morirá. Pero si el poli encuentra a Amelia en el sótano, ella será arrestada y Kylie morirá.

El agente retrocede unos pasos y examina el lateral de la casa. Si repara en la

ventana recién tapada con un tablón...

Rachel baja corriendo la escalera.

Amelia está gorgoteando en el sótano. Un ruido espantoso de ahogo.

Quizá esté a punto de sufrir un paro cardíaco.

Rachel cruza a toda prisa la cocina, guardándose la 45 en la parte de atrás de los vaqueros. Tiene que detener a ese policía. Si el secuestro se va al garete, Kylie morirá. Así de simple.

Sale sin hacer ruido, baja por el porche trasero y recorre la senda arenosa hasta la entrada principal de la casa.

—¡Hola! —dice desde la calle.

El agente se vuelve para mirarla. Rachel lo reconoce. Ha visto a ese tipo un par de veces en la heladería de Ipswich, y fue él quien le puso una vez una multa a Marty porque habían aparcado demasiado cerca de la boca de riego del mercado. Tiene veinticuatro o veinticinco años. Kenny no sé qué.

—Hola —responde él.

—¿Ha venido por mi llamada? —pregunta Rachel.

—¿Usted ha llamado a la policía?

—Es que Elaine Appenzeller me pidió que le vigilara la casa mientras ella está en Florida, y he visto a unos niños jugando por aquí. Les he dicho que se largaran o llamaría a la policía. Y bueno...

—¿No se han largado?

—No. Ahora que usted ha venido, sí, obviamente. Lo lamento, ¿he hecho mal? Es que estaban metiéndose en una propiedad privada. Y eso va contra la ley, ¿no?

—¿Qué aspecto tenían?

—Bueno, tampoco vamos a convertirlo en un caso criminal. Sólo tenían unos diez años. Mire, lo siento. Yo sólo iba de farol cuando les he dicho que iba a llamar a la policía y ellos me miraban como te miran los niños de esa edad, así que he dicho: «Voy a apretar el botón», y lo he acabado apretando.

Kenny sonrío.

—Ha hecho bien, señora. No sé si podríamos acusar a unos chicos de diez años de allanamiento, pero si no les paras los pies bien pronto, el próximo paso

es forzar la entrada. Le sorprendería saber cuántas de estas grandes casas de veraneo vacías son forzadas fuera de temporada.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Suelen ser críos, por supuesto; muy pocas veces se trata de robos de verdad. Con bastante frecuencia es para consumir drogas o con propósitos inmorales.

—¿Propósitos inmorales?

Kenny se sonroja.

—Sexo —aclara.

—Ah.

Ambos se miran un momento.

—Bueno, voy a comprobar que la puerta principal y la trasera estén cerradas y luego me marcho —dice Kenny.

Rachel no puede permitir tal cosa. Si el policía ve la puerta trasera, se destapará el pastel.

Se pregunta si Amelia aún estará viva en el sótano. Se pregunta cómo es posible que esa nueva Rachel de ahora pueda pensar algo así de un modo tan frío e indiferente. La Rachel de antes se habría sentido desconsolada. Pero la Rachel de ayer ya no existe, está muerta.

Tira de un hilo suelto de su suéter rojo y tantea la 45 que tiene detrás. El policía lleva su arma enfundada. Ahora podría meterlo en la casa a punta de pistola, ejecutarlo, sacar a Amelia de allí y trasladarla a una casa distinta.

—¿No lo he visto por casualidad en la heladería White Farms de Ipswich? —comenta.

—Sí, he ido algunas veces.

—A mí me encanta el de crema crujiente. ¿Cuál es su favorito?

—El de frambuesa.

—Ése nunca lo he probado.

—Es muy bueno.

—¿Sabe qué sabor no he probado nunca pero me gustaría probar? El Extravagante, el que tiene un poco de todo.

—Sí, ya sé. Suena raro.

—Quizá si no tiene nada que hacer, no sé... —dice ella con una sonrisa.

Kenny es un poco lento y Rachel deduce que no todos los días se le insinúa una mujer más o menos atractiva de mayor edad que él. Al final, sin embargo, empieza a captar que le está tirando los tejos. De hecho, seguramente piensa que toda esa historia de los niños en el patio se la ha inventado para provocar ese pequeño encuentro.

—Si me da su número, yo...

—Sí —asiente Rachel—. Esta semana no me va bien, pero la semana que viene, si no está muy ocupado... O bien podríamos tomar una copa o algo así. Quiero decir, si hace mucho frío para el helado —añade con su mejor sonrisa.

Kenny le sonrío a su vez.

—¿Tiene papel y bolígrafo? —le pregunta ella, observando que no lleva nada encima—. ¿Tal vez en su coche?

Lo acompaña hasta el coche patrulla, rozándole el brazo un par de veces como por casualidad. Le da su número y le agradece que haya ido hasta allí.

—Yo me encargaré de mirar las cerraduras. Se supone que debo entrar y dar de comer a los peces, de todos modos —dice.

—Puedo entrar con usted —se ofrece Kenny.

Ella niega con la cabeza.

—No, ya me las arreglo. Soy una auténtica leona..., de hecho, me tienen prohibida la entrada en el zoo de Boston.

Kenny no había oído nunca ese chiste y se echa a reír. Sube al coche patrulla, sonrío de nuevo, la saluda con la mano y se aleja.

En cuanto desaparece de su vista, Rachel corre hasta la puerta trasera, cruza la cocina y baja a toda prisa la escalera del sótano, poniéndose el pasamontañas sobre la marcha.

—¡Aguanta, cariño! ¡Aguanta!

Amelia está cubierta de ronchas y de sudor, pero increíblemente sigue viva.

Apenas.

—Oh, Dios mío, cariño, aguanta, por favor, aguanta.

Amelia babea. Su respiración se vuelve más superficial.

Rachel la saca del saco de dormir.

Está ardiendo. Le aletean los párpados.

Su respiración se vuelve más y más lenta, y al final se interrumpe del todo.

—¿Amelia?

No respira. «¡Ay, Dios mío! ¡Maniobra de reanimación! ¿Cómo demonios era...?»

Recuerda lo más básico y empieza a practicarle el boca a boca.

Inspira hondo y luego le insufla el aire a Amelia. Una, dos veces.

Cambia de posición y le presiona el pecho con fuerza y rapidez treinta veces. La pequeña respira ahora de nuevo, pero necesita ayuda. Rachel marca el número de Emergencias en su iPhone, pero no pulsa el botón de llamar.

Bastaría con una llamada para que los sanitarios acudieran y le salvaran la vida a Amelia.

Pero salvarían a Amelia y condenarían a muerte a su hija.

Rachel estruja el iPhone con tanta fuerza que cree que el vidrio se va a resquebrajar.

La cara de Amelia.

La cara de Kylie.

No. No puede hacerlo. Sollozando, deja el teléfono sobre el suelo de hormigón.

Sábado, 7.27

La puerta del sótano se abre en lo alto de la escalera.

—Desayuno puntual esta mañana —dice el hombre, bajando con una jarra de zumo de naranja, tostadas y un bol de cereales.

Kylie busca la pistola con la mirada. Ahí la tiene, remetida en los pantalones por delante, algo que su tío Pete dice que nadie debería hacer nunca con un arma de fuego.

—¿Estás despierta? —pregunta él.

—Sí —contesta Kylie, incorporándose en el saco de dormir.

—Muy bien. ¿Te gusta la mermelada? A mí me encanta. Nunca la había probado hasta que fui a Londres hace pocos años. Ahora tomo siempre en el desayuno con una tostada.

—Sí, me gusta. Mi madre compra a veces.

—Tostada cortada en triángulos, mantequilla de Maine (de vacas alimentadas con pasto, por supuesto), Coco Pops y zumo de naranja. Con esto tendrás energías para un buen rato.

Deposita la bandeja en el suelo.

Ella ha dejado expresamente *Moby Dick* a su lado, abierto boca abajo, a un tercio del final. Está segura de que el hombre lo cogerá impresionado.

—Madre mía. Qué rápida vas. Ya has pasado de la mitad...

Mientras él permanece agachado, Kylie le asesta un golpe en la cabeza con la llave inglesa. El hecho de que lleve el pasamontañas se lo hace más fácil, porque puede imaginar que no está golpeando a una persona.

El hombre suelta un gruñido. Ella le propina otro golpe y entonces se derrumba hacia delante y aterriza con un patético clonc sobre el borde del

colchón.

Kylie no sabe en qué parte de la cabeza le ha dado, pero no cabe duda de que ha funcionado. Está noqueado.

Ahora tiene que actuar contrarreloj.

Debe darle la vuelta, sacarle la llave del bolsillo, quitarse la esposa y subir corriendo. Ya en el patio, quizá se tropiece con un perro, o con la mujer, o con cualquier otro. Ella llevará la pistola. Tendrá que disparar. Si no hay nadie, debe correr con todas sus fuerzas hacia la cerca. Si se encuentra en la parte de New Hampshire que ella cree, el terreno será agreste y pantanoso, pero si sigue hacia el este, acabará encontrando la I-95 o la Ruta 1, o el océano. Seguirá corriendo aunque le griten que se detenga.

El hombre es corpulento y pesado, pero consigue darle la vuelta y ponerlo boca arriba empujando su pecho sudoroso y sus axilas, que huelen a cebolla.

Le quita la pistola y le registra los bolsillos para encontrar las llaves de las esposas.

No lleva cartera, ni documento de identidad ni nada. Ni tampoco la llave.

Vuelve a registrarlo para asegurarse. Sus anticuados pantalones marrones tienen unos profundos bolsillos, pero están del todo vacíos. No hay bolsillos traseros. En la camisa, no obstante, hay un bolsillo delante. Sería el lugar ideal para guardar la llave de la esposa.

«¡Sí! —piensa. Pero tampoco está ahí—. Maldita sea.»

Hay que pasar al plan B. Kylie examina la pistola. Hay seis balas en el tambor. «Vale —se dice—, ahora sólo tiene que despertar.»

Pasa un minuto.

Dos.

Ay, Dios, ¿lo habrá matado? Lo único que ha hecho ha sido golpearlo con la llave inglesa. Así no se muere nadie en las películas. Ella no pretendía matarlo...

El hombre empieza a moverse.

—Ah, mi cabeza... —gime, sonriendo débilmente—. Me has dado de lleno.

Gruñe y, tras unos segundos, se sienta y la mira. La niña tiene la pistola en la mano. La pistola cargada.

—¿Con qué me has golpeado? —pregunta. Se mete la mano bajo el

pasamontañas y se frota los ojos gimiendo.

—Encontré una llave inglesa en el suelo —explica Kylie.

—¿Una llave inglesa?

Kylie la sujeta con la mano izquierda.

—Vaya. ¿Cómo se nos habrá escapado?

—Estaba debajo de la caldera.

—¡Imposible! Registré todo el sótano.

—Tenías que estar en un punto determinado a una hora determinada. Me acordé de lo que dijo Howard Carter cuando encontró la tumba del rey Tutankamón: «No basta con ver; tienes que mirar».

El hombre asiente.

—Me gusta esa frase. Eres muy lista, Kylie. Muy bien, ¿y qué se supone que viene ahora, según tu plan?

—Te he registrado. No tienes la llave de las esposas, pero ella sí debe de tenerla. Quiero que la llames y le digas que traiga la llave.

—¿O si no...?

—Te dispararé.

—¿Crees que eres capaz?

—Sí. Eso creo. Mi tío Pete me ha llevado varias veces a hacer prácticas de tiro. Sé cómo hay que hacerlo.

—Pero es diferente, ¿no?, disparar a un blanco, a un pedazo de papel, que disparar a una persona.

—Voy a dispararte primero en la pierna izquierda para demostrarte que hablo en serio.

—¿Y luego qué?

—Ella me dará la llave de la esposa y me irá.

—¿Y por qué va a dejar ella que te vayas?

—Porque si no, te mataré —dice Kylie—. Aunque ya sé que vosotros no queríais hacer todo esto, así que os haré una promesa a los dos. Cuando llegue a casa, le diré a mi madre que no recuerdo nada. Esperaré veinticuatro horas y luego le contaré a la policía dónde está este sitio. Así tendréis un día entero para huir a donde os plazca. A cualquier país donde no haya, eh, uno de esos...

—¿Tratados de extradición?

—Sí.

El hombre meneaba la cabeza tristemente.

—Lo lamento, Kylie. Ha sido un buen intento, pero has calculado mal. A Heather no le importo. Ella dejará que me disparen. Dejará que me metas todas las balas que quieras en el cuerpo.

—¡Claro que le importará! Llámala. ¡Dile que traiga la llave!

—No. —El hombre suelta un suspiro—. Yo no le importo desde hace años, si es que alguna vez le he importado. Jared es el hijo de su primer matrimonio. Yo fui una especie de sustituto provisional, supongo. Un sustituto provisional en el que se quedó atascada. Yo la quiero, pero me temo que el sentimiento nunca ha sido mutuo, en realidad.

Kylie toma nota mental de los dos nombres que se le han escapado en su aturdimiento. Heather y Jared. Esa información puede que sea útil más adelante, pero ahora lo que debe hacer es salir de allí.

—Me tiene sin cuidado toda esa historia. ¡Quiero salir de aquí! Y no es un farol.

—No creo que vayas de farol. Pareces una joven muy decidida. Deberías apretar el gatillo.

—Lo haré.

—Adelante, entonces.

Ella se pone de pie, le apunta a la rodilla y aprieta el gatillo tal como le enseñó su tío Pete.

El martillo cae sobre la cápsula fulminante. Suena un clic y luego silencio. Kylie vuelve a apretar el gatillo. El tambor gira; el martillo retrocede y vuelve a caer sobre una nueva cápsula. Otro clic, otro silencio. Aprieta el gatillo cuatro veces más hasta que ha probado con las seis balas de la pistola.

—No lo entiendo —dice.

El hombre extiende el brazo y le quita la pistola. La abre con un chasquido y le enseña los seis relucientes cartuchos de latón vacíos que ha puesto en el arma.

Sábado, 7.35

Suena un ruido arriba, en la cocina.

¿Ha vuelto el policía?

Rachel coge la pistola y apunta hacia lo alto de la escalera.

—¿Quién es? —pregunta.

Sujeta la pistola. Contiene el aliento.

Pete baja corriendo los escalones.

—Tengo la epinefrina. ¡Ha llegado al buzón de eBay! —anuncia.

—¡Gracias a Dios!

Rachel se aparta mientras Pete le inyecta el preparado. El efecto es casi inmediato. Como un jodido milagro. Amelia jadea un par de veces y empieza a toser.

Tose, inspira agónicamente y vuelve a toser.

Pete le da agua y la niña bebe resollando.

—El pulso se está normalizando —dice él, palpándole la muñeca—. Y ya respira bien.

Rachel asiente, sube los escalones, busca el mueble bar de los Appenzeller y se sirve un vaso de whisky escocés.

Se lo bebe y vuelve a llenarlo.

Veinte minutos después, Pete sube también.

—¿Cómo está? —pregunta Rachel.

—Mucho mejor —afirma él—. La fiebre ha bajado.

—Estaba en muy mal estado. Había dejado de respirar.

—Ha sido culpa mía. No he comprobado los cereales.

—La habría dejado morir, Pete.

Él niega con la cabeza, pero sabe que lo habría hecho. Y es probable que él también.

—Me he convertido en uno de ellos —susurra Rachel.

Se miran el uno al otro durante unos segundos. Los ojos de ambos reflejan lo mismo: vergüenza, agotamiento, miedo.

—Mientras tú estabas fuera, una mujer ha llamado a la puerta buscando a Elaine Appenzeller. Se ha acabado marchando, pero ha llamado a la policía — cuenta Rachel.

—¿Ha venido la policía?

—Sí.

—¿Estamos en peligro?

—No lo creo. He coqueteado con el poli y me parece que ha creído que soy una vieja cachonda que se dedica a molestar a los policías para ligar con ellos.

—Tú no eres vieja —repite Pete con una sonrisa, tratando de aligerar el ambiente.

«Es muy posible que me esté muriendo, Pete —piensa ella—. ¿Acaso se puede ser más vieja?»

—Entonces ¿Amelia está bien? —pregunta de nuevo.

—Se está recuperando, sí.

—Voy a bajar a verla.

La respiración y el color de la niña no vuelven a la normalidad hasta al cabo de otra media hora. Si solamente unas trazas de frutos secos le han producido ese efecto, una exposición completa sin duda la habría matado.

—¿Por qué lleváis siempre esas máscaras? —quiere saber Amelia.

—Es porque cuando te devolvamos a tu mami no queremos que puedas decirle qué aspecto tenemos —responde Rachel.

—¿Ella no sabe qué aspecto tienes?

—No.

—Deberíais haceros amigas en Facebook y así lo sabría —propone Amelia convencida.

—Quizá lo haga. ¿Quieres un zumo?

—¿Es de manzana?

—Sí —dice Rachel, pasándoselo.

—Odio el zumo de manzana. Todo el mundo lo sabe. —Amelia suelta un gruñido, arroja el zumo y luego también el caballo de Lego con el que está jugando. Saltan por los aires media docena de piezas—. ¡Odio este lugar y te odio a ti! —grita.

—Debes bajar la voz, cariño —le pide Rachel. Han conseguido aislar el sótano bastante bien, pero aun así...

—¿Por qué?

—Porque, si no, me temo que tendré que taparte la boca con cinta adhesiva para que estés calladita.

Amelia la mira asombrada.

—¿Y cómo respiraría?

—Por la nariz.

—¿De veras lo harías?

—Sí.

—Eres mala.

Rachel asiente. La cría tiene razón. Es mala. Tan mala que ha estado dispuesta a dejarla morir en ese sótano.

Saca un móvil desechable del bolso.

—¿Te gustaría hablar con tu mamá? —pregunta.

—¡Sí! —exclama Amelia.

Rachel marca el número de Helen Dunleavy.

—¿Hola? —dice Helen. Parece hecha polvo, extenuada, muerta de miedo.

—¿Te gustaría hablar con Amelia?

—Sí, por favor.

Activa el altavoz del móvil y se lo pasa a la niña.

—Cariño, ¿estás ahí? —pregunta Helen.

—Mami, ¿cuándo podré volver a casa?

—Pronto, cariño, muy pronto.

—No me gusta este sitio. Es oscuro, me da miedo. ¿Cuándo vendrá papá a buscarme? No me siento bien. Estoy muy aburrida.

—Pronto, cariño. Irá muy pronto.

—¿Voy a perderme muchos días de colegio?

—Creo que sí. No lo sé.

—No soporto esta cadena en la mano. ¡La odio!

—Ya lo sé, cariño.

—Dile adiós a tu mami —apremia Rachel, reclamándole el móvil.

—Tengo que dejarte —dice Amelia.

—¡Adiós, cielo! ¡Te quiero!

Rachel coge el teléfono y empieza a subir la escalera.

—Como ves, está bien. Por ahora. Tú tienes que espabilar con la primera y la segunda parte.

Rachel cierra la puerta del sótano y entra en la cocina.

—Creo que podremos hacer la transferencia esta noche —dice Helen.

—¡Hazla ya! Y empieza a buscar un objetivo. Si es necesario, mataremos a Amelia. Quiero recuperar a mi hija y tú te interpones en mi maldito camino — replica Rachel. Corta la llamada, quita la tapa trasera, saca la tarjeta SIM y pisotea el aparato hasta partirlo en dos. Los restos los tira en la bolsa de basura que Pete tiene en la cocina.

Permanece ahí, temblando de rabia y de frustración.

Los rayos de sol que se cuelan por los postigos iluminan franjas horizontales de polvo. Oye el rumor del mar rompiendo en la playa, a unos cientos de metros, y también le llega desde abajo la voz de la niña, que está tarareando.

Rachel inspira y espira una y otra vez. La vida es una cascada de horas que caen uno sobre otro sin sentido ni propósito. De todos los filósofos, sólo Schopenhauer lo entendió bien.

—¡Me voy a casa! —le grita a Pete y, cuando comprueba que no hay moros en la costa, sale por la puerta trasera y camina por las dunas.

Tiene ganas de llorar, pero ya se le han agotado las lágrimas. Ella es una roca. Y de nuevo le viene ese pensamiento: la Rachel de antes ya no existe. Ha agotado las lágrimas hace una eternidad, como lady Macbeth, y ahora es una persona diferente.

Sábado, 7.41

El hombre se está tomando unos minutos para recuperarse.

Kylie lo mira con incredulidad.

El plan A ha fracasado; el plan B también.

No hay plan C.

—No lo entiendo, ¿por qué no has cargado la pistola? —pregunta por fin.

—¿Crees que sería capaz de apuntar a una criatura con una pistola cargada? ¿Yo? Cuando toda mi vida profesional ha estado dedicada..., au, mi cabeza. Y menos después de ese incidente con el..., después de lo que sucedió cuando te raptamos. Joder. Todavía duele. ¿Me has pegado dos veces? Menudo porrazo. Ahora sé una buena niña y dame esa llave inglesa.

Kylie le da la llave y él la deposita en la bandeja del desayuno.

—Debo decir, Kylie, que te admiro de verdad. Eres una chica con recursos, decidida y valiente. En otras circunstancias estaría deseando que te salieras con la tuya.

—Entonces déjame, por favor...

—Pero no quiero que pienses que soy estúpido o que no voy en serio. Voy completamente en serio. Ahora ya estamos muy cerca del final. Así que me temo que voy a tener que castigarte para que no vuelvas a hacerlo otra vez.

—No lo haré. No puedo.

—Es un poquito tarde para que me des tu palabra.

El hombre se inclina y le suelta un puñetazo tan fuerte que la cadena se tensa con una sacudida y ella gira sobre sí misma y cae al suelo de hormigón.

Un zumbido en su cabeza.

Unos puntos blancos en los ojos.

Oscuridad.

Pasa un tiempo.

Otra vez puntos blancos.

Dolor.

Sangre manando de la nariz y la boca.

¿Dónde está?

En un lugar húmedo.

¿Un desván?

¿Un sótano?

¿Un...?

Ah, sí.

¿Cuánto tiempo lleva inconsciente? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Un día?

Cuando abre los ojos, el hombre ha desaparecido. Se ha llevado la llave inglesa y la pistola. La bandeja del desayuno sigue ahí.

Le escuece la cara. Está un poco mareada.

Se sienta. Sabe que, si intenta levantarse, se volverá a caer.

Sus ojos tampoco enfocan bien todavía. La pared del fondo parece convertida en una borrosa mancha de color.

La sangre de la nariz le gotea sobre el saco de dormir.

Plop, plop, plop.

Sangre púrpura que se acumula sobre la reluciente superficie de nailon en un charco que tiene la forma de Sudamérica.

Mete el dedo en la leche del bol de los cereales. Todavía está fría. Sólo ha pasado inconsciente unos minutos, pues.

Empieza a llorar. Se siente sola y asustada. Abandonada por el mundo entero; sin ideas, sin esperanza, sin ningún plan.

Sábado, 16.00

Rachel va con el coche al centro comercial de New Hampshire y vuelve con un kit de primeros auxilios, muñecos, varios DVD, una tienda de campaña de princesa y algunos juegos. Pura culpabilidad. Pura culpabilidad *a posteriori*. Amelia ya está mejor. Ha jugado a la oca con Pete y se ha comido un sándwich de jamón.

Montan la tienda de campaña y ponen el DVD de *Frozen*. Observan cómo Amelia ve la película durante una hora, hasta que la aplicación Wickr suelta un pitido en el móvil de Rachel. Sube arriba para ver qué es.

Un mensaje de 2348383hudykdy2.

El rescate Dunleavy ha sido pagado.

Rachel coge un móvil desechable y marca el número de los Dunleavy.

—¿Sí? —contesta Helen.

—El dinero del rescate ha llegado. Ahora ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Cómo vamos a hacerlo? ¡Es demencial! ¡Es imposible! —exclama Helen.

Se oye un breve forcejeo y luego alguien dice:

—No.

Mike Dunleavy se ha puesto al teléfono.

—Vamos a ver, escucha... —empieza, pero Rachel lo corta de inmediato.

—Que se vuelva a poner tu esposa ahora mismo o tu hija está muerta —amenaza.

—Quiero saber quién...

—¡He dicho que se ponga tu esposa, idiota! ¡Tengo una pistola apuntando a la cabeza de Amelia! —grita.

Helen se pone al cabo de un segundo.

—Lo siento...

—Y aún lo vas a sentir más, estúpida. Haz lo que debes hacer o no volverás a ver a Amelia. Cuando tengas la lista de objetivos, envíala al contacto de Wickr para la aprobación definitiva —ladra Rachel, y cuelga.

Quita la tarjeta SIM y la tritura junto con el móvil en el suelo de la cocina. Luego tira los restos a la bolsa de basura.

Al cabo de unos minutos, observa la pantalla del ordenador de sobremesa de los Dunleavy en el portátil de Pete y ve que están rastreando cuentas de Facebook e Instagram. Sí, señor: así es como hay que hacerlo.

Pete sube del sótano.

—¿Novedades?

—Han pagado el rescate.

—Se lo podían permitir. La segunda parte es la...

—Ya. ¿Cómo está la niña?

—Bien. Todavía viendo películas de Disney. Le he prometido que después jugaremos a *Operación*.

Rachel asiente abstraída.

—Escucha, Rach, tú vuelve a casa. Yo me las arreglaré aquí —dice Pete.

—No, voy a pasar la noche con Amelia —repite ella.

—La niña me ha pedido que me quede yo, y no tú —continúa él con delicadeza.

—¿Por qué?

—Le das miedo.

—Ah.

—Mejor me quedo yo. Estoy acostumbrado a las incomodidades. No me importa dormir en el suelo en un saco de dormir.

Ella asiente.

—Bueno, supongo que es verdad.

—Sí.

Se miran el uno al otro sin decir nada. Rachel lo observa. Sabe que pasa algo raro, pero no sabría decir qué. ¿Algo relacionado con esa bolsita de lo que podría

ser droga?

—Estás bien..., ¿verdad, Pete? —pregunta.

—Perfectamente —contesta él.

—Confío totalmente en ti —dice Rachel.

—Estoy bien. Créeme.

Pete sabe que ella lo sabe. Sí, ya es hora de volver a meterse. Lo necesita. Su cuerpo lo reclama con ansiedad. Había pensado que tal vez esa experiencia le serviría para obligarse a dejarlo, pero la cosa no es tan sencilla.

Al final Rachel se levanta.

—Llámame —pide.

—De acuerdo.

Ella agita breve y tristemente la mano y se marcha.

El mar azota las dunas. Sopla un viento helado y penetrante; cae una llovizna inclinada y relampaguea.

Rachel llega a casa y saca una cerveza de la nevera, aunque no consigue calmarla. Se sirve medio vaso de vodka y añade tónica. Piensa en la persona que llamó al principio con el número desconocido. Esa voz distorsionada. Recuerda el comentario que hizo: aquello de que los vivos son sólo una especie de los muertos. Es la clase de comentario que ella solía hacer a sus amigos cuando estaba en primer año de universidad. Es lo que una persona joven considera una idea profunda. Como si quien está detrás de La Cadena pretendiera hacerse pasar por un sabio de cincuenta años, pero sólo tuviera su misma edad o incluso fuera más joven.

Ella habría supuesto que haría falta toda una vida para que alguien se volviera tan malvado, pero no. «¿Qué me dices de ti misma, Rachel? Una secuestradora, una torturadora de niños, una madre incompetente. Todo eso. Y en el fondo sabes que habrías dejado morir a Amelia. La intención la tenías, y eso es lo que cuenta en filosofía moral, en la ley y en la vida.

»Tu caída ha sido rápida y vertiginosa. Estás precipitándote hacia el infierno. Y la cosa se va a poner peor. Siempre se pone peor. Primero, el cáncer; luego el divorcio; después secuestran a tu hija y entonces te conviertes en un monstruo.»

Domingo, 2.17

Mike y Helen Dunleavy resultaron ser tal como Rachel esperaba. Pese a su pánico y sus demoras durante la mañana del sábado, por la tarde ya se habían puesto las pilas.

Escogieron a un chico llamado Henry Hogg, un niño en silla de ruedas cuyo padre era vicepresidente júnior de una compañía petrolera y, por tanto, podía pagar ciento cincuenta mil dólares sin pestañear. El sábado por la noche, el padre de Henry asistió a una cena del Rotary Club en Boston y, a las nueve en punto, la madrastra del chico recogió a Henry de la casa de un amigo, que quedaba a tres manzanas de la suya, y empezó a empujar la silla por las calles de Providence. Los Dunleavy se ocuparon de que el niño no llegara a casa.

Kylie no sabe nada de todo eso, pero en la madrugada del domingo, unas horas después de medianoche, se abre la puerta del sótano y la mujer, Heather, le dice que se levante.

Rachel tampoco se entera de nada hasta que suena su móvil a las 2.17 del domingo.

Está en casa, acurrucada en el sofá, dando cabezadas. Tiene un aspecto penoso. Ha dejado de comer, ha dejado de ducharse. Sólo consigue dormir unos minutos seguidos.

Le duele todo el rato la cabeza. Le duele el pecho izquierdo.

Tiene abierto a su lado el *I Ching*, el clásico de filosofía chino, justo donde aparece el hexagrama *hsieh*: la liberación. Sus dedos reposan sobre la línea «Matas tres zorros y recibes una flecha amarilla». ¿Será la flecha amarilla una señal de que su hija está a salvo?

El timbrazo la saca de su sopor con un sobresalto y ella se abalanza sobre el

teléfono como si fuese un chaleco salvavidas.

«Número desconocido.»

—¿Hola?

—Rachel, tengo muy buenas noticias —dice la mujer que ha raptado a Kylie.

—¿Ah, sí?

—Kylie será liberada dentro de una hora. Le daremos un teléfono desechable y ella misma te llamará.

Rachel rompe a llorar.

—Oh, Dios. ¿Hablas en serio?

—Sí. Y está bien. Totalmente ilesa. Pero debes tener presente que ambas corréis aún un grave peligro. Debes retener a tu víctima hasta que recibas el visto bueno de La Cadena. Si intentas desertar, os matarán. Acuérdate de la familia Williams. Ellos pueden ordenarme que os mate a Kylie y a ti, y yo lo haré para proteger a mi hijo. Si no, ordenarán a la gente que me precede en La Cadena que nos maten a mí, a ti y a nuestros hijos. Y hablan en serio. Son realmente malvados.

—Lo sé —responde Rachel.

—Para mí era muy tentador soltar a Kylie cuando tuve en casa a mi hijo, sano y salvo. Ya sólo deseaba terminar de una vez con esta historia. Pero sabía que si lo hacía, todos nosotros, tanto ella y tú como mi hijo y yo, estaríamos en peligro.

—No haré nada que pueda ponernos en peligro, te lo prometo. ¿Dónde está Kylie?

—La llevaremos en coche, con los ojos vendados, durante cuarenta y cinco minutos, y la dejaremos cerca de un área de descanso. Le daremos un móvil y ella te dirá dónde está.

—Gracias.

—Gracias a ti, Rachel, por no fallar. Hemos tenido muy mala suerte, pero ahora ya se ha acabado todo. Por favor, termina tu parte y procura que la gente que tú manejas no meta la pata. Adiós, Rachel.

La mujer cuelga.

Rachel llama a Pete, a la casa de los Appenzeller, y le cuenta la noticia. Él reacciona con euforia.

—No puedo creerlo. Espero que sea cierto.

—Yo también lo espero —dice Rachel—. Estoy rezando.

—Y yo.

—¿Cómo está Amelia?

—Durmiendo en la tienda de princesa.

—Vale. Será mejor que deje libre la línea.

—Mantenme al corriente.

Transcurre una hora.

Una hora y quince minutos.

Una hora y veinte.

Una hora y veinticinco minutos.

—A ver si algo ha salido...

El iPhone empieza a sonar. «Número desconocido.»

—¿Sí?

—¡Mamá! —dice Kylie.

—Kylie, ¿dónde estás?

—No lo sé. Me han dicho que esperase un minuto para quitarme la venda de los ojos. Ahora ya se han ido y yo estoy en una carretera en mitad de la nada. Está oscuro.

—¿Ves algo?

—Parece que hay una carretera más ancha al fondo.

—Camina hacia allí. Ay, Kylie, ¿de veras estás libre?

—Sí, mamá. ¡Ven a buscarme!

—Pero ¿dónde estás, cariño? En cuanto sepas dónde estás, voy a buscarte.

—Me parece que veo un rótulo de Dunkin' Donuts. Sí, sí, hay un Dunkin' Donuts. Es un área de descanso con una gasolinera. ¡Ahora lo veo!

—¿Está abierto?

—Sí, creo que sí.

—Ve allí y pregunta dónde estás. No te entretengas, ve con cuidado al cruzar la carretera y sobre todo no cuelgues.

—No, tengo que colgar. No han cargado del todo el teléfono, y sólo queda un rectángulo en la batería. Te volveré a llamar desde la gasolinera.

—¡No, Kylie! ¡No cuelgues, por favor!

La línea enmudece.

—¡No!

Pasan cinco tensos minutos antes de que el teléfono vuelva a sonar.

—Vale, mamá. Estoy en la Ruta 101, en el Dunkin' Donuts de una gasolinera Sunoco.

—¿En qué ciudad?

—No sé, mamá, no quiero volver a preguntar. Suena raro presentarse a estas horas de la noche sin saber dónde estás.

—Por Dios, Kylie, pregúntales.

—Escucha, mamá, mira en Google. Estoy en New Hampshire, en la 101, junto a la I-95.

Rachel lo busca en Google.

—¿Es la gasolinera Sunoco cerca de Exeter?

—Sí, hay un letrero que pone «Exeter».

—¡Estaré ahí dentro de veinte minutos! ¿Puedes esperar veinte minutos?

—Vale, mamá.

—Pide un vaso de agua si no tienes dinero para comida.

—No, no hay problema, ellos me han dado dinero; voy a comprarme un donut y una Coca-Cola. Les he pedido mi móvil, pero me han dicho que no lo tenían.

—Nosotros lo encontramos —dice Rachel, saliendo y corriendo hacia el coche.

—¿Me lo puedes traer?

—Luego. Ya estoy en el coche.

—¿Qué le dijiste a Stuart? —pregunta Kylie.

—Que estabas enferma. Y a tu padre le dije que te habías ido a Nueva York. Oh, Dios mío, Kylie, ¿de verdad eres tú? ¿Has vuelto de verdad?

—Sí, mamá, soy yo de verdad. Tengo hambre. Voy a comprar un donut. O quizá un par. Voy a colgar, mamá —dice Kylie.

—¡No cuelgues! Llegaré enseguida —exclama Rachel, pero Kylie ya ha cortado.

La I-95 está sólo a unos minutos y Rachel pisa el acelerador hasta alcanzar

los ciento treinta por hora, prácticamente la velocidad máxima de la autopista.

Google Maps la lleva al desvío de la 101 y ahí, justo enfrente, está la estación de servicio Sunoco.

Kylie se encuentra sentada sola junto a la ventana del Dunkin' Donuts. Su pelo castaño, su cara pecosa, su cinta para el pelo plateada. ¡Sí, es ella!

Parece muy pequeña y muy frágil bajo esos focos intensos.

—¡Kylie! —grita Rachel. Mete el Volvo en una plaza de aparcamiento, baja y echa a correr.

Ambas se abrazan y se deshacen en lágrimas.

Kylie está llorando. Ella está llorando.

Es real.

Es real de verdad.

Su hija de nuevo con ella.

No hay una flecha amarilla por ningún lado, pero Kylie está otra vez con ella.

«Gracias, Dios mío. Gracias. Muchas gracias.»

—Ay, mamá, creía que no volvería a verte —dice Kylie.

Rachel no puede creerlo. El mundo no le parece lo bastante grande para contener todo el alivio y la alegría que siente.

—¡Yo sabía que volvería a verte! ¡Sabía que conseguiría recuperarte! — responde, y la abraza con más fuerza. Estrechamente. Su hija huele como siempre, como su hija. Está fría y temblorosa. Debe de sentirse hambrienta y muy asustada.

Fluyen las lágrimas.

Ríos de alivio y de felicidad.

Un tipo de alegría alterada, descentrada.

—¿Tienes hambre? —pregunta Rachel.

—No. Me he comido un donut. Y esa gente me daba de comer mientras estaba allí.

—¿Qué te daban?

—Cosas normales. Cereales, galletas.

—Salgamos de aquí. Vamos a casa. El tío Pete está allí.

—¿El tío Pete?

—Sí. Me ha estado ayudando.

—¿No se lo has contado a papá?

—No.

—¿Por Tammy?

Rachel asiente.

—Ellos me dijeron que, si contaba algo, todos podríamos correr peligro — explica Kylie.

—Es lo que me dijeron a mí también. Venga, vamos a casa.

—Tengo que ir al baño —dice Kylie.

—Voy contigo.

—No, mamá. No me pasará nada.

—No voy a permitir que te alejes de mi vista.

—Mamá, no voy a dejar que vengas al baño conmigo. Vuelvo dentro de un minuto.

Rachel la acompaña al lavabo del Dunkin' Donuts y espera junto a la puerta. Es uno de esos lavabos unisex para una sola persona, así que no es posible que haya alguien dentro que vaya a arrastrar a Kylie por la ventana ni nada parecido, pero aun así Rachel no soporta la idea de perder de vista a su hija ni siquiera durante unos segundos.

La cajera, una mujer de mediana edad, la mira a los ojos.

—¿Es suya? —pregunta.

—Sí.

—Justo iba a llamar a la policía. Creía que se había fugado.

Rachel sonrío y le manda a Pete un mensaje diciéndole que Kylie está bien.

—Hay que mantenerlos vigilados cuando entran en la adolescencia —dice la cajera—. Es una edad difícil. Y sé lo que me digo. Tengo cuatro hijas.

—Ella es todo lo que tengo en el mundo —responde Rachel.

La mujer asiente.

—No puedes dejar que se alejen de tu vista.

—Y que lo diga.

Kylie sale del lavabo y Rachel la abraza. Salen de la estación de servicio cogidas de la mano.

—Quiero darme una larga ducha caliente cuando llegue a casa —indica Kylie mientras suben al coche.

—Claro. Todo lo que quieras.

—Me siento sucia.

—¿Estás bien? ¿Te han tocado? ¿Te han hecho daño?

—No..., sí. El hombre, ayer. ¿Qué día es hoy?

—Domingo de madrugada, creo.

—Intenté escaparme y me dio un puñetazo —dice Kylie fríamente.

—Oh, Dios mío. ¿Te pegó? —exclama Rachel.

—Sí. Y lo más gracioso es que él no era el malo. La mala era ella. Ella daba mucho miedo —explica Kylie, y empieza a llorar de nuevo.

Rachel la abraza con fuerza.

—Venga, vamos. Quiero volver a casa. Quiero ver a mi gato y al tío Pete —afirma Kylie.

Rachel arranca, enciende los faros y se dirige hacia el sur.

—Hay otra cosa, mamá.

—¿Qué? —pregunta ella, temiéndose lo peor.

—No estoy segura, pero creo que le dispararon a un policía. Nos paró un agente de la estatal y creo que le dispararon.

Rachel asiente.

—Me parece que hablaron en las noticias de un agente de la estatal de New Hampshire al que le pegaron un tiro el jueves por la mañana.

Kylie sofoca un grito.

—¿Murió?

—No estoy segura —miente Rachel.

—Tenemos que ir a la policía —dice Kylie.

—¡No! Es demasiado peligroso. Ellos nos matarían a todos. Nos perseguirían y nos matarían. A ti, a mí, a Pete, a tu padre. A todos. No podemos hacer ni contar nada, Kylie.

—¿Y qué hacemos, entonces?

—Nada. Manternos callados y procurar olvidarlo todo.

—¡No!

—Hemos de hacerlo, Kylie. Lo siento, pero no hay otra manera.

Cuando llegan a Plum Island diez minutos después, Pete las está esperando. En cuando Kylie se baja, la abraza y la levanta en volandas, haciéndola girar por los aires.

—¡Estás a salvo, cielo! —exclama, ayudándola a entrar.

Eli salta sobre el sofá junto a Kylie. Ella lo coge en brazos y le da besos.

—¿Cómo está...? —le susurra Rachel a Pete.

—Durmiendo. Vuelvo dentro de cinco minutos. Sólo quería veros un momento —responde él.

—Tío Pete —dice Kylie, extendiendo los brazos para darle otro abrazo.

Rachel se sienta a un lado de ella y Pete al otro. *Eli* se acurruca en su regazo. «Es un milagro, no hay duda», piensa Rachel. A veces los críos desaparecidos vuelven, pero con frecuencia no; sobre todo las niñas.

—¿Sabes todo lo que ha pasado? —le pregunta Kylie a Pete.

—Sí. He estado ayudando a tu madre.

—Abrazo triple —pide Kylie, llorando otra vez.

Pete las rodea a ambas con los brazos.

—No me lo puedo creer —murmura Kylie—. Pensaba que iba a quedarme allí abajo un millón de años.

Los tres permanecen en el sofá en silencio unos minutos. Luego Kylie alza la vista y les sonrío a los dos.

—Tengo hambre —dice.

—Pide lo que quieras —le contesta Rachel.

—Pizza.

—Voy a meter una en el microondas.

Intenta levantarse para ir a la cocina, pero su hija no la suelta.

—¿Estás bien, Kylie? —pregunta Pete—. ¿Te han hecho daño?

—El hombre me dio un puñetazo después de que yo le diera un golpe e intentara escapar. Me dolió de verdad —explica Kylie.

—Mierda —suelta Pete, apretando ambos puños.

—Debes de haberte sentido aterrada —señala Rachel.

Kylie habla y habla. Pete y Rachel escuchan.

La niña les cuenta toda la historia.

Ellos dejan que fluyan sus palabras. Si necesita contarlo, la dejarán hablar todo lo que quiera. Kylie no es de las que se encierran en sí mismas, cosa de la que Rachel se alegra. Acaricia el pelo de su hija y sonrío ante su valentía.

Calienta la pizza mientras Pete vuelve a la casa de los Appenzeller para comprobar cómo está Amelia.

Kylie sube a su cuarto, a ver todas sus cosas.

—Mamá, ¿ahora ya puedo enviar mensajes a Stuart y a todos mis amigos? — pregunta.

—Sí, pero has de contarles que tenías un virus estomacal, ¿vale?

—Vale, sí. ¿Y qué le digo a papá?

—Ay, mierda, ésa sí que es buena. Debes decirle que has estado en Nueva York —responde Rachel, y le explica toda la situación creada con su padre, Tammy y su abuela.

—¡Necesito mi móvil!

Rachel busca el teléfono de Kylie.

—No he podido enviar mensajes en tu lugar porque no sabía tu contraseña.

—Es muy fácil: dos, uno, nueve, cuatro.

—¿Y eso qué es?

—¡El cumpleaños de Harry Styles! Oh, Dios, tengo un millón de mensajes.

—Debes decirle a la gente que estabas enferma.

—Sí. Pero quiero ir al colegio el lunes. ¿Qué día es mañana?

—Lunes.

—Pues quiero ir al colegio.

—No creo que sea buena idea. Quiero que te vea un médico.

—Estoy perfectamente. ¡Quiero ir al colegio! ¡Quiero ver a todo el mundo!

—¿Estás segura?

—No quiero quedarme enclaustrada otra vez.

—Bueno, pero nada de autobús escolar, eso se acabó. No sé en qué andaría yo pensando.

—Eh, ¿y *Marshmallow*?, ¿dónde está mi conejo de peluche? —pregunta Kylie.

—Te lo traeré esta noche.

—¿No se ha perdido?

—No.

Kylie envía mensajes a sus amigos, que es muy probable que estén dormidos. Ella y Rachel se tumban en la cama y ven sus vídeos favoritos de YouTube: el clip de *Take on Me* de A-Ha, el baile *fish-slapping* de Monty Python, media docena de vídeos del grupo de rap Brockhampton, la secuencia de *Sopa de ganso* en la que Groucho sospecha de su propio reflejo.

Luego Kylie se da una ducha y quiere quedarse sola un rato. Media hora más tarde, Rachel va a verla y la encuentra profundamente dormida. Ella se derrumba en el sofá y solloza.

Pete vuelve a las seis de la mañana y mete un par de troncos en la estufa de leña.

—¿Todo bien por allí? —pregunta Rachel.

—Amelia aún está dormida.

Pete prepara una jarra de café y ambos se sientan junto al fuego.

Todo parece haber vuelto a la normalidad. Botes de pesca que se dirigen al río Merrimack. Música de Leonard Bernstein en la WCRB. *The Boston Globe*, que aparece envuelto en plástico frente a la puerta.

—No puedo creer que esté en casa —dice Rachel—. Ha habido momentos en los que pensaba que la había perdido para siempre.

Contemplan cómo los troncos se consumen y se convierten poco a poco en cenizas. Suena el móvil de Rachel. «Número desconocido.» Responde activando el altavoz.

Es la voz distorsionada. La Cadena hablándole directamente:

—Sé lo que estás pensando. Es lo que piensa todo el mundo cuando recupera a sus seres queridos. Estás pensando que podrías liberar a tu rehén y acabar de una vez con esto. Pero la cuestión es que no se puede luchar contra la tradición. ¿Sabes lo que es la tradición, Rachel?

—¿A qué te refieres?

—Una tradición es un argumento viviente. Un argumento viviente de una práctica que comenzó hace mucho. Y funciona con eficacia en nuestra tradición

particular. Si tú te enfrentas a La Cadena, ésta te atraparé con toda seguridad a ti y a tu familia. Aunque salgas del país, aunque te vayas a Arabia Saudí, a Japón o a donde sea, aunque cambies de nombre y de identidad, nosotros te acabaremos atrapando.

—Entendido.

—¿De veras? Eso espero. Porque esto no se ha acabado. No se acabará hasta que la gente que has reclutado haga lo que debe hacer sin fastidiarla, y los que ellos han reclutado a su vez cumplan su misión sin fastidiarla. Ya hace años que no sufrimos una deserción en La Cadena, pero a veces se produce alguna. La gente cree que puede vencer al sistema. Y no puede. Nadie ha podido, y tú tampoco podrás.

—La familia Williams.

—Hay otras que lo han intentado. Pero nadie lo ha logrado.

—Yo mantendré mi palabra.

—Asegúrate de que así sea. Hemos ingresado diez mil dólares en tu cuenta esta mañana: es el diez por ciento del dinero que los Dunleavy han pagado. Los hemos sacado de la misma cuenta Bitcoin en la que ellos depositaron su dinero. No se me ocurre cómo podrías explicar eso a las autoridades federales. Aunque consiguieras escapar de nuestros asesinos, cosa que nadie ha logrado jamás, nosotros filtraríamos esa información y tú acabarías en la cárcel. Tenemos todas las pruebas para demostrar que tú eres el cerebro que está detrás de una sofisticada red de secuestros. Eres inteligente. Eres capaz de imaginarte todo el cuadro, ¿verdad?

—Sí, soy capaz.

—Bien —dice la voz—. Probablemente no volveremos a hablar. Adiós, Rachel. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

—No puedo decir lo mismo.

—Podría haber sido peor. Mucho peor.

Al terminar la llamada, Rachel se estremece y Pete la estrecha entre sus brazos. Se la ve muy pálida, muy frágil y delgada, y su corazón late muy deprisa. Igual que un pájaro herido al que acomodas en una caja de zapatos y procuras cuidar, con la esperanza de que un día vuelva a levantar el vuelo.

Domingo, 16.00

Kylie baja por fin por la escalera. Tiene su iPad en una mano, el móvil en la otra, y a *Eli* sobre el hombro.

—He recibido más de ciento cincuenta notificaciones de Facebook, Instagram y Twitter —dice tratando de parecer animada.

Rachel sonríe. Adi os a su idea de aislarse y acorazarse y de suprimir las redes sociales. Kylie le devuelve la sonrisa. «Las dos fingiendo para tranquilizarnos mutuamente», piensa Rachel.

—Eres una chica popular —señala.

—He hablado con Stuart. Todo el mundo parece haberse tragado el cuento de la enfermedad. También le he enviado un mensaje de texto a la abuela. Está muy bien. Incluso le he mandado un email a papá.

—Siento haberte obligado a hacer eso.

Kylie asiente, pero no dice «Está bien», porque no est  bien hacer que tu hija mienta a sus amigos y familiares.

— Has ido con cuidado con lo que contabas?

—S .

—Si dices algo en las redes, todo el mundo lo ve.

—Ya lo sé, mamá. Nunca podr  contárselo a nadie,  no?

—No...  Est s bien, cariño? —pregunta ella, acariciándole la cara.

—No, la verdad —dice Kylie—. Estaba muy asustada en aquel sótano. Había momentos en los que pensaba que iba, no s , a desaparecer... Eso que piensan algunas personas, ya me entiendes: que si los demás salen de la habitación, ya no existen.

— El solipsismo?

—Eso era lo que pensaba que me estaba pasando allí abajo. Creía que estaba empezando a dejar de existir porque nadie pensaba en mí.

Rachel la abraza con fuerza.

—¡Yo no hacía más que pensar en ti! ¡Cada segundo de cada minuto de cada día!

—Y luego había momentos en los que pensaba que aquellos dos tal vez me dejarían allí. Si creían que los habían descubierto, tal vez huirían, y la comida y el agua se agotarían y yo sencillamente moriría allí.

—Yo no lo habría permitido —asegura Rachel—. No lo habría permitido. Te habría localizado costara lo que costase.

Kylie asiente, pero Rachel se da cuenta de que no lo cree. ¿Cómo la habría localizado? No podría haberlo hecho. Su hija se habría quedado atrapada allí para siempre.

Kylie se acerca a la puerta mosquitera y contempla la ensenada.

—Esas chanclas suenan como unas maracas —afirma Rachel, tratando de aligerar el ambiente.

Ella se vuelve para mirarla.

—Mamá...

—¿Sí?

—Ellos me explicaron que no podían soltarme hasta que tú continuaras La Cadena.

Rachel baja vista.

—¿Mamá?

Ella traga saliva con esfuerzo. No puede mentir sobre eso: no haría más que empeorar las cosas.

—Así es —admite.

—Entonces... A ver, un momento... ¿Tú...? ¿Tú has...? —dice Kylie horrorizada.

—Lo siento. Yo... tuve que hacerlo.

—¿Has secuestrado a alguien?

—Tuve que hacerlo.

—¿Aún tienes a esa persona?

—Sí. No puedo liberarla hasta que continúe La Cadena.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Kylie, abriendo unos ojos como platos—. ¿Dónde?

—Encontramos..., encontré una casa vacía al otro lado de la ensenada. Una casa con sótano.

—¿Y esa persona está allí ahora mismo? ¿Sola?

—Es donde está Pete ahora.

—¿Es un chico o un chica?

—Cuanto menos sepas, mejor.

—¡Quiero saberlo!

—Una chica —responde Rachel, sintiendo que la inunda una oleada de vergüenza.

Un gran río de vergüenza.

—¿No puedes soltarla y ya está?

Rachel reprime una arcada y el impulso de huir, y se obliga a sí misma a confrontarse con la realidad. Mira a Kylie a los ojos y niega con la cabeza.

—¿No podemos ir al FBI y pedir que nos escondan y nos den una nueva identidad, o algo así? —pregunta Kylie.

—No es tan sencillo. Nosotros, o sea, yo... he secuestrado a alguien. Me meterían en la cárcel. Y tú no estarías a salvo. Yo los creo cuando dicen que nadie ha conseguido romper nunca La Cadena. Creo que nos encontrarán allá adonde vayamos. No puedo asumir ese riesgo.

—¿Puedo ver a esa chica? ¿Hablar con ella?

Rachel se estremece ante la sola idea de implicar aún más a Kylie en todo el embrollo.

—No, tú vuelve al colegio. Nosotros nos encargaremos de esto. Pete y yo.

—¿Cómo se llama?

—Lo mejor es que no lo sepas.

—¿Es ella la que tiene a *Marshmallow*?

—Sí. —Rachel intenta abrazarla, pero Kylie la aparta.

—¡No me toques! —exclama.

—Te lo puedo volver a traer. Yo...

—¡No es por eso! ¡No se trata de *Marshmallow*! Se trata de lo que has hecho. ¿Cómo has sido capaz de secuestrar a alguien, mamá? ¿Cómo has podido?

—No lo sé. Tuve que hacerlo.

—¿Le has hecho daño?

—No. En realidad, no —dice Rachel, hundiéndose otra vez en ese río de mentiras y vergüenza.

—¿Cómo has podido, mamá?

—No lo sé.

Kylie retrocede un paso y luego otro hasta que choca con la puerta mosquitera.

Rachel se mira las uñas mugrientas y atisba su propio reflejo en el cristal. Ahora es como un profeta flaco y perturbado tratando de volver a meter en el redil a un antiguo adepto que ha recuperado de golpe la lucidez. No, no. Es aún peor. Ella es un demonio que arrastra consigo a su hija al Hades. Es todo lo contrario de la bondadosa y amable Deméter.¹ Ha obligado a Kylie a mentir. La ha involucrado en un acto criminal. La grieta que se ha abierto entre ambas se ensanchará hasta convertirse en un abismo. Nada volverá a ser como antes.

Contempla los ojos llorosos y traicionados de Kylie.

Rachel cree percibir un tufo sulfuroso en el aire. No, no han escapado del infierno. Tardarán meses, quizá años, en salir de allí.

Kylie empieza a sollozar.

—¿Tuviste que hacerlo para recuperarme?

—Sí.

—¿Tú y el tío Pete?

—Sí.

Kylie abre la puerta. Entra un viento frío de la ensenada.

—¿Podemos salir? —pregunta.

—Hace muchísimo frío.

—Nos podemos envolver con la colcha. No quiero estar aquí dentro. Quiero salir.

Salen al patio.

—¿Puedo abrazarte? —pregunta Rachel con timidez.

—Sí —contesta Kylie, sumisa.

Se sienta en el regazo de su madre, envuelta en una manta. El largo faldón de la bata de Rachel las rodea como un cordón umbilical. No dicen nada. Simplemente permanecen ahí sentadas.

El día va llegando a su fin con una franja de rojos y amarillos a lo largo del valle del Merrimack. Oscurece y, cuando salen las estrellas, madre e hija quedan engullidas por la noche. Por lo que va a ser una noche larga y terrible.

Domingo, 22.45

Su instinto acierta. La Cadena se está yendo al garete. Bueno, acierta parcialmente. El problema, sin embargo, no es Rachel Klein. Ni Helen Dunleavy. El problema es Seamus Hogg. Usando un software espía estándar, ella ha pirateado los teléfonos de los Hogg y leído todos sus mensajes. Seamus le mandó un email a su tío, un tipo llamado Thomas Anderson Hogg, y le preguntó si podían quedar en un Starbucks mañana a las diez.

Lo cual constituye un serio problema porque Thomas Anderson Hogg es un funcionario judicial retirado.

Seamus va a cantar.

Y no ya a la policía, sino al maldito Cuerpo de Alguaciles de Estados Unidos.

Vuelve a examinar los datos de Rachel. Un eslabón carente de interés, pero asombrosamente competente. Lo ha hecho todo bien. Pagó deprisa el rescate, pagó deprisa el incremento del rescate, ejecutó el secuestro con éxito...

Es buena y es capaz. Su excuñado la está ayudando. Otro tipo interesante. Se licenció con honores en el ejército, aunque sufrió ciertas consecuencias por el incidente de septiembre de 2012 en Camp Bastion. Ninguna pensión. Sólo los beneficios mínimos del Departamento de Veteranos. Detenido en Worcester, Massachusetts, en 2017 por posesión de un gramo de heroína. Los cargos fueron retirados con posterioridad. La fotografía policial muestra a un hombre de mediana edad hosco y atormentado.

¿El exmarido también está ayudando?

Busca en Google al ex de Rachel, Marty O'Neill.

Ah, ése sí que es guapo. Un tipo guapo de verdad. Le sorprende no haberse cruzado nunca con él. La cantidad de solteros disponibles en Boston es

extraordinariamente reducida. Graduado en Harvard, abogado, sale con una rubia más bien ñoña. Nacido en Worcester, vive en Boston, es socio de Banner and Witcof, un bufete de abogados de renombre. Sí, es el cerebro de la familia.

Bueno, a ver cómo manejan una bola con efecto entre todos.

Entra en la aplicación Wickr y le envía un mensaje a Rachel:

Seamus Hogg está desertando. Va a cantar. Ha contactado con su tío, un alguacil retirado, y van a reunirse mañana a las diez de la mañana en Stamford, Connecticut. Obviamente, no se puede permitir que se celebre ese encuentro. Los Dunleavy la han cagado. Han escogido a un objetivo que no es de fiar. Y su error es también problema tuyo, Rachel. Impide ese encuentro o bien mata a tu rehén y escoge otro objetivo, y recuérdales a los Dunleavy y a los Hogg que forman parte de La Cadena. Si no haces una de esas cosas, las represalias las sufriréis tú y tu familia. Sabemos dónde vives. No puedes ir a ninguna parte donde no vayamos a encontrarte.

Domingo, 22.59

El Atlántico negro. El cielo negro. Un espolvoreado de estrellas anodinas. Rachel está sentada en el patio fumándose un cigarrillo cuando suena una alerta de la aplicación Wickr en su móvil. Un mensaje para ella.

Lo lee, lo asimila, le entra el pánico, se calma, coge un móvil desechable, llama a Pete, que está en casa de los Appenzeller, y le lee el mensaje.

—¿No deberían ser los Dunleavy los que se ocuparan de eso? —pregunta él.

—Los muy desgraciados de La Cadena han contactado conmigo. Es el efecto de retroceso del que hablaban, Pete. Si los Hogg fallan quiere decir que los Dunleavy han fallado, y se supone que yo debo matar a Amelia y escoger a un nuevo objetivo. Si no, vendrán a por mí.

—Espera. Enseguida voy —dice Pete—. Amelia está dormida.

Rachel marca el número de Helen Dunleavy, pero el móvil suena y suena y finalmente salta el buzón de voz. Vuelve a marcar, pero nadie responde. Espera un minuto y marca por tercera vez, pero tampoco nada... Esa mujer o se ha muerto o ha apagado el teléfono.

Su ordenador también está apagado. No hay señales de actividad en ninguno de sus dispositivos electrónicos. ¿Qué demonios ha pasado con ellos?

Accede a Wickr y envía un mensaje a 2348383hudykdy2:

Los Dunleavy no contestan
al teléfono.

La respuesta llega de inmediato:

Eso no es problema nuestro,
Rachel. Es problema tuyo.

Pete aparece al cabo de un minuto.

—¿Qué dicen los Dunleavy? —quiere saber.

—No contestan. Los muy idiotas han apagado sus teléfonos.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Yo no pienso matar a Amelia y empezar de nuevo.

—Por supuesto que no.

Pete confía en que Rachel no repare en sus ojos vidriosos. Se ha metido una dosis hace unos quince minutos. Ha pensado que ya habían terminado por esa noche, y su cuerpo reclamaba los opiáceos con ansiedad, así que al final ha tenido que ceder y hacerlo en la cocina de los Appenzeller.

—¿Qué opinas tú? —dice ella.

—Se me han agotado las ideas —responde él con voz débil.

—Yo digo que vayamos a casa de los Dunleavy ahora mismo y les digamos que pongan firmes a su objetivo.

—Llámalos.

—¡Ya los he llamado! No contestan. ¿Es que no escuchas?

—¿Quién apaga el teléfono cuando su hija ha sido secuestrada? —se pregunta Pete.

—Quizá ya estén muertos. Quizá el efecto de retroceso ya los ha matado y nosotros vamos a ser los próximos —señala Rachel.

—Tal vez vienen a por nosotros ahora mismo.

—Llevemos a Kylie a casa de los Appenzeller. Nadie conoce ese lugar salvo nosotros.

Él suspira penosamente.

—Voy a prepararlo todo.

Rachel sube a la habitación de Kylie. Todavía está despierta, concentrada en su iPad.

—Lo siento, cariño, pero no es seguro que te quedes aquí esta noche. Está ocurriendo algo en La Cadena.

Kylie se queda aterrorizada.

—¿Qué? ¿Vienen a buscarnos?

—No. Aún no. Tengo que resolver un problema. Voy a llevarte a casa de los

Appenzeller. Allí estarás a salvo.

—Vuelven a por mí, ¿no?

—No. No es eso. Tú estás a salvo. Está todo bien. Es sólo por precaución. Tu tío Pete y yo vamos a ocuparnos del problema. Venga, llena una bolsa de ropa.

Rachel y Kylie van en coche a la casa de los Appenzeller y entran por la parte trasera. Pete las está esperando en la cocina con su 45 y la escopeta de Rachel.

Kylie mira las armas, traga saliva y le da un abrazo a Pete.

—¿La chica está aquí? —pregunta.

Rachel asiente.

—¿Dónde?

—En el sótano. Dormida —explica Pete.

—Pete y yo hemos de salir. Amelia probablemente no se despertará, pero si has de bajar, ponte esto —indica Rachel, dándole un pasamontañas negro.

—Para que no pueda identificarme —dice Kylie, a la vez fascinada y horrorizada.

—Esperaba no tener que implicarte en esto, pero si Amelia empieza a gritar, supongo que tendrás que bajar a consolarla —indica Rachel—. No podemos dejar que arme jaleo.

—De todos modos, me parece que dormiré hasta mañana. La he tenido saltando a la comba durante una hora —repite Pete.

—¿Vosotros dónde estaréis? —le pregunta Kylie a su madre.

—Pete y yo debemos solventar una emergencia.

—¿Qué clase de emergencia?

—Está todo bien, cariño. No pasa nada. Pero nosotros hemos de irnos y tú tienes que quedarte aquí con Amelia.

—¿Has de explicarme lo que ocurre!

Rachel asiente. Su hija merece saber la verdad.

—Una de las familias situada más adelante en La Cadena está pensando en acudir a la policía. Tenemos que impedirselo. Si van a la policía, todos podríamos correr peligro.

—¿Y adónde vais?

—A Providence.

—¿Vais allí a decirles que paguen el rescate y hagan todo lo que vosotros habéis hecho?

—Sí.

—¿Y qué pasa si... si no volvéis?

—Si no hemos vuelto por la mañana, llama a tu padre para que venga a buscarte. Quédate aquí. No vayas a casa. Cuando él llegue, cuéntaselo todo. Hasta entonces, mantén tu teléfono apagado.

Kylie asiente.

—¿A qué hora de mañana?

—Si no has tenido noticias de ninguno de nosotros hacia las once, digamos, querrá decir que es casi seguro que estemos en un aprieto —indica Pete.

—¿Muertos? —pregunta Kylie, con el labio tembloroso.

—No necesariamente. Sólo que algo ha salido mal —dice Rachel, aunque piensa que «muertos» es lo más probable.

Kylie abraza a su madre y a Pete.

—Yo me arreglaré aquí —contesta—. Y la mantendré vigilada.

Ahora su hija se halla involucrada por completo en una operación de secuestro. Rachel se siente avergonzada y furiosa. Pero no puede recrearse mucho tiempo en esos sentimientos. El tiempo pasa. Se seca las lágrimas de las mejillas.

—Pongámonos en marcha —le ordena a Pete—. Yo conduzco.

Domingo, 23.27

El pantano a la izquierda, las marismas a la derecha. Los faros con las luces largas. Olor a aceite para armas. A sudor, a miedo. Ninguno de los dos habla. Rachel conduce. Pete va a su lado, en el asiento del copiloto.

Beverly, Massachusetts.

Casas viejas de madera. Castaños. Algún bloque de apartamentos. Silencio. La luz azul de los televisores y las alarmas antirrobo.

Tedio nocturno de barrio residencial. Lo cual es bueno. Menos entrometidos en las aceras.

Poseidon Street.

Las luces están apagadas en casa de los Dunleavy.

—Rodea la manzana —indica Pete—. No te detengas.

Rachel obedece y aparca una calle más allá.

Todo tranquilo. No se ve a nadie. La única pregunta es: ¿por qué no responde Helen Dunleavy al maldito teléfono?

A Rachel le viene la imagen de toda la familia atada en sillas en la cocina, con el cuello rebanado.

—Podemos cruzar ese bosquecillo lleno de maleza que hay al lado —propone Pete—. Y luego entrar por la puerta trasera.

—¿Cómo? —inquire ella.

Pete le muestra una llave inglesa y un kit de ganzúas.

—Voy equipado, si es que estamos decididos a hacerlo —explica.

—Sí. Ahora estamos metidos hasta el fondo —responde ella.

Es una forma suave de expresarlo, en realidad. Ahora va a tener que ejercer del todo de lady Macbeth. Actuar como ella. Creérselo. Serlo. Por Pete, por ella

misma, por Kylie: las vidas de toda su familia están en juego.

—Tengo un equipo electromagnético capaz de desactivar el sistema de alarma, si lo hay. Una vez dentro, usaremos las armas —dice él pasándole el 38 que guarda en la guantera. También tiene una 45 y una nueve milímetros.

Las armas. El trecho lleno de maleza.

Pete tiene dificultades para saltar la valla norte de la casa de los Dunleavy. Rachel lo observa con atención. ¿Qué le pasa? Se pregunta otra vez si consume alguna droga o ha sufrido una lesión de la que no le ha hablado. Ahora necesita que esté al cien por cien.

—¿Te encuentras bien, Pete? —pregunta severamente.

—Sí, muy bien. ¿Y tú?

Ella lo mira con furia en la oscuridad.

—En marcha, ¿no? —dice él.

—Sí, claro.

El patio trasero de los Dunleavy. Juguetes, muebles de jardín, un columpio. La puerta de atrás, que da a la cocina.

—Vamos —apremia Rachel.

Se encienden los focos. El equipo electromagnético entra en juego.

Pete hurga en la cerradura. Hay un ligero temblor en su mano derecha.

—¿Puedes?

—Sí. Ya lo he hecho otras veces. No se me resistirá mucho tiempo, ya lo verás —asegura.

Tres minutos. Cuatro minutos.

—¿Estás seguro?

La cerradura cede por fin. Pete gira el pomo. No hay cadena de seguridad. No se dispara ninguna alarma.

—¿Vamos bien? —pregunta Rachel.

—Sí.

Se ponen los pasamontañas y entran en la cocina. Ella enciende su linterna y hace un barrido rápido.

Ningún cadáver. Ningún asesino.

—¿Sabemos adónde vamos? —susurra Rachel.

—Sí —asiente Pete—. Sígueme.

Ella lo sigue al piso de arriba.

Suelo enmoquetado. Cuadros en la pared. Un gran reloj en lo alto de la escalera. Un espejo que la sobresalta un segundo al ver a una persona con un arma.

—El primer dormitorio de la izquierda —cuchichea Pete.

Cruzan el umbral del dormitorio. Olor a sudor. Tufo de alcohol. Una mujer roncando en la cama. La linterna ilumina los rincones. No hay nadie más.

Pete se acerca a la cama de puntillas, se arrodilla junto a la mujer y le tapa la boca con la mano. Ella suelta un grito ahogado. Él la sujeta.

Rachel revisa el baño adosado mientras Pete sofoca los gritos de la mujer con la mano.

—Todo despejado —anuncia Rachel.

—¿Eres Helen Dunleavy? —pregunta Pete—. Simplemente asiente para responder.

Ella asiente.

—¿Dónde está tu marido? —prosigue él—. Responde con una palabra. En qué habitación. Susurra. Si gritas, estás muerta.

—Sótano —grazna Helen.

—Te he llamado por teléfono. ¿Reconoces mi voz? —pregunta Rachel.

—Tú tienes a Amelia —dice Helen, y empieza a llorar.

—¿Y el niño? ¿Henry Hogg? —inquire Rachel.

—Sótano.

—¿Con tu marido?

—Nos turnamos...

Rachel le lanza una mirada a Pete.

—Trae aquí al marido. Yo me quedo con ella.

Enciende la luz del dormitorio y apunta a Helen con el 38 mientras Pete baja al sótano.

—¿Qué ha pasado con tu teléfono? —pregunta Rachel furiosa—. ¿Por qué no está encendido? ¿Por qué no duermes con él al lado, como cualquier persona normal en esta situación?

—Yo..., no sé. ¿No está sobre el tocador? —contesta Helen. Se la ve demacrada, asustada. Tiene los ojos hundidos y enrojecidos. Algo es algo.

Rachel se vuelve hacia el tocador. El móvil está muerto.

—Se te olvidó cargarlo —señala Rachel.

—Yo..., no sé.

—¿Durmiendo mientras tu hija está secuestrada? Pero ¿qué coño te pasa?

—Yo... sólo estaba dando una... —empieza, y justo entonces se abre la puerta.

Mike Dunleavy entra con las manos alzadas. No se parece a las fotos de internet o de Facebook. Se lo ve más viejo, más canoso, más gordo, más torpe. ¿No se suponía que era un tipo brillante con dinero? Tiene el aspecto de un padre cualquiera que recoge a sus hijos del colegio con retraso porque se le ha olvidado que ese día le tocaba a él. No es de extrañar que esos payasos la hayan fastidiado. ¿Cómo han sido capaces de secuestrar a alguien? Quizá incluso han mentido.

—¿El niño está en el sótano? —le pregunta Rachel a Pete.

—Oh, sí —contesta él, y suelta una especie de silbido, como diciendo que el panorama ahí abajo no es demasiado agradable.

—¿Vosotros sois los que os llevasteis a Amelia? —pregunta Mike con un ligero deje británico.

—Sí, la tenemos nosotros.

—¿Está bien? —interviene Helen con desesperación.

—Perfectamente. La estamos cuidando.

—¿Por qué habéis venido? —quiere saber Mike—. Hemos hecho todo lo que nos habéis dicho.

—No. La habéis pifiado. Os hemos llamado, pero tu teléfono estaba muerto y tu ordenador apagado —replica Rachel.

Helen la mira ahora de un modo extraño. «Si dice algo del tipo: “Creo que yo te conozco”, entonces, oh, Dios, voy a tener que pegarle un tiro aquí mismo», piensa Rachel.

—Esto es por los Hogg, ¿verdad? —murmura Helen—. Por algo que han hecho.

—Por algo que están a punto de hacer —aclara.

—¡Ay, Dios! ¿Qué van a hacer? —exclama Helen.

—Seamus tiene un tío en el Cuerpo de Alguaciles. Y ha quedado con él mañana en Stamford —la informa Rachel.

—¿Eso... qué significa? —dice Helen horrorizada.

—En teoría, significa que vosotros tenéis que matar al pequeño Henry y empezar de nuevo, o que nosotros tenemos que matar a Amelia y empezar de nuevo. Así de simple. No voy a permitir que La Cadena se acerque a mí o a mi familia. ¿Entendido? —gruñe Rachel.

—Tiene que haber otra... —empieza Mike.

—Sí. Los tres vamos a Providence y le explicamos en persona a Hogg cuál es la situación —dice Rachel.

—¿Los tres? —pregunta Pete.

—Nosotros tres —repite Rachel—. No me fío de estos dos.

Se vuelve hacia Helen Dunleavy.

—Tú te quedas aquí para vigilar al niño. Tu marido vendrá con nosotros. Nos llevaremos tu coche. Es un BMW, ¿no?

—Sí —afirma Mike.

—Entonces será lo bastante rápido. Ponte unos zapatos, maldita sea. Ah, y busca a *Mister Boo*. Necesitamos a *Mister Boo* —ordena Rachel.

—¿*Mister Boo*? —repite Mike.

—El osito de Amelia. Ella lo quiere.

Helen les entrega a *Mister Boo*.

—Si avisas a la policía, o adviertes a los Hogg, o cometes cualquier otra estupidez mientras estamos fuera, Amelia morirá. Ellos la matarán y luego vendrán a por ti y a por Toby. ¿Lo has entendido? —advierte Rachel.

Helen asiente. Salen de la casa y caminan hacia el BMW de Mike, un modelo negro y grande de gama alta. El tipo de vehículo que dan a los altos ejecutivos de banca. Lujoso. Cómodo. Rápido.

Mike le pasa las llaves a Rachel. Ella se sienta frente al volante. Pete sube a la parte trasera con Mike.

Rachel gira la llave de encendido y el motor cobra vida con un gruñido. Echa un vistazo por el retrovisor. Pete aún está un poco aturdido. Mike está

aterrorizado. Ella puede con los dos. Ella será capaz de manejarlos a ambos.
—Cinturón de seguridad —ordena.

Domingo, 23.59

Rachel se funde con el tráfico.

La autopista zumba, canta, refulge, destella. Es una culebra que avanza hacia el sur.

Diésel y gasolina.

Agua y luz.

Filamento de sodio y neón.

La Interestatal 95 a medianoche. La espina dorsal de América, empalmando vidas, destinos e historias inconexas.

La autopista se mueve a la deriva. La autopista sueña. La autopista se observa a sí misma.

Todos esos hilos del destino entrelazándose en esa medianoche gélida.

Ciudades y salidas deslizándose hacia el sur, clausurando otras posibilidades, otros caminos. Peabody, Newton. Norwood.

El mapa de Google creando su propio zodiaco.

Pawtucket.

Providence.

La salida de la Universidad Brown. La tierra de Lovecraft. Un viejo camino de tierra hacia East Providence. Grandes casas. Mansiones aún más grandes.

Maple Avenue. Bluff Street. Narragansett Avenue.

—Aquí —indica Mike.

—¿Es ésta?

—Sí.

La casa es una mole grande y fea de falso estilo Tudor, una de esas mansiones producidas en serie a principios del milenio en una calle llena de construcciones

similares.

Pasan de largo y aparcan un poco más adelante.

—¿Por la entrada principal o por la parte trasera? —le pregunta Rachel a Pete.

—Difícil de decir —masculla él—. No sabemos si hay perros, alarmas y demás.

—Por detrás entonces —decide ella.

Los tres se bajan del BMW, rodean la manzana hasta el patio trasero de los Hogg y saltan la valla metálica de la parcela. No sale disparado ningún perro. No se enciende ningún foco. No resuena ningún disparo en mitad de la noche.

La puerta trasera tiene un aspecto muy sólido, pero hay otra puerta en un lado de la casa que da a una especie de vestíbulo, y ésta sólo tiene un pestillo al otro lado de un cristal. Pete enciende el equipo electromagnético y rompe el cristal.

Esperan por si se produce alguna reacción. Un grito. Una luz.

Nada.

Pete introduce la mano a través de la ventanita rota y quita el pestillo de la puerta.

Entran en el vestíbulo, que es un cuartito estrecho de madera lleno de abrigos y botas.

Encienden las linternas.

Pasan a la cocina y de la cocina al comedor.

Un comedor con cuadros en las paredes.

La linterna de Rachel ilumina un retrato de familia. Dos niños, un hombre y su esposa. El hombre alto, con el pelo negro azabache. La esposa menuda, rolliza y atractiva, con pinta de ser amable. Los niños de unos doce o trece años. Uno de ellos en silla de ruedas. ¿Por qué han secuestrado los Dunleavy al de la silla de ruedas? ¿Por qué complicar así las cosas?

¿Qué clase de persona secuestra a un niño discapacitado?

Aunque, por otro lado, ¿qué clase de persona secuestra a una cría que podría morir de una reacción anafiláctica a los frutos secos?

¿Qué clase de persona secuestra a un niño?

Entran en una sala de juegos con una mesa de billar de tamaño reglamentario,

una diana de dardos y una consola Nintendo Wii. Al menos, parece que los Hogg tienen dinero.

—Será mejor que cojas esto —dice Pete distraído, pasándole a Mike una pistola de nueve milímetros.

Rachel lo mira alucinada. «¿Cómo se le ocurre darle...?»

Mike se vuelve entonces hacia ella y le apunta a la cabeza con la pistola.

—Ahora te vas a llevar tu merecido, maldita zorra. Vas a soltar a Amelia esta misma noche o si no...

—¿Qué piensas hacer? —le espeta Rachel—. ¿Crees que somos tan idiotas como para darte un arma cargada?

Mike mira la pistola.

—Yo...

Rachel se la arranca de las manos y se la devuelve a Pete, que por fin parece comprender su error.

Ella le pone a Mike en la mejilla el cañón del 38.

—Todavía no has entendido cómo funciona la cosa, ¿verdad? Aunque nosotros te entreguemos a Amelia, eso no será el final. La Cadena debe continuar. Así es como está concebida. Ellos os matarán: a ti, a Amelia, a tu esposa y a Toby. Os matarán a todos y volverán a empezar. También me matarán a mí y a mi familia.

Mike menea la cabeza.

—Pero yo... —empieza.

Rachel le cruza la cara con el 38. Mike retrocede con una mueca de dolor hacia una pecera. Ella lo sujeta de la solapa de la chaqueta a tiempo y evita que se caiga.

Lo atrae hacia sí.

—¿Lo entiendes ahora?

—Creo que sí —gime Mike.

Ella le pone el revólver bajo la barbilla.

—¿Lo entiendes? —insiste.

—Sí, lo entiendo —afirma él con una especie de balido, y empieza a llorar.

Ella le quita el pasamontañas y baja el arma. Lo mira fijamente y deja pasar

unos segundos.

—Cierra los ojos —ordena.

Mike obedece. Rachel se quita su pasamontañas, le baja la cabeza y apoya la frente sobre la suya.

—¿No lo ves? Te estoy salvando, Michael —susurra en voz muy baja—. A ti y a tu familia.

Él asiente.

Ahora sí lo comprende. Una frente sobre la otra. Víctima y cómplice. Cómplice y víctima.

—Todo saldrá bien —murmura Rachel.

—¿Estás segura? —pregunta él.

—Sí. Te lo prometo.

Ella vuelve a ponerse el pasamontañas, le da a Mike el suyo y le lanza una mirada furiosa a Pete.

—¿Qué demonios te pasa? A ver si espabilas —sisea.

Un perro aparece por una puerta lateral: un gran alsaciano marrón rojizo. Se queda inmóvil al verlos.

—Eh, chico —dice Pete. El perro se acerca y le husmea la mano. Le gusta el olor. Él le acaricia la cabeza.

El perro husmea a Rachel y a Mike y luego, satisfecho, se dirige a la cocina.

Un televisor suena a todo volumen en la parte delantera.

Siguen el sonido por un pasillo decorado con más retratos de familia.

En la sala de estar, encuentran a un hombre corpulento dormitando en una mecedora frente a una emisión de Fox News. Un hombre con papada, fornido, ahora caído y desbordado por los acontecimientos.

Estaba leyendo la Biblia, al parecer, pero el libro se le ha escurrido y se ha caído al suelo. Tiene una pistola en el regazo.

Rachel le hace una seña a Pete.

Él levanta con cuidado el arma y se la guarda en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Éste es Seamus Hogg? —susurra Rachel.

Mike asiente.

Ella recoge la Biblia.

Estaba leyendo el Deuteronomio.

«Ha llegado la hora de enseñarle una nueva religión», piensa Rachel.

Lunes, 4.17

Playa vacía. Cielo indiferente. Las olas yendo y viniendo en el océano negro y gélido.

Rachel sube los escalones oscuros de los Appenzeller.

Vista desde fuera, la casa parece desierta.

Entra y cruza la cocina.

Se asoma a la escalera del sótano.

—¿Kylie?

Se oyen voces abajo.

Plano inclinado de la cara de Rachel. «Por Dios. ¿Ahora qué?»

Saca la 38, la sujeta delante con ambas manos y baja los escalones.

Kylie y Amelia están en la tienda de princesa. Jugando a *Operación*.

Kylie no lleva el pasamontañas. Están comiendo patatas fritas y Amelia se troncha de risa.

Es la primera vez que Rachel la oye reír.

Se sienta en los escalones del sótano y guarda la pistola.

Debería estar enfadada con Kylie por no seguir el protocolo. Pero no lo consigue. Kylie está cuidando de la niña tal como un ser humano debe cuidar a otro.

Su hija tiene más empatía que ella. Es más valiente.

Vuelve arriba.

Deja la pistola sobre la mesa de la cocina y toma asiento.

Siente repulsión y odio hacia sí misma. Nada de eso habría sucedido si ella hubiera sido mejor madre.

Se pregunta por un momento qué sentiría si se pusiera en la boca el cañón de

la nueve milímetros. El frío acero al carbono apoyado en la lengua, como si ése fuera su lugar. La sola idea la asusta, y aparta el arma.

—¿Cuándo se acabará todo esto? —se dice a sí misma.

Pero no tiene ni idea de cuándo terminará esta pesadilla.

Lunes, 18.00

Seamus Hogg ha sido aleccionado a fondo. Ahora sí entiende la situación. Elabora un plan y lo ejecuta de inmediato. Al parecer, es un alumno aplicado en el secuestro de niños. Se desplaza en coche a Enfield, Connecticut, y espera a la salida de un campo de fútbol americano a un chico de catorce años llamado Gary Bishop, que juega como *tackle* defensivo.

Rachel no sabe gran cosa de fútbol americano, pero sí sabe qué jugadores son fornidos, y esto la inquieta. El objetivo, sin embargo, ha sido aprobado por el contacto a través de Wickr. ¿Con qué atención investigan esas cosas? ¿Les importa siquiera que todo pueda salir mal? ¿Desean en ocasiones que todo salga mal? ¿Cuál es la psicología de un monstruo?

Mira el reloj.

Las 18.01.

Sale fuera para esperar en el patio.

Kylie está en la sala de estar haciendo los deberes, fingiendo que todo es normal y resolviendo sus ejercicios de mates, pero dejando escapar leves gemidos. Rachel quería sentarse con ella, pero su hija se ha negado, así que la observa a través del cristal. Un buen día en el colegio, ha dicho. Tenía un aspecto terrible y no le ha costado convencer a todo el mundo de que ha estado enferma.

Pete sigue con Amelia en casa de los Appenzeller. La niña juega sola a *Operación* en su tienda de princesa. Odia a Rachel. Se lo dijo a Pete: «No quiero a la señora. La odio».

Rachel no se lo reprocha en lo más mínimo.

Echa un vistazo a su teléfono y al móvil desechable que está al lado, en el patio. Las 19.15.

Si todo vuelve a torcerse, ¿cabe confiar en que los Dunleavy maten a Henry Hogg y empiecen de cero?

Si ellos no son capaces, ¿tendrá que matar ella a la pequeña Amelia en la casa de los Appenzeller? ¿Matar a esa niña aterrorizada, triste y encantadora en su tienda de princesa? Lleva el revólver del 38 en el bolsillo de la bata. Tendrá que hacerlo ella. Dejar que lo haga Pete sería una salida fácil. Él ha disparado a personas, eso lo sabe. Posiblemente ha matado gente. En Afganistán participó en muchos combates; en Iraq, en demasiados para llevar la cuenta siquiera.

Pero fue ella quien lo metió en eso. Así que tendría que ser ella. No hay más remedio.

Le pediría a Pete que esperase en la cocina y bajaría los escalones del sótano en calcetines. Amelia no oiría sus pasos acercándose por el suelo de hormigón. Ella le dispararía un tiro en la nuca mientras continuaba jugando. Amelia no se daría ni cuenta. Pasaría de la existencia a la inexistencia así como así.

Matar a un niño: lo peor que puede hacer una persona.

Pero es mejor eso que dejar que Kylie se vea succionada de nuevo hacia el vacío.

Rachel empieza a llorar. Grandes oleadas de angustia y de rabia. ¿A ellos les resulta divertido todo eso? ¿Obligar a personas decentes a hacer cosas terribles? ¿Cualquier ser humano que existe sobre la tierra puede ser obligado a violar sus creencias y principios más profundos? ¿No es hilarante?

Espera hasta las 19.25 y llama a los Dunleavy.

—¿Y bien?

—Acabamos de llamar a Seamus Hogg. El secuestro ha sido un éxito. El chico apenas ha dado problemas. Lo tiene.

—Perfecto.

—¿Cómo está Amelia?

—Bien. Jugando a *Operación* otra vez. Sana y salva.

Rachel cuelga.

Va a su habitación y se sienta en el borde de la cama.

Deja el 38 sobre el tocador, baja el martillo poco a poco, pone de nuevo el seguro, abre el tambor, saca las balas, las guarda en el cajón del tocador y

respira.

Al cabo de una hora suena en su móvil el pitido de la aplicación Wickr. Su contacto la informa de que puede liberar a Amelia Dunleavy.

Con sólo algún leve sobresalto, La Cadena prosigue su alegre curso.

Rachel llama a Helen Dunleavy con un móvil desechable.

—¿Sí?

—Vamos a liberar a Amelia en la próxima media hora. Volveremos a llamar con instrucciones —dice, y cuelga.

Va a casa de los Appenzeller y se pone el pasamontañas. Entre ella y Pete desencadenan a la pequeña Amelia y la sacan del sótano. Ambos se ponen guantes y Rachel la viste con unos vaqueros y un suéter nuevos, libres de huellas digitales. En cuanto comprueban que no hay nadie alrededor, le tapan la cabeza con una toalla y la meten en el asiento trasero de la camioneta de Pete.

Van al parque infantil de Rowley Common y la bajan del vehículo. Le dicen que cuente hasta sesenta antes de quitarse la toalla y que después juegue en los columpios hasta que su madre vaya a recogerla. La dejan con un *Mister Boo* bien lavado y con un pulpo del que se ha encariñado especialmente.

Aparcan la camioneta al otro lado de la carretera y Pete observa a Amelia con unos prismáticos mientras Rachel llama a los Dunleavy. Les recuerda las normas de La Cadena: el efecto de retroceso y las terribles consecuencias de soltar a su víctima antes de hora o de contar a nadie lo ocurrido. Ese discurso ya se lo ha soltado a ellos la voz de La Cadena. Los Dunleavy le aseguran que actuarán de forma correcta.

Rachel les explica dónde está su hija y cuelga.

Ambos aguardan en la camioneta.

Una niña sola en los columpios de un parque cada vez más oscuro. Resulta espeluznante.

Pasan cinco minutos.

Amelia se acaba aburriendo.

Se baja de los columpios y camina hasta el borde de la Ruta 1A. Los coches pasan rugiendo a ochenta kilómetros por hora.

—¡Maldita sea! —exclama Pete.

A Rachel se le encoge el corazón.

Hay otras personas en el parque ahora: un par de adolescentes con sudaderas con capucha.

—Va a hacer que la maten —dice Pete.

—Yo me encargo —responde Rachel. Vuelve a ponerse el pasamontañas, baja de la camioneta y cruza corriendo.

—¡Amelia, esta carretera es peligrosa! ¡Te he dicho que esperases en los columpios! Tus padres llegarán dentro de cinco minutos.

—No quiero jugar en los columpios —replica la niña.

—Si no vas ahora mismo a los columpios, les diré a tus papás que no quieres que vengan a buscarte, ¡y ellos no vendrán!

—¿De veras les dirías eso? —pregunta la niña, de repente asustada.

—¡Sí! —contesta Rachel—. Y ahora ve a los columpios.

—¡Eres muy mala! ¡Te odio!

Amelia gira en redondo y vuelve al parque infantil.

Rachel cruza corriendo la carretera antes de que los adolescentes reparen en el pasamontañas y empiecen a preguntarse si ocurre algo raro. Cuando se asegura de que no están mirando en su dirección, sube de nuevo a la camioneta.

Amelia permanece en los columpios, triste y sola, mientras los dos adolescentes se meten en la casa de muñecas, seguramente para fumarse un porro.

El tiempo transcurre con lentitud.

Por fin, los Dunleavy se detienen con su coche junto al parque, corren hacia su hija, la abrazan y lloran.

Se acabó.

Ahora ya pueden descansar. Sólo les queda confiar en que la gente que prosiga La Cadena no acabe fastidiándola y provoque un efecto de retroceso que se propague hasta ellos.

Vuelven a casa para ver cómo está Kylie y luego van directos a la casa de los Appenzeller para borrar todo rastro de su estancia allí. Limpian el sótano, quitan el tablón de la ventana, devuelven el colchón a la habitación del segundo piso y borran todas las huellas. Recolocan el mecanismo y la cerradura de la puerta

trasera lo mejor que pueden. Los Appenzeller sin duda notarán que algo no funciona cuando regresen en primavera, pero la primavera queda muy lejos.

Llevar la basura a un vertedero. Es tarde cuando vuelven a casa, pero Kylie aún sigue despierta.

—¿Se ha acabado de verdad? —pregunta.

Rachel elimina cualquier atisbo de duda en su voz y mira fijamente los grandes ojos castaños de su hija.

—Sí —dice.

Kylie rompe a llorar y ella la abraza.

Piden una pizza y permanecen tumbadas una junto a otra hasta que Kylie se queda dormida. Rachel aprovecha entonces para enviarle un mensaje a su oncóloga diciendo que la llamará por la mañana. Confía en que no esté muriéndose. Ya sería la puntilla después de todo eso.

Baja la escalera. Pete está fuera en chándal, cortando leña. Ahora hay media docena de pilas, cada una de casi dos metros de altura. Sin duda suficiente leña para pasar el invierno y un apocalipsis zombi o dos, piensa Rachel. Por último, Pete entra con una brazada de troncos y enciende la estufa de leña.

Ella le lleva una cerveza. Él la abre y se sienta a su lado en el sofá. Algo se ha removido en el interior de Rachel al verlo cortando leña. Algo del todo absurdo y primario.

Nunca lo ha conocido lo suficiente como para sentirse atraída por él. Pete se ha pasado la vida fuera. En Iraq, Camp Lejeune, Okinawa o Afganistán. O bien viajando. Es muy diferente de Marty. Más alto y delgado, más moreno, más taciturno, más callado. Marty resulta guapo a la legua; Pete es más bien un gusto adquirido. No se parecen ni en su aspecto ni en su carácter. Pete es tímido y solitario; Marty, muy sociable. Marty es el alma de la fiesta; Pete, el tipo del rincón que repasa los libros de la estantería y mira el reloj para ver si puede escabullirse discretamente.

Él se acaba la cerveza de un trago y va a buscar otra. Ella le enciende un Marlboro del alijo de emergencia de Marty para el examen de abogacía.

—Y, además, tenemos esto —dice mostrándole una botella de whisky Bowmore de doce años y sirviendo dos dedos para cada uno.

—Qué maravilla —responde Pete.

Le gusta esa sensación. Ese ligero coloccón etílico. Ya se le había olvidado cómo se siente uno. Es un tipo de subidón muy distinto del que causan los opiáceos. La heroína es una manta protectora que te echas encima. La manta más preciosa del mundo: mitiga el dolor y te permite hundirte en un universo otoñal de pura beatitud. La bebida te arranca de ti mismo. O te saca de tu ensimismamiento. Aunque él no se fía del todo de esas emociones.

—Voy a comprobar las puertas —dice carraspeando y levantándose de golpe. Saca la nueve milímetros de su bolsa, recorre el perímetro de la casa y asegura todas las puertas.

Completada la tarea, no tiene más remedio que sentarse otra vez en el sofá. Toma una decisión. Ya es hora de contarle a Rachel la verdad sobre sí mismo. Los dos grandes secretos.

—Hay algo que deberías saber sobre mí —empieza vacilante.

—¿Ah, sí?

—Es sobre el ejército. A mí... me licenciaron con honores, pero poco faltó para que no fuera así. Me libré por los pelos de un consejo de guerra por lo que sucedió en Bastion.

—¿A qué te refieres?

—14 de septiembre de 2012 —dice él inexpresivamente.

—¿En Iraq?

—En Afganistán. Camp Bastion. Los talibanes, con uniformes del ejército estadounidense, se infiltraron por la valla del perímetro, entraron en la base y empezaron a disparar a los aviones y las tiendas. Yo era el oficial de guardia de la unidad de ingeniería del hangar veintidós. Sólo que..., bueno, no estaba de guardia. Estaba colocado en mi tienda. Sólo marihuana, pero aun así... Había dejado al mando a un sargento veterano.

Rachel asiente.

—Cuando llegué allí, se había desatado un gran alboroto. Balas trazadoras, lanzagranadas, un caos absoluto. Guardias de la RAF disparando a marines que a su vez disparaban a soldados del ejército. Por casualidad allí había un equipo de una empresa privada de seguridad y ellos impidieron que se produjera una

masacre. Jamás habría creído que un grupo de talibanes fuera capaz de adentrarse tanto en la base. El príncipe Harry de Inglaterra estaba allí esa noche. Y la zona vip quedaba a doscientos metros de la refriega. Fue un completo desastre, como te puedes imaginar, y yo tuve buena parte de la culpa.

—Vamos, Pete. Eso fue hace seis años —protesta Rachel.

—No lo entiendes, Rach. Murieron marines, y yo fui uno de los responsables. Me sancionaron en virtud del artículo cincuenta, pero me habrían sometido a un consejo de guerra si no hubiesen temido la publicidad que habría generado. Dejé el cuerpo dos años después, en todo caso. Seis años antes de los veinte. Sin pensión ni beneficios. Menudo gilipollas.

Ella se inclina y lo besa con suavidad en los labios.

—Está bien —susurra.

A él el beso lo deja sin aliento.

«Eres muy guapa», desea decir, pero no puede. Rachel está agotada, delgada y frágil, pero sigue siendo despampanante. No, ése no es el problema. El problema es formular ese sentimiento con palabras. Nota que se ruboriza y desvía la mirada.

Ella le aparta un mechón oscuro de la frente. Vuelve a besarlo, esta vez más a fondo. Es algo que ha estado deseando. Teme que pueda resultar decepcionante.

Pero no.

Los labios de Pete son suaves, pero su modo de besar es profundo e intenso. Sabe a café, a cigarrillos, a whisky escocés y a otras cosas deliciosas.

Pete le devuelve el beso con avidez, pero al cabo de un minuto titubea.

—¿Qué pasa?

—No sé si puedo hacerlo —murmura.

—¿Qué quieres decir? ¿No me encuentras...?

—No es eso. En absoluto. Eres guapísima.

—Pero si me he quedado en los huesos...

—No, estás impresionante. No es eso.

—¿Qué pasa, entonces?

—Yo no he..., desde hace mucho —responde. No es una mentira, en realidad. Pero él está pensando en su segundo gran secreto, la heroína, y se pregunta si

será capaz de funcionar.

—Estoy segura de que lo recordarás todo de golpe —repite Rachel mientras lo arrastra hacia el dormitorio.

Una vez allí, se quita la ropa y se tumba en la cama.

Ella no es consciente, pero resulta brutalmente sexy, piensa Pete. El pelo castaño, las piernas larguísimas.

—Vamos —dice Rachel con tono seductor—. ¿Eso que llevas en el bolsillo es una pistola o estás...? Ah, es una pistola.

Pete deja la nueve milímetros en la mesilla y se quita la camiseta.

Cuando se baja los pantalones del chándal se queda un poco sorprendido al ver que todo funciona con normalidad.

—Vaya, vaya, vaya —exclama Rachel.

Él sonríe. «Menudo alivio», piensa, y se tumba en la cama junto a ella.

Lo que viene acto seguido es sexo como después de sobrevivir a un accidente de avión.

Frenético, tenso, desesperado, hambriento.

Veinte minutos después, ella llega al clímax y él también.

Un oasis espectacular tras meses de sequía.

—Ha sido tan... —comenta Pete.

—Sí —asiente Rachel.

Se levanta para ir a buscar cigarrillos y whisky.

—Y también raro, ¿sabes? —añade al volver—. E incluso perverso. Quiero decir, dos hermanos, por Dios. ¿Quién hace una cosa así?

—Mantente alejada de mi padre. No creo que lo resistiera.

—Eso es una grosería.

Pete se levanta de la cama y examina la colección de vinilos de Rachel, compuesta sobre todo de Motown y jazz. Sus CD son en su mayor parte de Max Richter, Jóhann Jóhannsson y Philip Glass.

—Dios mío, Rachel, ¿nunca has oído hablar de una cosa llamada rock and roll?

Pone *Night Beat* de Sam Cooke.

Cuando vuelve a la cama, ella ve claramente las marcas de pinchazos que

tiene en los brazos.

No es una sorpresa. Ya se olía algo así. Le acaricia las marcas y luego, con suavidad, lo besa.

—Si vas a quedarte aquí, tendrás que desintoxicarte —dice.

—Ya —asiente él.

—No, Pete, hablo en serio. Te equivocaste con los cereales de Amelia. Le diste un arma a Mike Dunleavy. Tienes que dejar esa mierda.

Él percibe la fuerza de su mirada.

Se avergüenza de sí mismo.

—Lo siento. Lo siento mucho. Tienes razón. Tú te lo mereces, Kylie se lo merece. Ya no se trata sólo de mí. Lo dejaré.

—Tienes que prometérmelo, Pete.

—Lo prometo.

—La quimio no es lo mismo, pero yo tuve que pasar momentos muy duros. Estaré a tu lado para ayudarte.

—Gracias, Rachel.

—¿Qué pasó la otra noche en East Providence, en casa de Seamus Hogg? ¿Estabas colocado?

—No. Colocado no, pero...

—¿Qué?

—Estaba justo al final. No pensaba cuando le pasé el arma a Mike Dunleavy. Lo siento. Podría habernos matado.

—Pero no lo hizo.

—No.

Rachel se tumba sobre su pecho y lo mira a los ojos.

—No podría haber hecho todo esto sin ti, Pete. Lo digo en serio. —Lo besa en los labios.

—Has sido tú, encanto, la que ha salvado a tu familia —dice él—. Tú sola. Eres capaz de cualquier cosa.

—Ja. Me he sentido como una completa fracasada en estos últimos años. Trabajando de camarera y en todos esos empleos insignificantes para que Marty pudiera preparar el examen de abogacía. E incluso antes. ¿Sabes que cuando

estaba ayudando a Marty para la prueba de admisión en la facultad saqué un setenta en el test de prácticas? Él sacó un cincuenta y nueve. Yo tenía potencial, Pete. Pero lo malgasté.

—Ahora le has dado la vuelta a la tortilla, Rach. Es increíble todo lo que has hecho para recuperar a Kylie —le dice Pete.

Ella menea la cabeza. Es un milagro que Kylie esté otra vez en casa, y uno no se felicita a sí mismo por un milagro.

Rachel le pone la mano en el pecho y siente cómo le late el corazón. Tranquilo, lento, firme. Tiene tres tatuajes: una serpiente uróboros (cuya imagen es una serpiente que se devora a sí misma), el logo del Cuerpo de Marines y el número «V» romano.

—¿Qué representa el «V»?

—Cinco giras de combate.

—¿Y el uróboros?

—Es para recordarme a mí mismo que no hay nada nuevo bajo el sol. La gente ha sobrevivido a los peores horrores.

Rachel deja escapar un suspiro, lo besa de nuevo y nota que vuelve a animarse debajo de ella.

—Ojalá este momento pudiera durar siempre —dice.

—Así será —responde Pete alegremente.

«No —piensa ella—, no será así.»

Segunda parte

El monstruo en el laberinto

Una mugrienta comuna hippie en el norte de Nueva York, a finales de los ochenta. Hace una mañana gris y lluviosa de principios de otoño. La granja se compone de una serie de decrepitas construcciones rurales. Aunque la comunidad ha sido una empresa en activo desde el verano de 1974, es obvio que ninguno de los miembros reclutados desde entonces poseía demasiados conocimientos de ganadería, agricultura o mantenimiento básico.

El nombre de la comuna ha cambiado muchas veces a lo largo de la última década y media. Se ha llamado Los Niños de Asterión, Los Niños de Europa, Los Niños del Amor, etcétera, etcétera. Pero el nombre es lo de menos. Cuando lo que va a suceder esa mañana de otoño aparezca en el *New York Daily News*, el titular sensacionalista dirá sencillamente «Masacre de drogas y sexo en una secta del norte del Estado».

Pero por el momento todo está tranquilo.

Un crío de unos dos años llamado Moonbeam está fuera con su melliza, Mushroom, y con un puñado de niños más, así como con varios perros y gallinas. Juegan en un campo embarrado, detrás del granero, sin la vigilancia de ningún adulto. Parecen bastante felices, pese a estar todos mojados y sucios.

En el interior del granero, una docena aproximada de jóvenes adultos sentados en círculo se están colocando con distintas variedades de LSD. A finales de los años setenta habría habido ahí dentro treinta o cuarenta personas, pero ésa fue la época de esplendor en esos experimentos de vida alternativa y ahora ya ha quedado muy atrás. Los ochenta tienen una vibración muy distinta y la comuna se está muriendo poco a poco.

Los sucesos de hoy constituirán su truculento capítulo final.

Un coche familiar se detiene al borde del patio de la granja. De él se bajan un

hombre viejo y otro joven. Los dos se miran y luego se ponen pasamontañas. Ambos van armados con unos feos revólveres cortos del 38 que parecen de saldo.

Entran directos en el granero y empiezan a preguntar al corro de jóvenes colocados dónde está Alicia.

Nadie parece saber dónde está Alicia, o ni siquiera quién es Alicia.

—Miremos en la casa —dice el viejo.

Salen del granero, pasan junto a un tractor herrumbroso y entran en el enorme y viejo edificio de la granja.

El interior es como un laberinto o como una pista de obstáculos, con colchones, muebles, ropa, muñecos y juguetes tirados por todas partes. Los dos hombres, con los revólveres en ristre, revisan las habitaciones del primer y segundo piso.

Escrutan la escalera que sube al tercero. En el piso de arriba se oye música.

El joven reconoce el álbum: es «Sticky Fingers», de los Rolling Stones, uno de los favoritos de Alicia.

Al subir, la música sube de volumen. Entran en un espacioso dormitorio de matrimonio en el momento en que *Sister Morphine* se transforma en *Dead Flowers*.

Encuentran a Alicia, una chica de pelo rubio, desnuda en la cama con otra chica y con un pelirrojo barbudo. Es una cama grande y anticuada, con dosel. Alicia y el barbudo están colocados. La otra parece profundamente dormida.

El viejo se arrodilla junto a Alicia y le da un cachete en la mejilla para intentar que reaccione.

—¿Dónde están los niños? —le pregunta, pero ella no responde.

El joven la sacude y le pregunta varias veces lo mismo, pero Alicia sigue sin reaccionar.

Al final, se da por vencido.

El viejo coge una almohada y se la pasa.

El joven mira la almohada y niega con la cabeza.

—Es la única manera de asegurarse —le dice el viejo—. O los abogados se los entregarán otra vez a ella.

El joven reflexiona unos momentos y asiente; luego, al principio de mala gana, pero después con rabia creciente, empieza a asfixiar a Alicia con la almohada. Ella forcejea, le araña las manos y lanza patadas en todas direcciones.

El barbudo vuelve en sí y advierte lo que sucede.

—¡Eh, tío! —exclama.

El viejo le apunta y le dispara en la cabeza; lo mata en el acto.

El joven suelta la almohada y vuelve a coger su 38.

—¿Tom? —jadea Alicia.

El viejo le dispara también a ella en la cabeza.

La otra chica, pese a todo el alboroto, no se ha despertado, o tal vez finge estar dormida. El viejo le dispara igualmente.

Vuelan plumas por todas partes y las sábanas están empapadas de sangre.

Se abre la puerta del baño y aparece un tipo desnudo con un rollo de papel higiénico en la mano.

—¿Qué pasa aquí? —pregunta perplejo.

El viejo apunta con cuidado y le dispara en el pecho. Es un disparo en el corazón y es probable que lo haya matado, pero él cruza de todos modos la habitación y le pega otros dos tiros en la cabeza.

—Dios mío, qué estropicio —exclama el joven.

—Yo me ocupo de esto mientras tú buscas a los niños —señala el viejo.

Al cabo de diez minutos, el joven encuentra a Moonbeam y a Mushroom jugando detrás del granero y los lleva al coche.

Con un cuchillo de caza, el viejo le ha cortado cuatro dedos de la mano izquierda a Alicia: los cuatro dedos que han arañado al joven y que tienen su ADN en las uñas.

Encuentra un bidón de gasolina y esparce regueros de combustible por toda la granja. Limpia el bidón con un pañuelo, entra en la cocina y se sirve un vaso de agua. Después de bebérsela, limpia las huellas del vaso.

Sale por la puerta mosquitera, la sostiene abierta con un pie, enciende un librito de fósforos y lo lanza al suelo de la cocina.

Una línea de llamas rojas corre a través del linóleo.

El viejo vuelve a reunirse con Tom en el coche.

Se alejan de inmediato de la comuna: el viejo al volante y Tom detrás, con los niños.

No se tropiezan con ningún otro coche en el angosto camino, lo cual es una suerte para todos.

Tom mira por la ventanilla trasera y ve cómo las llamas envuelven la granja.

Conducen durante cuarenta minutos hasta que llegan a un pantano. El viejo para el coche, se baja y limpia los dos revólveres y el cuchillo de caza con un pañuelo.

Mete el cuchillo en la bolsa de papel que contiene los dedos de Alicia, agujerea la bolsa y la arroja junto con las armas al agua turbia del pantano.

Se hunden de inmediato.

Tres series de ondas se entrecruzan brevemente en la superficie, como en esa triple espiral que puede verse en la entrada de las tumbas del Neolítico.

Las espirales se extinguen enseguida y el agua negra vuelve a quedar inmóvil.

—Venga —dice el viejo—. Vamos.

Una ventisca. Frío. Los bultos que tiene a sus pies son pájaros que se han congelado y caído de los árboles. La nieve le arde en la cara, pero ella apenas lo nota. Está ahí y no está. Se observa a sí misma, como en una película.

Lo único que quiere es volver del buzón a casa. Pero apenas puede ver a través de las blancas capas translúcidas de Old Point Road.

No quiere equivocarse de camino y adentrarse en el pantano. Camina cautelosamente con bata y zapatillas.

¿Por qué va tan mal vestida? ¿Tan poco preparada?

El pantano la espera para llenar una ausencia. «Debes el vacío de una vida porque has recuperado a tu hija.»

En el agua, los patos dan la alarma. Hay algo acechando al borde de la ensenada.

El viento arremolina la nieve frente a ella. ¿Qué mosca le ha picado para salir a la intemperie con ese tiempo?

La blancura se oscurece y delimita la silueta de una criatura. De un hombre. La curva de la capucha de su abrigo produce la impresión de que tiene cuernos.

Quizá sí tiene cuernos. Quizá tiene el cuerpo de un hombre y la cabeza de un buey.

Se aproxima.

No, no. Es un hombre. Va con un abrigo negro largo y tiene el pelo rojizo y los ojos oscuros. Lleva una pistola. Y la pistola apunta a su pecho.

—Busco a Kylie O’Neill —dice.

—No está en casa. Se... se ha ido a Nueva York —tartamudea Rachel.

—¿Usted es Rachel O’Neill? —pregunta el hombre.

—Sí.

Él levanta la pistola...

Se despierta sobresaltada.

La cama está vacía. Pete se ha ido. Reina el silencio en la casa. Ya ha tenido ese sueño otras veces. Variaciones sobre el mismo tema. Su significado es obvio. No has de ser un genio para interpretar esa pesadilla: estás en deuda. Siempre estarás en deuda. Debes algo. Una vez que has entrado en La Cadena, formas parte de ella para siempre. Y si en alguna ocasión se te pasa por la cabeza intentar desligarte, sufrirás las consecuencias.

Es como su cáncer.

Siempre estará ahí, agazapado en segundo plano durante el resto de su vida. Durante el resto de sus vidas.

Cáncer.

Sí.

Mira la almohada y comprueba que, en efecto, hay varias docenas de pelos castaños y negros, y —ay, qué maravilla— unos cuantos grises también.

Cuando fue por fin a visitarse ese martes fatídico por la mañana, la doctora Reed ordenó que le practicaran una resonancia magnética de inmediato. Los resultados fueron lo bastante inquietantes como para que la oncóloga le recomendara una intervención de urgencia aquella misma tarde.

La misma habitación de color crema del Hospital General de Massachusetts.

El mismo amable anestesista texano.

El mismo sensato cirujano húngaro.

Incluso la misma sinfonía de Shostakóvich sonando.

—Cariño, todo va a salir de perlas. Voy a contar hasta diez —le dijo el anestesista.

«Por Dios, ¿quién dice “de perlas” hoy en día?», pensó Rachel.

—Uno, dos, tres...

La operación fue un éxito. Necesitaría «sólo un ciclo de quimioterapia coadyuvante». Cosa que era muy fácil de decir para la doctora Reed, porque ella no había tenido que recibir ningún ciclo de quimioterapia. Ella no había tenido que dejar que le metieran veneno en las venas.

Aun así, una sesión cada dos semanas durante cuatro meses es algo que

Rachel puede soportar. Nada le resulta tan terrible ahora que su pequeña ha vuelto a casa.

Sacude los pelos de la almohada y aparta de su mente ese mal sueño. Oye a Kylie arriba, en la ducha. Antes solía cantar cuando se duchaba. Ahora ya no lo hace.

Rachel abre las persianas y coge la taza de café que Pete le ha dejado junto a la cama. Parece que hace buen día. Le sorprende ver que no hay nieve. El sueño resultaba extraordinariamente real. El dormitorio mira hacia el este, hacia la ensenada. Da un sorbo al café, desliza las cristaleras y sale al patio. El aire es fresco y limpio, y las marismas están repletas de aves zancudas.

Ve al doctor Havercamp caminando por las dunas de delante de su casa. Le hace una seña con la mano; él le devuelve el saludo y luego desaparece detrás de un gran arbusto del ciruelo de playa del que procede el nombre de esa isla y también del de la Plum Island de Nueva York.¹ Ahora los ciruelos están maduros. Ella y Kylie prepararon tarros de conserva el otoño anterior; los vendieron en el mercadillo agrícola y se repartieron los beneficios. Kylie le puso de nombre a la «empresa» Vineland Jam Corporation y lo escribió en las etiquetas caseras. Le encantó jugar con la idea de que los peligrosos piratas vikingos hubieran llegado no sólo a las costas canadienses de Vineland, sino incluso hasta un lugar situado tan al sur como Plum Island. Entonces aún podían permitirse el lujo de anhelar peligros imaginarios desde una posición de seguridad.

Rachel se ciñe el cinturón de la bata y entra en la sala de estar.

—¡Cariño, ¿te preparo el desayuno?! —le grita a su hija.

—Tostadas, por favor —dice Kylie desde arriba.

Ella va a la cocina y pone un par de rebanadas en la tostadora.

—¡Feliz Acción de Gracias! —exclama alguien a su espalda.

—¡Mierda! —bufa Rachel, girando en redondo con el cuchillo del pan alzado.

Stuart levanta las manos cómicamente.

—Ay, Stuart, lo siento mucho. No sabía que estabas ahí.

—Ya puede bajar el cuchillo, señora O’Neill —responde el chico, simulando terror.

—Perdona por la palabrota.

—No importa. Me parece que he oído esa palabra una o dos veces en diversos..., eh, contextos.

—¿Quieres unas tostadas?

—No, gracias. Sólo he venido a despedirme de Kylie antes de que se vayan.

Rachel asiente y aun así prepara unas tostadas para Stuart. Ella, Kylie y Pete se van a Boston para Acción de Gracias. Como la festividad caía justo dos días después de un martes de quimio, Marty decidió dar un paso al frente e invitarlos a todos a celebrarla en su casa.

No pasa nada. Todo va bien.

Rachel deja dos tostadas más en la panera.

Pete vuelve de su recorrido jadeante pero contento. Ha salido a correr un montón durante las últimas dos semanas y está ganando fuerzas. El Departamento de Veteranos de Worcester lo inscribió en un programa de rehabilitación con metadona que le permite expulsar los opiáceos de su organismo de forma gradual. Hasta ahora ha funcionado. Y debería seguir funcionando. Para Rachel, la familia es lo primero. Y Pete lo sabe.

Al entrar, él le da un beso en los labios.

—¿Qué tal te ha ido? —pregunta Rachel.

Pete la mira. Lo nota.

—¿Una pesadilla? —susurra.

Ella asiente.

—El mismo de siempre —dice.

—Deberías hablar con alguien.

—Sabes que no puedo.

No pueden contarle a nadie que han viajado al otro lado del espejo y entrado en un mundo donde las pesadillas son reales.

Pete se sirve café él mismo y se sienta a la mesa a su lado.

Nunca preguntó formalmente si podía mudarse a la casa. Fue a Worcester, recogió las cosas que le hacían falta —que no eran muchas— y luego se ha ido quedando.

De ellos tres, Pete es quizá el que mejor lo lleva.

Si tiene pesadillas, no habla de ellas, y la metadona mantiene a raya las fases más agudas de ansiedad.

La que sin duda lo lleva peor es Kylie.

Aquella noche en casa de los Appenzeller, bajó a ver a la pequeña Amelia. La niña se había despertado y Kylie la consoló y le dijo que todo iba a salir bien. Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que bajó allí. Formó parte de la operación que mantuvo secuestrada a Amelia. Por tanto, fue a la vez víctima y agresora. Como todos. Víctimas y cómplices. En eso te convierte La Cadena. Primero te tortura y después te convierte en cómplice de la tortura de otros.

Kylie no había mojado la cama desde que tenía cuatro años. Ahora, casi cada mañana las sábanas están empapadas.

Cuando sueña, los sueños son siempre iguales: la arrojan a una mazmorra y la dejan morir allí sola.

Todo ha cambiado en su vida en Plum Island. Ya no vuelve a pie del colegio ni va sola al súper ni a ninguna parte.

Antes, rara vez cerraban con llave las puertas; ahora siempre lo hacen. Pete ha cambiado y reforzado las cerraduras. También sacó el software espía del ordenador y del teléfono de Rachel. Su amigo Stan se encargó profesionalmente de retirar todos los dispositivos de escucha de la casa y puso unos localizadores GPS del tamaño de una moneda en los zapatos de Kylie. Ahora la vigilan constantemente cuando va a cualquier parte, en especial cuando se queda con Marty en la ciudad.

Kylie sabe que no puede contarle lo sucedido a su padre. Ni a él, ni a Stuart, ni al psicólogo del colegio, ni a su abuela. A nadie. Pero Marty no es idiota y nota que pasa algo. ¿Algo relacionado con un chico, quizá? Él no piensa presionarla. Ya tiene sus propios problemas. Tammy se volvió de repente a California para cuidar a su madre, que había sufrido un accidente. Y ella no estaba interesada en una relación de costa a costa, así que mandó varios emails muy secos y adiós muy buenas, Marty.

A Pete la noticia no le sorprendió. Marty había rescatado a Tammy de la bancarrota, restaurado su crédito y resuelto sus problemas legales, y después ella le dijo: «Muchas gracias, me largo a la costa Oeste». Lo manipuló de forma

descarada, piensa Pete. Él ha conocido a otras chicas del mismo tipo. De hecho, se casó con una casi igual que Tammy. Y, desde luego, conoce a montones de Tammys de sexo masculino.

Kylie baja por fin. En lugar del pijama, lleva una camiseta y unos pantalones de chándal.

Rachel sabe lo que eso significa. Que el pijama se ha mojado y está en la cesta de la ropa sucia.

—Ah, hola, Stuart —lo saluda Kylie.

Tiene un aspecto muy abatido. Ojalá la fiesta de Acción de Gracias la distraiga un poco. Rachel la observa a hurtadillas mientras finge revisar sus libros de filosofía. Stuart habla y Kylie se limita a darle respuestas vagas y desganas.

Al final, Stuart se despide. Ya han desayunado todos y van a vestirse.

A la una de la tarde, con Pete al volante, llegan los tres a la nueva casa de Marty en Longwood, que está prácticamente a un tiro de piedra de Fenway Park. Buen vecindario. Abogados, médicos, contables. Cercas de estacas blancas, césped cuidado con esmero.

—Sea lo que sea lo que te esté pasando Marty de manutención, deberías pedirle más —dice Pete, aparcando la camioneta.

Marty ni siquiera ha hecho el intento de cocinar. Lo ha encargado todo a través de una aplicación de comida gourmet, y les parece bien. La casa apenas está amueblada y él aún no lleva de remolque a una nueva novia, lo que sorprende un poco a Rachel. Marty siempre ha sido un tipo con plan B.

Escuchan toda la historia de la partida repentina de Tammy, así como las novedades del trabajo de Marty. Él está disgustado por la forma de Tammy de cortar por email y romper toda comunicación desde California, pero tampoco es de los que se dejan desanimar por una cosa así. Habla y habla de sus clientes, cuenta una historia hilarante sobre la lectura de un testamento y luego uno de sus mejores chistes de abogados.

No pregunta cómo le va a Kylie en el colegio. Ya sabe que sus notas han bajado en picado y piensa que es mejor no sacar el tema a colación.

Kylie se muestra distante y Rachel está demasiado exhausta para decir nada,

pero Pete contribuye por una vez a la conversación. Dice que está pensando en recorrer en kayak el canal intracostero y habla de las dificultades de Cape Cod y de Chesapeake.

La madre de Rachel llama desde Florida y Marty se empeña en hablar con ella. Se produce un momento angustioso cuando él le pregunta sobre el musical *Hamilton*, pero Judith se acuerda de que debe mentir al respecto.

Luego, en privado, Judith le dice a Rachel que debería romper de una vez por todas con la espantosa familia O'Neill. Ella la escucha, asiente, le desea un feliz día de Acción de Gracias y cuelga.

—¿Qué hiciste el año pasado en Acción de Gracias, tío Pete? —pregunta Kylie.

—Estaba viajando por Singapur y no hice gran cosa. No conseguí encontrar un pavo.

—¿Cuál fue tu última fiesta de Acción de Gracias en casa? En familia, quiero decir —se interesa Rachel.

Pete piensa un momento.

—Uy, hace años. La última fiesta de Acción de Gracias que recuerdo fue en Okinawa, en Camp Butler. Nos sirvieron pavo y puré de patatas. Estuvo bastante bien.

Rachel sonrío. Le coge la mano a Kylie por debajo de la mesa mientras marea la comida en su plato, fingiendo comer. Mira a su hija, que ahora se ríe con un chiste de su padre, pero que está casi todo el rato al borde de las lágrimas. Mira a Pete, más bien callado y pensativo, aunque hace un gran esfuerzo para animar la conversación. Mira a Marty, tan guapo, efervescente y divertido. Tammy es idiota. Marty es un buen partido.

Se disculpa para ir al baño.

Atisba su reflejo en el espejo del pasillo.

Se está apagando de nuevo. Como disolviéndose lentamente. Entra en el baño y empieza a tirar de ese hilo suelto de su suéter rojo favorito.

Se sienta sobre el inodoro y se sujeta la cabeza con las manos, pensando.

Suena un pitido en su móvil. Un nuevo mensaje de la aplicación Wickr. Ella sólo recibe mensajes de una persona en esa aplicación. El número desconocido.

La Cadena.

Abre el mensaje.

Tienes muchos motivos para dar gracias este año, Rachel. Te hemos devuelto a tu hija. Te hemos dejado seguir con tu vida. Agradece nuestra compasión y recuerda que, una vez que entras en La Cadena, estás dentro para siempre. Tú no eres la primera y no serás la última. Estamos vigilando, estamos escuchando. Podemos ir a por ti en cualquier momento.

Deja caer el móvil y sofoca un grito.

Rompe en sollozos. Nunca se acabará. Nunca.

Se derrumba en el suelo y sólo al cabo de unos segundos se acuerda de respirar.

Después de un rato, se lava la cara, pulsa el botón de la cisterna e, inspirando hondo, vuelve a la mesa.

Todos la miran. Todos saben que ha estado llorando. Pero sólo dos saben el porqué.

Fruit Street, 55, Boston, Massachusetts.

Ella les dice que no la acompañen. Le gustaría, pero siempre les pide que no vayan. Pete tiene que llevarla en coche, desde luego, pero no hay motivo para que Kylie y Marty estén allí.

Aun así, ellos se empeñan, y aguardan todos en la sala. Para lo que suelen ser los exmaridos, Marty se está portando.

La sala de espera es agradable. Hay un televisor sintonizado en la CNN y un montón de ejemplares de *National Geographic* que se remontan a los sesenta. Hay una vista del puerto de Boston y se puede contemplar el barco *USS Constitution*.

Rachel se alegra de que no estén allí dentro y puedan ver cómo gime de dolor cuando la enfermera efectúa la punción para introducir el catéter, cómo se estremece, mareada y llena de náuseas, cuando el veneno empieza a fluir.

La quimioterapia es como una pequeña muerte a la que invitas a entrar para que la muerte de verdad se quede esperando fuera, en el porche.

Cuando la humillación y el sufrimiento concluyen, la llevan en silla de ruedas a la sala de recuperación. Todos le sonrían. Abrazos de Kylie y Pete. Marty habla a cien por hora.

Eso es lo que necesitas. Familia. Amigos. Apoyo.

La doctora Reed está muy satisfecha con el tratamiento. El pronóstico es bueno. Y la trayectoria apunta hacia la parte superior derecha del gráfico.

Però la secreta y terrible verdad es que Rachel no se encuentra bien.

Su cuerpo está fallando.

Está debilitándose.

Y sabe que no es el cáncer lo que la consume. No es ésa la gran «C».

No, no es el cáncer.

Es *eso*.

La Cadena.

Una familia acaba de terminar la mudanza a una casa de Bethesda, Maryland. Ha sido un largo día, pero ahora los empleados ya se han ido y todas las cajas están dentro.

La familia posa para sacarse una fotografía en la entrada de su nuevo hogar. Una familia feliz en un soleado barrio residencial. Hay que imaginarse una versión de principios de los noventa del cuadro de Robert Bechtle '61 *Pontiac*, sólo que los niños son de la misma edad. Mellizos. El marido, Tom Fitzpatrick, es un hombre bajito, flaco, de pelo moreno, con camisa blanca y una delgada corbata negra. Se parece al primer actor que interpretó a Darrin de *Embrujada*. Un tipo de aspecto bastante inocuo. Su nueva esposa, Cheryl, está embarazada. Tiene una melena rubia y lisa, con un flequillo que baila a unos centímetros de sus preciosos ojos castaños. Sin forzar la analogía, podría decirse que guarda cierto parecido con Samantha Stephens, la protagonista de *Embrujada*.

El crío, Moonbeam, ahora se llama Oliver. Es un niño rollizo de aire inofensivo, tal vez con una intensidad inquietante en su mirada impasible. La niña, Mushroom, ahora se llama Margaret. También ella posee esa mirada fija e inquietante, aunque no se aprecia tanto a causa de su pelo rojizo y sus constantes gracietas. Si Tom fuera de esos padres que llevan a sus hijos al psiquiatra, Margaret probablemente estaría medicada por su hiperactividad; pero Tom no es muy partidario de médicos. Tiene una mentalidad anticuada. «Uno no toma una pastilla para cada cosa», como dice su padre.

Dos días después de la mudanza, ofrecen una fiesta de inauguración a los vecinos. En esa calle hay ayudantes de congresista, funcionarios del Departamento de Estado y del Departamento del Tesoro.

—Bueno, yo estoy empezando aquí. Soy bastante nuevo en el FBI. Estoy en

la División de Derechos Civiles —explica Tom en la fiesta. Es lo que le han ordenado que debe decir a la gente. Es bastante nuevo en la Agencia, pero no está en la División de Derechos Civiles, sino en la de Crimen Organizado. Un trabajo peligroso.

Hay tres fiestas distintas esa noche en la casa. En primer lugar, la fiesta en la que los hombres se conocen entre sí. Tom sale airoso de la prueba. Con su pelo cortado al cepillo, su protector de bolsillo y su nevera llena de cerveza *light*, parece el clásico tipo recto y aburrido.

Luego está la fiesta de las mujeres. Cheryl es sosa, guapa y un poquito simple. Es una mamá típica de barrio residencial que tenía sus propios sueños, pero los ha abandonado para convertirse en una fiel esposa. Cheryl quería ser pastelera como su abuelo. Sus recuerdos más felices son los veranos que pasó en Jackson Avenue, cuando se levantaba más temprano que nadie e iba en bicicleta a la pastelería para ayudar a su abuelo a preparar la primera hornada del día. Cheryl cuenta que se han mudado desde Nueva York, pero la ropa que lleva no es de la Quinta Avenida. Cheryl nunca ha fumado un porro. No es ingeniosa. No constituye una amenaza.

Y, finalmente, está la fiesta de los niños, que tiene lugar en la sala de la televisión. Esa fiesta es la más interesante. Los chicos están diseccionando la colección de discos y la consideran patética: John Denver, Linda Ronstadt, Juice Newton, los Carpenters. Las chicas están contando todos los secretos familiares. El padre de Ted es un borracho y tiene una aventura con su secretaria. La madre de Mary tuvo un accidente de tráfico hace dos años y mató a una mujer que iba en bicicleta. La madre de Janine cree que el barrio se ha ido al garete desde que se ha mudado allí una familia india.

Mientras avanza la fiesta mucho más allá de la hora de acostarse de los niños, Oliver oye decir a otro chico que tanto los Jets como los Giants son malísimos, pero que los Giants aún lo son más porque están en la misma división que los Redskins.

Oliver dice que a él no le gusta el fútbol, en realidad. Un chico de diez años llamado Zachary le dice que es un mariquita y que apesta. Zachary le informa también de que su madre parece una puta.

Oliver le responde con calma que su madre está muerta. Que fue asesinada y que su cuerpo mutilado ardió en un incendio.

Zach se queda lívido. Y aún palidece más un minuto después, cuando Margaret lo desafía a beberse una lata de cerveza ya abierta que ha encontrado. Zachary se la bebe resoplando y dice que ya ha tomado cerveza otras veces.

Zach empieza a vomitar a chorro, cosa que pone punto final a la fiesta.

Tiene la mirada fija en la pantalla del ordenador. Una página en blanco, un cursor parpadeante.

Es una mañana congelada de diciembre; falta una hora para la marea alta. La ensenada está repleta de gansos y patos invernando.

Inspira hondo y escribe: «Lección 2: Introducción al existencialismo. Los existencialistas creían que nuestras vidas son un intento de conferir sentido a una existencia carente de él. Para ellos, el mundo es como un uróboros. Hay ciclos repetidos. No hay progreso. La civilización no es más que un puente de soga suspendido sobre un abismo».

Menea la cabeza. El tono equivocado. Pulsa la tecla de borrar y observa cómo se desvanece en un instante el resultado de sus esfuerzos.

Kylie baja con su nuevo abrigo rojo. Hoy parece contenta. Como su madre, está aprendiendo a fingir alegría. Una sonrisita en la comisura de los labios y un falso tonillo en la voz. Pero sus ojos dicen otra cosa.

Últimamente ha sufrido retortijones de estómago. Los médicos no han encontrado nada. Dicen que es probable que sea estrés. Un estrés que la dobla de dolor y le provoca pesadillas y hace que moje la cama.

Ella se lo toma con buen humor, pero Rachel sabe que la procesión va por dentro.

—¿Ya podemos irnos? —pregunta Kylie.

—Claro. Esto no me sale de todos modos —contesta Rachel, y cierra el portátil.

—Dadme cinco minutos para ducharme y salimos —pide Pete.

—No deberíamos llegar tarde —responde Kylie.

—Si él dice «cinco minutos», son cinco minutos —dice Rachel.

En un planeta rebotante de hombres poco fiables —de padres que abandonan a su familia, de maridos que se fugan con mujeres más jóvenes—, Pete es el tipo de persona que no te decepcionará. Aun así, no piensa permitir que un adicto viva allí junto a su hija, y se encarga de comprobar que Pete está siguiendo religiosamente el programa de metadona. Así es. Y además, aprovechando su reputación de persona responsable, ha cogido un empleo de guardia de seguridad para pagar la abultada deuda de su tarjeta de crédito.

Justo cinco minutos después, están en el Volvo en dirección a la ciudad. Aparcan frente al Starbucks y Rachel se toma un té bien caliente en un asiento junto a la ventana mientras Kylie y Pete van a hacer unas compras.

Es una mañana de sábado con mucho ajeteo y Newburyport está lleno de gente. Marty pasará dentro de una hora con su nueva novia. Por supuesto que tiene una nueva novia. El plan B al fin. Aunque, en vez de quedar en Plum Island, van a encontrarse en el Starbucks de la ciudad, que resulta un lugar más neutro.

En cuanto deja de ver a Kyle, Rachel saca su móvil y abre la aplicación del localizador GPS de los zapatos de su hija. Sí, ahí está, caminando por High Street y doblando a la izquierda para entrar en el centro comercial Tannery. Cada niño está en manos del destino, desde luego, pero no todos los padres han tenido que tomar conciencia de ello de forma tan vívida.

Ve a Pete en la acera de enfrente, cargado con un montón de bolsas, y empieza a hacerle señas. Él entra en el Starbucks y le da un beso en la mejilla.

—¿Qué has comprado? —pregunta.

—Unas cuantas cosas para Kyle.

—Espero que no hayas gastado mucho dinero. Bastante has...

—Chist —dice él—. Una de mis grandes alegrías en esta vida es hacerle regalos a mi sobrina.

Permanecen allí charlando y esperando a Marty. Llega tarde, como de costumbre.

—Ahí está el gran hombre en persona —murmura Pete, dando unos golpecitos a su reloj y poniéndose de pie—. Y, por supuesto, su nueva chica es

toda una belleza... Oh, Dios mío, incluso más joven que la anterior, por lo que parece.

Marty entra con una gran sonrisa. Va con unos vaqueros desteñidos, una camiseta gris con cuello de pico y una chaqueta de Armani de piel. Lleva el pelo más corto y ha conseguido un buen bronceado en alguna parte.

La chica es una muñequita con el pelo rubio de punta. Es más baja que Marty, a diferencia de Tammy, pero aun así es guapísima. Una adorable nariz respingona, ojos azul oscuro, hoyuelos. Parece recién salida de la universidad.

Hacen las presentaciones. Se estrechan las manos. Rachel no se molesta en retener el nombre porque sabe que esa chica probablemente será reemplazada por otra igual dentro de pocas semanas.

Kylie entra en el local, abraza a su padre y saluda a la nueva novia.

Ésta le dice que tiene un aspecto muy moderno con su abrigo rojo de lana, cosa que a Kylie le encanta.

Hablan brevemente y luego Rachel sonríe y se esfuma poco a poco, permaneciendo en un segundo plano. Qué fácil es esfumarse cuando eres tan liviana. Cuando lo único que te da verdadera sustancia es el veneno que tienes en las venas.

—Ya es hora de irse —anuncia Marty.

De nuevo se suceden los besos y los abrazos, y luego se van los tres en el Mercedes blanco de Marty.

—Me ha gustado esa chica —comenta Pete por la noche, durante la cena—. Le vendrá bien a Marty.

—Yo no me acostumbraría mucho a ella. Es muy posible que haya otra incluso más joven la semana que viene —responde Rachel con un deje amargo que la sorprende a ella misma.

Después de cenar, comprueban el paradero de Kylie con el GPS (está en casa de Marty) y la llaman a través de FaceTime.

Más tarde, Pete va al baño para tomarse la metadona. Últimamente ha empezado a añadir un poquito de heroína mexicana marrón: lo justo para pasar mejor la noche.

Rachel no lo sabe, pero ella por su parte ahora tiene que tomarse dos

comprimidos de zolpidem y un par de dedos de whisky para poder dormir un poco. Se sienta frente al ordenador y trata de concentrarse otra vez en la lección que está escribiendo, pero no hay manera de avanzar. Se distrae con YouTube, pero ni siquiera Ella Fitzgerald interpretando temas de Cole Porter consigue levantarle el ánimo.

La página en blanco. El cursor parpadeante.

Le echa de comer al gato y decide ponerse a limpiar. ¿Quién puede trabajar en una casa sucia?

Sube a la habitación de Kylie y aparta la colcha de la cama. Debería haber cambiado las sábanas esa mañana. Ahora eso sucede cada noche. Nadie duerme bien. Todos sufren pesadillas. Kylie, cuando va a casa de su padre, se acuesta sobre dos toallas de playa para que él no lo descubra.

Rachel se sienta en el borde del colchón y se sujeta la cabeza entre las manos. Justo a sus pies ve la agenda Moleskine de Kylie. La recoge y contiene el impulso de abrirla. Ése es el espacio más íntimo y sagrado de Kylie.

«No la abras, no la abras, no...»

La abre y empieza a pasar las páginas. Hay una serie de dibujos, anotaciones de diario, listas de canciones y películas favoritas, nombres posibles para perro, etcétera, que arranca a principios de año. Todo eso quedó interrumpido el día de su secuestro. A partir de ahí, la agenda contiene garabatos cada vez más embarullados y violentos, páginas pintadas de negro, un dibujo del sótano donde estuvo encerrada. E información sobre sus captores: «El hombre seguramente era profesor. La mujer se llamaba Heather. El hijo, Jared». Una referencia al Gran Kit de Magia Houdini que recibió como regalo anticipado de Navidades y a las indicaciones necesarias para librarse de unas esposas. Más páginas pintadas de negro, o con espirales trazadas con tal fuerza que el papel está desgarrado. Una de las últimas entradas de diario, de hace sólo dos días, es la dirección de una web en la que se analizan formas indoloras de suicidarse. «¿Pastillas? ¿Asfixia?», ha anotado Kylie al margen.

Rachel sofoca un grito.

—Esto no va a acabar nunca —murmura.

Baja otra vez, se sienta ante el portátil y le envía un mensaje a Kylie

preguntándole cómo está. Al cabo de media hora, ella le contesta que todo bien. Que los tres están viendo *El corredor del laberinto*.

Rachel contempla la oscuridad a través de la ventana.

—Sí —susurra—. Voy a hacerlo.

Aunque han limpiado a fondo su portátil de troyanos y software espía, decide usar el ordenador de Pete. Comprueba que el antivirus y el *antimalware* están funcionando. Así es. Pone en marcha un programa que oculta su dirección IP. Abre el motor de búsqueda Tor. Desde allí, entra en Google y crea una identidad falsa: LaChica LlamadaAriadna@gmail.com, porque las demás versiones del nombre Ariadna están ocupadas.

Encuentra la plataforma Blogger de Google y accede con su nuevo email falso. Crea un blog con una plantilla minimalista. Lo titula «Información sobre La Cadena».

La dirección de la web es simple: LaCadenaInformación.blogspot.com.

En la dirección del blog escribe: «Éste es un blog para que cualquiera pueda dejar anónimamente pistas y datos sobre la entidad conocida como “La Cadena”. La sección de comentarios está abierta bajo estas líneas. Por favor, mucha precaución. Sólo comentarios anónimos».

¿Es posible que La Cadena pueda rastrearla? No lo cree. Sólo encontrarán la identidad falsa que acaba de crear. Ni siquiera Google sabe quién es. «¿Crear blog ahora?», le pregunta Google.

Ella marca la casilla «Sí».

Otra vez día de mudanza. Corre el año 1997. Los mellizos tienen ahora un hermanito, Anthony. Esta vez van a mudarse a un sitio llamado Anaheim. Tom ha sido ascendido. Es jefe de algo. Algo relacionado con drogas. Va a ser un trabajo muy estresante, dice, aunque no parece preocupado.

Oliver y Margaret han crecido y se han convertido en niños de aspecto normal. Margaret tiene pecas y un llamativo pelo de color anaranjado. Igual que su abuelo, pero también igual que el hombre con el que se acostaba su madre en la comuna. Oliver es rechoncho, con la piel muy blanca y el pelo rojizo más oscuro. Todavía tiene la intensa mirada impasible que ha puesto nerviosa a la gente desde que era un bebé.

Su nueva calle es casi una copia de donde vivían antes.

El pequeño Anthony juega en la acera con toda una pandilla de nuevos amigos. Alguien ha sacado un radiocasete y está sonando *Man in the Mirror* de Michael Jackson.

Oliver y Margaret observan desde la ventana de arriba. Ellos no pasan demasiado tiempo con los niños de su edad. Margaret es la más sociable de los dos, pero no quiere dejar solo a su mellizo.

Cheryl los encuentra en su habitación.

—Venga, salid afuera como vuestro hermano —les dice.

Los mellizos no se mueven.

Cheryl quiere quedarse sola en casa para poder tomarse un par de diazepam y un vodka con tónica.

—No quiero salir —replica Oliver.

—¿Quieres ir a Disneylandia, sí o no? —pregunta ella.

—Sí —dice Oliver.

—¡Entonces salid a jugar ahora mismo como los niños normales! —grita Cheryl.

El primer día jugando en la calle nueva no resulta muy bien.

Una niña de la acera de enfrente, una chica llamada Jennifer Grant, acosa a Margaret y la hace llorar. Dice que es fea, y se mofa de ella porque no se sabe ninguna de las rimas para saltar a la comba.

Oliver sabe de sobra que no puede pegar a una niña, pero lo hace igualmente. Jennifer corre a su casa y enseguida sale su hermano mayor, que agarra a Oliver por el cuello y lo levanta del suelo, sacudiéndolo y asfixiándolo al mismo tiempo. Oliver no puede respirar ni gritar. El chico lo arroja por fin al asfalto y entonces Jennifer vuelve a salir de la casa y, cruzándose de brazos, se ríe a carcajadas. Lo mismo hacen algunos de los demás niños, incluido el pequeño Anthony, aunque no se le puede culpar por ponerse del lado de la mayoría.

Es la típica escena que uno podría ver en una serie sobre adolescentes. No parece real. Pero lo es. Sólo dura un momento. Luego, aburridos, los niños pasan a otras diversiones.

Los mellizos vuelven a casa, se esconden en el garaje y esperan a que regrese su padre.

Él llega tarde. Trabaja en la oficina local del FBI de Los Ángeles, lo que supone un trayecto larguísimo.

Durante la cena, los mellizos no mencionan el incidente, y Anthony ya lo ha olvidado por completo. Tom está muy locuaz. Habla de su nuevo trabajo y de las oportunidades que se le abren. Cheryl le recuerda que quería decirles algo a los niños. Él sonríe y les pregunta si desean ir a Disneylandia ese mismo sábado. Todos asienten entusiasmados.

Cuando llega el sábado, sin embargo, Tom tiene trabajo, aunque les asegura que irán la semana próxima.

—Apuesto a que al final no iremos nunca —le dice Margaret a Oliver por la noche en su habitación.

—Seguro que no —asiente él.

—¿Todavía te duele el cuello? —pregunta Margaret.

—No —dice Oliver, pero ella nota que está mintiendo.

Margaret está sentada en la cama leyendo uno de sus libros de *El Club de las Canguro*. En esa historia, Mary Anne recibe una de esas cartas en cadena y se siente muy angustiada. Sus amigas le dicen que la rompa, que no pasará nada malo.

Mary Anne rompe la carta y, en efecto, no pasa nada malo. Ése es el problema de las cartas en cadena.

A Margaret se le ocurre una idea.

La cosa mala tiene que suceder primero.

El martes siguiente, el conejo de Jennifer Grant consigue escabullirse de su jaula.

Al día siguiente, en el colegio, Jennifer encuentra una nota en su fiambarrera: «Derrámate encima zumo de uva a la hora del almuerzo o tu conejo morirá».

En la cafetería, delante de todo el mundo, Jennifer se derrama zumo de uva encima.

Las notas continúan.

Las exigencias son cada vez mayores.

Jennifer se levanta en mitad de la clase y dice «Mierda». Pide permiso para ir al baño cinco veces durante una lección.

La nota más inquietante le ordena que salga desnuda a las seis de la mañana y se quede plantada frente a su casa durante diez segundos. Si lo hace, le devolverán su conejo.

Jennifer aparece desnuda frente a su casa durante diez segundos, y una nota en su casillero le dice dónde encontrar a su conejo. A su conejo muerto.

Margaret y Oliver esconden la polaroid que han sacado de Jennifer desnuda bajo la cómoda de su habitación. Sin duda resultará útil más adelante.

La vida sigue con aparente normalidad. El pequeño Anthony se está integrando en el nuevo colegio y hace nuevos amigos. Los mellizos parecen empezar a adaptarse por fin.

Cheryl está sola y aburrida. Llama a su madre y ésta le dice que se aguante. Mucha gente lo pasa peor. Cheryl continúa automedicándose con diazepam, y alcohol.

Cuando lleva dos meses en su nuevo trabajo, Tom llega una noche borracho.

Ha abollado el coche, lo cual lo pone furioso. Cheryl y él se enzarzan en una tremenda discusión. Tom le da una bofetada y ella se derrumba aparatosamente.

El pequeño Anthony rompe a llorar, pero Oliver y Margaret observan la escena con fría indiferencia.

La terapeuta está en Brookline, en un edificio nuevo de oficinas en cuya planta baja hay una tienda de paraguas a medida. Muy moderno.

Rachel espera en una lujosa área de recepción y ojea nerviosa los ejemplares de la edición británica de *Vogue*.

La lluvia azota las ventanas y el minuterero del reloj antiguo restaurado avanza lentamente. Contempla una reproducción de *Mujer ante el espejo* de Manet. La mujer se mira en un espejo, pero no se le ve la cara, cosa que Rachel encuentra apropiada en cierto modo, dada su fobia a los espejos. La música ambiental es de uno de los últimos álbumes de Miles Davis. Del álbum «You're under Arrest», piensa, lo cual no deja de constituir un comentario irónico sobre su situación.

Se pregunta de qué estará hablando Kylie. Le ha dicho que no puede contar nada de La Cadena ni de lo que le ha ocurrido, pero espera que la terapeuta le indique algunas estrategias para afrontar sus ideas suicidas, la ansiedad y la costumbre de mojar la cama.

Tanto ella como Kylie saben que no va a funcionar, pero aun así tienen que intentarlo. ¿Qué otra cosa pueden hacer?

Al cabo de cincuenta minutos, la terapeuta sale y le dirige a Rachel un leve gesto alentador con la cabeza. Es una mujer muy joven, de veintitantos años. «¿Qué puede saber una persona de veintitantos años del corazón humano o, ya puestos, de cualquier otra cosa?», piensa Rachel mientras le sonrío.

Durante el trayecto de vuelta, Kylie no abre la boca.

Atraviesan el puente de Plum Island y el peaje y suben por la calle hasta la casa. Rachel no quiere presionar a su hija, pero Kylie no le ha contado nada.

—¿Y bien? —pregunta al fin.

—Me ha preguntado si estaba sufriendo abusos sexuales y he dicho que no.

Me ha preguntado si me acosaban en el colegio y he dicho que no. Me ha preguntado si tenía problemas con un novio y he dicho que no. Según ella, presento todos los signos de una persona que ha experimentado un trauma físico.

—Bueno, es verdad. De hecho, ellos te pegaron.

—Sí. Pero eso no puedo contárselo... No se lo puedo contar a nadie. Así que he tenido que pasar el rato soltando mentiras sobre problemas de adolescentes e inquietudes por el comienzo de la secundaria. No puedo contarle que asesinaron a un policía delante de mí o que esa gente me puso una pistola en la cara y amenazó con matarnos a las dos, mamá. No puedo contarle que tuve que acostarme en un sótano con una niña pequeña que tú te viste forzada a secuestrar. Y no puedo contarle que ellos aún podrían venir a buscarnos si nosotros decimos una sola palabra —dice Kylie, rompiendo a llorar.

Rachel la abraza mientras la lluvia repiquetea en el techo del Volvo y chorrea por el parabrisas.

—Estamos atrapadas, ¿verdad, mamá? Si vamos a la policía, tú y Pete iréis a la cárcel por secuestro. Y ellos todavía intentarían matarnos, ¿no?

Rachel no sabe qué responder.

La casa está helada cuando entran. Pete está tratando de arreglar la estufa de leña.

—¿Cómo ha ido? —pregunta.

Rachel menea la cabeza. «No preguntes», le dice sólo con los labios.

Una cena silenciosa. Kylie marea la comida por el plato. Rachel no tiene ánimos para comer. Pete está muy preocupado por las dos.

Cuando los demás se acuestan, Rachel accede a su blog. Hay una entrada en la sección de comentarios. De «Anónimo». Baja por la página y lee el comentario.

Dice: «Borra el blog de inmediato antes de que ellos lo vean. Presta atención a los mensajes personales de *The Boston Globe*».

No necesita que se lo repitan. Entra en Blogger y pulsa «Borrar blog».

«¿Está seguro de que quiere borrar este blog y todo su contenido?», pregunta Blogger.

Rachel marca «Sí» y sale del programa.

Miércoles, 5.00

Rachel no puede dormir.

Se levanta de la cama, se pone su cómodo suéter rojo y su bata y prepara café. Permanece sentada un rato en la sala de estar a oscuras, mirando las luces de las casas del otro lado de la bahía.

Luego sale fuera y aguarda. Tira de ese hilo suelto del suéter. *Eli*, el gato, va a investigar y, tras aceptar unas caricias, se adentra por la arena entre los juncos para combatir con las comadrejas.

Una sensación de alerta activa las terminaciones nerviosas de su nuca. Es una reacción extraordinariamente primitiva. Los humanos son presas y depredadores a la vez.

El martilleo insistente de su corazón. El temblor premonitorio de sus labios.

Hoy va a ser un día importante.

Se levanta el telón del tercer acto.

El sol está muy bajo y emite un brillo débil; el aire es frío, aunque no gélido.

El olor del pantano.

El canto de los pájaros.

El amarillo del faro de una bici en Old Point Road.

El pequeño Paul Weston avanza casi directo hacia su casa. Cada vez hay menos gente que recurre al servicio de entrega a domicilio del *Globe*. Paul baja por la calle con su bicicleta. Rachel agita la mano desde la entrada para no asustarlo, pero él se sobresalta de todos modos.

—¡Ostras, señora O’Neill! ¡Me ha dado un susto de muerte! —exclama.

—Perdona, Paul. No podía dormir y se me ha ocurrido esperar la llegada del periódico.

En vez de arrojar el *Globe* más o menos en dirección a la entrada, el chico se acerca con la bici y se lo entrega en mano.

—Que pase un buen día —dice alejándose.

Ella entra, despliega el periódico en la mesa de la sala de estar y enciende la lámpara principal.

Sin prestar atención a los titulares, va directa a la sección de pequeños anuncios y mensajes personales. A pesar de eBay y Craigslist, *The Boston Globe* tiene aún docenas de pequeños anuncios cada día.

Mira por encima las necrológicas, los mensajes amorosos y los anuncios de coches y, por último, encuentra lo que está buscando en la sección de «Varios»:

Se compran y se venden cadenas: 1-202-965-9970.

Despierta a Pete y le enseña el anuncio.

Él menea la cabeza.

—No sé, Rachel.

—Vamos a hacerlo —insiste ella.

—¿Por qué?

—Porque nunca se acabará si no hacemos algo. Esto está matando a Kylie y sigue ahí, acechándonos, recordándonos, reclutando a otras familias, a otras madres, a otros niños.

—Hablas como si La Cadena tuviera vida propia.

—Es así exactamente. Es un monstruo que exige un sacrificio humano cada pocos días.

—No sé, Rachel. Mejor no despertarlo.

—Es que no está durmiendo. Ahí está el problema. Voy a llamar a ese número con un móvil desechable.

—Quizá debería llamar yo. No creo que nadie de La Cadena conozca mi voz. Por si es una trampa, digo.

—Disimularé la voz. Adoptaré el acento de mi abuela.

Pete saca del armario la bolsa de los móviles desechables, cogen uno y salen al patio para no despertar a Kylie. Él mira el reloj. Sólo son las seis y media de la mañana.

—¿No es demasiado temprano para llamar a nadie?

—Quiero llamar antes de que se levante Kylie.

Pete asiente. No le gusta nada todo eso, pero Rachel ya ha tomado la decisión y él no tiene más remedio que apoyarla. Ella marca el número. Responde una voz masculina de inmediato.

—¿Sí?

—Llamo por *anunsio* de periódico —dice Rachel intentando reproducir el acento polaco de su abuela.

—¿Y qué quiere? —pregunta el hombre.

—He tenido problema con una cadena y me preguntaba si usted tenía mismo problema y si podríamos ayudarnos uno a otro —explica Rachel.

Se produce una pausa significativa.

—¿Eres tú la que escribió el blog? —pregunta él con una voz grave de barítono que también tiene un deje extranjero.

—Sí.

Otra larga pausa.

—No sé si puedo confiar en ti. Y tú deberías desconfiar de mí. No des ninguna información personal: ninguna en absoluto, ¿de acuerdo? —dice el hombre.

—De acuerdo.

—Ellos podrían estar escuchando. De hecho, muy bien podrías ser tú. O yo. ¿Entiendes?

—Sí.

—¿Lo entiendes de verdad? El riesgo es real.

—Lo sé. Lo he visto de cerca —asiente Rachel, abandonando su falso acento.

Pasan unos segundos. Luego él continúa:

—Ya que tú te haces llamar Ariadna, puedes llamarme a mí Teseo. A lo mejor entraremos juntos en el laberinto.

—Sí.

—Espero que no seas estúpida, Ariadna. Fue una estupidez abrir ese blog. Ese llamamiento era un disparate.

—No creo que sea estúpida. Soy alguien que quiere poner fin a todo esto.

—Es un plan ambicioso. ¿Qué te hace pensar que puedes parar a esa entidad? Ella mira a Pete.

—He deducido algunas cosas.

—¿De veras? Muy bien, Ariadna. Quiero que hagas lo siguiente. Ve al aeropuerto Logan hoy a mediodía. Saca un billete con cualquier destino que salga de la terminal A. Pasa el control de seguridad y espera en la zona de embarque. Yo tengo tu número de teléfono. Llévalo encima. Tal vez te llame; tal vez, no. No confíes en nadie, y menos en mí. Recuerda que uno construye un laberinto no para esconderse, sino para estar al acecho.

La línea enmudece.

—¿Y bien? —pregunta Pete.

—Voy a ir.

—No confíes en nadie. Ni siquiera en él.

—Esto tiene que terminar. Voy a ir —insiste Rachel.

—No. No vas a ir. Es una locura.

Pete está muy preocupado, pero sus recelos se deben también en parte a sus propias dificultades. Rachel no sabe que la metadona no está curándolo como debería. Cuando sales de una adicción a la heroína marrón-dorada pura de México, la metadona Bayer no es una solución tan eficaz como quieren creer los asesores de rehabilitación del Departamento de Veteranos.

Está nervioso, agitado, y no piensa con claridad. ¿Asumir ese proyecto en su estado? ¿Mientras Rachel está en plena quimioterapia?

Es una auténtica locura. Ni hablar. Mejor dejarlo correr.

—Tú no puedes decirme lo que debo hacer, Pete. ¡Ya estoy harta de que la gente me diga lo que debo hacer! —replica ella.

—Tu vida está en peligro. Y la de Kylie.

—¡Lo sé! ¿Crees que no lo sé? ¡Estoy intentando salvar nuestras vidas! —Rachel le coge las manos—. Hemos de hacerlo, Pete —susurra.

Él la mira.

Rachel está siendo literalmente envenenada cada dos semanas en el 55 de Fruit Street.

Está sobreviviendo. Está resistiendo. Aún sigue viva.

—De acuerdo —asiente Pete—. Pero yo también voy.

A Rachel nunca le ha gustado el aeropuerto Logan. La gente está siempre de los nervios. El 11-S empezó allí. Largas colas. Malas vibraciones. El *merchandising* de los Red Sox.

Pete y ella se acercan al mostrador de Delta y compran billetes para Cleveland.

Pasan el control de seguridad y esperan. Rachel lleva gafas de sol y la gorra de los Yankees bien calada, como si eso pudiera servir de algo.

El mediodía llega y pasa de largo.

—¿Y ahora qué? —pregunta él.

—No lo sé —responde ella.

—¿Por qué no llamas al número del periódico?

Rachel espera unos minutos y llama.

«Lo sentimos, pero este número ha sido desconectado», la informa una voz automatizada.

Dan las doce y media y por fin suena el móvil desechable.

—Ve al Legal's Test Kitchen, cerca de las puertas de la lanzadera Delta, y pide una cerveza negra Cthulhu y una sopa de pescado. Ve sola —ordena la voz.

—He venido con alguien que me ha ayudado. Estamos juntos en esto —repite Rachel.

—Mmm. De acuerdo. Pedid dos cervezas negras Cthulhu y dos sopas de pescado. La mesa setenta y tres parece disponible. Es un reservado en la parte de la izquierda.

—¿Y luego qué?

—Luego veremos, ¿no?

Entran en el Legal's, ocupan la mesa setenta y tres y piden las cervezas y la

sopa de pescado. Tienen la sensación de estar siendo observados. Como así es, en efecto.

—¿Quién crees que es? —pregunta Rachel, observando a clientes y empleados. El local está abarrotado. Hay mucha gente mirando en su dirección. Es imposible deducir quién es el hombre.

Se baja aún más la gorra.

—Esto ha sido una mala idea. Ahora ellos saben quiénes somos, pero nosotros no sabemos quiénes son ellos —masculla Pete.

Rachel asiente. Su instinto la ha impulsado a confiar en esa persona, pero ¿por qué debería confiar? La paranoia de Pete habría constituido una posición más segura.

Sin embargo, está muy preocupada por Kylie. Todas las alternativas que tiene son malas. La acción es mala. La inacción también. No hay salida. Te has lanzado en paracaídas a un campo minado y no hay ninguna salida segura. Quizá La Cadena pone a prueba así a la gente, enviando a alguien como cebo para detectar a posibles desertores. Cualquiera de las personas que hay allí podría ser un agente de La Cadena. Y ahora ella y Pete van a tener que...

Un hombre corpulento con gafas se acerca arrastrando los pies y se sienta frente a ellos en el reservado.

—Has asumido un tremendo riesgo al decidir venir aquí —dice con un ligero acento de Europa del Este. Le tiende una mano enorme y peluda—. Se supone que yo soy el osado Teseo. Tú debes de ser la brillante Ariadna.

—Sí —le confirma Rachel, estrechándole la mano.

Es muy alto y corpulento. Debe de tener unos cincuenta y pocos años. Aún conserva la mayor parte del pelo, que lleva largo y desgreñado. Su barba desaliñada se está volviendo gris. Va con vaqueros marrones descoloridos, zapatillas Converse, una gabardina sobre una chaqueta de pana y una camiseta con la cubierta del libro *Zen y el arte del mantenimiento de la motocicleta*. No parece el diabólico cerebro de La Cadena. Pero nunca se sabe, ¿no? Sujeta un vaso de algo parecido a un whisky o un bourbon doble.

Pete le tiende la mano.

—¿Vienes con ella? —pregunta el tipo, estrechándosela.

Pete asiente.

El hombre les dirige una sonrisa vulnerable, frágil, tristonada y asustada, y apura de un trago el resto de su bebida.

—Bueno, vosotros no habéis podido pasar el control de seguridad con pistolas, cuchillos o gas nervioso, pero eso sólo servirá para aplazar lo inevitable, ¿no? Si sois de La Cadena, ya sabéis quién soy, y estoy muerto —dice—. En cambio, si yo soy de La Cadena, ahora sé quiénes sois, y vosotros estáis muertos.

—¿De veras nos reconocerías? ¿Cuánta gente crees que habrá pasado por La Cadena? Deben de ser cientos —repite Pete.

—Tienes razón. Cientos, quizá miles de personas. Quién sabe. Lo que quiero decir es que vosotros ahora tendréis una foto mía y la podréis cotejar con la base de datos y hacer que me maten en cuanto salga del aeropuerto. Os bastará con añadirme a la lista de tareas de los que estén ahora mismo en La Cadena y ellos se encargarán de matarnos a mí y a mi hija. Es posible atrapar a cualquiera. Es posible matar a presidentes, a reyes y a grandes herederos, si uno está lo bastante motivado.

El hombre se quita las gafas y las deja sobre la mesa. Sus ojos castaños son penetrantes, inteligentes, tristes, piensa Rachel. Y tienen un cierto aire profesoral o clerical. Quizá sean un par de ojos castaños en los que creer.

—Tendremos que confiar el uno en el otro —dice ella.

—¿Por qué? —pregunta el hombre.

—Porque tienes el aspecto de alguien que ha pasado por lo mismo que yo.

El hombre la examina con atención y asiente.

—¿Y tú? —le pregunta a Pete.

—Yo eché una mano. Al final. Soy su excuñado.

—Un militar, por lo que parece. Me sorprende que ellos permitan..., ¿o conseguiste ocultarles esos antecedentes?

—Está retirado. Ellos le dieron el visto bueno. Yo realmente no tenía a nadie más —explica Rachel.

—La Cadena es una jaula que busca siempre a los pájaros más vulnerables —masculla el hombre. Luego para a un camarero que pasa por allí y le pide otro

bourbon doble.

»¿Alguno de vosotros ha realizado una programación de matrices o de krigeaje, o un análisis de regresión? —pregunta.

—¿Krigeaje? —repite Rachel, preguntándose de qué demonios habla el hombre.

—Es un proceso de regresión gaussiano. Una herramienta para el análisis estadístico. ¿No?

Pete y Rachel niegan con la cabeza.

El hombre da unos golpecitos en el número de la mesa.

—¿Significa algo para vosotros el número setenta y tres?

—John Hannah, de los Pats —se apresura a decir Pete.

—Gary Sánchez también llevó el setenta y tres brevemente, cuando empezó con los Yankees —contesta Rachel.

El hombre niega con la cabeza.

—¿Qué significa para ti? —pregunta ella.

—Es el vigésimo primer número primo. El número veintiuno tiene como factores primos el siete y el tres: una agradable coincidencia. La mesa setenta y siete también está libre ahí. No es un número primo, claro, pero es la suma de los ocho primeros números primos, y también el número atómico del iridio. El iridio fue clave para demostrar al final qué era lo que había matado a los dinosaurios, lo cual constituía un gran misterio cuando yo era niño. La capa del marcador de iridio en el límite Cretácico-Terciario. El número atómico setenta y siete presagiaba en sí mismo la muerte de los dinosaurios. Es un número de terminación. Todos los libros deberían concluir en el capítulo setenta y siete. Aunque nunca es así. Pero nosotros ahora estamos empezando algo, ¿no? De ahí la mesa setenta y tres. Resulta un poco más apropiada que la setenta y siete, ¿verdad?

Rachel y Pete lo miran alucinados.

El hombre suspira.

—De acuerdo. Las matemáticas no son vuestro fuerte, ya lo veo. Bueno, tampoco importa. La historia es más importante que la técnica. ¿Cuánto tiempo? —pregunta.

—Cuánto tiempo..., ¿qué?

—¿Cuánto tiempo lleváis fuera?

—Como un mes.

Una expresión hambrienta cruza su rostro. Luego sonrío con una expresión siniestra.

—Eso es bueno —comenta—. Es lo que estaba esperando. Yo llevo fuera tres años y medio. El rastro se ha enfriado. Necesito a alguien más reciente.

—¿Para qué? —pregunta Rachel.

Llega el bourbon y el hombre lo apura de un trago. Luego se levanta y deja un billete de cincuenta dólares en la mesa.

—Supongo que tienes razón. Vamos a tener que confiar el uno en el otro —le dice a Rachel—. Él no me gusta. No consigo descifrarlo. Pero tú..., tú no mientes. Vamos.

Pete niega con la cabeza.

—No, no estoy de acuerdo. Aquí estamos bien.

El hombre se pasa las manos por el pelo enmarañado y se lo recoge en una cola.

—Bueno, hagamos una cosa. Yo estaré en el pub Four Provinces de Cambridge, en Massachusetts Avenue, dentro de tres cuartos de hora. Reservaré una de las habitaciones privadas de la parte trasera. Voy mucho, me la reservarán sin problemas. Quizá nos veamos allí, quizá no. Tú decides.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —plantea Rachel.

—Quiero un poco más de intimidad para contar mi historia. Y para que diseñemos un plan.

—Un plan..., ¿para qué?

—Para lo que has venido a hacer aquí —responde él.

—¿Y para qué es, según tú? —replica Pete.

—Para romper La Cadena, por supuesto.

Otra mudanza. Ahora se trasladan de nuevo hacia el este, a Boston, más cerca de casa. Llenan cajas. Deciden qué conservar, qué regalar, qué tirar a la basura. El pequeño Anthony y Tom echarán de menos Los Ángeles, pero los mellizos y Cheryl nunca se han adaptado allí del todo.

Quizá en Boston resulte más fácil. El padre de Tom vive cerca y adora a sus nietos.

En todo caso, es otro fin de semana de mudanza.

Cheryl mueve la cómoda de la habitación de los mellizos.

Encuentra la polaroid que Oliver sacó de Jennifer sin ropa. La chica aparece delante de su casa, y la foto fue tomada probablemente desde la litera de Oliver. Ella se la muestra y le exige una explicación. A Oliver no se le ocurre ninguna. Pero no niega que él sacara esa polaroid. Cheryl le dice que es un pequeño perverso y le da un sopapo.

—Ya verás cuando venga tu padre —dice.

Tom regresa cargado de cajas del supermercado. Ha pasado mucho rato fuera. Ha hecho un alto en un bar en el trayecto de vuelta.

Oliver y Margaret están esperando arriba. Oyen que Cheryl habla con Tom y que él exclama:

—¡Santo Dios!

Tom sube, agarra a Oliver por el cuello de la camiseta, lo baja de la litera y lo empuja contra la pared.

—¡Maldito psicópata! ¿Sabes qué creo? Que te echaron LSD en la papilla. Quién sabe. O sea, joder, ¡quizá ni siquiera sois hijos míos! —grita.

Anthony ha subido para contemplar el espectáculo. Margaret lo ve en el umbral sonriendo. Esa sonrisa va a costarle la vida.

—Fue sólo una broma —dice Oliver.

—Yo te enseñaré lo que es una broma —replica Tom, alzándolo del suelo. Lo arrastra fuera de la habitación, lo mete en la ducha y abre el agua fría.

Oliver aúlla bajo el chorro helado.

—¿A que es gracioso?! —brama Tom.

Mantiene el grifo abierto un par de minutos y luego lo cierra.

Oliver berrea con todas sus fuerzas. Tom menea la cabeza, le pone a Anthony un brazo en el hombro y lo lleva abajo.

Oliver se queda despatarrado en un rincón de la ducha, todavía sollozando. Margaret entra y lo coge de la mano. El chico se siente avergonzado de sus lágrimas y de todo lo que ha pasado.

—Vete —pide.

Pero no habla en serio, y su hermana lo sabe.

Sus sollozos se transforman en gemidos. Pasan las horas. El sol se pone por Orange Avenue, recortando la silueta de los aviones que aterrizan en el aeropuerto Long Beach.

—No te preocupes —dice Margaret, sujetando la mano temblorosa de su hermano—. Se van a enterar.

Los tres están en un reservado de la parte trasera del pub Four Provinces de Cambridge.

Rachel y Pete se hallan sentados frente al tipo corpulento. En el pub hay un ambiente festivo, pero ahí dentro no. Tienen delante tres pintas de Guinness y tres whiskys dobles. Así, la camarera no los molestará durante un buen rato. Rachel se quita la gorra y la deja junto a su jarra de cerveza. Le lanza una mirada a Pete, pero él se limita a encogerse de hombros. Tampoco sabe muy bien cómo empezar.

Rachel mira el reloj. Son las dos y cuarto. Kylie va a ir a casa de Stuart después del colegio. Pasará a recogerlos la madre del chico, una abogada dura como la roca y totalmente fiable. El padre es exmilitar; trabaja desde casa y sigue todavía en la Guardia Nacional de Massachusetts. Aparte de Marty, los padres de Stuart son casi las únicas personas en las que confía Rachel para dejar a Kylie. En todo caso, el tiempo va pasando, y ella quiere volver antes de que oscurezca.

—Alguien tendrá que empezar —señala.

El hombre asiente, mirándola con sus ojos tristes.

—Tienes razón. Fui yo el que contactó contigo —admite—. Pero, antes que nada, hablemos de seguridad. Ni blogs, ni emails, ni ningún rastro documental. Y, cuando nos reunamos, deberás asegurarte de que no te siguen. Bájate del metro en paradas aleatorias, como en *French Connection*. Hazlo una y otra y otra vez hasta tener la certeza de que no te han seguido.

—Vale — acepta Rachel distraída.

La expresión del hombre se ensombrece.

—No, nada de «vale». Con eso no basta. Debes estar segura por completo. Tu

vida depende de ello. Has corrido un tremendo riesgo al reunirte conmigo en el aeropuerto. Y no digamos viniendo aquí. ¿Cómo sabéis que yo no os he engatusado para traeros aquí, mataros a los dos y salir por la parte trasera?

—Yo no iba armado en el aeropuerto, pero ahora sí —contesta Pete, palpándose el bolsillo de la chaqueta.

El hombre niega con la cabeza.

—¡No, no y no! ¡No habéis entendido lo esencial!

—¿Qué es lo esencial? —pregunta Rachel con calma.

—Que debéis estar alerta. En las últimas semanas..., bueno, no lo sé. Hubo un robo en el departamento de matemáticas. Desvalijaron media docena de despachos, no sólo el mío. Pero eso podría ser una tapadera. Aunque yo he sido discreto, he removido el estante y provocado ondas en la superficie. Tal vez he despertado sospechas. Tal vez me están investigando. O convirtiendo en objetivo. No lo sé. Y, lo que es más importante, vosotros no me conocéis. No me conocéis de nada.

Rachel asiente. Unas semanas atrás, habría pensado que esa charla era producto de una paranoia demencial. Ahora no.

El hombre suspira profundamente y saca un gastado cuaderno de notas del bolsillo de su abrigo.

—Éste es mi tercer diario sobre La Cadena —dice—. Mi verdadero nombre es Erik Lonnrott. Trabajo aquí —añade, señalando hacia atrás con el pulgar.

—¿En la cocina? —pregunta Pete.

—En el MIT. Soy matemático. Y venir a Cambridge ha sido lo peor que nos ha ocurrido a mí y a mi familia.

—¿Qué sucedió? —quiere saber Rachel.

Erik da un largo trago de Guinness.

—Empezaré por el principio. Yo nací en Moscú, pero mis padres vinieron a Estados Unidos cuando tenía trece años. Me crie en gran parte en Texas. Fui a la Universidad de Texas. Me saqué allí mi título en Matemáticas y también conocí allí a mi esposa, Carolyn. Ella era pintora. Pintaba unos enormes y preciosos lienzos, la mayoría de tema religioso. Tuvimos una hija, Anna, cuando yo estaba

haciendo mi formación posdoctoral sobre topología en Stanford. Ésa fue una buena época.

—Y luego vinisteis aquí —adivina Rachel.

—Nos trasladamos a Cambridge en 2004. Me ofrecieron un puesto de profesor titular. ¿Quién rechaza una oferta semejante del MIT? Todo fue bien hasta 2010, cuando... —La voz se le atraganta. Da otro sorbo de cerveza y recupera la compostura—. Mi esposa estaba volviendo a casa en bici desde su estudio en Newton y fue atropellada por un todoterreno. Falleció en el acto.

—Lo siento —dice Rachel.

Él esboza una débil sonrisa y asiente.

—Fue terrible. Yo me quería morir, pero tenía una hija. Lo superamos. Crees que no podrás superar algo así, pero acabas haciéndolo. Nos costó cinco años. Cinco largos años. Las cosas finalmente empezaron a funcionar, y entonces...

—La Cadena —interviene Pete.

—El 4 de marzo de 2015. Se llevaron a Anna mientras volvía a pie del colegio. En Cambridge, a plena luz del día. En un trayecto de sólo cuatro manzanas.

—A mi hija la raptaron en la parada del autobús.

Erik saca su cartera y les enseña una foto de una chica de aire despierto y pelo rizado vestida con vaqueros y camiseta.

—Anna tenía trece años, pero era muy tímida para su edad. Muy vulnerable. Cuando me dijeron lo que tenía que hacer para que la soltaran, no podía creerlo. ¿Cómo puede ocurrírsele a alguien una cosa así? No obstante, hice lo que había que hacer. Anna estuvo encerrada cuatro días en un sótano, en la oscuridad, hasta que la soltaron.

—Oh, Dios.

Erik menea la cabeza.

—Nunca se recuperó de esa odisea. Empezó a sufrir ataques, a oír voces. Un año después, intentó quitarse la vida abriéndose las venas en la bañera. Ahora está en un psiquiátrico de Vermont. A veces, cuando voy a verla, ni siquiera me reconoce. Mi propia hija. Tiene días buenos y días malos. Muy malos. Mi preciosa, mi inteligente Anna, alimentada con papillas para bebé con una

cuchara de plástico y un babero. La Cadena ha arruinado mi vida y la vida de mi hija, y desde entonces he estado buscando algún modo de acabar con ella.

—¿Hay alguno? —pregunta Rachel.

—Quizá —responde Erik—. Ahora te toca hablar a ti. ¿Cuál es tu historia? Pete niega con la cabeza.

—No, esto no es un toma y daca. Como tú mismo dices, no te conocemos de nada...

—Se llevaron a mi hija —empieza Rachel—. Tuve que secuestrar a una niña de otra familia. Desde entonces no dejo de sufrir pesadillas. Ahora mi hija está mal, muy mal.

—Y tienes cáncer —comenta Erik.

Rachel sonrío e involuntariamente se toca el pelo ralo.

—No se te escapa nada, ¿eh?

—Y eres de Nueva York —añade él.

—Quizá sólo soy fan de los Yankees —contesta ella.

—Ambas cosas. Y eres una fan de los Yankees muy valiente. A la que no le importa que todas las personas de esta ciudad la miren con malos ojos.

—Ojalá sólo fueran las miradas —repite Rachel, y acierta a sonreír de nuevo.

—Llevo un año investigando La Cadena —dice Erik pasándoles el cuaderno. Les quitan la correa elástica y lo abren.

Está lleno de fechas, nombres, gráficos, observaciones, puntos geográficos, extrapolaciones, entradas de diario, ensayos. Todo redactado con una enrevesada letra negra y diminuta. Y escrito, según observan, en un código cifrado.

—Al principio no tenía nada. El miedo induce a la gente a callar. Pero luego investigué más a fondo y encontré referencias a La Cadena en los anuncios personales anónimos de los periódicos. Hallé algunos oscuros indicios aquí y allá. Un reportaje de un crimen extraño que no acababa de encajar. Hice un análisis tamizado, un análisis de regresión estadística, una cadena de Markov, un análisis de eventos temporales. Cotejé y revertí los resultados, y he llegado a algunas conclusiones. No muchas, pero sí algunas.

—¿Qué conclusiones? —pregunta Rachel.

—Creo que La Cadena comenzó entre 2012 y 2014. El análisis de regresión nos lleva a una fecha intermedia de 2013. Las personas que la dirigen, por supuesto, quieren hacernos creer que es una entidad muy antigua que no ha sido derrotada en docenas, incluso en centenares de años. Pero yo creo que eso es mentira.

—Un origen antiguo hace que parezca más invencible —dice Rachel, asintiendo.

—Exacto. Pero yo no creo que sea antigua —responde Erik, y da otro trago de cerveza.

—Yo tampoco —conviene ella.

—¿Qué otras conclusiones has sacado? —quiere saber Pete.

—Obviamente, el creador de La Cadena es alguien muy inteligente. Formado en la universidad. Con un cociente intelectual alto. Muy leído. Casi con total seguridad de mi edad. Y creo que es un hombre blanco.

Rachel niega con la cabeza despacio.

—No lo creo —replica.

—He investigado. Los depredadores de este tipo operan por lo general dentro de su propio grupo étnico. Incluso admitiendo el elemento pseudoaleatorio en la selección de las víctimas. Es más o menos de mi edad, quizá un poco mayor.

Rachel vuelve a negar con la cabeza, pero no dice nada.

—La Cadena es un mecanismo que se perpetúa a sí mismo y cuyo propósito es proteger su propio funcionamiento y producir dinero para su fundador —continúa Erik—. Yo creo que La Cadena fue diseñada por un hombre blanco de cuarenta y tantos durante esta misma década, quizá como reacción a la recesión económica y la crisis bancaria. Posiblemente adaptan la modalidad de secuestro de los cárteles en los que una víctima más vulnerable es reemplazada por otro miembro de la familia.

Rachel da un sorbo a su Guinness.

—Quizá tengas razón sobre la fecha de creación, pero te equivocas sobre la edad y el género.

Erik y Pete la miran sorprendidos.

—Es una mujer. Y no tan mayor como finge, ni tan lista como ella cree.

Fanfarroneó conmigo cuando se puso a hablar de filosofía —prosigue Rachel—. Pero ése no es su fuerte.

—¿Qué te hace pensar que es una mujer?

—No sabría decirlo con exactitud, pero estoy segura de que tengo razón. La persona con la que hablé era una mujer que usaba un dispositivo de distorsión de voz.

Erik menea la cabeza y anota algo en su cuaderno.

—¿Contactaron contigo mediante un teléfono desechable y utilizando la aplicación Wickr? —pregunta.

—Sí.

Él sonrío.

—La Cadena protege su seguridad de forma muy ingeniosa. Las llamadas anónimas con teléfonos desechables, las cuentas anónimas Bitcoin que duran unas semanas y desaparecen, la aplicación encriptada Wickr, cuya identidad cambia de forma periódica. El uso de proxys para hacer el trabajo sucio. Todo muy ingenioso. Casi infalible.

—¿Casi?

—Algunas partes son inexpugnables. En mi opinión, sería imposible rastrear todos los eslabones de La Cadena hasta encontrar sus orígenes. Lo cual, por supuesto, se debe al factor pseudoaleatorio en la selección de las víctimas. Tú elegiste con libertad al objetivo, igual que yo, y así sucesivamente hasta el principio de la secuencia. Intentar reconstruir ese rastro hasta el origen no funcionará. Me consta. Yo lo he intentado.

—Entonces ¿cómo podemos encontrar a los que controlan La Cadena? —pregunta Pete.

Erik coge su cuaderno y lo hojea con rapidez.

—Pese a todas mis investigaciones, en realidad he encontrado muy poco que pueda aportar soluciones. Yo...

—No me dirás que toda esta reunión ha sido una pérdida de tiempo... —lo interrumpe Pete.

—No. Sus métodos son buenos, pero cuando te enfrentas con agentes humanos, siempre encuentras errores. Ningún agente es perfecto en su cometido.

O eso es lo que sospecho.

—¿Qué error ha cometido La Cadena?

—Tal vez se han vuelto un poco indulgentes, perezosos. Ya veremos.

Háblame de tu última interacción con ellos.

Rachel abre la boca para responder, pero Pete meneaba la cabeza.

—No le cuentes nada más.

—Hemos de confiar el uno en el otro —afirma ella.

—No, Rach. No tenemos por qué —replica Pete.

Él mismo no se da cuenta de su metedura de pata, pero ella sí. Y Erik también, porque coge el cuaderno y anota algo. Presumiblemente «Rachel».

«Ya hemos llegado muy lejos», piensa ella.

—Fue hace un mes. La primera semana de noviembre —informa.

—¿Te llamaron?

—Sí.

—¿Usaron la aplicación Wickr?

—Sí. ¿Por qué es eso tan importante?

—Las cuentas Wickr y Bitcoin están protegidas con los más sofisticados sistemas de encriptación disponibles en el mercado, y requerirían miles de horas de computación de alto nivel para ser destripadas. Y estoy seguro de que, al menos al principio, cambiaban de forma periódica la identidad de su aplicación Wickr para asegurarse todavía más. Y es posible, por supuesto, que haya varias capas de redundancia y cuentas ficticias. Pero, aun así, creo que he encontrado un fallo en su método de comunicación.

—¿Qué fallo?

La camarera abre la puerta y asoma la cabeza.

—¿Quiere pedir algo para comer? —pregunta con acento escocés.

—No —responde Erik secamente.

Cuando cierra la puerta, empieza a ponerse el abrigo.

—Es nueva —dice—. No me gusta lo nuevo. Vámonos.

Un banco en el parque Boston Common. Sopla un viento frío que viene del puerto. Están justo frente al monumento a Robert Gould Shaw y al 54 Regimiento. No hay mucha gente alrededor. Algunos corredores, grupos de universitarios, madres con cochecitos.

Rachel los observa y aguarda. Cuando Erik se siente seguro por fin, continúa:

—La estructura estándar de las funciones pseudoaleatorias de encriptación suele considerarse resistente a toda filtración, pero yo no lo creo así. Y cuanto trabajas de forma descuidada, todavía le pones las cosas más fáciles a alguien como yo.

—No entiendo —dice Rachel, mirando a Pete. Él también está descolocado, y eso que tiene una formación en informática.

—Ellos conectan con nosotros de dos formas, y ambas, creo yo, se pueden descodificar —prosigue Erik.

—¿Cómo?

—Los móviles desechables no son tan seguros como todo el mundo cree, ni siquiera si todas las llamadas se efectúan con teléfonos desechables nuevos situados en una jaula de Faraday. Hay un consenso general en que las llamadas realizadas con ese método son totalmente imposibles de rastrear —dice Erik con una sonrisa.

—Pero tú has ideado un modo de piratearlas, ¿no? —interviene Pete.

La sonrisa de Erik se ensancha.

—Ése ha sido mi principal campo de investigación durante el último año.

—¿Dónde está el truco?

—En teoría es posible medir los niveles de intensidad y los patrones de radiación de la antena mediante un software que puede instalarse en un

smartphone. El teléfono es capaz entonces de analizar la llamada entrante en tiempo real.

—¿Lo has probado? —pregunta Pete impresionado.

—He estado jugando con la idea.

—¿Puede rastrear la llamada de un móvil desechable?

—No, pero sería posible encontrar la estación base del móvil: la torre de telefonía más cercana —contesta Erik con cautela.

—¡Y tú lo has conseguido! ¿No es así? —insiste Pete.

—Cuéntanos —le ruega Rachel.

Erik espera a que pase de largo un corredor para continuar.

—Estoy en el proceso de terminar de diseñar una aplicación espía capaz de encontrar la estación base más cercana desde la que se ha hecho una llamada con un teléfono móvil, incluso una llamada efectuada con un móvil desechable desde el interior de una jaula de Faraday. Una vez identificada la estación base, sería posible precisar mejor la frecuencia de la señal telefónica, lo cual daría un vector aproximado desde la torre de telefonía hasta el móvil mismo en un radio, digamos, de doscientos o trescientos metros.

Rachel no está segura de entenderlo bien.

—¿Eso qué significa? —inquire.

—Que tal vez haya un modo de seguir el hilo hasta el centro del laberinto —responde Erik.

—¿Y la aplicación Wickr? —quiere saber ella—. Ése es su medio principal de comunicación.

—La técnica no es demasiado distinta. Mi algoritmo espía no puede romper la encriptación del mensaje o localizar al remitente, pero sí identificar la estación base más cercana desde la que ha sido enviado el mensaje. Obviamente, si se comunican desde Times Square, en Nueva York, estamos jodidos. Pero si llaman desde una vivienda privada, podríamos rastrearlos.

—Entonces ¿por qué no lo has hecho? —pregunta Pete.

—Porque la última vez que estuve en contacto con ellos fue hace dos años y medio, y el móvil desechable que emplearon ya ha sido destruido y la identidad

Wickr que utilizaron para comunicarse conmigo ha sido modificada. El rastro se ha enfriado. Mientras que en tu caso... —dice mirando a Rachel.

—En mi caso..., ¿qué?

—Si no me equivoco sobre su forma de actuar, es posible que aún estén utilizando la misma identidad que usaron contigo.

—Diría que sí. Me enviaron un mensaje en Acción de Gracias.

—¡Perfecto! —exclama Erik.

—¿Cómo habría que hacerlo? —pregunta Rachel.

—Tendrás que provocarlos, amenazarlos o inquietarlos lo bastante como para que quieran comunicarse contigo otra vez. Quizá te envíen un mensaje o, aún mejor, te llamen con un móvil desechable. Si hablan el tiempo suficiente, activaremos el software y es posible que podamos triangular la torre de telefonía con la que su móvil está conectado.

—¿Y si resulta que están en Times Square, o desplazándose en coche o por otro medio? Los habremos cabreado para nada, sin la menor esperanza de localizarlos. Nos habremos pintado una preciosa diana en la espalda... ¡y entonces vendrán a buscarnos! —protesta Pete.

—El plan implica riesgos —declara Erik.

—Para nosotros. Todo el riesgo es para nosotros. Para ti, ninguno —replica Pete.

—¿Qué tendría que hacer exactamente? —pregunta Rachel.

—No, Rachel, no se te ocurra aceptar... —empieza Pete.

—¿Qué tendría que hacer? —repite ella.

—Deberías entablar un diálogo con ellos a través de Wickr o, mejor, de una llamada de ese número desconocido, y dejarme hacer un rastreo en vivo cuando contactaran contigo.

—¿Un diálogo?

—Quiero decir, alargar la conversación todo lo que pudieras. El rastreo Wickr no es muy preciso. Todavía estoy trabajando en el software. Rastrear una llamada es otra cosa. Rastrear una llamada de unos dos o tres minutos sería fantástico.

—¿Qué ocurrirá entonces?

—Yo los rastrearé mediante mi algoritmo espía y, al final, con un poco de suerte, localizaré la torre de la que procede la llamada.

—¿También funciona con teléfonos fijos? —pregunta Pete.

—Si son tan idiotas como para llamarnos con un fijo, los tendré localizados en dos segundos.

—Lo que conseguiré así es que piensen que soy un problema —dice Rachel—. Una conversación larga como ésa no hará más que atraer la atención hacia mí y hacia mi familia.

—Sí —asiente Erik—. Y yo debo confesar que la aplicación no es aún del todo funcional. Estoy todavía en el comienzo mismo de una fase beta. Rastrear una llamada que podría proceder de cualquier punto de Estados Unidos requiere una enorme potencia de computación.

—¿Y si pudiéramos dejar de lado la mayor parte de Estados Unidos y centrarnos en una sola zona? —plantea Rachel.

—Entonces sería mucho más fácil —contesta Erik—. Pero eso no es posible. Podrían estar llamando desde cualquier parte. Incluso desde el extranjero...

—Ella es de Boston. Y La Cadena parece operar básicamente en Nueva Inglaterra. Cerca de casa. La mantienen en las inmediaciones. Es lo que yo haría en caso de peligro.

—¿Cómo sabes que «ella» es de Boston? —inquire Erik—. Yo no noté el acento de Boston.

—Se ha librado del acento. Habla de forma muy premeditada cuando usa el dispositivo de distorsión de voz. Pero no es posible deshacerse del todo de un tono de voz, ¿verdad? Cuando empecé a sospecharlo, probé una cosa en una de nuestras conversaciones. Estábamos hablando de la policía de Boston y yo dije que son capaces de detenerte por «marcarte una “u”», o sea, por hacer un cambio de sentido, una vuelta en «u». Ella se echó a reír porque lo entendió a la primera. Yo nunca había oído esa expresión hasta que vine aquí. Es probable que haya un montón de gente de fuera que también la entendería, pero tengo la corazonada de que ella es de Boston.

Erik asiente.

—Eso resulta muy útil. Si la aplicación sólo tiene que buscar en Nueva

Inglaterra será mucho más eficaz. El orden de magnitud es mucho más eficiente. En Norteamérica hay quinientos millones de personas y miles de millones de líneas telefónicas. En Nueva Inglaterra, quizá diez millones de personas.

—Tu aplicación trabajará cincuenta veces más deprisa —dice Rachel.

Erik asiente.

—Tal vez.

—Pero tiene que haber otra forma de hacerlo: una que no suponga llamar la atención sobre nosotros —insiste Pete.

—A mí no se me ha ocurrido ninguna. Vosotros todavía tenéis un contacto directo con ellos. Es arriesgado, pero no del todo temerario. Ponemos la aplicación en marcha y, cuando averigüemos dónde están, mandamos una denuncia anónima a la policía. O quizá podemos dejar pasar un mes, para que no relacionen nuestra llamada con su detención.

—No me gusta nada cómo suena todo eso —admite Pete.

—El tiempo es crucial. Pronto volverán a cambiar su identidad Wickr y ya no tendremos modo de comunicar directamente con ellos. Además, ese robo en el departamento me ha retrasado en mi trabajo —explica Erik, anotando algo en un trozo de papel—. Éste es el número de mi nuevo móvil desechable. Necesito que tomes una decisión pronto.

Rachel coge el papel y lo mira un momento. Luego su vista se detiene en el monumento a la guerra que hay detrás de él. Le viene a la cabeza un verso del poema de Robert Lowell, el que menciona al coronel Shaw cabalgando en su burbuja, «esperando el bendito estallido».

«Todos cabalgamos nuestras burbujas —piensa—, todos estamos esperando el bendito estallido.»

Le tiende la mano a Erik, que se la estrecha, y se levanta del banco.

—Tendremos que pensarlo —dice.

Erik vuelve contento a su oficina del MIT.

Por fin puede albergar alguna esperanza tras una larga sequía de información que lo había dejado casi sin fuerzas. Ahora hay una oportunidad de verdad. La partida está en marcha y esos malnacidos van a recibir su merecido.

Había llegado a pensar que habría de poner un anuncio en *The New York Times* retando a La Cadena a que lo llamaran sin falta si no querían que revelara su existencia. Pero ellos no habrían respondido al anuncio y, lo que es peor, tarde o temprano habrían averiguado quién lo había puesto, y entonces su vida y la de su hija habrían corrido un grave peligro.

Rachel siente inquietud ante la idea de enfrentarse a La Cadena. Pero mejor que se arriesgue ella y no él, piensa, aunque enseguida se siente culpable por pensarlo.

«Se trata de nosotros contra ellos. De todos nosotros. Pero ha sido un regalo del cielo conocer a Rachel. Es muy inteligente. Con una formidable perspicacia.» Por supuesto que debería haberse centrado en Boston. La mayoría de los puntos geográficos que ha reunido en su investigación corresponden a Nueva Inglaterra. Las posibles acciones que ha descubierto en Colorado y Nuevo México constituyen excepciones atípicas.

Sí. Eso es un avance real.

Con el paso incluso más ligero, sale de la oficina, sube a su desvencijado Chevy Malibu y abandona el aparcamiento para el personal del MIT.

No repara en la mujer de aspecto estresado que lo observa a través del parabrisas de su coche. No repara en que lo sigue hasta su casa, en Newton.

Quizá no debería sentirse demasiado alarmado. Él no es la única persona a la que están siguiendo.

Por lo demás, Erik aún está lejos de haber concluido su lista de tareas. Si en ese momento se tomara unos días libres o se fuese de vacaciones, tal vez quedaría libre de peligro.

Pero, por desgracia para él, ahora está totalmente lanzado, y no tiene ni idea de que sus movimientos y, lo que es más importante, sus búsquedas en Google se hallan bajo vigilancia, y que todos los datos son registrados y enviados a La Cadena.

Tom está con toda la familia —Cheryl, Oliver, Margaret y el pequeño Anthony— en un crucero por el Caribe para celebrar su ascenso a agente especial superior.

Él mismo y toda la División de Crimen Organizado de la oficina del FBI de Boston están recibiendo muchos elogios de la prensa. El clan criminal conocido como *el Patriarca*, originario de Providence y en su día tremendamente poderoso en Boston, ha sido desmantelado gracias a las grabaciones, las operaciones encubiertas y el testimonio de los delatores. La banda Winter Hill se ha desintegrado, y el propio Whitey Bulger se ha dado a la fuga. Tom se ha convertido en el chico de oro del departamento. Desde luego, tiene ciertos problemas de temperamento, pero ¿quién no los tiene? Trabaja duro, eso es innegable, y esas vacaciones se las ha ganado a pulso.

Tom ha reservado para la familia un camarote doble con salón junto a la cubierta de paseo. Por alguna razón, el pequeño Anthony tiene su propia cama, mientras que Margaret y Oliver, que son mayores, deben compartir una litera.

A ellos no les importa demasiado, en realidad, y los intentos de Anthony de restregárselo por la cara caen en saco roto.

El barco para en Nassau y zarpa al anochecer entre un despliegue de fuegos artificiales. El crucero está a punto de terminar, y ahora navegan a toda máquina hacia Miami. Ha sido un viaje fantástico de verdad.

En mitad de la noche, Anthony nota que una mano le toca el brazo. Es Margaret.

—Chist —susurra—. Hay algo realmente increíble en la cubierta que quiero enseñarte.

—¿Qué? —responde Anthony adormilado.

—Es una sorpresa. Un secreto. Es increíble de verdad.

—¿Qué es?

—Uf, creo que me vuelvo a la cama. Es sólo para chicos mayores. Oliver está allí ahora mismo.

—¿Es una ballena?

—Ven conmigo y te lo enseñaré.

Margaret lleva a Anthony a la popa del barco. Oliver, en efecto, los está esperando.

—¿Qué es?

—Allí —dice Oliver, señalando hacia la oscuridad—. Ven, voy a alzarte para que lo veas bien.

—No, yo... —farfulla Anthony.

Pero ya es demasiado tarde.

Margaret y Oliver llevan planeándolo desde hace meses. Se han asegurado de que el buque escogido finalmente fuese uno de los antiguos, sin cámaras de seguridad. Han preparado el terreno con un par de historias falsas sobre las graciosas andanzas de sonámbulo de Anthony.

Entre los dos, lo alzan por encima de la barandilla y lo arrojan a la espumeante estela que va dejando el barco.

Otro encuentro en el Starbucks de Newburyport para dejar a Kylie en manos de Marty. La novia es la misma. La rubia menudita. Esta vez Rachel está decidida a prestar atención para retener al menos su nombre. Mientras Kylie va a recoger su sofisticado pedido, ellos siguen hablando.

—Rachel ahora da clases en la universidad —está diciéndole Marty a la chica.

—Vaya, eso es fantástico —contesta ésta.

—Perdona, qué embarazoso, lo siento de verdad, pero ¿cuál era tu nombre? Estoy segura de que me lo has dicho un par de veces, pero he estado un poco ausente, como podrás imaginar —repite Rachel en tono de disculpa.

Marty parece realmente inquieto por ese motivo. No enfadado, sino inquieto por su salud mental. La quimioterapia puede perturbarte de muchas formas.

—Me llamo Ginger —dice Marty con suavidad.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunta Rachel.

—Pues, lo creas o no, Ginger trabaja para los federales —responde Marty, hablando de nuevo por ella.

Pete y Rachel se miran, ambos con unos ojos como platos. Está claro que ese dato no había salido antes a colación, porque Rachel ve que Pete se ha quedado tan atónito como ella. Kylie no lo había mencionado, lo cual resulta menos sorprendente. Ella tiene bien metido en la cabeza que no pueden mantener ninguna relación con las fuerzas del orden.

—¿El FBI? —pregunta Rachel.

—El FBI —asiente Ginger, adoptando el tono resonante del tráiler de una película policíaca.

—No sólo es agente, también está sacándose el doctorado de Psicología

Criminal en la Universidad de Boston. Es una chica muy ocupada —añade Marty.

—Eso no fue idea mía. El Buró me obligó, en cierto modo —dice Ginger con modestia y un encantador acento de Boston.

—¿Un doctorado? No es posible que tengas edad suficiente... —empieza Rachel, preguntándose si será una especie de friki, una niña prodigio.

—Tiene treinta —informa Marty.

Rachel no acaba de captar si lo dice disculpándose o alardeando. ¿Una mujer casi de su misma edad? ¿Una adulta con un trabajo de adulta? Lo ha dicho fanfarroneando, decide.

—Apenas aparentas dieciocho —se le escapa—. Será que...

Rachel se interrumpe, sin saber cómo continuar.

—Que se baña con sangre de vírgenes todas las noches —apunta Marty, completando la frase por ella.

—No iba a decir eso —replica ella, pero su débil protesta queda ahogada por las grandes carcajadas de Ginger. Al parecer, encuentra tronchante a Marty.

—Tan sólo me cuido la piel —afirma.

—¿Y dónde os conocisteis, tortolitos? —pregunta Pete, ahora un poco más interesado en Ginger.

—Trozamos casi literalmente mientras corríamos por el parque —cuenta Marty.

—Eso ya lo ha hecho otras veces —señala Pete—. Y es asalto, colega. Un día no te funcionará y te meterán en chirona.

Ginger se ríe también de eso. Encuentra tronchantes a ambos hermanos.

«Es mona, es joven, tiene un gran sentido del humor y es inteligente. Si además es de familia rica, la cosa estará clara para Marty», piensa Rachel.

—¿Así que tú eres de aquí, Ginger? —pregunta.

—Ay, Dios, ¿tanto se me nota el acento?

—No, no me refería a eso. Me preguntaba en qué instituto estudiaste. A lo mejor resulta que los dos fuisteis al mismo. Yo no soy de por aquí.

Marty meneaba la cabeza.

—No, ella estudió en el Innsmouth High —dice. Rachel no ha oído hablar de

ese colegio—. En una zona rural —añade.

—Supongo que soy una chica de pueblo —comenta Ginger—. Tuve suerte de salir de allí.

«Ya, ya», piensa Rachel. Las auténticas chicas de pueblo no se sacan un doctorado en la Universidad de Boston. Aunque, bueno, ella tampoco puede hablar. Harvard, nada menos. Con una beca parcial, vale, pero aun así.

—¿Y qué haces en el FBI? —inquire lanzándole otra mirada rápida a Pete.

—Análisis psicológico, ¿no? —apunta él.

Ginger se echa a reír.

—Sería lo lógico, ¿verdad? Me he estado postulando para la Unidad de Análisis de Conducta durante años, pero el Buró, en su inefable sabiduría, me tiene atrapada en la división de delitos de guante blanco.

—¿Es divertido? —pregunta Rachel.

Charlan un rato de banqueros corruptos y luego, en una pausa, Marty pregunta qué tal le va a Kylie en el colegio. Rachel menea la cabeza.

—Ha pasado una época de mucho estrés.

—¿Has visto todos esos mensajes que han enviado sus profesores?

—Sí —responde ella—. Pero creo que no deberíamos hablar de esto, eh..., ya me entiendes, aquí.

—No, claro —conviene Marty—. Sólo que si, bueno, si Kylie está sufriendo por algún motivo... Ginger trabaja con psicólogos y psicoterapeutas.

—Ya lo hemos probado con una terapeuta. Es un poco complicado —contesta Rachel.

—Yo conozco a alguna gente muy buena —comenta Ginger con amabilidad—. Tanto dentro del Buró como fuera.

—Cambiemos de tema. Ya viene —dice Pete.

Pese a la inquietud familiar, Kylie es todo sonrisas. Ha pedido alguno de esos disparatados mejunjes de Starbucks con un montón de crema y chocolate por encima.

—Deberíamos irnos —sugiere Marty.

—¿En serio? ¿No podemos sentarnos todos juntos un minuto? —suplica Kylie.

Ocupan una mesa junto a la ventana y charlan mientras el cielo amenaza con una nevada. Marty comenta que las Navidades se celebran mejor en Nueva Inglaterra que en ninguna otra parte.

Ginger está de acuerdo y cuenta que en su primera infancia se vio obligada a vivir en el sur de California, lo cual arruinaba totalmente las Navidades.

Y añade:

—Ahora me compadezco de la pobre gente que está en otros lugares de Estados Unidos en diciembre. Es imprescindible el frío, un gran árbol, patinar sobre hielo en un estanque...

Rachel sonríe, trata de intervenir, pero Pete nota que se est  cansando. Se despiden todos, y la lleva a casa.

A Rachel no le entra ningún alimento esa noche.

Tampoco puede dormir.

Permanece sentada en la cama con una taza fría de t .

De nuevo ese pensamiento para castigarla: «Es egoísta querer que Kylie siga conmigo. Estaría más segura y sería más feliz con Marty y Ginger, que vienen a ser la pareja perfecta».

Si ella hubiera sucumbido al cáncer hace un año, nada de eso habría ocurrido. Todos habrían salido ganando si hubiera muerto.

Y todavía no han desaparecido. Los sueños. El hombre en la nieve. El miedo. La costumbre de mojar la cama. Los retortijones de estómago. Kylie está más débil cada día que pasa. Ella pone buena cara, pero Rachel lo ve. Lo sabe. Y también ella misma está cada vez más débil. Apagándose. Cuanto más prolongado es el tratamiento del cáncer, más largo es el proceso de recuperación.

Ahora deben decidirse.

Pete se opone al plan. Él tiene sus propios demonios. El dolor ha vuelto. El mono. También él está flaqueando.

Las pesadillas de Kylie. Las pesadillas de Rachel. Kylie llorando en el baño. Pete escabulléndose con la camioneta para estar solo. El pelo de Rachel, que se cae a mechones. Kylie negándose a dormir en casa de sus amigas para que nadie lo descubra. Los tres han bebido de la botella mágica, como Alicia. Los tres han desenrollado el ovillo de hilo rojo. Los tres han caído al otro lado del espejo.

Rachel y Pete están sentados en el gélido patio de la parte trasera de la casa.

El oleaje del Atlántico. Un gajo de luna. Las frías e indiferentes constelaciones de invierno.

Pete aguarda a que ella tome una decisión.

Rachel se termina el whisky y se abraza a sí misma.

—Tenemos que hacerlo —afirma.

Él niega con la cabeza.

—No tenemos que hacer nada.

—Erik dijo...

—Que lo haga él. Que asuma él el riesgo.

—No puede hacerlo sin nosotros. Sin mí. Ya lo sabes.

—Nosotros nos libramos. Escapamos por los pelos. Tuvimos suerte. Esa

historia casi acaba con los tres —replica Pete.

Ella lo mira. Esas palabras no parecen propias de un oficial del Cuerpo de Marines que ha participado en cinco despliegues militares. La duda lo está paralizando. O quizá es que ahora que tiene algo que perder —una familia—, se ha vuelto más cauto. No comprende que la familia estará perdida de todos modos si no hacen nada.

—No es una «historia», Pete. La Cadena no es mitología. Ni una entidad que se perpetúa a sí misma. Es algo humano. Está construida por seres humanos. Es falible, vulnerable, igual que tú y que yo. Lo que hemos de hacer es encontrar el corazón humano que hay en su centro y destrozarlo.

Pete reflexiona largo rato y finalmente asiente.

—De acuerdo —acepta en voz baja.

—Bien.

Rachel marca el número de Erik.

—Vamos a hacerlo —dice al teléfono.

—¿Cuándo?

—Quiero que mi hija esté lejos. A salvo.

—Entonces ¿cuándo? Tiene que ser pronto, antes de que cambien los protocolos.

«Es probable que Marty y su novia puedan llevarse a Kylie el viernes por la noche», piensa Rachel.

—El sábado —indica.

—Te llamaré a las diez de la mañana. Vas a tener que provocarlos. Forzarlos a que te llamen.

—Ya lo sé.

—Será peligroso.

—Ya lo sé.

—Hasta el sábado entonces.

Marty se ríe complacido.

—Me encantaría llevarme a Kylie. De hecho, es perfecto. Ginger me propuso que fuéramos a conocer a su abuelo este fin de semana. Me la llevaré con nosotros.

El corazón de Rachel se salta un latido.

—Vaya... ¿Ya estáis en esa fase? ¿Conociendo a la familia? —dice tratando de sonar jocosa y desenfadada, aunque la verdad es que no se siente tan alegre. Marty jamás se habría casado con una chica como Tammy. En cambio, con una agente superbrillante del FBI que aún es lo bastante joven como para darle los dos hijos varones que siempre ha deseado...

—No, nada de eso. No voy a pedir su mano. Y es su abuelo, no su padre. Nada serio. Sólo un encuentro informal. Pero me encantaría que Kylie viniera. Y tú también estás invitada. Y Pete. Tienen una enorme casa destartalada junto al río, con columpios y bosques para jugar si el tiempo se mantiene así.

—Suenan de maravilla, pero yo quiero relajarme un poco este fin de semana.

—¿Por qué no haces algo divertido por una vez, si te apetece? Un día en un *spa*, por ejemplo. Y me mandas la factura.

—Quizá lo haga. No estás mal como exmarido, ¿sabes?

—Eso es un elogio de doble filo.

Rachel se despide y sube a contarle el plan a su hija.

—Has metido la pata, mamá. Se suponía que Stuart iba a pasar aquí el fin de semana. Sus padres se van a la graduación de su hermanastra en Arizona —dice Kylie.

—Ay, es verdad.

Vuelve a llamar a Marty.

—No es posible. Soy idiota. Lo siento. Stuart se queda aquí este fin de semana porque sus padres se van a Phoenix.

—¿Stuart? ¿Ese chico raro y pecoso? También puede venir. A Ginger no le importará.

—Tendrás que pedírselo a su madre. Dudo que diga que sí. Ella no se fía del todo de mí y, por tanto, por simple asociación, tampoco se fiará de ti.

—No, funcionará al revés. Verá que yo era el más de fiar de los dos. Pásame su número en un mensaje y la llamaré.

Rachel le envía el número y, naturalmente, Marty despliega todos sus encantos ante la madre de Stuart. Rachel consigue el fin de semana para ella sola.

Cualquier otro paciente de quimioterapia dedicaría ese tiempo a descansar y a recuperarse.

Rachel va a salir a cazar al monstruo en su guarida.

Baja a hablar con Pete.

—Es un plan sensato, ¿no? Si los localizamos con la aplicación de Erik, ellos no serán capaces de detectarnos ni nada parecido. ¿Verdad? —pregunta para intentar tranquilizarse.

—Supongo que si tú no los cabreas demasiado, no deberíamos tener problemas. Nosotros estamos haciendo algo parecido a rastrear una llamada. Ellos ni siquiera sabrán que los estamos buscando. Dudo que los localicemos, pero, si lo logramos, dejaremos que sean las autoridades las que se ocupen del asunto. Con una llamada anónima al FBI debería bastar.

—Entonces ¿estamos a salvo? —vuelve a preguntar Rachel, pensando más en Kylie que en sí misma.

Pete asiente.

—De acuerdo —dice ella, y da unos golpes con los nudillos en el tablero de madera de la mesa para conjurar la posibilidad de que algo salga mal.

Una casa en Watertown, Massachusetts, a finales de los noventa. Es otro de esos barrios residenciales típicos de Spielberg, llenos de niños lanzando a canasta, montando en bicicleta y jugando a hockey en la calle. Hay un murmullo de insultos, risas y rimas de saltar a la comba...

El 17 de Summer Street, sin embargo, es una casa de luto, no una casa de alborozo y alegría.

Han pasado seis meses desde que el *Princess Cruise* zarpó de Nassau. Cheryl no lo ha superado. ¿Cómo superas una cosa así?

Ha estado yendo a terapia y toma diversos ansiolíticos, pero nada de eso le sirve.

Lo único que sirve es anesthesiarse.

Cada mañana, en cuanto Tom y los mellizos se han marchado, se prepara un vodka con tónica compuesto básicamente de vodka. Luego pone la tele, se toma un par de ansiolíticos y se queda en las nubes.

La mañana pasa despacio.

A las once y media llegará el correo. Cuando ella era niña, había dos repartos al día. Ahora sólo hay el de las once y media.

Ya sabe lo que llevará el cartero.

Algunas facturas, propaganda y otra de esas cartas.

Cierra los ojos. Cuando vuelve a abrirlos, el sol se ha desplazado por el cielo y ya es hora de revisar el correo.

Deja de lado la propaganda y las facturas y abre la carta que va dirigida a ella. «Querida Puta», empieza.

El resto de su contenido la acusa de ser una furcia y una madre terrible, responsable de la muerte de su hijo.

Ésa es la decimotercera carta similar que ha recibido. Todas ellas, escritas en mayúsculas con un bolígrafo negro.

La deja con las demás en una caja de zapatos en el armario de la ropa blanca.

Se prepara otro vodka. Encuentra una sombrilla para cóctel y la introduce en el vaso. Ve un rato una serie y luego sube a la primera planta.

Se sienta en el suelo del baño. Abre un frasco de pastillas. Se mete una cápsula en la boca y da un trago. Se mete otra y da otro trago.

Se toma el frasco entero y se tumba en el suelo.

A las cuatro, Margaret y Oliver llegan a casa.

Ya se han acostumbrado a volver solos del colegio.

Oliver enciende la tele. Margaret sube a su cuarto a leer. Es una buena lectora. Va dos años avanzada de su curso. Está leyendo *Las tumbas de Atuan*, de Ursula K. Le Guin. Es muy absorbente, pero al final necesita ir al baño. Encuentra a Cheryl tirada en el suelo.

Tiene espuma alrededor de la boca y las pupilas fijas y dilatadas, pero todavía respira. Margaret hace subir a Oliver y los dos niños la miran sin hacer nada.

—Las cartas —dice Margaret.

—Las cartas —asiente Oliver.

La observan un rato. Su cara ha cobrado el color del papel pintado del estudio de Tom, una especie de amarillo pálido.

Tom no llega hasta las siete y media. Los niños están delante de la tele comiendo una pizza calentada en el microondas.

—¿Dónde está vuestra madre? —pregunta.

—Debe de haber salido —explica Margaret—. No estaba cuando nosotros hemos llegado.

—Pero si su coche está aparcado enfrente... —replica él.

—¿Ah, sí? —dice Margaret, y vuelve a concentrarse en la tele.

—¡Cheryl! —grita Tom mirando hacia arriba, pero no hay respuesta. Entra furioso en la cocina y saca de la nevera una cerveza. Coge una porción de pizza.

Cuando al fin sube, ya es demasiado tarde. Las pastillas han provocado un fallo respiratorio y luego un paro cardíaco.

Tom cae de rodillas. Coge la mano fría de su esposa.

Empieza a sollozar.

—¿Qué he hecho para merecer esto? —se pregunta en voz alta.

Y entonces recuerda.

Erik se ha pasado toda la noche trabajando. Lleva cinco tazas de café. Está en la sexta capa sucesiva de anonimato y falsas identidades. Ha borrado todas las huellas y está usando un MacBook nuevo con una dirección IP ficticia que lo sitúa en la remota Melbourne, Australia. Se encuentra en las profundidades del laberinto, pero a salvo. O eso cree él.

Se siente satisfecho con su investigación. Todos los elementos básicos están en su sitio.

Siempre han estado en su sitio.

Las condiciones de Karush-Kuhn-Tucker son óptimas. La información está ahí si sabes dónde y cómo buscarla. Todas esas pistas, todos esos anuncios personales, todas esas confesiones... Cada nueva persona incorporada a La Cadena añade un nivel geométrico de inestabilidad. Todo el sistema se ha estado tambaleando al borde del abismo durante mucho tiempo. Se trata sólo de organizar y dar forma a los datos.

Da un sorbo de café y lee un interesante artículo de Maria Schuld, Ilya Sinayskiy y Francesco Petruccione sobre predicción mediante regresión lineal en un ordenador cuántico. El algoritmo que emplean es fascinante.

Pero es consciente de que se trata sólo de una distracción, de un método que analizar en el futuro.

A través de los altavoces Alexa, suena el álbum «Physical Graffiti» por tercera vez esa noche. Se detiene a escuchar el solo inicial de *Trampled under Foot*.

Contempla la fotografía en la que aparece él con su esposa y su hija delante del MoMA de Nueva York. Sin duda, el lugar preferido de su esposa en el mundo entero. Tanto ella como su hija sonríen, mientras que él parece afligido.

Menea la cabeza, conteniendo las lágrimas, y mira los puntos clave de la pantalla que deberá condensar en su cuaderno sobre La Cadena.

Las cosas van bien. Aunque no ha puesto a prueba completamente la aplicación, cree que debería funcionar. Y hacerlo sólo para Rachel.

Reordena la lista de la pantalla. Éstos son los datos sobre los que ahora está bastante seguro:

- Al menos, dos individuos. Dos estilos y modos de operar diferentes. Parientes. ¿Hermanos?
- Con domicilio en Boston.
- No del crimen organizado.
- Con algún antecedente en la policía.

Termina *Trampled under Foot* y empieza a sonar *Kashmir*. La mujer lleva observándolo ya noventa segundos. Su ritmo cardíaco está disparado.

Sus instrucciones son claras: matar a Erik y llevarse el cuaderno.

Sabe por qué la ha escogido La Cadena: por sus dos condenas por robo con allanamiento. La consideran una especie de experta. Pero no lo es. Aquellos robos fueron errores de juventud. Ahora es una respetable profesora de quinto grado. Ha tenido suerte de que la puerta trasera de Erik tuviera una cerradura tan vieja. Apenas hacía falta ninguna habilidad especial.

Ha tenido suerte.

Y Erik, en cambio, ha tenido mala suerte.

Ella ya ha matado antes, de hecho. Mató a un perro en la carretera de Cape Cod. Lo atropelló y tuvo que acabar con su sufrimiento con una pala para la nieve.

Quizá es eso lo que ahora va a hacer con Erik: acabar con su sufrimiento.

Su esposa ha muerto. Su hija está en un psiquiátrico.

«Sí», piensa, y le apunta a la espalda con la pistola.

El despertador de Pete suena a las cinco en punto. Lo apaga antes de que despierte a Rachel y se levanta de inmediato de la cama.

Su piel, sus ojos y sus órganos internos claman una dosis. Ahora ha transcurrido un día entero. Una de sus abstinencias más largas hasta el momento. Está probando una técnica llamada *estiramiento* que le han recomendado algunos tipos del programa de rehabilitación. Estiras el tiempo entre una dosis y otra todo lo que puedes: un día entero, luego un día y medio, luego dos días. Mira el reloj. Veinticinco horas y cinco minutos. Está acercándose. Está a punto de alcanzar su récord. Se siente bien. Por ahora.

Prepara café, hace unas flexiones, entra en el baño y cierra la puerta. ¿Qué pasaría si se metiera sólo la mitad de lo normal? ¿Podría desengancharse así? ¿Funcionaría? No, la mitad es una locura. Dos tercios quizá.

Mide dos tercios de la dosis normal, la calienta en una cucharilla, la succiona con la jeringa y se la inyecta. Buena mercancía.

Se tumba en el sofá. Los sueños maravillosos se adueñan de él durante una hora.

Vuelve a despertar.

Podría haber resistido más. Se encuentra perfectamente.

Hace más café, se ducha y luego prepara la masa para las tortitas. Piensa en las armas y, por tercera vez, va a comprobar que siguen en la camioneta. Ahí están. Examina el rifle de caza, la 45, la escopeta de Rachel y la nueve milímetros.

Ayer se llevó las cuatro al campo de tiro y estuvo practicando un buen rato. Él era oficial de ingeniería en el cuerpo, pero más allá de su trabajo, cada marine es ante todo un soldado de infantería.

A continuación, Rachel se levanta.

No ha dormido gran cosa.

Se puso a vomitar en mitad de la noche.

Ya han pasado once días desde la última sesión de quimio, pero le ha sucedido lo mismo algunas veces. O podría tratarse sólo del miedo.

El Chico Llamado Teseo llamará a la Chica Llamada Ariadna a las diez en punto.

Rachel sale del dormitorio y se sienta a la mesa de la sala de estar.

Pete le da un beso en lo alto de la coronilla.

—¿No has dormido?

—Sí. Un poco. He tenido otro sueño.

A Pete no le hace falta preguntar sobre qué.

Otra pesadilla.

Otro atisbo del futuro.

Kylie se levanta a las ocho y Stuart llega casi enseguida, a las ocho y media.

—¿Alguien quiere tortitas? —ofrece Pete.

Acaba de verter la masa en la sartén cuando llegan Marty y Ginger en un Mercedes blanco que parece un transatlántico.

Pete apaga el fuego y, junto con Rachel y Kylie, sale a recibirlos.

—Vaya, vaya. Pero ¿ésos no son Lily, Rosemary y la Jota de Corazones? ¹ — exclama Marty, dándole a Pete una palmada en la espalda y besando a Rachel y a Kylie.

—Y si no lo son... —dice Pete, pero no se le ocurre una buena réplica.

Marty es sin duda el pico de oro de la familia.

«Forman una pareja atractiva», piensa Rachel mirándolos. Ginger lleva el pelo más largo y se ha quitado el tinte, de modo que ahora lo tiene de un precioso tono cobrizo que le sienta mejor. Los ojos de Marty se ven más verdes de lo habitual.

—Pete ha hecho tortitas y yo voy a freír un poco de beicon —anuncia Rachel.

Se sientan a la mesa de la sala de estar y desayunan.

—Están muy buenos, hermanito mayor. ¿Los has hecho con una masa precocinada? —pregunta Marty.

Pete niega con la cabeza.

—Como dice el maestro Mark Bittman, las masas precocinadas son un síntoma de una civilización decadente.

—Toda mi infancia fue así —explica Marty mirando a Ginger y a Kylie—. Haces una pregunta inocente y te ganas una lección magistral sobre los problemas del mundo.

—Miente. Él era el mimado de la familia —replica Pete.

—¿Cómo fue tu infancia, Ginger? —pregunta Rachel.

—Buf, una locura. No me hagas hablar. Ni siquiera recuerdo los años de la comuna. Vivimos en un montón de sitios antes de volver a Boston —contesta ella.

—¿Por eso te sentiste atraída por el FBI? ¿Por la estabilidad? —pregunta Rachel.

—No exactamente. Mi padre era agente; mi abuelo, policía de Boston, así que supongo que viene a ser como el negocio familiar —explica Ginger.

—¿Seguro que no te importa que os carguemos con dos críos? —le pregunta Rachel a Marty en un aparte, al terminar el desayuno.

—Ya lo he hablado con Ginger. Le encantará tener a Kylie y a Stuart en la casa de su abuelo. Es un viejo e inmenso caserón lleno de diversiones, junto al río Inn. Los chicos se lo pasarán bomba. Les va a encantar.

—Muchas de esas viejas casas de la zona, en la llanura inundable del río, son peligrosas. Id con cuidado, ¿vale?

—No te preocupes. La casa es magnífica. Han gastado un montón de pasta para remodelarla.

—O sea ¿que Ginger viene de una familia rica? Menuda suerte la tuya —comenta Rachel.

—Sí, debe de ser dinero de la familia, porque no ganas tanto como agente del FBI —responde Marty.

—A menos que sea uno de esos agentes corruptos —bromea Rachel.

—Vamos, Rach. Mírala. Parece salida de un casting de *Ley y orden*.

Stuart y Kylie están listos por fin, y Pete y Rachel los acompañan a todos al coche.

—Cuidad de los chicos —pide ella.

Ginger le da un abrazo.

—No te preocupes. Con nosotros están a salvo —promete.

«Sí, una familia adinerada», piensa Rachel mirando su bolso, un Hermès Birkin pequeño pero espléndido.

Se reparten besos y abrazos, y los cuatro se marchan por fin.

De nuevo en casa, Pete extiende sobre la mesa un mapa de Nueva Inglaterra.

—En algún punto de este rectángulo —dice.

—Ahora sólo tenemos que esperar la llamada de Erik. Voy a comprobar que los localizadores GPS que le pusimos a Kylie en los zapatos estén funcionando.

Enciende el móvil y, sí, en efecto, ahí está Kylie dirigiéndose hacia el sur.

Miran la previsión del tiempo. Llovizna, quizá alguna nevada.

Podría ser peor.

Esperan la llamada de Erik.

Dan las diez.

Las diez y cuarto.

Las diez y media.

Las once.

Ha pasado algo.

—¿Qué hacemos? —pregunta Pete.

—Esperar, supongo —responde Rachel. Pero está segura de que ha sucedido algo terrible.

Pete también. Es esa sensación que te entra un minuto antes de que se disparen las alarmas y empiecen a llover los proyectiles de la artillería.

Las once y cuarto.

Las once y media.

Una espesa niebla se aproxima desde el Atlántico. Un clima siniestro que parece cargado de malos presagios.

A las doce menos cuarto llega un mensaje al móvil desechable de Rachel.

Si recibes este mensaje quiere decir que estoy en peligro o herido. Lo más seguro es que esté muerto.

Te envió un enlace con una

página donde podrás descargar anónimamente la aplicación espía de comunicaciones telefónicas y mensajes de texto. Recuerda: cuanto más tiempo permanezcas en comunicación directa, más probabilidades tendrás de encontrar a la persona con la que estás hablando; o sea que, si decides utilizarla, procura hacerles hablar el mayor tiempo posible. No he logrado que la aplicación funcione con Wickr, Kik u otras aplicaciones encriptadas. Si ellos se comunican por ese medio, no funcionará bien. Quizá sí la versión 2.0, suponiendo que aún esté vivo. Buena suerte.

El siguiente mensaje es un enlace desde donde pueden descargar la aplicación de Erik.

Rachel le enseña el mensaje a Pete y pone las noticias de la tele.

Pasan otros tres cuartos de hora hasta que la noticia sale en la WBZ Boston.

«Un profesor del MIT ha sido asesinado esta mañana. Erik Lonrott ha recibido tres disparos en su propia casa...»

El reportaje continúa contando que no hay testigos del crimen. La hipótesis de la policía es que se trata de un robo que ha salido mal, porque al parecer la casa ha sido desvalijada y han desaparecido diversos objetos.

—Anotó mi nombre en su cuaderno —dice Rachel.

Unas semanas después de la muerte de Cheryl, Tom promete a los niños que van a empezar de cero. Ahora es un hombre nuevo y más bueno, dice. Va a reservar de una vez ese viaje pendiente a Disneylandia. Va a trabajar menos. Va a convertirlos en el centro de su vida.

El cuento del hombre más bueno resulta convincente durante unos diez días. Después, un incidente en el trabajo lo saca de quicio y hace un alto en un bar al volver a casa.

El bar se convierte en un abrevadero habitual en el trayecto de vuelta desde la oficina del FBI.

Una noche conoce a alguien allí y ni siquiera regresa a casa.

A Oliver y a Margaret les da igual.

Ellos son autosuficientes. Oliver pasa gran parte de su tiempo con su ordenador. Margaret sigue leyendo mucho. Las novelas de detectives y las historias románticas son sus preferidas. También escribe. Cartas anónimas.

Un chico que le gustaba invitó a la discoteca del colegio a otra chica.

La chica recibió una carta que hizo que se decidiera a no ir a la disco.

El profesor que le puso un cero recibió una carta que amenazaba con revelar su secreto. Era un viejo truco que había leído en un libro de Mark Twain, pero el profesor apareció al día siguiente más pálido que un fantasma.

Margaret está trabajando en otro proyecto. Dedicar un montón de tiempo a copiar y a perfeccionar la letra de su padre.

En el primer aniversario de la muerte de Cheryl, Tom llega a casa borracho por completo cerca de medianoche.

Los niños lo oyen renegar abajo, presa de un tremendo ataque de furia.

Esperan temblando en su habitación a que suba ruidosamente la escalera.

No tienen que esperar mucho.

Pom, pom, pom, pom.

La puerta de la habitación se abre de una patada.

—¿Dónde está el pastel de carne?! —brama. La frase es tan tonta que Margaret casi se parte de risa.

Tom enciende la luz y las risas se disuelven en el acto. Los niños ven que se ha quitado el cinturón.

Por la mañana le había dicho a Margaret que le guardara un poco de pastel de carne, pero ella y Oliver se lo han terminado. Y no había nada más en la nevera.

—¿Es que nunca escuchas lo que te digo, mierdecilla atontada?! —grita Tom, y la saca de la cama de un tirón tan brutal que le disloca el hombro.

Le arrea dos buenos latigazos con el cinturón doblado y luego le dice que deje de llorar, que apenas la ha tocado.

Después, vuelve a bajar enfurecido.

Margaret pasa la noche rabiando de dolor. Tiene que ser la enfermera del colegio la que la envíe al hospital a la mañana siguiente. Tom se siente culpable y lleno de remordimientos. Deja de beber. Empieza a ir a la iglesia y a asistir a las reuniones de un grupo evangélico.

Margaret y Oliver esperan su ocasión.

El arranque de devoción no dura mucho.

Un par de meses después, Tom empieza a beber de nuevo.

Una noche, cuando está borracho como una cuba en el sofá, Margaret saca el arma de su pistolera. Entre ella y Oliver le abren con cuidado la boca, le colocan el cañón entre los labios y aprietan juntos el gatillo. Luego limpian las huellas dactilares de la pistola y se la ponen en la mano derecha.

Dejan la nota de suicidio que han escrito sobre la mesita de café.

Ambos se las arreglan para derramar falsas lágrimas y llaman a Emergencias.

Después de pasar por los servicios sociales, los niños acaban bajo la tutela de su abuelo Daniel y se van a vivir a la casa destartalada e infestada de moscas que éste tiene a orillas del río Inn, en una zona pantanosa de Massachusetts.

El abuelo Daniel es un policía retirado de Boston.

Ellos apenas lo han visto; él, en cambio, los recuerda bien. Se acuerda de

cuando eran unos renacuajos y vivían en una comuna en el norte de Nueva York.

Daniel no va mucho a la ciudad. Vive de la pesca y la caza, de tender trampas, y su casa está decorada con los cráneos de numerosos y variados animales.

A la mujer de los servicios sociales la recibe con una escopeta abierta sobre el hombro. Margaret y Oliver le dan un abrazo a su abuelo.

La mujer de los servicios sociales se siente aliviada al ver que los niños parecen conocer y querer al viejo.

—A su madrastra no le gustaba demasiado este lugar ni yo mismo, pero aun así los he visto un par de veces —explica él.

Cuando la mujer se ha ido, Daniel los lleva a la cocina y le da una lata de Budweiser a cada uno. Ellos la aceptan nerviosos. Hay un cerdo descuartizado colgando cabeza abajo sobre el gran fregadero de la cocina. Su piel blanca está tan cubierta de moscas que parece negra.

Daniel les enseña a abrir las latas de cerveza. Es igual que con las de Coca-Cola. Les dice que pueden llamarlo Rojo o *abuelo*. Les pregunta qué quieren hacer con sus vidas. Oliver responde que quiere ganar un montón de dinero, quizá con ordenadores, y Margaret, que quiere ser agente del FBI como su padre.

Daniel reflexiona un momento.

—Ya veremos —responde—. Lo primero que hemos de hacer es decidir qué nombres os ponemos. —Estudia atentamente al niño—. A ti te llamaremos Olly. ¿Te gusta?

—Sí, señor —dice él.

Luego observa a la niña.

—Y, en tu caso, con esa mata de pelo rojo, es obvio. A ti te llamaremos Ginger.

El monstruo anda por ahí suelto: ahí mismo, al otro lado del cristal, entre la espesa niebla.

Ha matado a Erik, piensa Rachel, y en cuanto vea su nombre anotado en el cuaderno, también la matará a ella. A ella, a Kylie, a Pete, a Marty, a Ginger y a cualquier otra persona relacionada con ella.

Ahora no hay alternativa. La idea de una alternativa ha sido siempre una ilusión.

Sólo se puede hacer una cosa.

Le tiembla la mano.

Pete la mira expectante.

Ella sabe muy bien lo que va a hacer a continuación.

Antes que nada, llama a Marty para asegurarse de que Kylie está a salvo. Ella no responde al teléfono, como de costumbre, pero el localizador GPS los sitúa en el centro comercial de Copley Place.

Marty contesta de inmediato.

—Sí. Kylie está bien. Estamos terminando de hacer compras en el centro comercial —dice.

—¿La tienes a la vista?

—Sí, claro. Está en la tienda Adidas con Stuart.

—¿Y luego os vais a la casa del padre de Ginger?

—Del abuelo. ¿Qué sucede, Rach? Noto que algo va mal.

—Sólo quiero asegurarme de que Kylie está a salvo.

—Claro que sí. El hermano mellizo de Ginger también estará allí. Ella es agente del FBI, y su abuelo expolicía de Boston. No veo cómo podría estar más a salvo.

—Perfecto, Marty. Cuídala, ¿vale?

—Sí. Procura cuidarte tú. Descansa este fin de semana. Necesitas recuperar fuerzas.

—Sí, de acuerdo.

Se despiden y cuelgan.

—¿Y ahora qué? —pregunta Pete—. ¿La policía?

Rachel se recoge el pelo en una cola.

—Kylie está a salvo, pero ellos van a venir a buscarnos a nosotros. Hemos de salir de esta casa.

—¿Cuál es el plan? —quiere saber Pete.

—Descargamos la aplicación y vemos si funciona. Suponiendo que sí, averiguamos dónde viven y llamamos a la policía.

—¿Y si no?

—Llamamos a Ginger, le contamos todo lo que sabemos y le pedimos que se lleve a Kylie en custodia protegida. Y después nos entregamos, supongo.

Pete la mira.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

—No lo sé. ¿Horas? Venga, empecemos —dice Rachel.

Pincha el archivo de la aplicación de Erik. Se descarga sin problemas, pero cuando intenta abrirla aparece un mensaje en la pantalla del teléfono:

Para que la aplicación funcione debe introducir el siguiente número de esta secuencia: 8, 9, 10, 15, 16, 20... Si introduce un número erróneo, su teléfono quedará bloqueado y todos los dispositivos asociados a su cuenta permanecerán desactivados durante veinticuatro horas.

Rachel le enseña el mensaje a Pete.

—Menudo problema. Hemos de encontrar los dígitos exactos o estamos jodidos —masculla él.

—¿Qué me dices de la secuencia? ¿La reconoces?

Él niega con la cabeza.

—No son números primos. Tampoco la suma de los números anteriores. A primera vista, no es una serie que conozca.

—Sólo tenemos un intento. Si la fastidiamos, no podremos volver a intentarlo

hasta mañana.

—Y mañana será demasiado tarde, maldita sea.

—Ocho, nueve, diez, quince, dieciséis, veinte —dice Rachel en voz alta.

—Lo buscaré en Google —sugiere Pete. Pero lo único que encuentra son enlaces de vídeos de YouTube para enseñar a los niños a contar.

Rachel cierra los ojos para concentrarse. ¿De qué secuencia se trata? Está segura de haberla visto en alguna parte.

—Un protocolo adicional de seguridad no tiene sentido en esta fase, ¿no, Pete? —indica mientras piensa—. Quiero decir, Erik sabía que la única persona que iba a descargar la aplicación era yo, ¿no es así?

—Cierto —asiente él.

—Y posiblemente La Cadena, suponiendo que ellos se hayan apoderado del cuaderno y hayan empezado a descifrarlo. Así pues, ¿qué código habrá introducido aquí que sirva para ralentizar sus progresos pero me permita a mí acceder con facilidad?

—No lo sé —dice Pete.

Rachel deja el teléfono sobre la mesa y deambula por la sala de estar. La lluvia repiquetea en la claraboya. Suena la sirena de niebla del guardacostas.

—¿Algo relacionado con tu formación en filosofía? —apunta Pete.

—Lo único que él sabía de mí es que tengo cáncer, que soy madre y que mi equipo son los Yan... ¡Mierda, ya lo tengo!

Coge el teléfono y teclea el número 23.

Aparece un mensaje en la pantalla:

El número es correcto. Puede iniciar la aplicación después de introducir su nombre de usuario.

—¿Veintitrés? —dice Pete—. No lo pillo. Es un número primo, pero veinte no lo es.

—Son números retirados de los Yankees en honor a los jugadores que los llevaron. Un bostoniano no puede saberlo, pero una fan de los Yankees, sí —explica ella.

La aplicación se abre con un mapa de la costa Este de Estados Unidos. El sistema es sencillo y fácil de usar. Hay un botón verde de «Iniciar el rastreo» y

otro rojo de «Finalizar el rastreo». Esa simplicidad oculta, sin embargo, un análisis matemático y estadístico muy sofisticado.

—¿Cuál es el nombre de usuario? —pregunta Pete.

Rachel teclea su nombre.

Usuario no reconocido. Tiene dos intentos más.

Teclea «Erik».

Usuario no reconocido. Tiene un intento más.

Teclea «Ariadna».

Aparece una pantalla llena de texto.

Bienvenida, Ariadna. La aplicación debería funcionar con mensajes de texto y comunicaciones telefónicas. La versión beta también funcionará, hasta cierto punto, con aplicaciones de comunicación encriptada. La versión 2.0 funcionará con la mayoría de las aplicaciones de mensajes encriptados. Tan sólo pulse el botón verde cuando esté hablando por teléfono y la aplicación tratará de localizar la torre de telefonía más cercana al punto de origen de la llamada. Cuanto más tiempo prolongue la comunicación con su interlocutor, más exactamente se aproximará la aplicación en su resultado.

Rachel le enseña el texto a Pete.

Él lo lee y asiente.

—O sea, que si responden a tu mensaje Wickr con otro mensaje Wickr, quizá no funcione.

—Supongo que no.

—Si no tuviéramos tan poco tiempo, yo diría que esperásemos hasta mañana por la mañana. El domingo, a primera hora, la mayoría de la gente está en casa. En cambio, un sábado por la tarde...

—Ahora o nunca. Tenemos que jugárnosla.

—De acuerdo.

—Ahí vamos.

Abre la aplicación Wickr de su teléfono y empieza a escribir.

Estaba pensando en lo que me dijiste en Acción de Gracias. Quiero saber si hay algún modo de salir de La Cadena para siempre. Tengo pesadillas. Mi hija sufre unos dolores de

estómago terribles. ¿Podemos comprar de algún modo nuestra salida permanente de La Cadena? Gracias.

Le enseña el mensaje a Pete y luego lo envía a la cuenta Wickr 2348383hudykdy2.

Diez minutos después, recibe la notificación de que su interlocutor está enviándole una respuesta. Pulsa «Iniciar el rastreo» y el algoritmo espía de Erik se activa de inmediato.

Qué agradable sorpresa recibir noticias tuyas. Es un poquito pronto para los regalos de Navidad, ¿no te parece? Lamento tener que informarte de que no ofrecemos el servicio que solicitas.

El mapa GPS del teléfono se activa, pero luego no pasa nada. El mapa se congela y la aplicación se colapsa. Rachel pulsa una y otra vez la pantalla, pero está bloqueada.

—No ha funcionado —anuncia.

—Él no creía que fuera a funcionar con aplicaciones encriptadas. También dijo que el rastreo telefónico funciona mejor.

—Si ahora digo: «Lláname, por favor», sospecharán —repite Rachel.

—No lo sé.

A ella se le ocurre una idea.

—Erik podría ser un loco, ¿sabes? Quizá esto no tiene la menor posibilidad de funcionar.

—El MIT no contrata a idiotas.

—Pero podría ser que estuviera loco, de todos modos. Tal vez el dolor lo había hecho enloquecer, ¿no?

—¿Crees que puedes correr el riesgo de comunicarte otra vez con ellos sin cabrearlos?

—¿Qué más da? En cuanto vean mi nombre en el cuaderno, vendrán a por nosotros.

—No sabemos si tienen el cuaderno. A lo mejor está escondido en una caja fuerte o algo así.

Rachel mira a través de las ventanas.

—Lo tienen —asegura—. Lo están leyendo ahora mismo. Tarde o temprano atarán cabos.

—Es culpa mía. Lo siento mucho —dice Pete.

—Yo no podría haber recuperado a Kylie sin ti, Pete —asegura ella.
Vuelve a abrir la aplicación Wickr.

Tiene que haber un modo de salir de La Cadena para siempre. Algo que yo pueda hacer por ti o una suma de dinero que pueda pagarte. Una forma de terminar de forma permanente, para saber que estamos a salvo. Por favor, por el bien de mi pequeña,
dime cuál es.

Sólo tienen que esperar dos minutos para recibir la respuesta de 2348383hudykdy2. De nuevo llega a través de Wickr, no del teléfono. Rachel enciende la aplicación espía.

Debes de ser bastante estúpida si no lo has entendido. ¿Qué fue lo primero que te dijimos? No se trata del dinero. Se trata de La Cadena, que ha de seguir funcionando siempre. Si se pierde un eslabón, se viene abajo todo el conjunto. ¿Está claro, idiota?

El algoritmo espía se recalibra y empieza a buscar, y el localizador GPS vuelve a activarse, pero de nuevo se colapsa enseguida sin ningún resultado. El teléfono se bloquea y Rachel tiene que apagarlo y volver a encenderlo.

—Nada —masculla.

—¡Mierda!

—Lo intentaré una vez más —insiste ella.

Por favor, te lo suplico. Por el bien de mi familia, ¿hay algo que pueda hacer para salir de La Cadena?

Le enseña el mensaje a Pete.

—Envíalo —dice él.

Rachel lo hace. Esta vez no llega una respuesta inmediata.

Pasan cinco minutos.

Diez.

—Se acabó —afirma ella.

Entonces suena su iPhone.

Se apresura a cogerlo y se le cae al suelo.

El aparato rebota y la pantalla se resquebraja.

—¡Mierda! —grita Rachel. Recoge rápidamente el teléfono y enciende la aplicación de Erik.

—¿Sí?

Es el número desconocido. La voz, como siempre, suena distorsionada.

—Hay algo que puedes hacer por nosotros, Rachel. ¿Por qué no te matas de una vez, zorra estúpida? —espeta la voz.

El algoritmo espía cobra vida y empieza a concentrarse en una zona de Massachusetts, al norte de Boston.

—Por favor, yo...

—Adiós, Rachel —replica la voz.

«Haz que siga hablando», dice Pete sólo con los labios.

—Espera. No te vayas. Sé cosas sobre ti. He hecho averiguaciones —asegura Rachel.

Hay un silencio antes de que la voz pregunte:

—¿Qué cosas?

La mente de Rachel trabaja a toda velocidad. No quiere que ellos la relacionen con Erik por si resulta que no han encontrado el cuaderno, al fin y al cabo. ¿Qué cosas sobre La Cadena puede haber descubierto por su propia cuenta?

—La mujer que se llevó a mi hija se llama Heather. Al marido se le escapó sin querer delante de Kylie que su hijo se llama Jared. No resultaría difícil encontrar a una Heather con un hijo con ese nombre.

—¿Y qué harías con esa información? —pregunta la voz.

—Podríamos empezar a rastrear hacia atrás hasta el principio mismo de La Cadena.

—Eso sería tanto como firmar tu propia sentencia de muerte, Rachel. Tienes que ser una mujer muy estúpida para jugar así con tu vida y con la de tu hija —

indica la voz.

Mientras van hablando, la aplicación se concentra en un área cada vez más reducida de Massachusetts. El círculo se va estrechando progresivamente sobre un trecho situado al sur de Ipswich y al norte de Boston.

—No quiero causar ningún problema. Sólo... sólo quiero sentirme a salvo — replica Rachel.

—Si vuelves a contactar con nosotros, estarás muerta antes de que termine el día —asegura la voz.

La comunicación se corta.

Pero la aplicación ha funcionado. La llamada se ha efectuado en la zona de la isla Choate, en las marismas del condado de Essex. La torre de telefonía más cercana del comunicante está en la propia isla Choate.

Rachel saca una captura de pantalla del mapa y se la enseña a Pete.

—¡Aquí está! —exclama él.

—¡Vamos! —asiente Rachel.

Circulan a toda velocidad hacia el sur por la Ruta 1A, pasan por Rowley y luego por Ipswich, donde toman la 133, una carretera estrecha que atraviesa la Gran Marisma de Ipswich.

Procuran mantenerse lo más cerca posible de la isla Choate, pero no hay carreteras que lleven a las ciénagas de la isla propiamente dicha, así que deberán caminar si quieren encontrar la torre de telefonía. La niebla no es tan densa allí, pero cae una lluvia gélida que el viento del océano inclina hacia ellos.

Aparcan la camioneta y se apean. Se ponen los abrigo y las botas. Pete coge el rifle, la Glock, la 45 y dos granadas aturdidoras que cree que podrían ser útiles. Rachel coge su escopeta. Está temblando. Tiene tanto miedo que le cuesta respirar.

—No te apures, Rach. Ahora no va a pasar nada. Esto es una misión de exploración. Como tú dices, averiguaremos dónde viven y llamaremos a los federales.

Caminan por un sendero que se adentra en la ciénaga, cerca de Choate. Pese a la lluvia y el frío, hay montones de moscas. El terreno a uno y otro lado del sendero está empapado y lleno de maleza, y resulta denso y claustrofóbico. Aquí

y allá atisban el río Inn, cuya corriente lodosa está cubierta de una capa de algas marrones. El Inn es un afluente del río Miskatonic, que traza una curva más al norte a través de la ciénaga. El pantano entero parece internarse hacia un centro oculto en la espesura. De los árboles cuelga algo similar al musgo, los pájaros chillan en las ramas altas y los insectos abundan sin que el invierno parezca haberlos diezmado.

Rachel se estremece. Se están acercando. Lo presiente.

Los sueños, las canciones y las pesadillas desembocan allí.

Les han advertido que no husmeen en La Cadena y, sin embargo, allí está: siguiéndola hacia atrás mediante el hilo de Ariadna.

Pero el laberinto no va a entregar sus secretos tan fácilmente.

Exploran las ciénagas y los pantanos de Choate durante unas horas gélidas y embarradas, y no encuentran nada.

Ni una torre de telefonía.

Ni una estación repetidora.

Apenas ningún signo de civilización.

Se detienen en un pequeño claro, beben un poco de agua y emprenden la marcha de nuevo. Más horas frustrantes. Cuando empieza a oscurecer, están empapados por completo, exhaustos y comidos por los insectos. Rachel no sabe bien si están en la isla Choate, de vuelta en tierra firme o en una isla diferente con otra cuenca fluvial. Han cruzado un centenar de senderos y riachuelos. Está hecha polvo. Los pacientes de quimioterapia no se van de excursión por los pantanos en pleno diciembre.

Jadea para tomar aire.

Se está muriendo allí mismo, en mitad de la ciénaga. Pero Pete no tiene que darse cuenta.

Alza la mirada hacia el cielo amenazador. Por el oeste se amontonan unos nubarrones grises, casi negros.

—¿No anunciaba nieve la previsión? —dice.

—Posiblemente, sí. Y desde luego no podemos seguir aquí en medio de una nevada.

—Si tú fueses a levantar una torre de telefonía, ¿dónde la situarías? —

pregunta Rachel—. Tú eres el ingeniero.

—En el terreno más elevado —contesta Pete.

—¿Hay algún terreno elevado?

—¿Qué me dices de esa colina, por ejemplo?

Es una colina muy pequeña, de quizá diez metros sobre el nivel del mar. Queda a una distancia de unos quinientos metros a través de la espesura.

—¿Por qué no?

Cuando han subido dos tercios de la cuesta, empiezan a distinguir la silueta de una torre de telefonía. Parece como si se hubiera caído, o quizá es que se ha hundido en parte e inclinado sobre el suelo.

Llegan a lo alto de la colina, con resuellos entrecortados.

Desde allí se divisa la red del río Inn extendiéndose hacia el oeste. La llanura aluvial, de un verde desmayado, es vasta, fétida e inmundada, como si cubriera una ciudad perdida de corsarios que aguardara a ser exhumada de sus propias cloacas.

A Rachel se le cae el alma a los pies.

¿Cuál era el plan de Erik exactamente? ¿Qué esperaba que hicieran cuando encontraran la torre de telefonía más cercana al lugar de donde procedían las llamadas de La Cadena?

—¿Y ahora qué? —le pregunta a Pete.

Escruta las nubes y consulta su reloj. Son las cinco. Llevan todo el día caminando. Están ateridos y mojados. Y no quiere que Rachel siga allí cuando se haga de noche. Menos aún sin el equipo apropiado y con una nevada inminente.

Pete tiene, además, otros problemas. La ha pifiado esa mañana con esa chorrada de los dos tercios de la dosis. Se le empieza a poner la carne de gallina. Tiene los ojos resecos. Le están entrando unos sudores tremendos. No está en crisis todavía, pero acabará pasando.

Necesita una dosis.

Pronto.

—¿Crees que deberíamos dejarlo por hoy? —pregunta.

Rachel niega con la cabeza. Ahora están muy cerca. Debe encontrarlos antes de que ellos vayan a buscarla. No se presentará una ocasión igual.

Tiene que ser ahora.

—¿Lo dejamos por hoy? —repite Pete.

—¿Y luego qué? —dice ella.

—Vamos a los federales y se lo contamos todo. Dejamos que sean ellos los que busquen la casa.

—Iremos a la cárcel.

—Quizá los Dunleavy no colaboren con la policía —sugiere Pete.

Rachel vuelve a negar con la cabeza.

—Ellos sólo nos ayudarán si les consta que La Cadena ha sido desactivada.

Pete asiente.

—¿Qué es aquello que hay al norte, junto al río? —pregunta Rachel, cogiéndole los prismáticos—. ¿Una cabaña?

Observa con atención la estructura.

Está a poco más de un kilómetro. Es un viejo caserón con un balcón corrido que lo rodea por completo. Y queda justo en línea recta con la torre de telefonía.

—Vale la pena acercarse a echar un vistazo —dice Pete—. Pero tendremos que vadear un torrente o dos. Yo diría que está en tierra firme, de hecho.

Cruzan un torrente helado que les llega a la altura del muslo y luego suben por un bosquecillo ralo hasta llegar a unos centenares de metros.

Es una casa de considerable tamaño construida en parte sobre piezas de madera junto al río. Se encuentra al lado de un par de granjas en ruinas que asoman apenas entre las marismas del este. Hay varios vehículos aparcados bajo el porche del lado norte.

A Rachel se le erizan los pelos de la nuca.

Algo de ese lugar parece hablar a gritos de un desenlace.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta Pete.

—Vamos a intentar acercarnos. Si pudiéramos ver las matrículas de los coches...

—Tendremos que avanzar a rastras. Pegados al suelo. Aquí la vegetación no es tan densa. Podrían vernos —repone Pete.

Rachel se sujeta la escopeta al hombro con la correa, bebe el agua que le queda y sigue a Pete a rastras.

El terreno es cenagoso y húmedo, con zarzas, cardos y arbustos de ciruelo de playa.

En treinta segundos, los dos están cubiertos de arañazos y sangre.

Empieza a nevar.

Ahora están a cien metros de distancia de la casa.

Es una fea construcción, llena de ángulos y extensiones desgarbadas añadidas en distintas épocas y con maderas diferentes. Parece haberse expandido de nuevo recientemente para albergar un par de habitaciones más en el segundo piso.

Pete saca los prismáticos y trata de divisar las matrículas de los coches aparcados bajo la casa, pero no logra distinguirlas.

—¿Quieres probar, Rachel? Tú tienes mejor vista.

Ella examina los coches. Un Mercedes, un par de camionetas, un Toyota.

Ve que sale alguien al balcón.

—¡Oh, Dios mío! ¡Kylie! —chilla. Se pone de pie con torpeza y echa a correr hacia la casa.

—¡Pero ¿qué demonios?! —grita Pete atónito.

Le lleva veinte metros de ventaja, pero Pete la alcanza en ocho segundos. Le hace un placaje y Rachel se desploma justo delante de un tronco viejo.

—¿Qué narices estás haciendo? —dice Pete, dándole la vuelta para que lo mire.

Ella forcejea con violencia para zafarse.

—¡Tienen a Kylie! ¡La tienen! ¡La he visto en el balcón! —contesta Rachel sin aliento.

Pete se asoma por encima del tronco para mirar el balcón. No hay nadie.

—Estás equivocada.

—¡Era ella! ¡La he visto!

Pete niega con la cabeza. Es imposible que tengan a Kylie. Está con Marty, y ellos han ido con cuidado.

Rachel está hiperventilando.

—No es Kylie —susurra Pete—. Y puedo demostrarlo. Le pusimos un localizador GPS en los zapatos, ¿recuerdas? Te voy a enseñar dónde está. Y te aseguro que no es aquí.

—Enséñamelo —le exige Rachel—. Yo sé lo que he visto.

Pete abre la aplicación y le demuestra que Kylie no está en las inmediaciones.

—Está en Boston.

Rachel mira la pantalla del teléfono. En efecto, el GPS de Kylie parpadea en el centro de Boston, no allí.

—Estaba segura de que la había visto —responde confundida.

—Venga. Volvamos a ocultarnos detrás de los arbustos antes de que nos descubran —dice Pete.

Escuela Innsmouth High. Ginger, el día de orientación universitaria en décimo grado.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer con tu vida, Margaret?

—Quiero ser agente del FBI como mi padre.

—Una opción encomiable, cariño, pero deberías mejorar algunas de tus notas.

—¿Cuáles?

—En literatura vas muy bien, pero en matemáticas y ciencias te hace falta esforzarte un poco. Tu hermano puede ayudarte, estoy seguro.

—Sí, a él le encantan esas cosas.

Oliver ayuda a Ginger a hacer los deberes en la enorme y destartalada casa de su abuelo. Mosquiteras y veneno contra las hormigas e insectos en verano. Estufas de leña y calefactores de queroseno en invierno.

Daniel enseña a cazar a los mellizos en los rincones oscuros del valle Miskatonic. También a desollar, ahumar y conservar la carne de los animales.

Les cuenta viejas historias de policías. Relatos antiguos de la guerra.

Ginger y Oliver trabajan duro. Ambos consiguen entrar en la Universidad de Boston, cosa que enorgullece a Daniel. Olly estudia Ingeniería Informática. Ginger, Psicología.

Los dos muestran un excelente rendimiento. La única pega es la cantidad de dinero que deben pedir para sus becas de estudios. Daniel no es un hombre adinerado y se han ido volviendo cada vez más pobres.

Después de la graduación, sin embargo, Oliver recibe ofertas de media docena de empresas nuevas de Silicon Valley y Ginger, del FBI, la CIA y el ATF. ¹

Ginger ingresa en el FBI.

En el Buró demuestran mucho afecto por su padre. «Una pena lo que le pasó, una verdadera pena...»

Ginger trabaja duro y progresa rápidamente. Hace contactos. «Yo conocía a tu viejo. Era un agente formidable. Nosotros dos solíamos...»

Ginger se quema las pestañas estudiando.

Asciende poco a poco en la cadena de mando.

A veces se pregunta si hace eso por ella misma o por complacer a su abuelo. O acaso para superar a su padre. No está claro si su carrera es el resultado de la relación con su padre, o una reacción frente a su figura.

Toma clases en la Unidad de Análisis de Comportamiento en Quantico, donde hay un montón de psicólogos e investigadores que pueden ayudarla a explorar esas cuestiones, si lo desea. Uno de sus instructores cita al poeta alemán Novalis: «El camino más misterioso se dirige hacia dentro». Le gusta la idea, y le gustaría emprender algún día ese camino interior para llegar a las raíces, para aclarar por qué es como es. Pero ese viaje lo hará por su propia cuenta. Jamás le confiará a un psicólogo su historia y las ideas que se le pasan por la cabeza.

Oliver se traslada a California para trabajar, primero en Apple y luego en Uber, y más tarde en otras empresas nuevas más arriesgadas de las que posee una parte. «Cuando una de estas empresas triunfe, nos haremos millonarios.»

Cuando una de ellas triunfe... Por ahora, ha trabajado en dos compañías que han acabado en bancarrota.

No importa.

A Ginger se le ha ocurrido otra idea para ganar dinero.

Dinero de verdad. Auténtico poder.

Ginger oyó hablar de los chicos de Jalisco a principios de la década de 2010.

Los chicos de Jalisco importaron desde México un sistema completamente nuevo de distribución de la heroína. Los cárteles y las mafias eran grupos demasiado violentos e intimidantes para la América profunda. Conscientes de ello, los chicos de Jalisco vieron que había un enorme mercado sin explotar si conectaban con los clientes de la forma adecuada.

Así pues, para hacerse una clientela empezaron a distribuir heroína gratuita frente a las farmacias, las clínicas del Departamento de Veteranos y las clínicas

de metadona. Los médicos que recetaban oxycodona en exceso habían creado una amplia base de consumidores de opiáceos y adictos a los calmantes a quienes les entró el pánico cuando la DEA empezó por fin a tomar medidas enérgicas contra los narcóticos.

La heroína marrón ocupó ese hueco de maravilla. Resultaba más eficaz que la oxycodona o la metadona, y era gratuita, al menos al principio. Y los tipos que la distribuían no daban miedo. No iban armados y no hacían más que sonreír.

En dos años, el cártel de Jalisco contaba con un millón de consumidores.

Entonces se diversificó en otras actividades criminales.

Ginger acaba trabajando en una unidad especial contra el cártel de Jalisco. Investiga las conexiones entre el cártel y la mafia de Boston. Gracias a los delatores y a la infiltración del FBI, el clan familiar del Patriarca ha entrado en decadencia, pero ahora son los chicos de Jalisco los que están en auge.

Ginger descubre el sistema de rehenes que utilizan: las personas que deben dinero son secuestradas hasta que sus familiares han pagado la deuda. Pero hay un rasgo de humanidad en ese sistema: un miembro distinto de la familia puede pasar a ocupar el lugar de la víctima.

Esa modalidad de secuestro funciona en gran parte con un grado mínimo de violencia, pero Ginger vislumbra todo el potencial infrautilizado que encierra y se pregunta si podría modificarlo para sus propios fines.

Entonces se acuerda de lo eficaces que fueron las cartas en cadena durante su infancia.

Analiza la idea con Olly.

Con ayuda de las dotes informáticas de su hermano, La Cadena nace en Boston en 2013.

El éxito no es inmediato. Hay algunos problemas iniciales. Un poquito más de sangre de la cuenta.

Para no implicarse en el trabajo sucio, emplean los servicios de sicarios de Jalisco y Tijuana desesperados por ganar dinero. Ellos no conocen la identidad de sus jefes. Se refieren a la misteriosa mujer que está detrás de la organización con los apodos de *la Mujer Roja* o *la Muerte Roja*. Creen que es la esposa del

jefe de un cártel. Dicen que es una yanqui devota de Nuestra Señora de la Santa Muerte.

Los asesinos de Jalisco y Tijuana son tipos de gatillo fácil. No comprenden que las operaciones en Estados Unidos requieren más sutileza. Hay más muertes de la cuenta en la primera época. Todo el montaje está a punto de venirse abajo.

Ginger se deshace de los asesinos mexicanos y recurre a sus contactos en el agonizante clan del Patriarca de Nueva Inglaterra. Ellos sí entienden el modo de matar americano. Es lo que han estado haciendo durante décadas.

Al final, La Cadena se pone a funcionar como una máquina bien engrasada.

Las cosas se van asentando.

Los matones del Patriarca son eliminados de la ecuación y La Cadena empieza a regularse por sí misma.

Ginger envía las cartas.

Ginger hace las llamadas telefónicas.

Ginger cobra los rescates.

El asunto se convierte en una trama millonaria de secuestro, chantaje y terrorismo, regentada por Oliver y Ginger como si fuese un negocio familiar.

—Es como un Uber del secuestro en el que la mayor parte del trabajo la hacen los clientes mismos —observa Olly.

Si pudieran sacar la empresa a Bolsa, dice, valdría decenas de millones.

Pero, tal como funciona, ya se sienten satisfechos.

Pagan sus becas de estudios. Se hacen ricos.

Abren cuentas bancarias en Suiza y en las islas Caimán.

La Cadena ahora va como la seda y parece infalible.

Oliver ha llevado a cabo numerosos estudios de prospección de fallos y sólo vislumbra tres motivos de preocupación que en teoría podrían provocar problemas.

Primero, la tendencia de Ginger a trabajar con descuido. Él le ha dicho mil veces que utilice una nueva dirección Wickr, un nuevo teléfono desechable y una nueva cuenta Bitcoin con cada eslabón de La Cadena. Pero ella no lo hace así, porque resulta una molestia, y por lo general sólo cambia las direcciones y las cuentas una vez al mes. También le ha dicho mil veces que nunca haga una de

las llamadas anónimas de La Cadena cuando está en la oficina, o en su casa de Back Bay, o en el caserón de Daniel junto al río Inn.

Ella le promete mejorar su sistema de trabajo, aunque resulta difícil cumplir sus tareas en el Buró, estudiar para el doctorado y dirigir una sofisticada empresa criminal al mismo tiempo. Con todo, hay muchas capas de encriptación entre ellos y La Cadena. Encriptación, jaulas de Faraday, redundancias...

El segundo motivo de preocupación es la tendencia de Ginger a utilizar La Cadena para ventilar cuentas personales. Por lo que sabe Olly, su hermana lo ha hecho en tres ocasiones. Idealmente, el negocio nunca debería mezclarse con asuntos personales. Pero cuando intervienen seres humanos siempre se confunden un poco los límites. Y andar improvisando normas para delimitar el sistema provoca siempre en el inventor del mismo una sensación de provisionalidad e inestabilidad.

Algunos de esos ajustes de cuentas están relacionados con el tercer motivo de preocupación: la vida sexual de Ginger.

Olly es consciente de que él tiene algo de bicho raro en lo referente a las relaciones personales. Nunca ha tenido una novia de verdad ni ha sentido una atracción romántica de ningún tipo. Es un tipo introvertido, y no le gustan las fiestas ni el contacto físico. ¿Será cierto que los hippies hicieron algún estropicio en la química de su cerebro cuando era un crío?

Ginger, en cambio, está volcada por completo en el mundo. La verdad es que ambos constituirían un ejemplo notable en cualquier estudio psicológico sobre gemelos. Ella tuvo muchos novios a lo largo de la secundaria y la universidad, y desde que entró en el Buró ha salido con una docena de hombres distintos, dos de ellos casados.

El sexo es importante, eso Olly lo comprende de un modo intelectual. El sexo es el comodín que mantiene el ADN de los mamíferos en constante evolución, siempre un paso por delante de los virus y los agentes patógenos que tratan de borrar a la especie del mapa. Olly entiende todo eso desde un punto de vista científico y matemático. Pero el sexo, aun así, no deja de ser una carta peligrosa e imprevisible, y el amor, Dios nos libre, todavía más.

El poder corrompe y el poder absoluto corrompe del todo. Y si mezclas el

poder con el sexo, bueno, entonces pasa lo que pasa; o sea, lo que Ginger ha hecho a veces con La Cadena. En varias ocasiones la ha pillado usando información de las bases de datos del FBI para asuntos relacionados con los intereses de La Cadena. Él sospecha que ha habido otras ocasiones de las que ni siquiera se ha enterado.

Lo cual no es bueno, piensa.

Debe conseguir que Ginger ponga fin a esas actividades.

Oliver está sentado en el estudio de su abuelo con el cuaderno de Erik Lonrott. Arde una hoguera en la chimenea. A través de la ventana se ve cómo cae la nieve a ráfagas.

Examina el cuaderno con atención. En gran parte se trata de una copia en limpio de un cuaderno anterior. O de varios. Erik llevaba tiempo trabajando en eso. Olly era consciente de que alguien estaba investigando La Cadena y había sospechado que podía tratarse de él. Erik se había deshecho demasiadas veces de la vigilancia para ser del todo inocente, y los historiales de búsquedas y análisis remitían directamente a los ordenadores del MIT.

No han conseguido encontrar su portátil y su teléfono, pero llevaba el cuaderno encima.

Erik se tomó la molestia de escribir la mayor parte de los textos con un código cifrado. Eso no inquieta demasiado a Olly. No existe ningún código humano indescifrable. Además, el pobre Erik se había entusiasmado más de la cuenta en sus últimas semanas de vida y, en lugar de codificar con meticulosidad todas sus anotaciones, las había escrito en ruso o en hebreo. Como si así fuera a ocultar algo. El pobre iluso.

Olly revisa esas últimas entradas del cuaderno y no se siente demasiado impresionado. Erik no había llegado muy lejos en su investigación. No tenía sospechosos, ni había descubierto la conexión con los chicos de Jalisco. Sus razonamientos eran muy dispersos.

Algunas de las entradas finales tan sólo contienen palabras y nombres al azar.

Hay alusiones a una aplicación que estaba diseñando, pero ninguna indicación sobre qué tipo de aplicación iba a ser.

La última entrada del cuaderno fue escrita hace muy poco, tal vez hace sólo

unos días.

Dice únicamente: «רחל».

Es una palabra que significa «oveja» en hebreo.

Pero en inglés se pronuncia «Rachel».

Olly suspira y mira por la ventana.

Marty, el nuevo novio de Ginger, tiene una exesposa que se llama Rachel,
¿no?

Esa pequeña reunión familiar va a ser más interesante de lo que esperaba.
Coge su teléfono y le envía un mensaje de texto a su hermana:

Ginger, ¿puedes, por favor, venir a hablar conmigo cuando
tengas un momento?

Rachel intenta comunicarse con Kylie, pero no lo consigue.

—No hay señal —anuncia—. Gracias a Dios, está a salvo.

Pete, sin embargo, parece preocupado.

—Mierda. Quizá no —replica.

—¿Qué pasa?

—Mira el sello de tiempo del localizador GPS de sus zapatos.

—Dios mío. ¡Ha estado en la tienda Adidas de Boston durante nueve horas!
—exclama Rachel—. Ya entiendo lo que ha pasado. Se ha comprado unas zapatillas nuevas, ha tirado las viejas y se ha olvidado del GPS.

—Pero ¿cómo pueden habérsela llevado del centro comercial a plena luz del día? No tiene sentido —dice Pete.

Rachel está anonadada.

El mundo ha desaparecido bajo sus pies.

De nuevo.

Y esa vez la culpa es totalmente suya. Se lo habían advertido. Le habían dicho que dejara las cosas como estaban, y ella ha cometido el error de seguir adelante con su estúpido plan.

Se siente mareada.

Aturdida.

Tiene náuseas.

Intenta vomitar sin éxito.

Los pensamientos de siempre: «Eres una idiota, una estúpida. ¿Por qué no te moriste cuando tuviste ocasión? Todos habrían salido mejor librados».

Se han llevado a su preciosa, inocente y maravillosa hija.

Y la culpa es suya.

«¡Idiota, idiota, idiota!»

No, ya no lo va a ser más.

Se baja la escopeta del hombro. Entrará por la puerta trasera que hay bajo el balcón. Reventará la cerradura de un disparo si hace falta, matará a todos los que estén dentro y sacará a Kylie de allí.

Sacudiéndose los copos de nieve de la cara, se dirige hacia la casa.

—¿Adónde vas? —quiere saber Pete.

—A buscarla.

—No sabes quién hay ahí dentro —dice él.

—No me importa. Tú quédate aquí si quieres. Yo voy a entrar —replica Rachel.

Pete la sujeta del brazo.

—No. Iremos los dos. Espera un par de minutos mientras exploro el terreno.

—Voy contigo.

Él niega con la cabeza.

—Yo soy el experto, Rachel. Hice el curso de reconocimiento del ejército. He hecho este tipo de cosas muchas veces.

—Voy contigo —insiste ella.

—Espera aquí dos minutos, ¿vale? Déjame mirar a mí primero.

—¿Dos minutos?

—Dos. Te haré una señal desde el patio. Espera aquí.

Pete es consciente de que toda la operación de hoy debería haberla realizado él solo. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se le ha ocurrido llevarse a una enferma de cáncer?

Se desliza por terreno abierto hacia el cobertizo de los coches situado bajo la casa. Hay cinco vehículos aparcados: un Mercedes blanco, un Mustang rojo, dos camionetas y un Corolla. Lo cual podría significar mucha gente. Pasa agazapado junto a los coches. Cuando se enciende un foco de seguridad, se queda paralizado. No sale nadie a investigar, así que vuelve a ponerse en marcha despacio. Junto al cobertizo de los coches, hay un garaje propiamente dicho y, al lado, la que parece ser la puerta principal y los grandes ventanales de una sala de la planta baja. No puede arriesgarse a pasar por ahí delante, así que retrocede.

Prueba la puerta situada junto al garaje. Cerrada. La del propio garaje, en cambio, no está bien ajustada. Hay un par de centímetros de espacio entre la base de la puerta y el suelo. Se tumba y desliza los dedos por debajo. Si tan sólo resulta que el aluminio se ha combado, no les servirá de nada, pero si hay un muelle estropeado...

Finalmente, introduce ambas manos bajo la puerta e intenta levantarla. Y, sí, poco a poco empieza a ascender.

Así van a entrar, en plan guerrilla urbana del ejército. Entrás, despejas la primera habitación, pasas a la siguiente y recorres la casa piso por piso hasta comprobar que no hay peligro. Se enfrentan a un número indeterminado de enemigos, pero ellos cuentan en su favor con el elemento sorpresa. Al ponerse de pie, se tambalea ligeramente.

«¡Oh, no!»

Está mareado.

Tiene la piel de gallina.

Es el mono.

La ha fastidiado esa mañana. «No puedes empezar a jugar de repente con tu dosis, Pete. Tú lo sabes mejor que nadie.»

Pronto un millón de hormigas subirán por sus piernas y sus brazos, entrarán en su boca y bajarán por su garganta.

«¡Basta! —se dice a sí mismo—. ¡Basta ya!»

La arrogancia podría impulsarlo a hacerse el héroe. Rachel sería mejor exploradora en esas circunstancias. «He de volver», piensa, y al girar en redondo se tropieza de frente con un hombre armado con un rifle, que murmura entre dientes:

—Sí. Ya me había parecido oír algo.

Pete piensa en alguna maniobra, pero en vez de pensar en una maniobra debería haberla ejecutado. Un golpe en la cabeza con la linterna, una patada en la rodilla, un culatazo en la cara... y un guardia fuera de combate. Pero no ha hecho nada. Ha sido demasiado lento. No porque esté viejo o porque no conserve la memoria muscular, sino porque se ha echado a perder con la heroína, la oxicodona y todas las drogas que han caído en sus manos.

Y ahora tiene exactamente el mismo pensamiento que Rachel: «Idiota, idiota, idiota». Ha sido idiota y ha sido débil. El hombre retrocede un paso y le apunta a la cara con el rifle.

—Tira la linterna y la pistola —ordena.

Pete tira al suelo la linterna y la nueve milímetros.

—Ahora, con dos dedos, sácate la pistola del cinturón y lánzala también al suelo.

Pete se saca su preciosa 45 ACP y la deja caer sobre la nieve que se está acumulando a sus pies. Ahora se siente desnudo. Esa pistola era de su abuelo, que estuvo en la marina y la disparó una vez, en un acceso de furia, hacia un kamikaze que se lanzaba contra su barco en la batalla de Okinawa. Muchos años más tarde, esa arma habría de convertirse en el amuleto de la suerte de Pete en Iraq y Afganistán.

—Mierda —murmura.

—Sí, amigo, estás hundido en la mierda. Daniel no tolera que nadie entre en su propiedad. Y con «no tolera» no quiero decir que vaya a entregarte a la policía... Las manos en la cabeza.

Pete obedece.

—Esto es un malentendido. Me he perdido —empieza a decir, pero el hombre lo manda callar.

—Ya veremos lo que dice Daniel. Hoy tiene aquí a sus nietos. No creo que le ponga muy contento. Pon una rodilla en el suelo y mantén las manos detrás de la cabeza.

El guardia le da una patada por detrás. Pete se arrodilla.

Tierra. Grava. Nieve.

Su mente trabaja a toda velocidad. Intenta pensar. No se le ocurre nada.

—Y ahora quédate ahí. Quédate ahí y no te muevas mientras yo llamo al timbre para que salgan todos.

Ginger entra en el gran dormitorio remodelado muy satisfecha de sí misma. La Cadena ha neutralizado la amenaza de Erik Lonnrott, y su nuevo novio está congeniando deprisa con Daniel. Ambos son fans de los Red Sox y Martin es capaz de referirse a jugadores como Ted Williams, Carl Yastrzemski y Roger Clemens sabiendo de lo que habla. Daniel le ha dicho a Marty que puede llamarlo Rojo si quiere. Un raro honor.

Ha sido toda una decisión llevarlo allí. Ginger no lleva a cada una de sus parejas para que conozca a su abuelo y a su hermano. Pero Marty O'Neill es especial. Es divertido. Es inteligente: estudió y se licenció en la Facultad de Derecho de Harvard. O sea, una pasada. Resulta muy guapo si te gustan los hombres de pelo oscuro, ojos verdes y ascendencia irlandesa. Y a ella le gustan.

Es cierto que tiene una hija, una niña de trece años un poquito irritante, aunque obviamente sus recientes tribulaciones la han perturbado, porque por lo demás la niña está fascinada tanto con Marty como con ella: con esa nueva novia de su padre que tiene un empleo impresionante y se mueve como pez en el agua en el rollo alternativo.

Seguro que Oliver se pondría furioso si descubriera que conoció a Marty mientras lo acechaba a través de La Cadena. Pero Marty no fue una víctima ni nada. Su exmujer lo mantuvo todo el tiempo al margen. Y Ginger tropezó con la página de Facebook de él casi por casualidad cuando estaba investigando sobre Rachel.

Casi.

Cierto: ella hizo que La Cadena quitara de en medio a la novia anterior de Marty, Tammy, pero no llegó más lejos.

Al menos, esa vez.

Si Olly supiera la cantidad de veces que ha usado la información de La Cadena para sus pequeñas aventuras seguro que le daría un ataque. Pero ¿qué sentido tiene disponer de todo ese poder y no utilizarlo? No pasa nada por aprovecharse un poquito de vez en cuando. Sería absurdo no hacerlo.

La Cadena es invención suya, al fin y al cabo. Su criatura. Todas las historias de Olly sobre operaciones de Bolsa y millones ganados en internet son puro blablablá. La Cadena sufragó la casa de Olly en San Francisco, su propia casa en Boston y el apartamento de la Quinta Avenida. Y fue idea suya.

Así que, si quiere jugar con Marty O'Neill, está en su derecho. Marty es guapo, ingenioso, divertido. Olly no debe preocuparse. Ella lo tiene todo controlado. Ella es la gran araña. La mosca irritante, claro, es la exesposa. Qué osadía la de esa mujer hoy en Wickr. La gente nunca se comunica por Wickr una vez que ha salido de La Cadena. Se siente muy agradecida, por lo general. Agradecida y asustada. Tal vez sería mejor hacerla desaparecer. Bastaría con una llamada o un pequeño mensaje: Hemos añadido una nueva condición para que tu hijo vuelva sano y salvo. Se trata de una mujer llamada Rachel Klein O'Neill que vive en Plum Island. Elimínala antes de terminar la semana. El cuerpo no debe ser encontrado jamás.

Sí, puede deshacerse de Rachel en cualquier momento.

—Los chicos parecen contentos. Acabo de ver a Kylie en el patio ahora mismo —dice Marty, acercándose por detrás y besándola en la nuca.

Ginger se vuelve. Él la rodea con los brazos.

—Esto le vendrá bien. No soy un gran experto en adolescentes, pero me da la impresión de que lo ha pasado muy mal en las últimas semanas.

—Sí. Le he dado a Rachel el nombre de uno de nuestros terapeutas.

—Bueno, Rachel también ha estado muy desorientada, como te imaginarás —repite Marty.

Suena un pitido en el teléfono de Ginger.

—¿Qué sucede? —pregunta Marty mientras ella lee el mensaje de su hermano.

—No, nada. Es Olly. Algún problema con la cena, me figuro. Seguro que el abuelo va a incendiar otra vez la casa con su barbacoa. Vuelvo enseguida, luego me sigues contando.

Ginger cruza el descansillo del segundo piso, entra en el estudio de su abuelo, cierra la puerta y toma asiento.

Olly tiene en la cara esa expresión de superioridad que adopta a veces y que pondría a prueba la paciencia de un santo.

—¿Sí? —dice ella—. ¿Qué pasa?

—Has estado usando otra vez La Cadena para tus propios intereses, ¿verdad?

—No.

—Sí, lo has hecho.

—Todo es para *nuestros* propios intereses.

—Ya sabes a qué me refiero. Te has metido donde no debías. Como hiciste con Noah Lippman.

—No.

—O cuando te encaprichaste de esa chica, Laura no sé cuántos, hace unos años. La pobre cometió el error de su vida al rechazarte y desapareció tres meses después sin dejar rastro. Eso sí, esperaste tres meses antes de lanzar a La Cadena sobre ella. Muy considerada.

—Noah sigue vivo.

—Por así decirlo. La Cadena no debe servir para ejecutar nuestras *vendettas* personales, Ginger. Ya lo hemos hablado otras veces.

—Yo no...

—Ni para conocer a hombres atractivos.

Ginger suelta un gruñido; su hermano la ha descubierto.

—¿Tú sabes lo difícil que es conocer gente en esta ciudad? —replica en tono de protesta.

—No es nada difícil. Hay miles de aplicaciones de citas.

—¿Se supone que debo ignorar a cualquier hombre que haya tenido contacto con La Cadena, aunque sea tangencialmente?

—¡Sí! Ya conoces los protocolos.

—¿Quién estableció los protocolos? ¿Quién inventó La Cadena?

—Es una cuestión de seguridad.

—Todo ha sido obra mía. No tuya. Fui yo la que tuvo la idea. Así que puedo hacer lo que me dé la gana.

Olly cierra los ojos y menea la cabeza. «Es inevitable que todas las cosas buenas lleguen a su fin», piensa. De hecho, le sorprende que haya durado tanto. Todos los modelos indicaban que probablemente La Cadena duraría sólo tres años antes de desmoronarse. Sólo puedes intimidar a tanta gente durante un período de tiempo limitado. El número de personas implicadas aumenta de forma casi exponencial, y ninguna conspiración puede soportar un crecimiento exponencial. Es un típico sistema estocástico rápido-lento y, cuando llega el punto crítico, se quiebra de un modo espectacular.

Suspirando con tristeza, Olly se acaricia la pequeña perilla que se ha dejado sin mucho éxito en los últimos meses.

—Deberíamos haber cerrado La Cadena hace años —musita—. Quiero decir, ¿para qué mantenerla cuando ya tenemos dinero suficiente?

—¿Y por qué pararla? Estás celoso porque fue una creación mía.

—¿El objetivo de La Cadena no era solucionarnos la vida para siempre? Ya lo hemos logrado.

—¿Ése era el objetivo? —replica ella burlona.

Él frunce el ceño y menea la cabeza.

—No lo pillas, ¿verdad? —continúa Ginger. Obviamente, lo del halcón que sobrevuela el campo de heno no es para Olly. Él no es un depredador como ella. Un verdadero depredador a veces mata aunque no tenga hambre—. ¿Acaso no se trataba de nosotros contra el mundo? ¿No lo recuerdas?

Su hermano frunce todavía más el ceño.

—Bueno, ¿cuál es el problema? —pregunta ella.

—Tiene que ver con el cuaderno —dice él.

—Ya lo has descifrado, ¿no?

—No. Aún no.

—Entonces ¿qué pasa?

—Hacia el final, el chalado de Erik ya no utilizaba el código cifrado.

—¿Y...?

—¿Cómo dijiste que se llamaba la exmujer de tu nuevo novio?

—Oh. Mierda.

—La semana pasada o así, Erik se reunió al parecer con una mujer llamada

Rachel.

—Mierda, mierda, mierda.

—Vamos, confiesa.

Ahora es Ginger la que suspira.

—¿Sabes cuál es tu problema, Olly? Que no tienes sangre en las venas. Eres como Spock o algo parecido. Deberías consultar a alguien. No es normal.

—Esto es grave, Ginger. Lo bastante como para coger la maleta de emergencia y la documentación falsa y largarse del país.

—¿Cuánto tenemos en Suiza?

—Suficiente. —Olly va al armero, mete la llave y lo abre—. Siempre he pensado que si nos acabábamos estrellando, sería por tu manía de mezclar los sentimientos con los negocios.

Ella sonrío.

—Joder, Olly. Así es como se estrella todo el mundo. ¿No lo sabías? No puedes luchar contra la biología.

—Puedes intentarlo —replica él.

En el dormitorio principal, Marty contempla por la ventana el tronco de roble que hay entre la casa y el bosque cenagoso y plagado de maleza. Los grandes copos de nieve en polvo caen sobre el río, sobre los árboles y sobre ese viejo tronco. Como en un maldito poema de Robert Frost.

El lugar es encantador. Ginger lo subestimó al contarle cómo era. No es en absoluto una vieja cabaña en mitad de un pantano. Es una hacienda. Una casa preciosa. Con cuadros en las paredes. Con cachivaches caros. El viejo Daniel debe de tener un montón de pasta. Y, tal como le anunciaron, es todo un personaje.

A los chicos les encanta la casa, y a Ginger le encanta mostrarla y presumir. Ella es una joya, piensa. Rachel fue un error. Eran demasiado jóvenes los dos. Él contó en su momento a todo el mundo que se había enamorado de Rachel leyendo sus brillantes reseñas en la revista *Crimson*, pero eso era una chorrada. Lo suyo fue pura atracción física. No tenían mucho en común, en realidad.

Después de los treinta, aprendes a juzgar mejor. Tammy fue una simple aventura, pero Ginger es diferente. Especial. Con ella podría sentar la cabeza. Vivir en la ciudad. Tener un par de hijos más...

—Justo estaba pensando en ti —dice cuando ella vuelve a entrar en la habitación con su bolsa de viaje en la mano.

Un mechón de pelo rojizo desciende sinuosamente entre sus pechos.

Marty siente el impulso urgente de tumbarla sobre la cama y hacerle el amor.

—¿Estas puertas se pueden cerrar, Ginger? Como los chicos andan dando vueltas por la casa... —empieza. Pero de repente algo en su visión periférica le llama la atención.

Se vuelve para mirar.

—¿Qué es eso? —le pregunta a Ginger.

—¿El qué?

—¿No es una persona esa sombra que se acerca desde los árboles?

—¿Dónde?

—Me parece haber visto a alguien viniendo a través de la nieve. Sí, mira...

¡Dios mío! No te lo vas a creer, pero... me parece que es mi ex —dice Marty.

Ginger saca del bolso el Smith and Wesson del 38 y le apunta a la cabeza.

—Te creo —replica.

Rachel se coloca la escopeta contra el hombro y apunta al guardia.

—Quieto ahí —ordena.

El guardia se vuelve en redondo.

—Vaya. Tranquila. Me parece que no sabes lo que haces con ese trasto —dice.

—Cambiarás de opinión cuando te vuele la tapa de los sesos con él —replica Rachel.

Pete recoge su 45.

—Tira el rifle, amigo —indica.

El guardia deja el arma en el suelo y levanta las manos.

—Túmbate boca abajo —le ordena Pete. El hombre obedece mientras él aparta el rifle de una patada.

—No tienes por qué hacerme daño. Hay cuerda y cinta adhesiva en el garaje. Tengo la llave en el bolsillo de la chaqueta —se apresura a decir el guardia.

—¿Cuántos hombres armados hay en la casa? —pregunta Pete.

—Yo soy el único... —empieza el hombre.

—¡Que nadie se mueva! —grita alguien, y suena un disparo.

Un foco ilumina bruscamente la puerta principal, donde están Ginger y un joven de su edad: su mellizo, deduce Rachel. Ambos van armados.

—Rachel, ¿eres tú? ¿Qué sucede? —dice ella con tono inocente.

La asaltan las dudas. ¿Es posible que se haya cruzado de algún modo la señal de la aplicación de Erik con la del localizador GPS de los zapatos de Kylie? ¿Es posible que su hija haya colocado el localizador en sus zapatos nuevos? ¿Toda esa absurda cacería por la ciénaga ha sido un error colosal?

«Ay, sí, Dios mío. Si es un error, Kylie está a salvo.»

Tiene que explicarse antes de que alguien resulte herido.

—Lo siento mucho, Ginger. Esto debe de parecer una completa locura. Justo estaba diciéndole a este hombre...

De pronto se abre la puerta del garaje y aparece un vejstorio flacucho de pelo blanco con lo que parece un fusil de asalto.

—¿Qué están haciendo en mi propiedad? —pregunta el viejo.

—¡Abuelo, nosotros nos ocupamos! —exclama el hermano de Ginger.

—Olly tiene razón, Rojo. Lo tenemos controlado —añade ella—. Rachel, tú y tu amigo deberíais tirar las armas.

—Escuchen todos, por favor. Creo que hemos cometido un tremendo error. Lo siento. Le puse a Kylie un localizador en los zapatos. Creía que la habían secuestrado.

—Tira el arma, Rachel, por favor. ¿Por qué demonios pensabas que la habían secuestrado? —inquire Ginger.

—Es complicado —responde ella.

Ginger está bajo el foco que hay encima de la puerta y Rachel le ve la cara con toda claridad.

Es la primera vez que la ve tan bien.

Ese pelo cobrizo. Esos ojos azules. Esos preciosos ojos azules. De un azul frío, tan gélido como el de los fondos abisales. Unos ojos azules que contemplan toda la escena con desdeñosa indiferencia.

Ginger parece estar disfrutándolo incluso.

Y entonces los ojos de ambas se encuentran. Durante lo que parece una eternidad, pero quizá no es más que un segundo, las dos mujeres se clavan la mirada.

Pero basta con un segundo.

Ahora se reconocen mutuamente.

«Tú.»

«Tú.»

Rachel lo sabe y Ginger lo sabe. Y Ginger sabe que Rachel lo sabe.

La aplicación de Erik no ha cometido ningún error.

La Cadena conducía hasta allí. Y Ginger no permitirá que ninguno de ellos

salga vivo. Han conseguido desvelar el secreto, y Ginger va a tener que matarlos a todos para protegerlo: a Rachel, a Pete, a Marty, a Stuart y a Kylie.

Rachel iba a decirle a Pete que tiraran las armas y levantaran las manos. Pero, si lo hacen, Ginger los asesinará allí mismo.

Así pues, se vuelve hacia él y alza la vista hacia el foco. Pete sigue la dirección de su mirada.

—Ella es La Cadena y va a matarnos —dice.

Él asiente.

Los mellizos están situados detrás del murete que cierra el porche. Acertarles sería difícil; en lugar de eso, Pete levanta su pistola y vuela el foco de un disparo.

Oscuridad y confusión. Suenan gritos y destella un arco amarillo cuando Daniel empieza a disparar desde el garaje con su fusil automático.

—¡Todos al suelo! —grita Pete.

Rachel le obedece.

Las balas trazadoras salen volando, barren el espacio que ella ocupaba una fracción de segundo antes y pasan de largo girando sobre su eje e internándose a gran distancia en la noche.

Entonces todas las armas abren fuego a la vez. Los disparos se oyen desde distintos ángulos por encima de Rachel.

Ella entierra la cabeza en la nieve y grita.

Nada de eso importa. Ni las armas, ni los disparos ni el olor empalagoso a pólvora. Lo único que importa es Kylie. Debe de estar en algún rincón de la casa y Rachel piensa ir a rescatarla. Pete va contando hacia atrás desde diez. En modo automático, bastarán diez segundos para agotar el cargador del rifle de asalto del garaje.

Al terminar la cuenta, levanta la cabeza. Los del porche han retrocedido al interior de la casa. El viejo ha agotado las balas y está volviendo a cargar.

Pete dispara tres veces hacia el garaje para distraerlo, se incorpora y ocupa otra posición de tiro. Disparar y moverse. Disparar y moverse. Es la única forma de mantenerse con vida en una refriega con cobertura limitada, y los grandes cartuchos de su arma, a esa distancia, son capaces de derribarte si te dan en un hombro. E incluso de matarte.

Rueda sobre la nieve hacia la derecha, se arrastra detrás de un arbusto y vuelve a abrir fuego. Todo su cuerpo aúlla por una dosis, pero él está dispuesto a resistir el dolor y a hacer frente a esos tipos.

—¿Rachel! ¿Estás bien?! —grita.

No hay respuesta.

Tiene que idear un plan. Cualquier plan. En el adiestramiento te enseñan que un plan chapucero ejecutado de inmediato es mejor que un plan excelente ejecutado al cabo de una hora. Y es verdad. Ahí fuera acabarían matándolo. Tiene que entrar a toda costa.

Han pasado quizá quince segundos desde el comienzo del tiroteo.

«Allá vamos», piensa.

—No tan deprisa, listillo —dice alguien, y lo derriba. Pete esquiva un puñetazo en la cara y bloquea el cuchillo que iba directo a su pecho.

Es el guardia que lo ha sorprendido al principio. Se había olvidado por completo de ese cabrón. El tipo le ha sujetado la mano de la pistola y está tratando de matarlo con un gran cuchillo de caza. Pete se echa hacia atrás y esquiva una cuchillada en la cara, aunque el filo le hace un rasguño en la mejilla izquierda. Suelta una patada a ciegas. Libera la mano de la pistola y dispara una vez.

Suena un espantoso golpe seco y luego se hace el silencio.

—¿Pete? —dice alguien a su lado.

—¿Rachel?

—Voy a entrar en la casa —susurra ella—. Por el garaje. Es la única manera.

—¿Cuál es el plan?

—Entramos, rescatamos a los niños y matamos a cualquiera que no sea Kylie, Marty o Stuart —propone Rachel.

—Me parece bien.

Entran en el garaje. El viejo ha desaparecido, pero hay unas cajas de material inflamable que han prendido fuego y están ardiendo con furia junto a una docena de latas de pintura. No pueden quedarse ahí.

—Esa puerta da directamente a la casa —dice Rachel.

Está decidida por completo. Ése es el momento para el que de forma inconsciente se ha estado preparando toda su vida. La radioterapia, la quimio, aquellas arduas jornadas en Guatemala, los largos turnos de camarera, las carreras Uber de madrugada al aeropuerto Logan. Todo eso ha sido una preparación para ese momento. Ahora está lista. Es todo por la familia, ¿no? Todo por la familia. Hasta un idiota sabe que no hay que interponerse entre una osa y su cachorro.

Pete se saca del bolsillo del abrigo una de las granadas.

—Voy a abrir la puerta y a lanzar la granada. Cierra los ojos y tápate los oídos —le susurra a Rachel.

Arroja la granada por la rendija y, al cabo de un segundo, suena un estallido ensordecedor y destella una luz temblorosa. Se trata de un arma básicamente inofensiva pensada para aturdir en espacios reducidos. No hará ningún daño a los chicos, pero pillará desprevenidos a los demás y les dará un susto de muerte.

—Espera aquí —indica a continuación, y se acerca al umbral.

Empiezan a sonar las alarmas de humo. Aunque la casa es muy vieja, ha sido remodelada varias veces y, en una de ellas, instalaron un sistema de aspersion para proteger las obras de arte que los dos mellizos han ido coleccionando. Rachel nunca ha estado en una casa con su propio sistema de aspersion y se queda perpleja cuando el agua fría empieza a rociarla. No entiende lo que está pasando.

Pete asoma la cabeza en el interior.

—No hay nadie. Vamos. Esas latas de pintura empezarán a explotar de un momento a otro.

—¿Por dónde? —pregunta Rachel, tosiendo.

Pete no tiene ni idea.

—Vayamos habitación por habitación. Es la única manera. Mantente detrás de mí. Cubre mis puntos ciegos —pide.

Pete sigue adelante, aunque se pregunta si podrá aguantar mucho más. Le cuesta respirar. La adrenalina posterga un poco el colapso, pero no funcionará de forma indefinida. «Aguanta, Pete —se dice—, hasta que Kylie esté a salvo.»

La casa ha sido ampliada desordenadamente, de modo que ahora es un laberinto de habitaciones, pasillos y recovecos.

Un pasillo.

Una habitación.

Pete dando una patada a la puerta, buscando el interruptor, esperando que suene un disparo.

Un gran televisor, un sofá, trofeos de caza.

Otra puerta.

Mesa de comedor, sillas, cuadros.

Un chillido lejano.

—¡Kylie! —grita Rachel.

No hay respuesta.

Otra vez en el pasillo.

Pete abre una puerta de una patada y hace un barrido con el arma por todos los rincones de una cocina.

—¡Kylie! ¡Stuart! —llama.

Nada.

Las luces de la casa parpadean mientras el humo del garaje inunda toda la planta baja. El agua sigue goteando de los aspersores y se acumula en el suelo. Hay un olor agrio y penetrante.

En el dormitorio de abajo, Rachel vislumbra el abrigo de Kylie, pero no a Kylie.

Las luces se apagan y vuelven a encenderse, con una tenue claridad amarillenta de guarida de duendes.

La habitación está conectada con la contigua.

Pete abre la puerta interior con cuidado y mira dentro.

Está vacía, pero fuera, en el pasillo, suenan pasos. Rachel apunta a la puerta y se lleva un dedo a los labios. Pete se saca del bolsillo la otra granada, abre la puerta de golpe y la arroja por el resquicio al pasillo.

Otra gran explosión y un destello de luz blanca, seguido de una ráfaga de fusil. Pete aguarda a que cesen los disparos y luego, con un movimiento rápido, sale con Rachel: él pegándose a la derecha y Rachel a la izquierda.

Allí, al fondo del pasillo, un hombre recarga un arma. Otra vez el viejo. No uno de los mellizos. Tiene el pelo blanco; su expresión es remota, dura, hostil. Es el hombre a quien Olly llama *abuelo* y Ginger, Rojo.

Rachel alza su escopeta.

Recuerda lo que le explicaron en el campo de tiro: «Deje que el blanco se acerque o que salga corriendo». Pero ese hombre no corre hacia ella ni tampoco en la dirección contraria. Está ahí plantado, al final del largo pasillo.

Ya ha terminado de cargar. Mira a Rachel y levanta el gran fusil negro.

Ella aprieta el gatillo.

Le falla la puntería.

La pared de su derecha empieza a arder. El retroceso le golpea el hombro. El viejo suelta un grito, arroja el fusil y se mete tambaleante en la habitación más cercana. Pete se asegura de que Rachel está bien y atraviesa el pasillo, pero el viejo ya ha desaparecido.

Recoge un MP5 del suelo, un arma perfecta para trabajar de cerca. Comprueba el mecanismo y se lo echa al hombro.

—Me parece que me he quedado sin munición —dice Rachel. Pete le pasa la nueve milímetros y ella deja en el suelo la escopeta, que ya ha cumplido al menos un papel simbólico.

Las luces de la casa se apagan definitivamente.

La oscuridad es casi completa.

Sombras. Humo. Charcos de agua sucia.

No pueden hacer otra cosa que seguir adelante con la linterna del iPhone.

Llegan a un gran salón de planta abierta. Docenas de trofeos en las paredes, y no sólo de fauna local: antílopes, guepardos, leones, un leopardo. Depredadores y presas juntos.

El miedo estremece a Rachel de pies a cabeza, pero también constituye una liberación. El miedo desata toda su potencia y es el precursor de la acción.

Pete está empapado de sudor.

—¿Estás bien? —pregunta ella.

—Sí —dice él, aunque se siente cualquier cosa menos bien. El peso del arma en el hombro, sin embargo, lo reconforta. Quedan nueve cartuchos en el cargador y todavía tiene su fiel 45. Todo en orden.

—¡Mamá! —grita una voz a lo lejos, desde fuera de la casa.

Deslizan unas puertas cristaleras y se encuentra de pronto en medio de la nieve. Un fuerte viento del norte se arremolina en torno a ellos.

—Por allí, creo —apunta Rachel, señalando una serie de graneros y cobertizos en desuso. Las huellas sobre la nieve se dirigen hacia el cobertizo más próximo.

Las siguen hasta la entrada. Es un antiguo matadero. Es muy posible que funcionara como tal en su momento, pero ahora está cubierto de hiedra y hay agujeros en las paredes y el tejado.

Apagan la linterna del móvil y entran.

De inmediato se ven golpeados por un hedor a sangre, podredumbre y descomposición.

El suelo está sembrado de cristales rotos, que crujen bajo sus pies.

Casi no se ve nada; la única iluminación procede de las luces parpadeantes de la casa en llamas.

El viento silba a través de las paredes y el tejado ruinosos.

Rachel da un respingo al chocar casi con un cerdo colgado de una viga. Los ojos inertes del animal están a la altura de los suyos.

Al adaptarse a la oscuridad, ve otros animales en ganchos: faisanes, cuervos, un tejón, un ciervo.

El matadero está dividido en dos niveles, con un corto tramo de escalones

entre ambos.

—Deben de estar arriba —murmura Pete—. Las escaleras son un punto clásico para una emboscada. Ten cuidado.

Rachel asiente y procura no hacer mucho ruido con sus botas.

Avanzan poco a poco.

Cristales rotos, nieve derretida, aire viciado. Óxido, sangre reseca, muerte.

Sólo han subido la mitad de los escalones cuando alguien empieza a disparar.

—¡Pistola, a las tres en punto! —grita Pete, y abre fuego mientras corre a lo alto de los escalones. Dispara otras tres veces y su atacante se agazapa detrás de una pieza de maquinaria y desaparece.

Sonríe sombríamente para sí. Los hijos de puta han malgastado la ocasión.

Mira el cargador. Está vacío. Lo tira al suelo y saca su 45.

—¿Le has dado a alguien? —susurra Rachel.

—No.

—Ve con cuidado con los niños.

A ella le tiemblan las manos. Se obliga a sujetar la pistola con más fuerza. No se le puede escapar, sobre todo ahora que están tan...

En lo alto se ve una descarga eléctrica.

Rachel gira sobre sí misma trescientos sesenta grados. El matadero es una inmunda ruina de hormigón con basura y piezas de vieja maquinaria agrícola esparcidas por todas partes. Cerca de ella hay otros dos cerdos colgados de ganchos. Uno ha sido sacrificado hace muy poco y todavía gotea sangre en un cubo.

Pero nada de eso tiene importancia.

Lo importante es lo que ve a diez metros, al final del nivel superior del matadero. Ginger está allí junto a su hermano Olly, y ambos apuntan con sus pistolas a Kylie y a Stuart.

Los niños lloran aterrorizados; están esposados. Marty está desplomado delante de ellos. Tiene sangre en la cabeza, respira ruidosamente y gime de dolor. Ginger sujeta a Kylie por el cuello de la camiseta y apunta con la pistola hacia abajo, sobre su cráneo. Olly rodea por el cuello a Stuart con un brazo y le ha introducido el cañón del arma en la oreja.

Pete y Rachel se quedan paralizados.

—¡Mamá! —chilla Kylie.

—¡Suéltala! —le grita Rachel a Ginger.

—Ahora mismo no parece probable, ¿verdad? —replica ella.

Rachel le apunta a la cara con la nueve milímetros.

—Te mataré aquí mismo —asegura.

—¿Tan segura estás de acertarme a esta distancia? ¿Cuántas veces has disparado en tu vida, Rachel? —dice Ginger.

—No fallaré, zorra.

—Tira la pistola o me cargo a los niños.

—No vamos a tirar las armas —declara Pete—. No es así como va a funcionar la cosa. Vosotros soltaréis a los chicos, nosotros nos largaremos, y luego tendréis tiempo de sobra para hacer las maletas y recoger vuestros pasaportes falsos. Así todo el mundo sale ganando.

Mientras habla, se bambolea un momento, aunque enseguida se domina y recupera el equilibrio.

—Joder. No te vayas a caer, marinero. ¿Por qué no te sientas y descansas un poco? —dice Ginger, mirando significativamente a su hermano.

—Deberíais hacerme caso —masculla Pete, acercándose poco a poco.

«Esos dos —piensa— están muy seguros de sí mismos; demasiado seguros.» Unos pasos más y tendrá un tiro muy claro sobre Olly. Stuart sólo le llega a la mitad del pecho, o sea que si le apunta al cráneo, el potente cartucho de la 45 acabará con el tipo en el acto. Debería hacerlo pronto. La adrenalina de su organismo ha alcanzado su nivel máximo y ahora está empezando a disminuir.

—Simular que disparas es un tópico —afirma Ginger—. ¿De veras te hace falta que lo haga? ¿Eres tan lerdo que necesitas una ayuda visual? Si no tiras tu maldita pistola, mataré a la niña.

—Entonces morirás —replica Pete. Ahora está a cinco metros de ellos. Un disparo rápido tal vez funcionaría.

—¡Baja la pistola, imbécil! —ladra Olly con tono imperioso y sereno.

Pete le apunta a lo alto del cráneo. Debería actuar. Debería actuar ya. Pero le duele todo y le tiembla la mano.

—Tira la pistola ahora mismo o... —empieza Olly.

Suena un estampido. Una bala del 38 de Ginger le da a Pete en el torso y lo derriba.

Rachel se cubre tras un contenedor cuando otra bala pasa casi rozándola.

—¡Le has disparado! —le dice Olly a Ginger.

—Todo ese teatro me estaba desquiciando —repite ella—. Bueno, Rachel, ahora te toca a ti. Tira la pistola y coloca las manos en la cabeza o mataremos a Kylie. Tú, Olly, sigue sujetando a ese crío, pero ponle a Kylie la pistola en la cara.

Olly le hunde el cañón en la mejilla derecha.

—¡Mamá! —gime la niña.

A Rachel se le encoge el estómago. Los ojos se le llenan de lágrimas. Han disparado a Pete. Marty está fuera de combate. Y ella se siente totalmente exhausta. Lleva semanas sufriendo. Años. Todo ha salido mal desde el primer informe de la oncóloga del Hospital General de Massachusetts.

Está sentenciada, y una parte de ella desea tumbarse en ese suelo asqueroso, cerrar los ojos y dormir.

Pero aún ve la cara de Kylie. Y Kylie lo es todo para ella. Se agazapa detrás de la pared y apunta a Ginger por encima del borde.

—¡Tira la pistola y levanta las manos! —grita Ginger, a cuyo alrededor se arremolina la nieve.

—¡No! ¡Tírala tú! —replica Rachel con lágrimas en las mejillas.

—Levanta las manos —dice Olly— y dejaremos que os vayáis tú y los niños, como ha dicho tu amigo. Sabemos que el juego ha terminado. Ginger la ha fastidiado por los dos. Y no es la primera vez. Nosotros dejamos que os vayáis y vosotros dejáis que nos vayamos nosotros. Podemos hacer un trato. Darnos veinticuatro horas y ya habremos llegado a Sudamérica.

A Rachel el corazón le da un brinco. Ahí se abre una nueva posibilidad. Una mínima esperanza.

—¡Lo prometo! ¡Prometo que dejaré que os vayáis! —asegura—. Si vais a salir del país, no son necesarias más muertes.

—Levanta las manos, tira la pistola y te doy mi palabra de que tú y los niños

no sufriréis ningún daño —repite Olly.

—¿Dejaréis que me vaya con los niños? —pregunta Rachel.

Una vez que ponga a los niños a salvo, puede llamar a la policía y volver a buscar a Marty y a Pete.

Olly asiente.

—No soy un monstruo. Puedes irte con los tuyos. Y, a cambio, nos das un día antes de llamar a la policía. Lo único que debes hacer es tirar la pistola y levantar las manos. Vamos, O'Neill. Colaboremos. Por el bien de todos.

La mente de Rachel está sobrecargada con un sinfín de imágenes y sentimientos contrapuestos. «No te fíes de él, coge a los niños, no te fíes de él, coge a los niños...»

Tiene que decidirse. Y decide creerlo.

«Recupera a los niños y luego preocúpate de las intenciones de ese tipo», se dice a sí misma.

Se pone de pie, levanta las manos y deja caer al suelo la pistola.

—Sal de ahí detrás con las manos en la cabeza y ponte de rodillas —indica Ginger.

Rachel hace lo que le ordenan. Ginger empuja a Kylie hacia ella. La niña cae en los brazos de su madre, que la abraza.

—No voy a dejar que te alejes —susurra Rachel.

Olly empuja a Stuart hacia esa pequeña representación de la *pietà* y se vuelve hacia su hermana.

—Así se hacen las cosas, Ginger. Así es como hay que trabajar. No con esto —le dice agitando la pistola—, sino con esto —y se toca la sien—. ¿Has visto lo que acabo de hacer? Lo único que he hecho es hablar con ella. Sin armas, sin violencia: con un mecanismo que se regula a sí mismo. Sólo necesitas un teléfono y una voz. Y un poco de cerebro.

—¿De veras vas a dejar que se vayan? —pregunta Ginger.

—¡Claro que no! ¿Cómo vamos a dejarlos? Joder, Ginger. Me preocupas.

—Entonces... ¿vamos a matarlos?

—¡Sí! —responde Olly exasperado.

—Pues ya podemos empezar —replica Ginger—. Me da la sensación de que

llevamos la mitad de la noche jugando al gato y al ratón en medio de la nieve.
Será mejor que cerréis los ojos, amigos. Para vosotros, la guerra ha terminado.

En comparación con la mayoría de los regalos anticipados de Navidades, el Gran Kit de Magia Houdini no podría resultar más distinto, y Kylie está en una edad en la que sus amigos se podrían mofar de ella por una cosa semejante. «¿Magia? ¿En serio? O sea, ¿a quién le interesa la magia?»

Así pues, no le habló a nadie de ese regalo. Salvo a Stuart. A Stuart sí se lo contó.

Y ha aprendido algunos trucos. Tal como se había prometido a sí misma en aquel sótano mientras estuvo encadenada a la estufa de hierro, ha aprendido, en efecto, a librarse de unas esposas. Estuvo viendo vídeos de YouTube, practicó un montón y desarrolló una gran habilidad. O toda la destreza que es posible adquirir en unas semanas. Ahora puede librarse de unas esposas normales en menos de treinta segundos. Las bridas de plástico son otra historia, pero las esposas metálicas se pueden abrir con una llave universal, siempre que sepas lo que haces. Y ahora Kylie siempre lleva su llave para esposas en el llavero, como si fuese un amuleto de la suerte.

Siempre.

Sin que nadie lo advierta, abre el cierre de las esposas que le sujetan las muñecas por delante.

¿Y ahora qué? La nieve cae por los agujeros del tejado. Su madre la abraza, Stuart está llorando. Y ahí, en el suelo, a su derecha, está la pistola que su madre ha tirado.

Se agacha y la recoge. Es pesada. Tremendamente pesada. Los mellizos están distraídos hablando.

—Pues ya podemos empezar —dice Ginger—. Me da la sensación de que llevamos la mitad de la noche jugando al gato y al ratón en medio de la nieve.

Será mejor que cerréis los ojos, amigos. Para vosotros, la guerra ha terminado.
Kylie alza la nueve milímetros, apunta y aprieta el gatillo.

La cara de Olly se hunde bruscamente y la parte posterior de su cráneo explota y salpica toda la pared de ladrillo. Kylie nunca había visto nada parecido. Es más que horrible. Aunque apenas tiene un segundo para horrorizarse. Ginger se vuelve hacia ella y la apunta con su revólver.

—¡Maldita zorra! —grita, y le dispara a ciegas.

Kylie vuelve a apretar el gatillo, pero esta vez la bala sale muy desviada y rebota de forma ruidosa en el techo.

Un trozo herrumbroso del tejado cae con un golpe sordo entre Ginger y el cuerpo de su hermano. Ella se vuelve sobresaltada. Kylie aprovecha para arrastrar a su madre y a Stuart detrás del contenedor de hormigón.

Ginger se recompone y dispara cuatro veces seguidas.

Las cuatro balas se estrellan contra el contenedor.

Ginger cambia de posición, guiña un ojo y apunta al hombro de Kylie, que asoma por una grieta del borde de hormigón, pero el disparo no llega a producirse. El cargador está vacío.

—¡Mierda! —exclama.

«Se le ha agotado la munición», piensa Rachel, quitándole la nueve milímetros a Kylie. Se pone de pie, apunta y aprieta el gatillo resuelta. Pero el gatillo no se mueve. La nueve milímetros se ha quedado sin balas o, lo que es más probable, se ha encasquillado, y ella no tiene ni idea de cómo desatascarla.

Ginger y Rachel se miran con odio.

Vuelven a reconocerse mutuamente.

«Tú eres igual que yo; yo soy igual que tú.»

Rachel menea la cabeza. No, no va a tragarse ese cuento de tú-y-yo-no-somos-tan-diferentes. «Todos podemos escoger.»

Ginger sonríe y tira el revólver.

—Ahora verás —gruñe Rachel, y corre hacia ella.

Ginger adopta una posición de autodefensa, pero el impulso de Rachel acaba derrib ndolas a las dos.

Ginger se levanta de un salto. Rachel encuentra una barra de metal en el suelo y se la arroja con fuerza. No acierta, y el proyectil se estrella contra la pared.

Rachel se incorpora y suelta un tremendo puñetazo, pero el golpe es demasiado lento y Ginger lo esquiva haciéndose a un lado con agilidad. Sus ojos azules destellan de placer cuando arremete contra ella y le da un cabezazo en toda la cara.

A Rachel nunca le habían partido la nariz y el dolor es tan brutal que se queda aturdida por un momento. Ginger aprovecha para darle una serie de puñetazos en las costillas, el estómago y el pecho izquierdo.

Con una mueca de dolor, Rachel cae sobre una rodilla. Enseguida se incorpora de nuevo.

— Te ha gustado, zorra? Pues esto te va a encantar —dice Ginger, y la golpea primero en la garganta, de nuevo en el pecho izquierdo y luego en la nariz ensangrentada.

Golpes rotundos y bien colocados que duelen de verdad.

Rachel se derrumba estrepitosamente.

Ginger se le echa encima y la pone boca abajo. Actúa con tal rapidez y eficacia que no le deja alternativa.

—Aggg... —jadea Rachel impotente cuando Ginger la agarra del cuello con ambas manos y aprieta.

—Ya sabía yo que eras un peligro. Lo supe desde el principio —afirma Ginger. Su rostro exultante y enloquecido se crispa por encima de Rachel. Le saltan gotas de saliva de la boca. Sonríe. Está disfrutando el momento—.  Lo sabía!

Aprieta con más fuerza. En las clases de autodefensa del FBI ha aprendido a estrangular en unos segundos.

Rachel empieza a ver la luz al final del túnel.

Todo se est  volviendo blanco.

—¡Vas a morir, zorra! —grita Ginger.

Túnel.

Blanco.

Nada.

Rachel comprende que se está extinguiendo para siempre.

Nota cómo la vida la abandona sobre el mugriento suelo de hormigón.

¿Cómo decirle a Kylie que la quiere, pero que no va a conseguirlo?

No puede decírselo. No puede hablar. No puede respirar.

No hay nada que hacer.

Ahora lo entiende todo.

La Cadena es un cruel sistema de explotación de la emoción humana más importante —la capacidad de amar— con el objetivo de ganar dinero. No funcionaría en un mundo en el que no existiera el amor filial, fraternal o romántico, y sólo una psicópata que no conozca el amor, o no lo comprenda, es capaz de usarlo para sus propios fines.

El amor es lo que perdió a Ariadna y a Teseo.

También al Minotauro, en el cuento de Borges.

El amor, o un torpe intento de amar, es lo que casi ha causado la perdición de Ginger.

Rachel entiende ahora todo eso.

Lo comprende.

La Cadena es una metáfora de todos los lazos que nos atan a nuestros amigos y a nuestra familia. Es el cordón umbilical entre madre e hijo, el camino que debe recorrer el héroe en su misión, y es ese ovillo de fino hilo rojo que a Ariadna se le ocurre como solución al problema del laberinto.

Rachel lo comprende todo.

El conocimiento es dolor.

Cierra los ojos y siente que la envuelve la oscuridad.

El mundo se encoge, se desvanece, se aleja...

Y entonces nota algo.

Algo afilado. Algo que corta. Algo que hace daño. Un trozo largo y estrecho de cristal.

Su pulgar lo arrastra por el suelo; sus dedos lo rodean.

Tiene sangre en las manos, pero lo agarra con fuerza.

Rachel Klein, alérgica a los espejos, ha atravesado el espejo a trompicones y se ha llevado un pedazo de cristal.

Se lo dará a Ginger como regalo.

Sí.

Y, con el último aliento de su cuerpo, le incrusta violentamente la astilla de cristal en la garganta.

Ginger da un grito, suelta a Rachel, se agarra el cuello.

Hace el intento de quitarse el cristal para salvar su vida, pero la carótida está seccionada y de la herida ya empieza a manar un chorro púrpura de sangre.

Rachel rueda por el suelo buscando aire. Ginger abre mucho los ojos.

—Sabía que eras... —farfulla, y se desploma de golpe.

Rachel respira jadeante. Cierra los ojos y vuelve a abrirlos.

Y ahora es Kylie quien la abraza.

La abraza veinte segundos y luego se pone de pie y aplica un trapo a la herida que tiene Pete en el abdomen.

Cree que la bala no le ha tocado los órganos vitales, pero requiere atención médica. Inmediata.

Kylie encuentra el móvil de su madre y marca el número de Emergencias. Le pide a la operadora que envíen un coche patrulla y una ambulancia.

Luego le pasa el móvil a Stuart y corre a ayudar a su padre.

Stuart le explica a la operadora cómo llegar hasta allí desde la Ruta 1A. Al ver que está ardiendo la casa que tiene a su espalda, añade que envíen a los bomberos.

—No cortes la comunicación, cariño. La ayuda está en camino —dice la operadora.

Kylie encuentra unas lonas y cubre a su tío Pete y a su padre con una y a su madre y a Stuart con la otra, para protegerlos de la nieve y el viento que entra aullando en el matadero.

—Venid aquí —dice Rachel a los niños. Los atrae hacia sí y les asegura que todo se va a arreglar con ese tono que las madres han utilizado para tranquilizar

a sus pequeños desde hace miles y miles de años.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunta Marty, avanzando a rastras hacia ellos.

—Ayuda al tío Pete. Mantén apretada la herida —le indica Kylie.

Él asiente y presiona con el trapo sobre el estómago de Pete.

—Aguanta ahí, hermanito. Seguro que has pasado cosas peores —dice.

La herida de Pete tiene un aspecto terrible, pero sus ojos oscuros todavía relumbran. La muerte va a tener que enfrentarse a una fuerza hostil, potente.

Empiezan a caer brasas sobre el tejado ruinoso.

—Chicos, quizá tengamos que salir de aquí —opina Marty.

Rachel echa un vistazo a las llamaradas feroces que se han adueñado del ala oeste de la casa.

—¿Podemos mover a Pete? —pregunta.

—Me parece que debemos hacerlo —sugiere Marty.

Las llamas envuelven el segundo piso de la casa y el balcón de madera se viene abajo con estrépito.

La nieve y las brasas entran a la vez en el matadero, cayendo del cielo oscuro.

—Creo que ya vienen —comenta Rachel cuando empiezan a sonar las sirenas al fondo de la noche.

Kylie sonrío y Stuart asiente. Rachel ciñe aún más la lona en torno a ellos. Le resultará difícil volver a dejar que su hija se aleje de ella. Imposible. Le da un beso en la cabeza.

Pete las mira complacido.

Parpadea despacio.

Intenta decir algo, pero no le salen las palabras.

Sabe que va a entrar en shock: lo ha presenciado millones de veces. Necesitará un médico pronto, si quiere sobrevivir.

Marty le está hablando, pero él necesita... ¿Dónde está?

Sus dedos tantean el suelo hasta que tropiezan con la Colt 45 de su abuelo, esa pistola mítica que supuestamente disparó contra un caza Zero que se lanzaba sobre el *USS Missouri*.

Pete consigue levantarla.

La 45 de su abuelo..., el amuleto de la suerte que mantuvo a salvo al viejo a lo

largo del Pacífico y que lo protegió a él durante cinco giras de combate.
Confía en que aún contenga una pizca de suerte.

Desde que era niño, la gente lo ha llamado Rojo. Al bautizarlo le pusieron Daniel, como a su padre, pero el viejo tenía los puños demasiado sueltos para resultarle simpático.

En el servicio militar, todos lo llaman Rojo. O sargento. O sargento Fitzpatrick. A él le gusta Rojo.

El ejército le sienta bien. Le enseña las primeras letras.

Rojo en la clase de alfabetización. Rojo ojeando revistas de humor. Rojo devorando cómics. El gran sol rojo de Krypton. Superman viajando en la carretera roja.

El ejército lo envía a ultramar.

Rojo en la selva.

Rojo en el delta.

Rojo en un prostíbulo de Nha Trang.

Rojo en un prostíbulo de Saigón.

Sabe muy bien que asusta a las putas. A ellas no les gustan sus ojos ni esa marca de nacimiento, semejante a una escama de pez, que tiene en el cuello. Las putas no lo llaman Rojo, o Daniel, o sargento. A su espalda, lo llaman *ông ma quy*, que significa «demonio marino».

Rojo en un helicóptero.

Rojo en una escaramuza en el valle de Ia Drang. Rojo conservando la calma bajo el fuego de los morteros. Rojo propuesto para la Estrella de Plata.

De vuelta en Estados Unidos, su novia sureña le muestra el bebé que ha tenido.

Rojo ingresa en la policía de Boston.

Estamos a mediados de los sesenta y hay un montón de oportunidades para un

joven dispuesto a todo. A veces hace falta zurrar a unos cuantos.

A veces hay que hacer cosas mucho peores.

Marcas rojas en el suelo de un bar clandestino de Dorchester.

Marcas rojas por todas las paredes del sótano de un chivato.

Las manos rojas. Los ojos rojos. Habitaciones enteras manchadas de rojo.

La esposa de Rojo se fuga con otro a Michigan. Huellas rojas en la nieve frente a una casa de Ann Arbor.

El chico de Rojo crece y sigue la profesión de su padre en las fuerzas del orden.

Días gloriosos.

Días señalados en rojo.

Antes del desastre. Antes de que esa zorra hippie entre en la vida de su hijo.

Ahora es viejo. Tiene el pelo blanco. Pero el viejo Rojo sigue ahí.

«¿Creen que pueden matarme?»

»Yo soy duro de pelar.»

Rojo se incorpora trabajosamente del suelo del cuarto de la ropa blanca donde se ha estado recuperando. Renquea hasta la habitación contigua a la biblioteca. Hay humo por todas partes. La casa está en llamas. Encuentra el kit de primeros auxilios. Peor le fue en aquel tiroteo de 1977. Y también cuando se torció la operación de entrega en Revere en 1985.

Aunque entonces era más joven. Mucho más joven.

Está sangrando de mala manera. Las vendas rojas. Las gasas rojas. Se acerca cojeando al estante de las armas. Suenan gritos y disparos en el antiguo matadero.

Coge un M16 con un lanzagranadas adosado.

El arma indicada cuando necesitas algo más convincente.

Tosiendo entre el espeso humo negro, renquea hasta la cocina.

El dolor es increíble. Cuatro costillas rotas por lo menos y un pulmón que es probable que esté perforado. Pero saldrá adelante. Rojo saldría adelante y él todavía es Rojo, pese a su pelo blanco.

Sale tambaleante a la ventisca y camina arrastrando los pies hacia la parte trasera del matadero.

Un paso cada vez, aguantando el tremendo dolor.

Parpadea para quitarse la nieve de los ojos.

Está sólo a quince metros, pero parecen cincuenta.

Se ve obligado a avanzar a gatas. Le salen burbujas rojas al respirar. Un pulmón perforado, no cabe duda.

Alcanza la puerta trasera del viejo matadero. La entrada a la muerte.

Marcas rojas en la tierra, en la barandilla, en la nieve.

Le cuesta respirar. Sólo tiene un pulmón en funcionamiento, y también ése está llenándose de sangre.

Sube el último peldaño de hormigón y atisba por la rendija de la puerta trasera.

La luz está encendida y puede verlo todo.

Sus dos nietos yacen muertos en el suelo. Los dos niños a los que rescató hace tantos años. Los únicos que lo han querido y comprendido. Olly y Ginger, cubiertos de rojo.

Esa mujer está allí, acurrucada con los dos chicos bajo una lona. Marty y otro hombre yacen junto a ellos; ambos todavía vivos, al parecer. No por mucho tiempo.

Rojo levanta el M16 y pone el dedo en el gatillo del lanzagranadas que acabará con todos los presentes. Incluido él, probablemente.

«Mejor», piensa, y aprieta el gatillo.

Gente hablando muy lejos. Algo frío y mojado cayéndole sobre la cara.

¿Dónde está?

Ah, sí.

Se ha desmayado un instante. Marty le está hablando. Intenta levantarlo. Rachel abraza a Kylie y a Stuart.

Pete aún sujeta su 45. Mira a lo largo del suelo y vislumbra a Daniel en la entrada trasera del matadero: lo ve casi al mismo tiempo que Daniel lo ve a él. El viejo va armado.

Rachel se equivoca. Eso es algo profundo. Pura mitología. Lo viejo frente a lo nuevo, el ejército frente a la marina, la catarsis frente al caos. Obviamente, el dios de la guerra ha mantenido vivo a uno de ellos sólo para divertirse.

Ambos se apresuran a apretar el gatillo. El viejo efectúa su primer disparo y sufre un breve momento de confusión al comprobar que el gatillo no se mueve. Enseguida entiende lo que sucede. Ha olvidado quitar el seguro manual del lanzagranadas. Se trata de un arma peligrosa. No puedes usarlo a tontas y a locas. Hay que armarlo y retirar el seguro manual.

«Mierda.»

Mientras busca a tientas el tosco pestillo durante una fracción de segundo, del cañón de la pistola de Pete sale una explosión blanca. El pecho de Daniel explota con un dolor ardiente y su alma queda destrozada por el cartucho de una 45 de la segunda guerra mundial.

Formas. Sirenas. Nieve.

Una manta.

—Lo siento, Pete, pero todo esto va a arder en llamas. Tenemos que sacarte de aquí.

Rachel, Kylie y Stuart echan una mano a Marty y a Pete y los ayudan a llegar a la puerta.

Salen tambaleantes del matadero incendiado y se derrumban sobre la nieve. A su espalda, en la casa, las bombonas de butano de la cocina empiezan a explotar.

—¡Vamos! —dice Rachel, y los arrastra más lejos.

Llamas azules.

Copos de nieve.

Luces parpadeantes.

Un camión de bomberos del valle del río Miskatonic llega por la carretera. La palabra *fuego*, invertida en espejo, aparece estampada sobre una gran flecha amarilla.

Rachel asiente.

Tres zorros muertos y una flecha amarilla. Al fin, la liberación anunciada por el *I Ching*.

Pete le indica que se acerque.

—¿Sí?

—Si no salgo de ésta, no permitas que un gilipollas interprete mi papel en la peli que filmarán —grazna.

Ella sonrío y lo besa.

—Una cosa más —dice él, pero la voz se le atora en la garganta.

—Yo también —asiente ella, y vuelve a besarlo.

Nadie va a interpretar el papel de Pete en la versión cinematográfica de todo eso. Pete es una figura demasiado polémica para una película. Tras la confesión de ambos, él y Rachel son acusados de secuestro, retención ilegal y de poner en peligro a un menor. Ya sólo por eso, la pena es de cincuenta años.

Y queda aún la pequeña expedición a Innsmouth. ¿Se trató de un intento ilegal de rescate o de un allanamiento?

Ha llevado mucho tiempo aclararlo todo.

Un equipo de agentes federales ha necesitado semanas para analizar a fondo los documentos sobre La Cadena hallados en el disco duro de Ginger.

Ha sido necesario que la familia Dunleavy se ofreciera a contarle a la policía que Rachel se llevó a Amelia con su consentimiento porque les prometió que iba a romper La Cadena. Así se explican también las transferencias de dinero. La policía no se cree una palabra, pero está claro que los Dunleavy serán testigos poco favorables en un juicio.

A esas alturas, la oleada de compasión general está del lado de todas las víctimas de La Cadena. Una mayoría abrumadora los apoya. Rachel y Pete gozan, como acusados, de las simpatías de la gente y hay una elevada probabilidad de que se produzca una anulación de la causa por parte del jurado. La oficina del fiscal general de Massachusetts, consciente de dónde sopla el viento, les concede la libertad a falta de investigaciones ulteriores. Sin el testimonio en contra de la familia Dunleavy, con la opinión pública de su lado y con las pruebas cada vez más evidentes de la carrera delictiva de Ginger, los abogados le aseguran a Rachel que es muy improbable la celebración de un juicio que resulta tan caro como impopular. Ella ha matado al monstruo. La

Cadena ha sido desactivada para siempre y todas las personas que fueron sus eslabones se han visto liberadas de ella.

Docenas de periodistas investigan la historia de La Cadena. Un reportero de *The Boston Globe* descubre sus raíces en el sistema de rehenes reemplazables iniciado en México.

Hay centenares de víctimas de La Cadena, pero el temor a las represalias y las sangrientas y brutales venganzas que se han producido de vez en cuando han bastado para mantenerlas en silencio a casi todas durante años.

Eso, en todo caso, es lo que Rachel ha leído en la prensa. Es el resumen que hace el *Globe* de la historia. Hay otros relatos más sensacionalistas en los tabloides y en internet. Pero, para protegerse a sí misma, Rachel no lee nada ni ha entrado prácticamente en internet desde que la han soltado.

No concede entrevistas, evita los focos; no hace gran cosa, excepto ir a buscar a su hija al colegio y redactar sus clases de filosofía para la universidad. Y, por fin, gracias a esas precauciones tan poco características del siglo XXI, su caso se convierte en agua pasada.

Poco a poco, deja de ser el tema de moda en Twitter e Instagram. Algún otro infeliz pasa a ocupar su lugar. Y después de ése vendrá otro más. Y otro. Es un fenómeno bien conocido...

En Newburyport aún la reconocen —¿cómo no?—, pero cuando se mueve por los centros comerciales de New Hampshire o por los barrios residenciales de Boston, vuelve a ser una persona anónima, que es lo que a ella le gusta.

Una mañana soleada de finales de marzo.

Rachel está en la cama con su portátil. Borra de su correo las veinte nuevas solicitudes para conceder entrevistas y cierra la tapa. Pete está en la ducha. Cantando. Fatal.

Ella sonrío. A Pete ahora le va de maravilla con el programa de metadona y también en su nuevo trabajo de asesor de seguridad en una empresa de alta tecnología de Cambridge. Se levanta de la cama, camina descalza hasta la cocina, llena el hervidor, enciende el fuego y pone el agua a calentar.

Desde arriba le llegan de vez en cuando los pitidos del iPad de Kylie, que ya está despierta, acurrucada bajo las sábanas, chateando con sus amigos. A ella

también le va de maravilla. Siempre dicen que los niños son más fuertes, más capaces de recuperarse de un trauma, pero aun así parece increíble hasta qué punto se está recuperando.

A las ocho en punto llega Stuart. Rachel le da un beso y él se sienta y acaricia al gato, esperando con paciencia a que Kylie esté lista. A Stuart también le va muy bien y, de todo ellos, parece ser el que más disfruta de la fama. Aunque a Marty parece gustarle también la notoriedad. Ha aparecido varias veces en la tele para contar su experiencia. Y en cada relato sucesivo, su papel en el rescate se ha vuelto un poquito más exagerado. Por lo demás, Marty está perfectamente, y su nueva y jovencísima novia, Julie, parece creer que todos forman parte de una comedia romántica, y que Rachel, la depresiva exesposa, acabará seducida por sus efervescentes encantos.

Rachel se sienta a la mesa del comedor y vuelve a abrir el portátil. Sus pensamientos vagan a la deriva. Hojea distraídamente el libro de Sarah Bakewell, *En el café de los existencialistas*, y se queda impresionada durante unos momentos por la llamativa fotografía de Simone de Beauvoir luciendo un broche con forma de laberinto.

Cierra el libro y saluda con la mano al doctor Havercamp, que camina entre los juncos para achicar el agua de su barca.

—Stuart, estoy intentando empezar esta clase con un chiste. A ver cómo te suena. «Un amigo mío va a abrir una librería de textos de filosofía alemana. Yo le he dicho que no funcionará: es un *Nietzsche* de mercado demasiado pequeño» —dice Rachel con expresión triunfal.

Stuart hace una mueca.

—¿No es bueno? —pregunta ella.

—En realidad, yo no estoy cualificado para juzgar, eh...

—Lo que intenta decirte, mamá, es que tus chistecillos se dirigen más bien a un público de avanzada edad —explica Kylie, asomándose por la barandilla.

Pete sale de la ducha meneando la cabeza.

—Espero que tu plan B no sea una carrera como comediante —comenta.

—¡Iros todos al infierno! —exclama Rachel, y cierra el portátil.

Cuando todo el mundo está listo, salen y suben al coche. Y, como es muy

temprano para el colegio, hacen una parada en el Dunkin' Donuts de la Ruta 1.

Rachel mira cómo su hija da un mordisco al pastel de almendra. Kylie y Stuart están discutiendo sobre los *spoilers* de la tercera temporada de *Stranger Things*. Ésa es casi la antigua Kylie, desenfadada y locuaz. La esquirra seguirá ahí siempre clavada. La oscuridad. Ninguno podrá superarlo nunca del todo. Ahora eso forma parte de Kylie, de cada uno de ellos. Pero ya ha dejado de mojar la cama y sus pesadillas son menos frecuentes. Lo cual ya es algo.

—Vale. Éste sí que es bueno. ¿Cuántos modernos hacen falta para cambiar una bombilla? —pregunta Rachel.

—No, mamá, por favor. Ni lo intentes —suplica Kylie.

—¿Cuántos? —pregunta Stuart.

—Es un número muy poco conocido, probablemente ni siquiera has oído hablar de él —contesta Rachel, y al menos Pete sonríe.

Deja a los chicos en el cole y a Pete en la parada de tren de Newburyport. Su nuevo trabajo exige que lleve traje, cosa que él detesta. Se pasa el rato toqueteándose la corbata.

—¡Déjala ya! ¡Estás perfecto! —dice ella, y lo dice en serio.

Cuando llega el tren, Rachel vuelve a subir al Volvo, conduce hasta la ciudad y va directa a Walgreens. Comprueba que Mary Anne, la cajera que conoce, no esté trabajando, y se mete en los pasillos de la sección de pruebas de embarazo.

Hay una cantidad de opciones abrumadora. Coge un kit más o menos al azar y lo lleva a la caja.

La cajera es una chica en edad de estudiar secundaria que, según la chapa de identificación, se llama Ripley. Está leyendo *Moby Dick*.

Se miran a los ojos.

—¿Por qué capítulo vas? —pregunta Rachel.

—Por el setenta y seis.

—Alguien me dijo una vez que todos los libros deberían terminar en el capítulo setenta y siete.

—Ojalá éste fuera uno de ellos, por Dios. Aún me quedan un montón de páginas. Eh, mmm..., debería llevarse el kit Clearblue —dice la chica.

—¿El Clearblue?

—Usted quizá cree que ahorra dinero con el FastResponse. Pero el FastResponse tiene un índice más alto de falsos positivos. —La chica baja la voz—. Se lo digo por experiencia.

—Me llevo el Clearblue —asiente Rachel.

Paga el kit, se toma otro café en el Starbucks de State Street y vuelve a casa.

Va al baño, saca el kit, lee las instrucciones, orina en la varilla sobre la taza del váter y vuelve a meterla en el capuchón.

Hace una temperatura sorprendente para marzo, así que se lleva el *stick* fuera y se sienta en el extremo del patio, con los pies colgando sobre la arena.

Está subiendo la marea. El olor del mar es intenso. Por encima de las grandes casas del lado del Atlántico se elevan ondas de calor. Una garza blanca vadea entre las hierbas con el pico abierto. Un halcón vuela hacia el oeste, hacia tierra firme.

Barcos de pesca. Cangrejeros. El perezoso ladrido de un perro junto al supermercado.

Siente la fuerza de las metáforas: confort, estabilidad, seguridad.

Thoreau escribió que Plum Island era el «desolado Sahara de Nueva Inglaterra», pero hoy en día ya no es así.

Mira el *stick* que tiene en la mano. El *stick* que contiene dos futuros posibles. Dos futuros que se le acercan a sesenta segundos por minuto, a sesenta minutos por hora.

Latido a latido.

Sonríe.

Cualquier futuro estará bien.

Todos los futuros estarán bien.

Ha rescatado a su hija de la oscuridad.

Ha matado al monstruo.

Tiene muchos retos por delante.

Un millón de retos.

Pero ahora tiene otra vez a Kylie.

Tiene a Pete.

Ha sobrevivido.

La vida es frágil, fugaz, preciosa.
Y estar vivo ya es un milagro.

Epílogo y agradecimientos

Bastan dos espejos opuestos para construir un laberinto.

JORGE LUIS BORGES, *Siete noches*

Escribí el primer borrador de *La Cadena* en ciudad de México, en 2012, después de informarme sobre el sistema mexicano de secuestro intercambiable, en virtud del cual un miembro de la familia se ofrece a reemplazar como rehén a un secuestrado más vulnerable. Enlacé esta idea con un suceso ocurrido a finales de los setenta. Era la época de esas venenosas cartas en cadena, y la parte de Irlanda en la que yo crecí era tan supersticiosa que creían a pies juntillas en el poder de los hechizos escritos. Mi maestra de quinto grado nos pidió que le lleváramos alguna de esas cartas que tanto nos inquietaban, y yo le di la carta en cadena que había recibido y me había tenido angustiado. Ella la rompió junto con otras, desafiando los augurios de su autor de incontables maldiciones, desastres y rachas de mala suerte y quebrando, de hecho, la cadena. Ese incidente impresionó profundamente a mi mente infantil y quedó grabado en mi memoria. De vez en cuando, a lo largo de las tres décadas siguientes, le fui preguntando a mi madre cómo estaba la señorita Carlisle, y siempre me sentía aliviado al saber que estaba sana y salva.

En 2012 escribí «La Cadena» como relato breve, pero pensé que tenía los mimbres de una novela, así que lo dejé inacabado en un cajón durante cinco años. En 2017 me hice por fin con un agente literario a tiempo completo: Shane Salerno, fundador de la Story Factory. Yo había escrito la serie «Sean Duffy» de novelas de misterio, escenificada en el Belfast de mi juventud, y aunque esos libros estaban recibiendo buenas críticas y algunos premios, no conseguían abrirse paso como yo deseaba. Shane me llamó y me preguntó si tenía pensado

algún libro que se desarrollara en Estados Unidos y yo le hablé del relato de «La Cadena». Oí que algo caía al suelo y se hacía pedazos en su cocina, y acto seguido él me apremió a que dejase todo lo que tuviera entre manos y empezara a escribir *La Cadena* como novela. Y así lo hice.

Todos los libros son de algún modo un proceso colaborativo, y me gustaría dar las gracias a Don Winslow, a Steve Hamilton, a Steve Cavanagh, a John McFetridge y a Shane Salerno, por leer los primeros borradores de *La Cadena* y lanzarme inteligentes sugerencias.

Mi actual y magnífico editor de Mulholland, Josh Kendall, examinó el manuscrito con el ávido interés de un forense y me obligó a considerar continuamente si una idea o un concepto eran tan rigurosos y tan atractivos como deberían. De Mulholland y Little Brown también quiero agradecer a la incansable y brillante Tracy Roe, a Pamela Marshall, a Katharine Myers, a Pamela Brown, a Craig Young, a Reagan Arthur y a Michael Pietsch, y a todo el equipo de ventas. En Orion estoy en deuda con Emad Akhtar, Leanne Oliver, Tom Noble, Jen Wilson, Sarah Benton y Katie Espiner por su sangre, sudor y lágrimas. Y en Hachette Australia, merecen un agradecimiento especial Vanessa Radnidge, Justin Ratcliffe y Daniel Pilkington.

Quiero dar las gracias al personal de la Newburyport Public Library, donde realicé gran parte de la investigación para *La Cadena*, y al de la sucursal George Bruce de la New York Public Library de Harlem, que me proporcionó un espacio tranquilo para escribir.

Por simple coincidencia o por un caso de magia empática, mientras me hallaba en Praga trabajando en un artículo de encargo para una revista sobre el bloqueo del escritor, escribí los capítulos finales de *La Cadena* en la antigua oficina de Franz Kafka (ahora convertida en hotel), en Na Poříčí 7.

Para concluir, quiero expresar mi gratitud a Don Winslow, a Ian Rankin, a Val McDermid y a Diana Gabaldon, que me han dado su apoyo y consejo durante años, y me animaron a mantenerme firme cuando yo me preguntaba repetidamente si de verdad estaba hecho para esta absurda manía de juntar palabras.

Y por último a mi mujer, Leah Garrett, mi primera y más receptiva lectora, y

a mis dos hijas, Arwynn y Sophie, no sólo por brindarme consejos sobre las costumbres y el lenguaje de los adolescentes y las lenguas vernáculas, sino también por enseñarme de qué se es capaz cuando la salud o la felicidad de tus hijos se ven amenazadas.

Sláinte, salud.

Notas

1. Zabar's es una famosa tienda de productos gourmet fundada en los años treinta en el Upper West Side de Nueva York. (*N. del t.*)

1. Alusión a la desaparición de Amelia Earhart, en 1937, mientras intentaba dar la primera vuelta al mundo en avión. (*N. del t.*)

1. La diosa Deméter rescató a su hija Perséfone del Hades. *(N. del t.)*

1. Ambas llamadas Plum Island por los arbustos de *beach plum*. (N. del t.)

1. Alusión a la canción *Lily, Rosemary and the Jack of Hearts*, de Bob Dylan. (N. del t.)

1. Departamento de Alcohol, Tabaco, Armas de Fuego y Explosivos. *(N. del t.)*

La Cadena
Adrian McKinty

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Chain*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© Adrian McKinty, 2019
Publicado de acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA

© de la traducción, Santiago del Rey, 2019

Canciones del interior: © *The Chain*, 2007 Fleetwood Mac, Warner Bros. Records, interpretada por Stevie Nicks

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21688-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

